



Vicki Baum

GRAND HOTEL



Lectulandia

Los personajes más fascinantes hacen girar la puerta del Grand Hotel. En sus habitaciones descansa la famosa Grusinskaia, una atormentada bailarina de ballet que vive sus últimos días de éxito, el arruinado barón Gaireng, que pretende a partes iguales a la caprichosa dama y a su valioso collar de perlas, Kringelein, un humilde contable para quien dilapidar de su dinero se convertirá, irónicamente, en una cuestión de vida o muerte y, por último, el pobre doctor Otternschlad, que calma la ausencia de correspondencia a su nombre con inyecciones de morfina. Todos ellos transitan el vestíbulo del Grand Hotel mientras un agitado Berlín se prepara para la segunda gran guerra.

Lectulandia

Vicki Baum

Grand Hotel

ePUB r1.0

Pepotem2 17.12.13

Título original: *Menschen im Hotel*

Vicki Baum, 1958

Traducción: Victor Scholz

Editor digital: Pepotem2

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Capítulo 1

El portero parecía algo descompuesto cuando salió del locutorio número 7; buscó su gorra, que había dejado sobre un radiador de la sala de teléfonos.

—¿Qué era? —preguntó el telefonista, sentado delante del cuadro, con los auriculares puestos y las clavijas rojas y verdes entre los dedos.

—Pues, que de pronto han tenido que llevar a mi mujer a la clínica y no sé qué podrá ser; sin duda anda ya la cosa muy cerca, aunque bien sabe Dios que yo no lo esperaba tan pronto —respondió el portero.

El telefonista, que estaba efectuando una comunicación, sólo escuchaba a medias.

—¡Bah! Tranquilícese usted, señor Senf —dijo sin dejar de meter sus clavijas—, porque si la cosa marcha bien, mañana será usted padre.

—En fin, muchas gracias por haberme llamado aquí al teléfono; en la portería no puede uno tratar a gritos sus asuntos personales. El servicio es el servicio.

—Claro, claro. Y cuando nazca el rorro ya le avisaré —dijo el empleado distraídamente y siempre con las clavijas entre manos.

El portero tomó la gorra y se alejó de puntillas, inconscientemente, como si anduviese por la habitación en que su mujer estaba acostada, esperando la criatura; al atravesar el corredor que se extendía a lo largo de los salones de correspondencia y de lectura, silenciosos y en penumbra, suspiró profundamente y se pasó la mano por el cabello. Entonces advirtió con sorpresa que tenía la cabeza mojada; pero no quiso entretenerse en secársela. La marcha del hotel no podía detenerse porque el portero Senf fuera a ser padre. Desde el ala del edificio recién construida, y a lo largo de los muros cubiertos de espejos, la sincopada música del salón de té llegaba alegre y saltarina. Los asados de la cena emanaban un discreto tufillo a manteca; pero todo estaba aún desierto y sosegado detrás de las puertas del gran comedor. En el saloncito blanco, el servidor Mattoni preparaba su ambigú. Con las rodillas inexplicablemente cansadas, se paró un instante a la puerta, considerando con aire soñador los globos multicolores que brillaban a través de los bloques de cristal. Fuera, en el corredor, un operario, arrodillado en el suelo, estaba arreglando la instalación de electricidad. Desde que se habían puesto los grandes reflectores de la fachada eran frecuentes aquellos molestos accidentes que originaba la distribución de luz, demasiado débil para tamaña sobrecarga. El portero hizo un esfuerzo sobre sí mismo y se dirigió hacia su puesto. Había confiado el cuidado de la portería a Jorgito, un empleado meritorio al que su padre, dueño de un importante grupo de hoteles, había puesto a servir gratuitamente para iniciarle paso a paso en el oficio. Senf, no sin angustia, atravesó rápidamente el *hall*. lleno de público y de animación a aquella hora. Los acordes del jazz del salón de té se cruzaban allí con la lánguida música de los violines del jardín

de invierno, mientras que el chorro de agua iluminado susurraba al gotear en la pila de falso cristal de Venecia, las copas entrechocaban en las mesas y crujían las sillas de mimbre. El ruido más ligero que se fundía en aquella armonía era el suave frufrú producido por los abrigos y vestidos de seda de las señoras. El fresco de marzo penetraba a pequeñas bocanadas por el tambor de la puerta giratoria cada vez que el sirviente hacía entrar o salir a los clientes.

—*All right!* —dijo Jorgito cuando el portero Senf alcanzó con su última zancada la portería, en la que se metió como en un refugio—. El correo de las siete está aquí. El 68 ha escandalizado porque no aparecía el chófer. Esa señora es algo histérica, ¿verdad?

—El 68 es la Grusinskaia —dijo el portero, mientras empezaba a clasificar el correo—. Es la bailarina, y estamos acostumbrados a ella desde hace dieciocho años. Todas las noches, antes de ir al teatro, se pone muy nerviosa y nos aburre a todos.

En el *hall*. un señor flaco y larguirucho, cuyas piernas estaban como anquilosadas, se levantó de su butaca, dirigiéndose con la cabeza baja hacia la garita del portero; pero antes anduvo errando algunos momentos por el *hall*. con aire de desencanto y aburrimiento, y se puso a mirar los periódicos ilustrados expuestos en el mostrador del quiosco de libros, acabando por encender un cigarrillo y preguntar al portero, distraídamente:

—¿Hay cartas para mí?

El portero, por su parte, se dispuso a seguir la pequeña farsa, y antes de contestar revisó el casillero número 218.

—Lo siento mucho, doctor, pero no tiene usted nada.

A continuación el larguirucho señor se puso otra vez en marcha, y dio un rodeo hasta llegar a su butaca, en la cual se dejó caer con las piernas rígidas, para contemplar el *hall*. con mirada distraída y rostro inexpresivo. Por lo demás, no tenía más que media cara, un perfil fino y agudo como el de un jesuita, que terminaba en una oreja admirablemente bien dibujada, bajo los grises cabellos de la sien. Pero a esta cara le faltaba la otra mitad, que sólo estaba formada por una mezcla informe de defectos, remendada y zurcida, y en la que un ojo de cristal brillaba entre los costurones y cicatrices. «Un recuerdo de Flandes», solía decirse a sí mismo, refiriéndose a su cara, cuando monologaba el doctor Otternschlag. Permaneció sentado un buen rato examinando los capiteles de yeso dorado de las columnas de mármol, que conocía ya de memoria, y luego, cuando hubo contemplado suficientemente el *hall*. que poco a poco se iba vaciando por ser la hora de los teatros, volvió a levantarse y con paso de marioneta se dirigió hacia la portería, en la que Senf, arrancado a los cuidados de su vida privada, había reanudado acaloradamente sus ocupaciones profesionales.

—¿No ha preguntado nadie por mí? —se informó el doctor Otternschlag, mirando

la mesita de haya con tablero de cristal en la que el portero solía depositar las cartas y los mensajes.

—Nadie, señor doctor.

—¿No hay ningún telegrama? —volvió a preguntar al cabo de un momento.

Senf tuvo la amabilidad de volver a mirar la casilla número 218, aun sabiendo de sobra que no había nada.

—No, hoy no, doctor —dijo; y agregó luego afablemente—: Si el señor quiere ir esta noche al teatro, me queda un palco para la Grusinskaia, en el teatro del Oeste.

—¿La Grusinskaia? No, no —dijo el doctor Otternschlag.

Quedó un momento inmóvil, y luego, al atravesar el vestíbulo y dar vuelta al *hall*, volvió a sentarse en su butaca, pensando: «¡Batí!, la Grusinskaia no llena el teatro; como no me interesa nada, no quiero verla...». Y se arrellanó bien en su butaca.

—¡Y que no es cargante el buen señor! —dijo el portero a Jorgito—. Siempre con la misma pregunta: que si tiene carta, que si tiene telegrama, y hace ya diez años que viene al hotel, pasando largas temporadas, sin que jamás le haya escrito nadie ni hayan preguntado por él tampoco... Y el mamarracho, terco que terco, esperando siempre.

—¿Quién espera? —preguntó por allí cerca el jefe de recepción, Rhona, metiendo su rojiza cabeza por encima de la mampara de cristal.

El portero tardó un poco en contestar, porque en aquel preciso momento le pareció que oía chillar a su mujer... y se escuchaba en lo más profundo de sí mismo. Pero al momento, dejando a un lado sus preocupaciones particulares, volvió a las otras profesionales, pues tuvo que ayudar a Jorgito a informar en español al mexicano del número 117 sobre una combinación de trenes algo complicada.

El botones número 24, con la cara roja como un langostino y el pelo muy pegado con agua, salió del ascensor gritando en medio de una agitación alegre y estrepitosa, pero demasiado ruidosa en un *hall*. tan distinguido.

—El señor barón Gaigern llama a su chófer.

Rhona hizo un ademán de reproche y apaciguamiento, como un director de orquesta. El portero transmitió por teléfono la orden al chófer, mientras Jorgito separaba los ojos, en inquieta espera. Se dispersó por el aire un perfume a espliego y a cigarrillos caros, e inmediatamente después atravesó el *hall*. un hombre al que siguieron curiosamente las miradas. Las butacas y las sillas de mimbre se animaban y la señorita de cera sonreía dentro de su quiosco de periódicos. El hombre sonreía también, aunque sin razón aparente y sólo porque parecía sentirse satisfecho de su persona. Era muy alto y corpulento, estaba admirablemente bien vestido y tenía la flexible prestancia de un felino o de un campeón de tenis. Sobre el smoking llevaba puesto, no un gabán de etiqueta, sino un abrigo azul oscuro, y esta incorrección en la vestimenta daba a toda su persona una nota de grato y elegante descuido. Dio un

cachetito cariñoso en el pelo, fijado al agua, del botones número 24 y estirando luego, sin mirar, un brazo por encima de la mesilla del portero, recibió un puñado de cartas, que se metió en el bolsillo al mismo tiempo que sacaba sus calados guantes de piel de reno. Después dirigió con la cabeza un amistoso saludo al jefe de recepción. Se encasquetó su sombrero de fieltro oscuro y, sacando del bolsillo una pitillera, se puso un cigarrillo entre los labios, sin encenderlo. Pero inmediatamente se descubrió para dejar paso a dos señoras que se encaminaban hacia la puerta giratoria. Era la Grusinskaia, delgada y menudita, arrebujaada hasta los ojos entre sus pieles y seguida de una persona insignificante, que llevaba las maletas. Cuando el avisador de coches hubo instalado a las dos señoras en el auto, el señor simpático del abrigo azul oscuro encendió el cigarrillo y volvió a meter las manos en los bolsillos para sacar la propina y dársela al mozo número 11, que maniobraba la puerta giratoria, y que desapareció entre los cristales móviles con la alegría de un golfillo al que se hubiera permitido dar una vuelta en un tiovivo.

Cuando este caballero, este personaje, este encantador barón Gaigern salió del *hall*. todo quedó repentinamente en silencio, oyéndose el chorro de agua iluminado caer con un murmullo fresco y dulce en la pila de cristal de Venecia. Efectivamente, el *hall*. estaba vacío; había cesado el *jazz-band* del salón de té, la orquesta del comedor no había empezado a tocar todavía y estaba en un descanso el «Trío Vienes» del jardín de invierno. Este silencio sólo se entrecortaba por las ruidosas y seguidas llamadas de los autos que, en el bullicio de la ciudad, pasaban por delante del hotel. Sin embargo, la calma era tan completa en el *hall*. que parecía como si el barón se hubiese llevado consigo la música, el ruido y el rumor de la gente.

Jorgito hizo una seña hacia la puerta giratoria y dijo:

—Ese sí que es un tipo la mar de gracioso.

En cuanto al portero, se encogió de hombros como buen conocedor del mundo.

—No sabemos qué clase de tipo será. Hay algo en él... que me escama. No sé por qué; pero me parece demasiado gran señor. Y luego, esos aires principescos, esas magníficas propinas... que recuerdan el cine; pocos son los que hoy en día viajan con semejante aparato... si no son los caballeros de industria. En fin, yo, en el puesto de Pilzheim, abriría bien los ojos.

Rhona, el jefe de recepción, que estaba siempre en acecho, volvió a sacar la cabeza por encima de los cristales. Bajo sus escasos cabellos rojos brillaba la piel de su cráneo.

—No hay que murmurar así, Senf —le dijo—. Gaigern es un hombre de bien; yo lo conozco; se ha educado con mi hermano en Feldkirch; no hay, pues, que poner alerta a Pilzheim.

(Pilzheim era el «detective» del hotel).

Senf se inclinó, callándose respetuosamente. Cuando Rhona lo afirmaba era

porque lo sabía. Era este conde Rhona uno de los Rhona de Silesia, un antiguo oficial, un as. Senf volvió a inclinarse, mientras Rhona, con su perfil de galgo, desaparecía, volviendo a recobrar su estado de sombra detrás de la opaca pared de cristal.

El doctor Otternschlag, allá abajo, en su rincón, se había incorporado mientras el barón permaneció en el *hall*. de nuevo volvía a encogerse sobre sí mismo, más sombrío que antes. Dio distraídamente con el codo en la copa de coñac que tenía en el velador, vertiéndolo. Sus manos flacas, amarillentas por el tabaco, colgaban entre sus separadas rodillas y pesaban como si tuviesen guantes de plomo. Por entre sus largos zapatos de charol veía la alfombra del *hall*. que cubría toda la escalera, corredores y pasillos del «Grand Hotel». Estaba ya aburrido de aquel eterno dibujo de pámpanos y piñas amarillas y verdes entre hojarasca más oscura, todo ello sobre un fondo rojo de frambuesa. Todo estaba tan muerto: la hora estaba muerta, el *hall*.estaba muerto. La gente había salido para sus negocios, a sus placeres, a sus vicios, dejándolo allí solo y abandonado en su butaca. Sin embargo, en aquel gran vacío se vio de pronto a la encargada del guardarropa, que, con un peine, estaba alisándose su clara cabellera de mujer ya vieja. El portero salió de su cuarto y con una prisa insólita corrió hacia el cuadro telefónico. Algo debía de haberle ocurrido al portero. El doctor Otternschlag buscaba en vano su copa de coñac. «Qué, ¿me voy a acostar?», se preguntaba, y un ligero carmín le tiñó las mejillas y desapareció como si se hubiese descubierto un secreto a sí mismo. «Sí», se contestó sin moverse, porque hasta para eso era muy indolente. Levantó su amarillento índice y Rhona, que le vio desde el otro extremo del *hall*. mandó inmediatamente a un mozo.

—Cigarrillos, periódicos —dijo inmóvil.

El mozo se precipitó hacia la señorita cataléptica (Rhona reprobaba con los ojos aquella petulancia juvenil) y Otternschlag tomó los periódicos que el muchacho le había elegido. Pagó Otternschlag, pero puso el dinero sobre la mesita y no en la mano del mozo, porque solía guardar siempre una respetuosa distancia entre él y los demás, aunque sin darse él mismo cuenta de ello. Al desplegar los periódicos y empezar a leer, hasta llegó a dibujar una sonrisa con la media boca que le quedaba intacta. Esperaba siempre algo que no llegaba nunca, como tampoco recibía cartas, ni telegramas, ni mensajes. Estaba terriblemente solo, vacío y apartado de la vida, y hasta tal punto que él mismo se lo confesaba en voz alta: «Es espantoso —solía decir algunas veces, parándose sobre la alfombra roja y asustándose de su soledad—, es espantoso; no hay vida, ninguna vida para mí. ¿Dónde se esconde, pues? No hay nada, no ocurre nada. ¡Qué aburrimiento! Todo está viejo, muerto. ¡Qué horror!». En torno suyo no había más que espejismos. Todo lo que tocaba se desmoronaba en polvo. El mundo no era más que materia deleznable, impalpable e inconsciente. Se caía de la nada en la nada y en el fondo no había más que tinieblas. El pobre doctor

Otterschlag vivía en la más espantosa soledad estando el Universo poblado por sus semejantes.

En los periódicos no encontró nada que pudiera interesarle, ni un tifón, ni un terremoto, ni una guerra entre blancos y negros. Incendios, crímenes, batallas políticas. Nada. Demasiado poco. Escándalos, un pánico bursátil, derrumbamientos de fortunas inmensas. ¿Qué le importaba? ¿Le importaba a él nada de esto? Un vuelo transatlántico, nuevas marcas de velocidad, títulos sensacionales con grandes titulares de ocho centímetros de ancho. Cada periódico aullaba con más fuerza que el otro y acababa por no oírse a ninguno. El estrépito del siglo hacía a las gentes ciegas, sordas e insensibles. Imágenes de mujeres desnudas, muslos, senos, manos, dientes, se presentaban en tropel. También el doctor Otterschlag había conocido a las mujeres en sus buenos tiempos y se acordaba de ello con calma, con sólo un ligero estremecimiento de la piel. Los periódicos le aburrían soberanamente, le eran tan indiferentes que los dejó desprenderse de su mano, amarillenta por el tabaco, cayendo sobre el tapiz frambuesa de las piñas.

—Nada, no pasa absolutamente nada —se dijo a media voz.

Había tenido en otros tiempos una gatita persa llamada *Gurbé*; pero se le había escapado detrás de un vulgar gatazo de buhardilla, y ahora tenía que dialogar consigo mismo.

Mientras se dirigía hacia la portería para pedir la llave de su cuarto, la puerta giratoria hizo aparecer a un tipo realmente extraño.

—¡Eso es! Ya está aquí otra vez ese hombre —dijo el portero a Jorgito, mirando fijamente al nuevo personaje, que avanzaba con la mirada severa de un sargento primero.

Aquel personaje, aquel hombre, aquel individuo desentonaba completamente en el *hall* del «Grand Hotel». Llevaba un sombrero nuevo y redondo de fieltro, barato, que le estaba un poco grande y que gracias a las grandes orejas despegadas del individuo no se colaba hasta los ojos. El rostro era amarillento y la nariz fina se compensaba con un gran bigote de corte marcial que suelen lucir los presidentes de las sociedades de recreo. Estaba vestido con un raído traje gris verdoso, lamentablemente pasado de moda y calzado con unas botas demasiado grandes para él, que no era muy alto; un pantalón excesivamente corto dejaba ver los elásticos de aquéllas. Las manos, con guantes de hilo gris, apretaban el asa de una maleta que parecía demasiado pesada para él y que sujetaba de un modo particular, apretándola con las dos manos contra el estómago; además, llevaba debajo del brazo un mugriento paquete envuelto en papel de estraza. Era, en fin, de una cursilería apabullante y todo el conjunto tenía un aspecto grotesco, mísero y sumamente extenuado. El mozo número 24 acudió presuroso a llevarle la maleta, sin que el hombre se decidiera a soltarla, antes bien, el servicialismo del chico pareció aumentar

su confusión. Únicamente delante del cuarto del portero fue donde depositó su impedimenta de imitación a cuero, y, recobrando algunos alientos, hizo una especie de ridícula genuflexión al portero, diciéndole con voz clara y agradable:

—Mi nombre es Kringelein y ya he estado aquí dos veces. Vengo, pues, la tercera, a ver si...

—Pregunte aquí al lado, haga el favor; pero temo que no haya nada libre —dijo el portero, señalando a Rhona con un ademán correcto—. El señor espera hace dos días a que se desocupe alguna habitación —le explicó al otro por encima de los cristales.

Rhona, que no había necesitado mirar para comprenderlo perfectamente, hizo como que buscaba en el registro de entrada del hotel y dijo:

—Lo siento, pero por el momento las tenemos todas ocupadas...

—Siempre pasa igual. Y ¿dónde voy a alojarme entonces? —preguntó algo amoscado el personaje.

—Mire por los alrededores de la estación, en la Friedrich-strasse; allí hay muchos hoteles...

—No, gracias; éstos no los quiero —repuso el recién llegado sacando vivamente su pañuelo del bolsillo y limpiándose el sudor de la frente—. Ya he estado algunas horas en uno de ellos y no me gustan los hoteles de esa clase. Quiero alojarme en uno elegante.

Al ir a coger su mojado paraguas, que llevaba debajo del brazo izquierdo, se le escurrió el paquete grasiento que sujetaba con el derecho y, cayendo a tierra, se abrió, esparciendo su contenido por la alfombra: unas cuantas tostadas con manteca, secas ya por el calor del cuerpo. El conde Rhona contuvo la risa, mientras Jorgito, a su vez, se volvía a mirar el casillero de las llaves. En cuanto al 17, recogió correctísimo las tostadas, que el hombre se metió en el bolsillo con manos temblonas. Quitóse luego el sombrero, poniéndolo sobre la mesilla delante de Rhona. Tenía nuestro héroe la frente alta y arrugada y las sienes azuladas y hundidas. Unos ojos azules de un azul muy claro bizqueaban ligeramente detrás de unos lentes que daban la impresión de que iban a caerse de un momento a otro por sujetarse mal en la estrecha nariz.

—Quisiera vivir aquí; alguna vez quedará algo libre, me figuro; haga, pues, el favor de inscribirme para el primer cuarto que se desocupe. Esta es la tercera vez que vengo ya, lo cual no es muy agradable, como comprenderá usted. Por otra parte, no creo que el hotel tenga el completo echado todo el año.

Rhona se encogió significativamente de hombros. Siguió un corto silencio, en el que pudo oírse la música del comedor y el *jazz-band*, que tocaba ya en el pabellón amarillo. Las personas que había en el *hall* se quedaron mirando con extrañeza al individuo, haciendo los sabrosos comentarios del caso entre risas y burlas.

—¿Conoce usted al director general, el señor Preysing? Se aloja también en este hotel siempre que viene a Berlín; debe usted de recordarle. Pues bien, yo también

quiero parar aquí, puesto que me espera algo muy interesante: una conferencia importantísima con el señor Preysing. El mismo me ha dicho que me metiera aquí, después de recomendarme mucho el hotel, y naturalmente, quiero fiarme de lo que él me aconseja. De modo que ya lo sabe usted: soy un recomendado del señor director general; dígame ahora, ¿cuándo habrá habitación para mí?

—¿Preysing? ¿El director general Preysing? —preguntó Rhona a Senf al otro lado de la vidriera.

—De Fredersdorf, de La Algodonera de Sajonia, S. A. Yo también soy de Fredersdorf —dijo el individuo.

—Sí; ahora recuerdo —dijo el portero—. El señor Preysing ha estado aquí un par de veces.

—Creo que tiene encargada una habitación para mañana o pasado —apuntó Jorgito officiosamente.

—Entonces haga el favor de volver mañana, cuando esté aquí el señor, que llegará esta noche —dijo Rhona después de hojear sus libros, donde, efectivamente, estaba apuntado el encargo.

Esta noticia pareció sorprender desagradablemente al viajero.

—Conque ¿llega esta noche? —exclamó en tono angustioso y bizqueando con más fuerza que hasta entonces—. Llega esta noche y tiene ya su habitación esperándole. ¿Y por qué el director general la tiene y yo no? No me parece justo y no paso por ello. Que está apuntado, dice usted. ¡Vaya un argumento! Yo también lo estoy y es la tercera vez que tengo que venir y traer mi pesado equipaje. Comprenderá usted que es una broma algo molesta con este tiempo de lluvia y con todos los ómnibus atestados tener que tomarme estos trajines con mi mala salud. ¿Y cuánto va a durar esto? Vaya una manera de servir al público. ¿No es éste el mejor hotel de Berlín? Pues entonces yo quiero alojarme en él. ¿O es acaso que se me prohíbe la entrada?

El individuo los miraba a todos uno por uno.

—Estoy cansado, extenuadísimo —dijo luego, y, en efecto, se veía que lo estaba, como se veían también los grandes y ridículos esfuerzos que hacía constantemente por expresarse correctamente con palabras rebuscadas.

De pronto el doctor Otternschlag, que durante todo este diálogo había permanecido acodado sobre la mesa de la portería con la llave de su habitación en la mano, se mezcló en la conversación.

—Si le es tan urgente al señor tener en seguida habitación, puede disponer de la mía —dijo al portero—. A mí me es igual un cuarto que otro. Que le suban, pues, su equipaje y yo me iré a otro lado. Así como así, tengo siempre los baúles hechos. Este señor viene muy cansado y se siente algo enfermo —agregó luego, rechazando una intervención del conde Rhona, que con manos activas y elocuentes trataba ya de

disuadirle.

—Por Dios, señor doctor —dijo Rhona vivamente—, no es cosa de que se sacrifique. Ya veremos de arreglarlo sin eso. ¿Quiere usted registrar su nombre en el libro de entradas? Tenga la pluma... así... Muchas gracias... Cuarto número 216 —dijo Rhona al portero, que entregó la llave al mozo número 11, mientras el individuo, tomando la estilográfica que se le ofrecía, inscribía su nombre en el registro con una letra muy cursiva:

«Otto Kringelein, contador en Fredersdorf (Sajonia). Nacido en dicha ciudad, el 14 de julio de 1882.»

—Ya está —dijo respirando satisfecho y volviéndose a mirar hacia el *hall*. con sus bizcos ojos muy abiertos.

Capítulo 2

Ya estaba, pues, allí, plantado en el *hall*. del «Grand Hotel», el contador Otto Kringelein, natural de Fredersdorf, con domicilio en Fredersdorf; allí estaba ya, dentro de su raído gabán, devorándolo todo a un tiempo con sus ojos a través de los cristales de los lentes. Estaba abrumado, con un cansancio muy particular, como el de un corredor que llega a tocar con su pecho la cinta blanca de la meta; pero veía las columnas de mármol con adornos de yeso, el surtidor iluminado, las butacas. Veía señores de frac, señores de smoking, señores elegantes, mundanos. Señoras con los brazos desnudos, con vestidos refulgentes y llenas de joyas y pieles: señoras extraordinariamente bellas y ataviadas con un arte exquisito. Oía la música a lo lejos y respiraba los efluvios del café, de los cigarillos, de los perfumes, el olor a espárragos procedente del comedor y el de las flores que allí, sobre una mesa, estaban a la venta. Pero lo que más le impresionaba era aquel mullido tapiz que sentía bajo sus lustradas botas. Había mucha luz en el *hall*. una claridad suave y amarillenta con la que se mezclaba la luz de las lámparas que brillaban en las paredes bajo sus pantallas de un rojo vivo y el esplendor de los surtidores verdes que caían en la fuente de cristal de Venecia falsificado. Un mozo pasó como un relámpago con una bandeja de copitas bajas y chatas con coñac, sólo hasta menos de la mitad y un trocito de hielo...

«¿Y por qué —pensaba Kringelein—, en el mejor hotel de Berlín, no llenarán las copas hasta arriba?».

El camarero portador de la lamentable maleta despertó a Kringelein, que dormitaba, los bizcos ojos semicerrados; el mozo número 11 le hizo pasar delante del manco gruñón que manejaba el ascensor, para conducirlo hasta su piso.

Los cuartos 216 y 218 eran los peores del hotel; en el segundo habitaba el doctor Otternschlag, en su calidad de estable de pocos recursos, pero sobre todo porque era demasiado indiferente para pedir otra habitación mejor. El número 216 formaba un ángulo recto con el 218 y ambas habitaciones estaban enclavadas entre el ascensor de la servidumbre, cerca de la escalera de servicio número 4 y la sala de baños del tercer piso. La cañería del agua silbaba y borbotaba en las paredes.

Kringelein atravesó un largo corredor flanqueado de cestas, jarrones, aplicaciones de bronce y bodegones, hasta llegar a otras regiones, que les abrió una camarera ya entrada en años y sin ningún atractivo personal.

—Número 216 —dijo el camarero. Y dejando la maleta sobre la mesa del cuarto, esperó la propina; pero tuvo que marcharse sin ella, silencioso y mohíno.

Kringelein se sentó al borde de la cama y empezó a examinar la habitación.

Era larga y estrecha, con una sola ventana. Olía allí a tabaco ordinario y a la

humedad de los armarios, sobre los que habían pasado un paño mojado para lavarles la cara. La alfombra era delgada y muy raída. Los muebles —Kringelein los tocó— eran de nogal con brillo. También en Fredersdorf los había así. Un retrato de Bismarck colgaba de la cabecera de la cama y Kringelein, al verlo, movió poco convencido la cabeza, porque él también tenía otro igual en su casa. Esperaba vagamente otra cosa, otros grabados mejores sobre las camas del «Grand Hotel», grabados ricos, en colores y que salieran de lo corriente. Kringelein se dirigió a la ventana y se puso a mirar al exterior. Abajo estaba todo perfectamente iluminado; la marquesina del jardín de invierno se alzaba por encima de la terraza y un muro desnudo y muy largo se extendía enfrente. Salía de allí un olor a cocina, exhalaciones tibias que asqueaban. Kringelein sintió náuseas, apoyándose sobre el mármol del lavabo. «Decididamente, no me encuentro bien», pensó con tristeza.

Volvió a sentarse sobre el estropeado edredón y su malestar fue creciendo por momentos. «No me quedaré aquí —pensó— de ninguna manera; no quiero seguir en este hotel, pues para esto no he hecho el viaje hasta aquí. Realmente no valía la pena haber hecho todo esto para alcanzar tales resultados, y no me conformo a empezar de este modo ni tengo tiempo que perder con habitaciones semejantes. No hay duda de que me han tomado el pelo, y seguramente habrá otras habitaciones mejores en el hotel. Preysing no admitiría esto, seguramente, sino que protestaría; ya lo creo». Sí que iba él a pasar porque le dieran esta porquería; en seguida. «Nada, que no puedo seguir aquí». Kringelein puso fin a sus reflexiones. Luego, recogiendo en sí mismo, para lo que necesitó algunos minutos, tomó de pronto una resolución y llamando a la camarera empezó a quejarse de la habitación en tonos violentos.

Si se considera que era la primera vez en su vida que Kringelein se atrevía a gritar, hay que reconocer que la cosa no le salió mal del todo. La camarera, con su delantal blanco, completamente asustada, fue a buscar a una compañera honorífica sin delantal; el mozo se dejó ver a lo lejos y el otro criado del piso, que mecía sobre la palma de la mano una bandeja con fiambres, se paró delante del número 216 para escuchar. Llamaron a Rhona al teléfono, el cual rogó a Kringelein que se dirigiera a una antecámara, a la que llegó el director del hotel, uno de los cuatro directores. Allí Kringelein se obstinó, tanto como una mula, en exigir una bella habitación, lujosa, cara y que fuera, por lo menos, como la de Preysing. Parecía considerar el nombre de Preysing como una palabra mágica. Aún no se había quitado el abrigo y con sus manos trémulas apretaba dentro de sus bolsillos las tostadas de Fredersdorf, viejas ya y desmigadas; bizqueaba y pedía una habitación que costase cara; se encontraba mal, muy fatigado. De algún tiempo a esta parte cualquier cosa le hacía llorar, aunque por razones particulares referentes a su salud. Estaba ya dispuesto a marcharse del hotel, cuando de pronto se encontró con la sorpresa de que le daban el número 70, un salón con alcoba y cuarto de baño que costaba cincuenta marcos diarios. Al oír el precio

cerró un poco los ojos diciendo:

—Está bien. Y tiene baño, ¿verdad? Es decir, ¿qué me puedo bañar a cualquier hora, siempre que me dé la gana?

El conde Rhona, imperturbable, contestó que sí, y Kringelein tuvo que hacer su segunda mudanza.

La habitación número 70 estaba bien, porque tenía muebles de caoba, espejos movibles, sillas tapizadas de seda, un escritorio tallado y cortinas de encaje; en la pared colgaban unos bodegones con faisanes; sobre la cama se extendía un edredón de seda cuya superficie tocó Kringelein tres veces seguidas con alguna incredulidad, recreándose en aquel tacto suave y templado. Sobre el *bureau* se alzaba una imponente escribanía de bronce: una águila con sus grandes alas desplegadas, bajo las cuales se cobijaban dos tinteros vacíos.

Al otro lado de la ventana caía una fresca lluvia de marzo; el aire estaba saturado de esencia, los autos atronaban; enfrente, un anuncio a lo largo de una fachada y tan pronto como se apagaba por una punta volvía a encenderse por la otra; Kringelein estuvo mirando aquello unos cuantos minutos. Abajo bullían los paraguas negros y las claras pantorrillas de las mujeres, los autobuses amarillos y los arcos voltaicos. Hasta había un árbol que extendía sus ramas no muy lejos del hotel, unas ramas muy diferentes de las de los árboles de Fredersdorf, porque tenían como un islote de tierra en medio del asfalto y alrededor un cinturón, un enrejado, como si aquel árbol berlinés necesitara protección contra la ciudad. Kringelein, rodeado de tantas cosas extrañas y maravillosas, sintió cierta simpatía por el árbol. Después se quedó un momento perplejo y sin saber qué hacer delante de la bañera, cuyo niquelado mecanismo desconocía; pero, en fin, de pronto, encontró el secreto y, dando salida al agua caliente, se mojó las manos.

Se desnudó con una sensación algo penosa al descubrir su cuerpo débil y macilento a la claridad de aquellos azulejos. Pero finalmente se metió en el agua, permaneciendo en ella más de un cuarto de hora, sin que le doliera nada, sin sentir aquellos dolores que le torturaban durante semanas enteras y que habían desaparecido súbitamente. Y, por otra parte, ¿no se había decidido a que no volviera a dolerle nada en lo sucesivo?

Hacia las diez de la noche vimos a Kringelein deambular por el *hall*. bien vestido, con una americana larga, con un cuello almidonado muy alto y una corbata negra de nudo hecho. En aquel momento no estaba nada cansado; por el contrario, una agitación y una impaciencia de fiebre se habían apoderado de él. «Ahora va a empezar», pensó repentinamente, y sus delgados hombros temblaban como las patas de un perro nervioso. Compró una flor y se la prendió en el ojal; luego, deslizándose deliciosamente sobre el tapiz rojo frambuesa, se dirigió hacia la portería para quejarse de que no había tinta en su cuarto. Un botones le condujo inmediatamente al salón de

correspondencia; pero apenas se encontró Kringelein delante de todos aquellos pupitres vacíos bajo la luz suavizada por pantallas verdes, perdió por completo el aplomo y, sacando la mano del bolsillo de su pantalón, mostró un aspecto bien triste y sombrío. Luego, con un ademán habitual en él, antes de sentarse, se metió bien los blancos puños en las mangas de su americana, y con su escritura cursiva y perfilada de contador empezó a escribir:

A la dirección del Personal de la Algodonera de Sajonia, S.A., de Fredersdorf.

Muy señores míos y de todo mi respeto: El que suscribe se toma la libertad de informarles de que, según resulta del certificado médico que acompaña (anexo A), se halla en la imposibilidad de desempeñar su empleo durante un periodo de tiempo que provisionalmente puede fijarse en cuatro semanas. En cuanto al sueldo mensual de marzo, que ha vencido el 31 del pasado, el que suscribe ruega a ustedes lo hagan efectivo a la señora Ana Kringelein, Eahnhofstrasse, 4, conforme al poder (anexo B). Si no fuera posible al firmante reanudar su trabajo al terminar este plazo de cuatro semanas, les avisaría a ustedes oportunamente.

De ustedes affmo. y respetuosamente s. s.,

Otto Kringelein.

A la señora doña Ana Kringelein, Fredersdorf (Sajornia). Bahnhofstrasse, 4.

Querida Ana —escribió en seguida Kringelein, dando a la letra A una amplitud en los rasgos que verdaderamente conmovía—:

Te comunico por la presente que el resultado del reconocimiento del doctor Zalmman no ha sido favorable. Tendré que marchar de aquí directamente a un establecimiento médico, siendo estos gastos por cuenta de la Caja de Inválidos, y sólo me falta llenar algunos requisitos. Mientras tanto, estoy viviendo aquí muy barato por recomendación del señor director general. Dentro de algunos días te daré nuevos detalles, pues todavía tendrán que sacarme otra radiografía hasta el diagnóstico definitivo.

Te abraza tu

Otto.

Al señor Kampmann, notario, Fredersdorf, en Sajonia; Villa Rosenfeim, Mauerstrasse.

Mi querido amigo y compañero de capilla —escribió Kringelein en tercer lugar, con su letra muy clara, torciendo ligeramente la punta de la pluma—: Te sorprenderá recibir esta larga carta mía fechada en Berlín; pero tengo que comunicarte importantes cambios de mi vida, confiando en tu talento y en tu discreción profesional. Por desgracia, me cuesta mucho expresarme por escrito; pero espero, dada tu cultura general y el conocimiento que tienes del mundo, que interpretarás perfectamente mi carta. Ya sabes que no he llegado a restablecerme por completo de la operación que me hicieron el verano pasado y que no he tenido nunca mucha confianza en nuestro hospital ni en nuestro médico. Esta es la razón de haber aprovechado la herencia de mi padre para venir aquí a que me digan en qué punto estoy de mi enfermedad. Pero ¡ay!, querido amigo, me queda poco tiempo de vida en opinión del profesor que me ha reconocido.

Kringelein permaneció con la pluma en el aire un instante y olvidó poner un punto final a la frase. Su bigote, su hermoso y mayestático bigote presidencial, temblaba ligeramente; sin embargo, continuó con entusiasmo su carta:

Claro es que una noticia así despierta y revuelve en uno todos los pensamientos, y así he pasado muchas noches sin dormir y sumido en mis reflexiones. He determinado, pues, no volver a Fredersdorf, sino gozar un poco de la vida durante las semanas que voy a estar en el mundo, porque me parece muy duro no haber disfrutado nunca de nada y tener que morirme a los cuarenta y seis años, habiendo sufrido siempre, apurado y disputando de continuo en la fábrica con Preysing y en casa con mi mujer. Como comprenderás, es muy injusto que tenga que desaparecer del mundo sin haber sentido jamás alegría verdadera: no puedo, desgraciadamente, mi querido amigo y compañero de capilla, encontrar los términos adecuados y precisos para expresarme convenientemente. Sin embargo, te diré que mi testamento, que hice este verano antes de que me operaran, sigue siendo válido, aunque la situación haya cambiado. En efecto, he hecho que me giren aquí la totalidad de mis economías y he tomado también un préstamo bastante considerable sobre mi póliza de seguro de vida: en fin, he traído conmigo en especie los tres mil quinientos marcos heredados de mi padre. Con este dinero podré vivir como un hombre rico durante algunas semanas y eso es precisamente lo que pretendo. ¿Por qué hemos de consentir a los Preysing que ellos solos disfruten de la vida y hemos de seguir siendo nosotros los eternos pobretes que no piensan más que en economizar y en guardar para mañana? He tomado, pues, en total ocho mil cuatrocientos marcos para mí y

que Ana herede luego lo que quede de ellos, porque creo que no le debo mucho más: bastante me ha envenenado ya la vida con sus constantes disgustos, y ni siquiera ha valido para darme un hijo. Te tendré al corriente de mis gastos y de mi salud; pero te ruego que guardes estas confidencias mías bajo secreto profesional. Berlín es una magnífica ciudad, que se ha desarrollado extraordinariamente para aquel que lleve muchos años sin verla. Me propongo también ir a París, ya que conozco bien el francés por haberlo practicado en mi correspondencia. Como ves, mi cabeza funciona bien y me encuentro algo mejor que hace tiempo.

Te abraza tu fiel moribundo,

Otto Kringelein.

P. D.— Límitate a decir al Comité de la Capilla que he tenido que ingresar en un sanatorio de empleados.

Kringelein revisó lentamente estas cartas, cuyos borradores le habían costado dos noches de vigilia, y no quedó completamente satisfecho, pues le pareció que algo muy esencial en la carta al notario se había dejado en el tintero; pero no pudo descubrir qué. Por torpe y adocenado que fuera Kringelein, no tenía un pelo de tonto; era un idealista con ciertas tendencias a la cultura; por ejemplo, se llamaba a sí mismo «el moribundo», porque lo había leído en un libro de la biblioteca que le había costado algún trabajo desentrañar y que había rumiado luego durante sus profundas pláticas con el notario. Kringelein venía haciendo desde su nacimiento la vida normal del perfecto e insignificante burgués, la vida insípida, llana y rutinaria, pueril y sin interés que llevan los empleadillos de una ciudad pequeña. Se había casado joven, sin grandes entusiasmos, con la señorita Ana Sauerkatz, hija del tendero de comestibles Sauerkatz, una mujercita que le parecía muy linda desde que se hicieron novios hasta que se casaron, pero que poco después le pareció fea, antipática, avara y afanada continuamente en las causas más ruines y mezquinas, a las que trataba de darles importancia. Kringelein estaba a sueldo fijo, pero tenía quinquenios, que iban mejorando poco a poco su situación, y, como su salud distaba mucho de ser buena, su mujer y su familia habían impuesto en la casa desde el primer día la más severa economía para lograr un problemático «ahorro para la vejez». Por esto le negaron el piano que había estado deseando toda su vida y por eso, cuando aumentaron el impuesto de los perros, le obligaron a que vendiera su fiel «basset» *Zipfel*. Llevaba siempre arañazos en la piel del cuello, en su delicada piel de anémico, por el continuo roce de los gastados cuellos de sus camisas. A veces el bueno de Kringelein sentía que algo le faltaba en la vida; pero sin descubrir nunca qué. Otras veces, en la Capilla, cuando su voz de tenor, alta y dulce, sobresalía con su trémolo por encima de

las otras, empezaba a temblar ligeramente, con una emoción llena de embriaguez, como si echase a volar lejos de sí mismo. De vez en cuando, por la noche, paseaba por la calzada hacia Mickenau, alejándose de las calles, y franqueaba el húmedo foso que bordeaba la carretera, encaminando sus pasos por la senda entre dos campos. Un ligero murmullo se deslizaba entre los tallos, y, sin saber por qué, el paseante se regocijaba con la caricia que las espigas le hacían en las manos. Más tarde, en el hospital, bajo la influencia del narcótico, había sentido también la impresión de algo extraño y bueno; pero en seguida se había olvidado de ello. El contador Otto Kringelein no se diferenciaba de la mayor parte de los hombres más que por detalles insignificantes. Pero estos detalles insignificantes —acaso en complicidad con los venenos perturbadores que su cuerpo destilaba— habían llevado al moribundo hasta el hotel más caro de Berlín, donde había escrito las cartas en que anunciaba su espeluznante propósito concebido por tan fútiles motivos...

Kringelein se levantó, algo vacilante, y, cuando con los tres sobres en la mano atravesaba el salón de lectura, se encontró con el doctor Otternschlag, que se dirigió hacia él con ganas de interrogarle, y como mostraba precisamente su media cara destrozada, Kringelein recibió una impresión bastante desagradable.

—¿Le han instalado a usted por fin? —le preguntó perezosamente; vestía de smoking y se miraba complacido las punteras de sus zapatos de charol.

—Sí, ya lo creo; perfectamente —respondió Kringelein cortado—. Gracias, le debo a usted mil gracias, porque ha sido usted muy amable conmigo.

—¿Amable yo? ¡No, señor! ¡Ah, sí! ¿Dice usted por la habitación? Ya, ya. Hace tiempo que quería dejarla, pero no tenía ganas de mudarme. En el fondo, este hotel no es más que una jaula. Y si usted hubiera tomado mi habitación, a estas horas estaría yo en un coche del expreso de Milán o en cualquier otro tren y no me hubiera aburrido. En fin, que las cosas siempre son lo mismo y en marzo hace un tiempo horrible en todo el mundo; poco importa, pues, estar aquí o allá, y, después de todo, lo mismo me da seguir en el hotel.

—El señor, por lo visto, está viajando constantemente —preguntó Kringelein con timidez, pues presentía en cada habitante de este hotel un potentado financiero o un gran señor de la nobleza—. Y ahora, permita usted que me presente: Kringelein —dijo modestamente, con una reverencia muy elegante—. ¿El señor conoce entonces el mundo entero?...

Otternschlag hizo un gesto con «el recuerdo de Flandes».

—Así, así —dijo—. Conozco todo aquello que se tiene costumbre de haber visto, las carreteras que todo el mundo conoce, las Indias y algunos lugares más allá.

Luego se sonrió débilmente viendo la inmensa avidez que sus palabras despertaban en los azules y bizcos ojos de Kringelein, detrás de los lentes.

—Yo también me propongo viajar —dijo Kringelein—. Nuestro director general

Preysing, por ejemplo, emprende todos los años un largo viaje; no hace mucho que estuvo en Saint-Moritz, y el año pasado, para Pascua, fue a Capri con toda su familia. Yo me imagino que todo eso debe de ser maravilloso...

—¿Tiene usted familia? —preguntó el doctor Otternschlag mientras doblaba el periódico.

Kringelein lo pensó cinco segundos antes de contestar.

—No.

—No —repitió Otternschlag, y en su boca esta palabra tomaba un carácter irrevocable.

—Quisiera empezar por París —dijo Kringelein—. Dicen que París es muy hermoso.

El doctor Otternschlag, que unos momentos antes parecía interesarse por la vida, estaba a punto de dormirse. Muchas veces al día tenía los mismos estados de laxitud, de los que no lograba deshacerse más que por un remedio secreto y tóxico.

—Espere usted hasta el mes de marzo si quiere ir a París —murmuró, y Kringelein repuso rápidamente:

—No dispongo de tanto tiempo...

Y de pronto el doctor Otternschlag lo dejó plantado con la palabra en la boca.

—Voy a mi cuarto; quiero acostarme un poco —dijo, dirigiéndose más a sí mismo que a Kringelein, abandonado en el salón de lectura con sus tres cartas en la mano.

El periódico que Otternschlag había hojeado y que cayó al suelo estaba todo emborronado con monigotes y cada uno llevaba debajo una gran cruz. Ligeramente desilusionado Kringelein salió del salón de lectura, pisando la mullida alfombra; tenía el semblante desconcertado. Se dirigió hacia el comedor, desde donde subía, atravesando todos los muros del «Grand Hotel», una música atenuada, pero que se distinguía muy bien, y que era tan pronto lánguida como agitada.

Capítulo 3

El telón cayó golpeando el suelo del escenario con el ruido sordo de una masa de hierro. La Grusinskaia, que sólo hacía un instante giraba ligera como una flor entre las bailarinas, se arrastró jadeante detrás del primer bastidor. Mareada, atontada, tuvo que asirse con su temblorosa mano del musculoso brazo de un tramoyista, y, como si estuviera herida, hizo grandes esfuerzos para recobrar alientos. Le corría el sudor a lo largo de los hundidos surcos bajo sus ojos. El ruido de los aplausos, débil al principio, como el de una lluvia lejana, fue acercándose y creciendo rápidamente al levantarse de nuevo el telón. Más allá, detrás de una caja, un maquinista daba vueltas al manubrio del torno, levantando el telón poco a poco, a fuerza de riñones. La Grusinskaia reanudó luego su sonrisa, como si se pusiese una careta de cartón, avanzando hasta las candilejas para saludar.

Gaigern, que se había aburrido espantosamente, dio tres palmadas ligeras por pura amabilidad y cortesía, deslizándose luego entre las filas de butacas, hacia una de las puertas de salida, que el público llenaba ya impaciente. En las butacas de orquesta y arriba, en las galerías, algunos incondicionales gritaban entusiasmados y aplaudían obstinadamente; y más hacia atrás, los espectadores se apretujaban para ganar cuanto antes los guardarropas. A los ojos de la Grusinskaia, en escena, aquella ola de pecheras blancas, de espaldas negras y de abrigos abrochados que se precipitaban en una misma dirección, tomaba la apariencia de una huida, de una pequeña alarma. La bailarina sonreía echando hacia atrás la cabeza por un movimiento de su cuello, flexible como un tallo, y dando saltitos hacia derecha e izquierda, al mismo tiempo que saludaba con los brazos extendidos hacia el público, dispuesto a marcharse. El telón bajó y volvió a subir. El cuerpo de baile, perfectamente disciplinado, seguía inmóvil y fijo en sus puestos.

—Telón, telón arriba —gritaba agitadamente Pimenoff, el maestro de baile, que era el encargado de reglamentar los éxitos.

Tardó algún tiempo en subir; el hombre del torno hacía grandes esfuerzos. Alguna parte del público de butacas, que estaba ya cerca de las puertas, se detuvo un momento todavía, aplaudiendo con una vaga sonrisa. La Grusinskaia señaló con un ademán a las señoritas del cuerpo de baile, ninfas vestidas de muselina que se agrupaban en torno a ella; con todas las apariencias de la modestia, rehusaba los aplausos desperdigados para cedérselos a aquellas insignificantes jovencitas. Algunas personas que se habían puesto ya sus abrigos se quedaron paradas cerca de las puertas, asistiendo con semblante curioso y divertido a las últimas llamada a escena. Abajo, en el foso de la orquesta, Witte, el viejo director alemán, con gestos suplicantes, pedía obediencia a los músicos, que enfundaban ya sus instrumentos.

—Que nadie se mueva de su sitio —murmuró angustiada: él mismo estaba temblando y el sudor le corría por la frente—. Todo el mundo quieto: hagan el favor, señores. Quizá tengamos que repetir el «Vals de la Primavera».

—No hay cuidado —dijo un fagot—; hoy no hay propina... ¿No lo dije?

En efecto, los aplausos declinaban por momentos. Sin embargo, la Grusinskaia aún tuvo tiempo de ver la negra y abierta boca del músico, que se reía allí abajo en el foso hasta que el telón puso su muro por medio. De pronto cesaron los aplausos y siguió un silencio sorprendente por lo rápido. En la gran calma se oía el menudo paso de las bailarinas por el escenario, de aquellas mujercitas vestidas de tarlatana que hacían crujir levemente el tablado con sus zapatitos de seda.

—Qué, ¿podemos marcharnos ya? —preguntó en francés Lucila Lafite, primera bailarina, dirigiéndose a la Grusinskaia, que volvía hacia ella su agitada espalda enjalbegada.

—Sí, marchaos, marchaos todos al demonio —respondió la Grusinskaia en ruso.

De buena gana hubiera gritado, pero fue más bien un sollozo lo que le salió de la garganta. Las jovencitas vestidas de tarlatana, todas amedrentadas, corrieron hacia la puerta. Se apagaron las luces de la batería y durante algunos segundos la Grusinskaia se quedó sola en el escenario, tiritando en aquella claridad de día nublado, que la reducida iluminación de los ensayos hacía aún más gris y monótona.

De pronto se oyó como un crujido de una rama o el pataleo de un caballo; no era posible engañarse; allá abajo, en la desierta sala, una sola persona aplaudía. La cosa no tenía nada de particular; era Meyerheim, el empresario, que con la audacia de la desesperación trataba de salvar la representación. En medio de un entusiasmo desmedido, aplaudía con todas sus fuerzas, golpeando una contra otra sus ahuecadas y sonoras manos, mientras dirigía miradas iracundas a la galería, que la claqué, negligente en sus deberes, había abandonado demasiado pronto. El primero que oyó las palmadas sueltas fue el barón Gaigern, por lo que volvió a entrar en la sala por curiosidad y dispuesto a tomar parte en la broma. Quitóse, pues, rápidamente los guantes y empezó a aplaudir frenéticamente, y es más: cuando algunos individuos de la claqué y dos o tres curiosos volvieron del guardarropa, empezó a patear furiosamente como un estudiante. Algunos guasones se sumaron a la algazara. Siguió una llamada a escena muy gentil y graciosa, impuesta por unas sesenta personas que aplaudían y pedían con insistencia a la Grusinskaia.

—Telón, telón —gritaba Pimenoff con voz tonante.

La Grusinskaia bailaba como una histérica de un lado a otro del escenario.

—¡Miguel! ¿Dónde está Miguel? Que venga en seguida —exclamaba riendo, las pestañas cubiertas de pasta azul y llenas de sudor y lágrimas.

Witte empujó al bailarín hacia la escena y la Grusinskaia, sin mirarle, le tomó de la mano, tan mojada, por cierto, que apenas pudo sujetarla; luego, desde el centro del

escenario, ante la concha del apuntador, saludaron varias veces con la bella armonía de los cuerpos habituados al trabajo de conjunto. Mas apenas cayó el telón cuando la Grusinskaia armó un alboroto dando rienda suelta a su irritación.

—Has metido la pata y por tu culpa se ha estropeado todo. Has vacilado en el tercer arabesco. ¿Cómo es posible que con Pimenoff me hubiera ocurrido una cosa así?...

—Compasión, ¿yo? Pero Gru —murmuró Miguel con su cómico acento báltico y con una entonación desesperada. Witte le condujo rápidamente hasta detrás de la tercera caja y poniéndole la mano en la boca, dijo:

—Por los clavos de Cristo... no la contradigas... Déjala...

La Grusinskaia recogió sola los aplausos, aprovechando las bajadas del telón para seguir despotricando a su gusto, echando sobre todos las más espantosas maldiciones y llamándolos marranos, perros, asquerosa pandilla de bergantes. Miguel era un borracho y Pimenoff otra cosa peor; amenazaba con licenciar al cuerpo de baile, que había salido ya de escena, y a Witte, el director de orquesta, con suicidarse por las faltas de ajuste cometidas. No obstante, el corazón le brincaba en el pecho como un pájaro cansado y perdido, y las lágrimas corrían a lo largo de su sonrisa de cera y colorete. Pero el jefe de los tramoyistas fue el encargado de poner fin a esta escena bajando una pesada palanca; la sala quedó a oscuras; apenas si dio tiempo a un mozo para extender unas fundas grises sobre las filas de butacas. Quedó el telón echado y el hombre del manubrio cesó en su tarea.

—¿Cuántas llamadas, Susita? —preguntó la Grusinskaia a una mujer de edad que estaba entre bastidores para echarle sobre los hombros un abrigo de lana pasado de color y de moda, mientras empujaba la puerta de hierro del escenario—. ¿Siete? Yo he contado ocho. ¿Cree usted que siete nada más? Tampoco está mal, ¿verdad?, y siempre es un éxito, ¿no?

Tuvo que escuchar luego con impaciencia las protestas de Susita, para quien aquello había sido un éxito enorme, casi igual al de Bruselas tres años antes. ¿No se acordaba ya la señora? La señora se acordaba. ¿Cómo era posible que hubiera olvidado aquel éxito bomba? La señora seguía sentada en aquel cuartito, mirando fijamente la bombilla eléctrica que, rodeada de un enrejado, colgaba sobre el espejo, recordándolo todo perfectamente.

«No, no ha sido como en Bruselas», pensó ceñudamente y muerta de fatiga.

Estiró sus miembros, húmedos de sudor; estaba sentada, y, como un boxeador acostado en su rincón después de un *round* agotador, se dejaba secar y friccionar por Susita. El cuarto era un rincón triste, demasiado caliente, sucio y estrecho; olía a vestidos viejos, a pastas agrias de tocador, a pomadas, a humedad. Quizá la Grusinskaia se quedara dormida algunos segundos, pues se imaginó que atravesaba el vestíbulo de mármol de su villa en el lago de Como; pero inmediatamente volvió a

hallarse cerca de Susita, devorada por el ardiente malestar que le había dejado la representación de aquella noche. No había sido un gran éxito, no, ni muchísimo menos.

¿Y qué gentes crueles e incomprensibles eran las que empezaban a escatimar su gran éxito a la Grusinskaia?

Nadie sabía la edad de aquella mujer. Algunos viejos señores rusos, aristócratas emigrados que habitaban en habitaciones amuebladas en Wulmersdorf, pretendían conocer a la Grusinskaia desde hacía cuarenta años; pero esto era seguramente una exageración. Sin embargo, se podían calcular veinte años de fama internacional y otros años de éxitos y gloria que representaban un tiempo infinito. A veces le decía el viejo Witte, su amigo y compañero desde los comienzos de su carrera:

—Witte, soy una criatura condenada a arrastrar durante toda la vida una carga enorme, demasiado pesada para mis fuerzas.

Y Witte le contestaba gravemente:

—No deje que nadie lo advierta, por favor, Elisabeta Alexandrovna; que nadie lo vea; no hable jamás de pesantez. Tiene usted la misión, permítame que se lo diga, de ser la ligereza personificada. El mundo entero se ha hecho pesado; pero usted no: debe seguir siendo ligera como una pluma, para que no se produzca una catástrofe mundial. No engorde, por Dios.

La Grusinskaia no había cambiado; pesaba los mismos cuarenta y tres kilos desde los dieciocho años, y ésta era principalmente la causa de sus éxitos y aptitudes. Su compañero, acostumbrado a tal ligereza, no podía bailar con ninguna otra. Su nuca, su cuerpo, que parecía totalmente articulado, el óvalo delicioso de su rostro, no habían perdido nada con los años. Sus brazos se movían como alas dóciles. Su sonrisa, que se abría bajo los párpados alargados, era de por sí una obra maestra. Toda la fuerza de la Grusinskaia, no consistía más que en esto: parecerse siempre a sí misma, sin darse cuenta de que esto era, precisamente, lo que empezaba a aburrir a los públicos.

Quizás este mismo mundo de sus admiradores la hubiera querido tal como ella era en realidad y como aparecía en este momento, sentada en su camarín: una pobre mujer nada joven y, delicada, agotada, de ojos cansados y carita demacrada. Cuando la Grusinskaia no tenía éxito —lo que solía ocurrir de vez en cuando— se arrugaba toda y de pronto se hacía viejísima; una vieja de cien años y aún más. En el fondo del cuarto, Susita se lamentaba a media voz, en francés, de pie delante del lavabo gris empotrado en el muro. La tubería de agua caliente funcionaba mal. Por fin hubo manera de preparar las compresas calientes para el rostro de la Grusinskaia, que se entregó a las manipulaciones de rigor mientras Susita le quitaba las perlas del cuello, esas perlas célebres en el mundo entero, inverosímilmente bellas y que provenían de la época del Gran Duque.

—Puede usted guardar las perlas; hoy no me las voy a poner más —dijo la Grusinskaia, que bajo sus párpados casi cerrados había visto su brillo.

—¿La señora no se va a poner las perlas? La señora debía embellecerse para el banquete...

—No, no, basta. Arrégleme usted y póngame bella sin perlas, Susita —dijo la bailarina, y con cara compungida se entregó a las manos de su fantástica doncella, a sus esencias alcanforadas y a sus pastas y pomadas.

Tenía que asistir a una cena ofrecida en su honor por el Club de la Escena, y por eso se hizo arreglar con tanto esmero como un antiguo guerrero mexicano antes de entrar en liza con el enemigo. Fuera, en el corredor de los camarines de las artistas, Witte iba y venía como un centinela, montando su guardia pacientemente, mientras arañaba la caja de su reloj, que, conforme a la antigua moda, llevaba en el bolsillo del chaleco. En el envejecido rostro del músico se dibujaban la preocupación y el disgusto. Poco después, el maestro de baile, Pimenoff, vino a unírsele y luego llegó también Miguel, con las pestañas brillantes de vaselina y fuertemente empolvado.

—¿Vamos a esperar a la Gru o nos marchamos luego todos juntos? —preguntó alegremente.

—Yo te aconsejaría que tomaras el portante, querido mío —dijo Witte—, aun cuando no hubieras ya vacilado cien veces para hacerlo.

—Pero si yo no he vacilado, Pimenoff. ¿He vacilado yo? —exclamó casi llorando.

Pimenoff se encogió de hombros. El también era un hombre de edad; tenía una gran nariz característica y sentía una predilección muy marcada por los plastrones de la época de Eduardo VIII. Ya no bailaba; únicamente dirigía los ensayos y preparaba las distracciones para la Grusinskaia; una coreografía clásica y difícil, llena de pájaros, de flores y de alegorías bailadas sobre las puntas.

—Ve a acostarte y que no te vea hoy la Gru. Lucila se ha marchado también —agregó prudentemente.

Miguel, cuyo juvenil rostro revelaba la indignación, llamó a la puerta del cuarto.

—Buenas noches, señora —exclamó—; no la acompaño a usted. ¿A qué hora será mañana el ensayo?

—Sí, sí, tienes que acompañarnos; no hay más remedio, porque eres tú quien tiene que sentarse a mi lado en la mesa —dijo la Grusinskaia desde dentro—. No me disgustes, corazón mío. Del ensayo ya hablaremos; espérame, que dentro de un momento estoy lista.

—Naturalmente... Como que ha echado ya fuera de sí la borrachera a fuerza de lágrimas —murmuró Witte con gestos de condenado.

—¡Oh, las lágrimas, las dulces lágrimas! —murmuró Pimenoff con la barbilla metida en el cuello de su abrigo.

—No deseo yo a mi peor enemigo que baile un *pas de deux* con Gru. Misericordia, querido —agregó Miguel con su acento germanobáltico tan cómico.

En el camarín, a la cruda luz reflejada por el espejo, la Grusinskaia perfumaba los lóbulos de sus orejas dándose golpecitos con un algodón empapado en la esencia. «Miguel debe venir también —pensaba—; siempre estoy rodeada de viejos: Pimenoff, Lucila, Susita». De pronto se puso a odiar rabiosamente el sombrerillo viejo y raído que Susita, en el fondo del camarín, se estaba poniendo sobre sus grises cabellos. Con un movimiento algo brusco rechazó su ayuda y salió al corredor llevando al brazo el abrigo de noche, negro y oro guarnecido de armiño. Luego presentó sus espaldas a Miguel para que se lo pusiera. Lo hizo como acostumbraba siempre: con una gran delicadeza femenina. Era una pequeña ceremonia de reconciliación..., y, quizás, alguna otra cosa más; era, por parte de la Grusinskaia, como un tenue y secreto ruego de comunicación con aquel joven. Miguel era joven porque la Grusinskaia, que era nerviosa y exigente para sus compañeros personales de escena, cambiaba siempre de primer bailarín; en cuanto al resto de la compañía, se había hecho viejo al mismo tiempo que ella.

Por lo demás, estaba resplandeciente, hermosa, sorprendente y ágil como una flor.

—Elisabeta es encantadora —dijo Witte, haciendo una reverencia de otros siglos.

Había tomado la costumbre de expresarse en un estilo complicado: primeramente, para ocultar su amor hacia ella, de la que estaba enamorado desde su juventud, y luego, porque tenía que traducir sus frases del alemán tan pronto al ruso como al francés. La Grusinskaia pasaba también constantemente de una lengua a la otra, del «tú» ruso al «vos» francés e inglés; pero conocía también el alemán, siéndole familiares asimismo todas las groserías y amabilidades más corrientes. Por eso no siempre podía seguirse fácilmente su discurso. Al subir en el auto preguntó:

—¿Crees tú, Witte, que son las perlas las que tienen la culpa?

—¿Cómo las perlas? ¿De qué van a tener la culpa? —preguntó Witte asombrado, haciendo la segunda pregunta solamente por exceso de tacto, puesto que conocía perfectamente el pensamiento de la Grusinskaia.

—¡Dios mío!, ¿cómo es posible, las perlas? —preguntó también Pimenoff.

—Sí, sí, las perlas, estas perlas, que me traen la negra —dijo ella con una insistencia infantil.

Witte golpeaba uno con otro sus guantes de piel brillante, a la moda antigua.

—Pero, querida... —dijo desconcertado.

—¿Cómo? —dijo Pimenoff—. Toda tu vida te han dado suerte esas perlas, han sido tu mascota, tu talismán, y no podías bailar sin ellas, y ahora de pronto te van a traer la negra. ¡Qué original eres, Gru!

—Sí, sí; me dan suerte negra; lo veo —dijo Gru con tal terquedad que se dibujó una arruga entre sus cejas, reforzadas a lápiz—. No puedo explicártelo, pero he

pensado mucho en ellas. Mientras vivió el Gran Duque Sergio, me trajeron la buena suerte; pero luego le asesinaron... ¡Lagarto, lagarto, lagarto! Después me disloqué el tobillo en Londres el año pasado, sucedió lo del déficit en Niza, y todo lo demás... Te digo que la negra. No me las pondré más para bailar; has de saberlo desde ahora.

—¿Qué no te las pondrás más?... Pero, querida, queridísima Gru, es imposible que bailes sin las perlas; toda la vida has creído que no podrías bailar sin ellas, y ahora, de pronto...

—Sí... —dijo la Grusinskaia—, sólo era una superstición. Witte se echó a reír.

—Lisa —exclamó—, palomita, querida mía, ¡qué criatura es usted!

—No me comprendes. Me comprendes muy mal, Witte. Las perlas ya no sientan bien y no es preciso que me las ponga. Antaño era diferente; había que ponerse alhajas en Petrogrado, en París, en Viena, porque una bailarina tenía que poseer joyas y lucirlas. Pero ahora..., ¿quién lleva perlas verdaderas? Yo, que soy mujer, tengo más olfato para estas cosas y las siento mejor que usted... ¿Te has dormido, Miguel? Dime, por lo menos, lo que opinas.

Miguel, sin un solo movimiento de su gracioso cuerpo, dijo en su francés rebuscado:

—Puesto que quiere usted saberlo, señora, le diré que debía dárselas a los niños pobres, a los inválidos, invirtiéndelas en cualquier obra benéfica, señora...

—Pero ¿qué dices? ¿Las perlas? ¿Dar yo las perlas? —exclamó la Grusinskaia en ruso, de tal modo que parecía cantar la palabra *posertvovatj*.

—Ya hemos llegado —dijo Pimenoff, mientras el auto frenaba bruscamente.

—Adelante, siempre adelante —ordenó la Grusinskaia—. Seamos hermosos y estemos alegres.

Se abrió la puerta cochera y Witte, que subía la escalera detrás de la bailarina, declaró:

—El único defecto que tiene Elisabeta Alexandrovna es que adora el imperativo categórico.

La Grusinskaia sonreía y se puso radiante como una lámpara de la que de pronto se hubiera sacado más mecha, y así, luminosa y sonriente, hizo su entrada en el Club, donde treinta señores metidos en otros tantos fraques la estaban esperando.

Capítulo 4

El barón Gaigern fue el último en dejar de aplaudir: pero tan pronto como se convenció de que ya no se levantaba más el telón, salió del teatro con la cara muy seria del hombre que lleva mucha prisa. Había dejado de llover y numerosas luces blancas y amarillas se reflejaban en el mojado asfalto de la Kantstrasse; el tranvía se deslizaba entre las casas; los guardias de la porra regulaban el tránsito de los autos; los sin trabajo acercaban sus harapos a los abrigo de pieles para abrir las puertas de los coches. En medio del barullo Gaigern atravesó la calle y, con peligro de su vida, infringió el reglamento de la circulación, entrando rápidamente en la oscura Fasahenstrasse, donde estaba estacionado su coche, un cuatro asientos de conducción interior sencillo. El chófer fumaba un cigarrillo.

—¿Qué hay? —se informó Gaigern, las manos metidas en los bolsillos de su trinchera azul.

—Ha vuelto a cambiar de chófer —dijo el interrogado—. Esta vez es un inglés; lo ha traído de Niza, donde lo dejó su señor arruinado. He almorzado con él, pero no se le saca una palabra del cuerpo.

—¿Cuántas veces te habré dicho que te quites el cigarro de la boca para hablar conmigo? —dijo Gaigern a media voz.

—Está bien —dijo el chófer tirándolo—. Acaba de llevarla al teatro y luego la dejará en el Club de la Escena: está allí mismo enfrente; pero no sabe a qué hora tendrá que ir a recogerla.

—No lo sabe —dijo Gaigern distraídamente golpeando con los guantes la palma de su mano—. En fin, está bien; yo me marchó a dar una vuelta por allá abajo. Tú llevas el coche al teatro y allí me esperas.

Con el mismo aspecto de seriedad de un hombre ocupado, Gaigern volvió a pasar por delante del teatro. Aquellos lugares estaban ahora tristes y solitarios; el gran anuncio luminoso se había apagado y los letreros carecían de movimiento. La entrada de artistas no daba a la calle, sino a un patio, cuyos muros estaban revestidos de hiedra, muy brillante por estar recién regada. Gaigern se deslizó entre un grupo de desocupados, fijando los ojos en la puerta vidriera; la luz ardía detrás de los cristales esmerilados de aquella puerta, por la que tenía que salir la Grusinskaia. Los primeros en salir fueron los bomberos, siguiéndoles luego los tramoyistas de anchas espaldas y sendas pipas entre dientes. Poco después la puerta dio paso a algunos grupos de bailarinas, mujercitas con abrigo de pieles baratos, criaturas insignificantes, en medio de una algarabía de palabras francesas, rusas e inglesas. Gaigern las siguió sonriente con los ojos, pues reconocía a algunas de ellas por haberlas visto en Niza y en París. Cuando se reía, su labio superior se quedaba algo corto, como en algunos

niños: esto era encantador y gustaba a las mujeres.

«¡Dios mío!, qué pesado se está poniendo esto hoy», pensaba impaciente, mientras el patio volvía a quedar en silencio. Transcurrió cerca de un cuarto de hora, hasta que el chófer de la Grusinskaia empezó a removerse como un perro que sueña y puso el motor en marcha. Gaigern, que conocía esta señal, se metió profundamente en la sombra del muro y así, al aparecer por fin la Grusinskaia, se había hecho invisible.

—Espérame aquí, Susita —dijo, volviéndose hacia la puerta—. Berkley vendrá en seguida a llevarla al hotel.

La bailarina iba envuelta hasta las orejas en una capa de seda sumamente vistosa, negra y oro guarnecida de armiño, asemejándose por completo en su belleza a las fotografías que de ella publicaban las revistas ilustradas del mundo entero. Gaigern, desde la sombra en que se ocultaba, no quitaba ojo, y en el momento de poner ella su zapato de tisú de plata sobre el estribo, se entreabrió el cuello de ajrmiño y entonces él pudo ver el cuello de la bailarina, aquel cuello célebre, largo, blanco, semejante a tallo de una flor, y que aparecía esa noche especialmente desnudo. Grande fue la satisfacción de Gaigern, que aspiraba el aire entre sus dientes apretados. No había deseado nada más que ver aquel cuello desnudo...

En cuanto partió el auto, Susita se presentó en el patio solitario y desierto seguida del portero, que cerró con llave la puerta de entrada de los artistas. Susita tenía siempre el semblante de una copia vieja y amarillenta de su ama; llevaba los vestidos viejos, los sombreros usados de la Grusinskaia que habían pasado ya de moda. Aquella noche, arrastrando los pies al atravesar el patio, iba vestida con una larga falda de campana y un abrigo desteñido y con cuello escotado. En cada mano llevaba algo: en la izquierda, una maleta chata y bastante grande, y en la derecha, un pequeño maletín de charol negro. Caminaba lentamente, con un paso algo embarazado, hasta la verja que separaba el patio del teatro de la calle, y una vez que se encontró ya en la acera, dio algunos pasos arriba y abajo, a la viva luz de los arcos voltaicos. Ideas completamente descabelladas atravesaron durante algunos segundos el pensamiento de Gaigern, que seguía en un rincón, los músculos en tensión, como pronto para acometer o salir huyendo. Pero nada de esto tuvo que hacer, porque el maldito Berkley, haciendo un viraje de maestro, detuvo el coche delante de Susita, que se metió prontamente dentro. En la iglesia de la Conmemoración daban las once y media y Gaigern, al que por unos momentos se le había olvidado respirar, abrió la boca absorbiendo el aire que necesitaba. Luego silbó y su pequeño cuatro asientos estuvo allí al momento.

—Pronto, pronto, al hotel; síguela —exclamó sentándose al lado del chófer.

—Pero, entonces, ¿es que va a dar el golpe hoy mismo? —preguntó el chófer, que otra vez tenía el cigarrillo entre los labios.

—Hay que esperar —respondió Gaigern.

—¿Otra vez estar en acecho con el auto toda la noche? ¿No se va a dormir entonces? —dijo el chófer.

Gaigern señaló con el dedo el coche gris, que doblaba delante de ellos la luminosa tortuga del puente Hitzgi.

—Pásale —se limitó a decir, y el chófer pisó el acelerador; por allí, cerca del puente, no se veía ningún guardia. La vida nocturna de Berlín bullía en las calles bajo un cielo rojo sin estrellas en la claridad de aquella noche primaveral.

El chófer seguía haciendo sus reflexiones:

—Esto es un asco; esta historia está dando más molestias que lo que vale, para acabar en una plancha colosal.

—El que no se arriesga no pasa la mar —respondió jovialmente Gaigern, quedándose algo corto el labio superior—. Si no te conviene, te doy la cuenta y hasta otra.

—Lo que digo es por su bien —repuso el chófer.

—Sí, como yo te lo digo a ti también por el tuyo —contestó el barón.

—Colócate cerca de la entrada número seis —dijo Gaigern saltando del coche.

Al meterse en la puerta giratoria que ponía en comunicación el pequeño *foyer* de la entrada con el *hall*, se dio de manos a boca con un personaje bufo; era Kringelein, que se le atravesaba en la entrada porque se había metido al revés. Gaigern empujó la puerta con impaciencia e hizo girar el tambor con su contenido.

—La puerta gira en este sentido —dijo el barón.

—Gracias, muchas gracias —respondió Kringelein, que había querido salir, pero que se encontraba otra vez empujando hacia dentro.

Gaigern corrió a retirar su llave en la portería y, metiéndose en el ascensor, dijo al manco, al llegar al primer piso, que le esperara un momento, porque iba a volver en seguida. Se encaminó rápidamente, a lo largo del corredor hasta el número 69, que era el de su habitación; entró, pues, en ella y, echando sobre la cama su sombrero y su abrigo, fue, tomó de un florero una linda rama de orquídeas y, corriendo siempre, salió otra vez al pasillo.

—Haga el favor de decir al manco que ya no necesito el ascensor —dijo a una camarera, que, muerta de sueño, se arrastraba delante de la fila de puertas.

La camarera transmitió el recado al manco, que bajó gruñendo en el ascensor. Susita le esperaba ya abajo con sus maletas para meterse allí. Esto era precisamente lo que Gaigern esperaba y había combinado.

Al llegar Susita delante del cuarto número 68, que ocupaba la Grusinskaia, vio detrás de una palmera a un muchacho muy guapo, con cara tímida y suplicante, y que le pareció haber visto ya alguna vez.

—Buenas noches, señorita; tenga la amabilidad de escuchar un momento —dijo en un francés encantador, pero algo afectado, como suele enseñarse en los colegios de

los jesuitas—. Una palabra. ¿La señorita no está en su cuarto?

—Lo ignoro, caballero —respondió Susita, que estaba bien aleccionada.

—Perdone usted la indiscreción..., pero es que quisiera dejar esta flor en el cuarto de la señora. ¡Siento tanta admiración por ella! Hoy mismo la he visto en el teatro; no faltó a ninguno de sus bailes, y como he leído que le encantan las orquídeas... ¿Es verdad que le gustan?

—Ya lo creo, muchísimo —dijo Susita—. Se muere por ellas; tanto es así que en nuestros invernáculos de Tremezzo las estamos cultivando.

—Muy bien, entonces tenga esta ramita, y me hará usted el favor de ponerla en el cuarto de su señora, ¿verdad?

—Hoy hemos recibido una cantidad enorme de flores. El embajador de Francia ha enviado una cesta magnífica —dijo Susita, amargada aún por el éxito tan discutible de la noche pasada.

Miraba con simpatía a aquel guapo y tímido mozo, pero no podía llevar la rama por tener ambas manos ocupadas y hasta encontraba dificultades para pasarse la llave a la mano derecha y abrir la puerta del 68. Viendo Gaigern su apuro, se acercó vivamente:

—Permítame usted —le dijo haciendo un ademán de llevarle las dos maletas.

Susita soltó la maleta grande, pero retuvo el maletín con un movimiento instintivo de protesta.

«Ya sé donde están las famosas perlas», se dijo Gaigern, aunque tuvo buen cuidado de disimularlo.

Abrió, pues, la doble puerta, y con paso entre discreto y respetuoso, franqueó el umbral de la habitación que la Grusinskaia ocupaba en el hotel.

El cuarto era vulgar y la instalación, como la de todos los otros, de una relativa elegancia. Hacía allí fresco y en la atmósfera flotaban efluvios de perfumes tenues y selectos, y el olor que desprendía una corona de flores; la puerta del pequeño balcón estaba abierta de par en par. El lecho no tenía colgaduras; a los pies se veían unas chinelas algo raídas ya y desgastadas por las suelas, las zapatillas de una mujer acostumbrada a dormir sola. Gaigern, que se había parado en el umbral, sintió una lástima furtiva, tierna y dulce por aquellas zapatillas tan vulgares colocadas junto a la cama de una mujer hermosa y célebre. Con un ademán de súplica alargaba la rama de orquídeas hacia la doncella de la bailarina. Susita dejó el saquito de mano sobre el cristal del tocador, entre los tres espejos, y al fin tomó las flores.

—Muchas gracias, caballero. ¿No llevan su tarjeta?

—¡Qué ocurrencia! No, no soy tan indiscreto —y miró detenidamente a Susita, cuyo rostro marfileño, cubierto de arrugas, recordaba singularmente el de su ama.

—¿Está usted fatigada? —le preguntó. Claro, su señora se recogerá tarde. ¿Tiene usted que esperarla?

—¡Oh, no! Mi señora es muy buena y me dice todas las noches: «Acuéstate, Susita, que no te necesito»; pero a pesar de todo siempre le hago falta; la esperaré; nunca vuelve después de las dos, pues empieza a trabajar todas las mañanas a las nueve. ¡Y qué trabajo, Dios mío! Si viera usted... Sí, sí, la señora es muy buena...

—Debe de ser un ángel —dijo Gaigern lleno de respeto.

Y mientras lo decía se hacía su composición del lugar: «De modo que no hay más que un cuarto de baño sin ventana entre el 68 y 69.» Al recorrer con los ojos la habitación, vio que Susita bostezaba profundamente.

—Buenas noches, señorita, y un millón de gracias —dijo modestamente, sonriendo y desapareció.

Susita echó el cerrojo a las puertas detrás de él, puso las orquídeas en el jarro de agua y, sentándose luego en una butaca, se dispuso a esperar, encogidita y hecha un ovillo, como un paquetito trémulo.

Capítulo 5

Hasta la una de la madrugada no empiezan a verse los pares de calzado en el corredor, delante de las habitaciones del «Grand Hotel». Todo el mundo está fuera para indigestarse de los encantos nocturnos de la gran urbe, de su tumulto, de su bullicio y de su claridad eléctrica. La camarera que hace el servicio de noche bosteza acurrucada en un rincón del corredor, y en cada piso puede verse una doncella virtuosa y ajada, muerta de cansancio. El equipo de *boys* se releva a las diez; pero los recién llegados tienen también bajo su gorra de plato, picarescamente ladeada, los ojos brillantes de fiebre, como ocurre a todos los chicos que se acuestan tarde. El manco de humor endiabrado, encargado del ascensor, ha sido relevado a medianoche por otro manco de pulgas igualmente malas; también Senf, el portero nocturno, y sin pensar en que se va a molestar inútilmente, vuelve a la clínica castañeteándole los dientes de agitación y zozobra. Allí le recibe la hermana tornera con poca amabilidad, diciéndole que se vuelva tranquilo a su casa, porque podrán pasar muy bien cuarenta y ocho horas antes de la venida del niño. Pero éstos son asuntos particulares del señor Senf, con los que nada tiene que ver el hotel. Este se muestra ahora lleno de alegre bullicio; la alegría se desborda por todas partes. En el pabellón amarillo se baila sin descanso; el mostrador de Mattoni ha sufrido ya grandes acometividades y el mozo negro, con la sonrisa de sus ojos y dientes muy blancos, cada vez más atareado, corta grandes lonchas de jamón frío, y echa marrasquino en las ensaladas de frutas. Los ventiladores zumban y arrojan un aire viciado a los patios del hotel. En el corredor del entresuelo, que es donde comen los chóferes, se reúnen éstos para despellejar a sus amos, expresándose descontentos siempre de no poder beber mientras dura el servicio. Los viajeros llegados de todos los rincones de Alemania, es decir, los clientes provinciales del hotel, se asombran y casi escandalizan allí sentados en el *hall*. al contemplar a sus compañeros los berlineses, unos señores con el sombrero echado muy atrás que hablan a gritos gesticulando mucho, y unas señoras pintadas a conciencia. Rhona, al que acaban de dar una fricción en la peluquería, atraviesa el *hall*. pensando: «No es muy selecta que digamos la clientela de noche del hotel, pero ¡qué remedio!, esta gentecilla es la que da dinero».

Poco antes de la una, Kringelein aterrizó en el bar del hotel. Estaba muy cansado y se sentó junto a una mesita, poniéndose a mirar en torno suyo con los bizcos ojos preñados de sueño. El pobrecillo estaba muerto de fatiga, pero le pasaba lo que a los niños el día de su cumpleaños; no quería acostarse. Por otra parte, le parecía estar durmiendo ya. Todo lo veía concluso, como en un sueño febril de su cerebro: el ruido, el murmullo de la gente, las voces, la música, todo tan cerca de él y al mismo tiempo tan lejos, que le parecía una alucinación. Aquellas vibraciones de la vida del

hotel le sumían en un estado de ánimo maravilloso, como si estuviese embriagado sin haber bebido. En una ocasión, cuando tenía diez años, Kringelein hizo novillos para librarse de un ejercicio de dictado; aquella escapatoria fue en una mañana nublada y bochornosa. Salió carretera adelante hacia Mickenau, a campo traviesa, y como el sol empezaba a apretar de firme, se acostó sobre la hierba, quedándose dormido. Después de reanudar su marcha llegó a una pradera al borde de un riachuelo, atracándose de frambuesas, que por allí crecían muy abundantes. Nunca en su vida pudo olvidar luego el zumbido de las moscas, que se agolpaban a montones sobre sus piernas desnudas y sus dedos pringosos y rojos del jugo de las frambuesas, que olían tan bien y que él arrancaba a puñados entre las zarzas y ortigas. Aquella emoción embriagadora de plenitud, de temor, de un malestar escondido y febril y aquella alegría por la falta cometida, volvía a sentirla en aquel momento, entre la una y las dos de la mañana, en el bar del hotel más lujoso de Berlín. Y por cierto que tampoco faltaban las encarnizadas moscas, transformadas ya en implacables guarismos que atormentaban de continuo el cerebro de Kringelein, su mísero cerebro de tenedor de libros, que, acostumbrado a echar cuentas toda su vida, tenía que seguir calculando a pesar suyo.

Así, por ejemplo, una ración de caviar cuesta nueve marcos, y a Kringelein le parece que el caviar no acaba de convencerle: si por lo menos no supiera a sardinas después de ser tan caro... Un sudor frío le acometió al ver que le acercaban la carretilla de las entradas, bajo las miradas malignas de tres camareros que le observaban con cara de burla. Había tenido que dejar el cubierto —veintidós marcos con propina— porque su estómago lo rechazaba. El borgoña era un vino pastoso y agrio que venía acostado en una especie de cochecito de niño como si fuera un rorro. ¡Qué caprichos más raros tenía la gente rica! Como Kringelein no tenía un pelo de tonto, y estaba siempre dispuesto a aprender lo que ignoraba, demasiado comprendía que para aquel comedor estaba muy mal vestido y que estaba haciendo el ridículo más espantoso al servirse torpemente de los diferentes cubiertos que tenía delante. En toda la noche no se le había podido quitar un maldito temblor nervioso, y las últimas horas vinieron a serle aún más angustiosas con el continuo pensar en las propinas, con sus lamentables equivocaciones de puerta y con las mil pequeñeces y contrariedades que le atormentaban. Sin embargo, también había tenido sus momentos felices y maravillosos aquella noche de hombre rico en un hotel encopetado: los escaparates, sin ir más lejos. En Berlín se dejan encendidos los escaparates hasta muy tarde, y en ellos pueden contemplarse amontonadas las riquezas del mundo entero. «Todo esto me lo puedo comprar si quiero...», y este pensamiento era bastante por su novedad para dar calentura y embriagar a un Kringelein. O bien, por ejemplo, Kringelein va a un cine —en Berlín están abiertos hasta las nueve y media— y saca un asiento de palco. También en Fredersdorf iba él

al cine; tres veces a la semana se daban representaciones teatrales en la Sala Zickenmeier, y otras noches había ensayos de la Capilla Coral. Claro que Kringelein había ya disfrutado de todo esto una o dos veces, pero ¡cómo!: sentado junto a su avarienta Ana, en las primeras filas, con la pantalla delante de las narices, entre obreros de las fábricas y, sobre todo, con el cuello dolorosamente estirado toda la noche para no ver más que imágenes gigantescas y deformadas. Y una de las grandes revelaciones de aquella noche fue precisamente ésta: que una película tiene muchos más atractivos cuando se la ve desde una localidad cara y que llega a parecerse a la vida misma. Sólo al acordarse movía Kringelein sonriente la cabeza, perfectamente seguro de ello. Le vino a la memoria la película de Saint-Moritz, una de las últimas que había visto. ¡Oh, qué mundo aquél, inconcebiblemente maravilloso! De pronto, allí mismo, en el rincón del bar, se decide a ir a Saint-Moritz. «Esos lagos y esos valles no se han hecho solamente para los Preysing —se dice—. Yo también puedo disfrutar de ellos...». Y su corazón salta de alegría ante este pensamiento que le obsesiona. Una dulce, amarga y triunfante libertad se apodera de aquellos que saben que van a morir pronto. Pero Kringelein no sabe definir lo que por momentos le oprime hasta el punto de tener que suspirar profundamente para recobrar el aliento.

—¿Me permite usted...? —dijo el doctor Otternschlag sacándole de sus lóbregos pensamientos y deslizando sus huesudas rodillas bajo la mesita que ocupaba Kringelein—. No hay un solo sitio vacío en este maldito bar. No puede estar peor organizado... «Louisania-Flip» —dijo luego al camarero poniendo sus flacos dedos en la mesa, entre él y Kringelein, y que parecían por lo fríos y pesados diez varillas de metal.

—Encantado —dijo Kringelein con distinción, realmente encantado de volverle a encontrar—. Ha sido usted tan amable para mí que no lo olvido; créame usted que es para mí un motivo de eterno agradecimiento...

Otternschlag, a quien después de un número incalculable de años de vivir solo en el mundo nadie le había dicho que era amable, y que llevaba ya diez sin hablar con alma viviente veinte palabras seguidas, sintió un ligero desdén no exento de cierta complacencia al oír los reiterados testimonios de gratitud del señor de Fredersdorf.

—Bien, bien; pues, entonces, a la salud de usted —brindó apurando de un trago su «Flip».

Kringelein, por su parte, había pedido una bebida absurda, y como no se atrevía a beberse, se contentaba con mojar los labios de vez en cuando, en el líquido de color cobrizo, en su cubilete de níquel.

—Hay algo en la animación y movimiento de este hotel que marea y desconcierta un poco al principio —dijo tímidamente.

—¡Hum! —respondió el doctor Otternschlag—. Al principio sí, pero pronto se acostumbra uno a esta vida, que luego ya no varía nada... Camarero, otro «Louisania-

Flip».

—Las cosas son muy diferentes en la realidad de como uno se las ha imaginado —dijo Kringelein, al que su *cocktail* le hacía fantasear—. Claro que hoy también en las provincias se vive dentro del mundo; se lee la prensa, se va al cine, se ve todo en las revistas ilustradas; pero, no obstante, la realidad es muy diferente. Por ejemplo, yo sé perfectamente que los taburetes de los bares son altos; pero ahora que los veo, no los encuentro tan altos como yo esperaba. Como el negro, ahí detrás del mostrador, ya sabía yo también que es el *mixer*, y ahora de cerca no me choca nada, y eso que es el primer negro que veo en mi vida, pues me parece un hombre corriente, sin nada de particular, y hasta habla alemán, por lo que podría sospecharse si no será un blanco pintado.

—No, no; ese negro es verdadero, pero sabe poco. El que quiera beber aquí hasta amodorrarse tiene para un rato.

Entre el runrún de las voces, el choque de la cristalería y el sordo zumbido de los ventiladores llegaron hasta Kringelein las alegres risas de las mujeres, que formaban animados grupos en el fondo del bar.

—Esas no son propiamente mujeres de bar. ¿No le parece?

Otternschlag volvió hacia él la mitad sana de su perfil.

—Les falta cierta femineidad. ¿No es eso? No, no son las auténticas, porque estamos en un establecimiento serio y respetable al que todas las mujeres vienen acompañadas por caballeros. No son, pues, verdaderas mujeres de bar, como señoras propiamente dichas. ¿Viene usted acaso en plan de aventuras?

—¡Oh, no, gracias; nada de eso! Porque si hubiese querido, ya habría encontrado una, sí, una señora joven, hace un rato, que quería bailar conmigo.

—¿Es posible? ¿Usted ha encontrado eso? Pero ¿dónde? —preguntó el doctor Otternschlag riendo con su desdichada media boca.

—Pues es muy sencillo; en un cabaret, en el llamado Casino de no sé qué, muy cerca de la Potsdamer Platz —dijo Kringelein tratando de imitar el tono cortado, de elegante hastío de la vida, del que Otternschlag le daba ejemplo—. Le digo a usted que aquello es una preciosidad: un alumbrado maravilloso —buscó otro término más expresivo pero renunció a él—, un alumbrado maravilloso... Fuentecitas con juegos de luces de todos colores en constante movimiento. Es caro, porque, naturalmente, hay que consumir champaña y le cobran a usted veinticinco marcos la botella. Desgraciadamente, yo resisto poco la bebida, no me encuentro bien del todo y usted comprenderá que...

—¡Qué va usted a decirme! Lo comprendo perfectamente. Cuando a un hombre le quedan los cuellos anchos dos centímetros, no tiene que contarme más.

—¿Es usted médico? —preguntó Kringelein muy asustado, metiéndose inconscientemente dos dedos entre la tela y la piel; y, en efecto, le estaba muy ancho.

—Lo he sido. Yo he sido todo lo que se puede ser. Enviado al Sudoeste africano como médico del Gobierno. Un clima asqueroso. Hecho prisionero el 14 de septiembre. Campo de prisioneros en Nairrti (África Oriental inglesa). Aquello es espantoso. Repatriado luego bajo mi palabra de honor de no empuñar las armas. Seguí hasta el final toda esa porquería, sirviendo como médico. Luego, una granada que me llevó media cara. Plagadito después de bacilos de difteria hasta 1920. Dos años de cama. En fin, ya está bien, ¿no? Punto final. Lo he sido todo; pero ¿a quién puede importarle?

Aterrado, Kringelein contemplaba con sus ojillos bizcos aquella ruina de hombre, cuyos dedos rígidos e inanimados descansaban sobre la mesita. Llenaba el bar una especie de ruido musical, en medio del cual se adivinaba un charlestón cuyas notas salían del pabellón amarillo. Muy poco había comprendido Kringelein del informe telegráfico de Otternschlag, pero lo bastante para que una agüilla picante se le subiera a los ojos. Desde su operación, que no había servido de nada, se echaba a llorar ridiculamente por la cosa más simple.

—¿Y no tiene usted a nadie que... quiero decir... entonces está usted completamente solo? —preguntó indiscretamente, y por primera vez sorprendió a Otternschlag el timbre alto y agradable de la voz de su interlocutor, una voz varonil, sonora, insinuante y sugestiva.

Extendió sus helados dedos sobre la mesa y los retiró en seguida. Kringelein miraba pensativamente las numerosas cicatrices blanquecinas y costurones del rostro de Otternschlag. Luego se volcó de pronto y empezó a franquearse, diciendo poco más o menos: que él también estaba solo, completamente solo, por haber roto los lazos, los diferentes vínculos... —seguía buscando palabras escogidas y sonoras—, y que era la primera vez que venía a Berlín; cuando se ha pasado toda la vida en Fredersdorf, se llega a la capital, mareado, aturdido, idiota... aunque no tanto que no se diera cuenta en seguida de su propia estupidez; él conocía muy poco la vida, pero quería descubrir al fin la verdadera gran vida y solamente movido por ese deseo había emprendido el viaje.

—Pero —continuó Kringelein—, ¿dónde está esa gran vida? Yo todavía no he podido hallarla. He estado en el Casino, ahora estoy aquí sentado en el hotel más caro de Berlín; pero no es esto; yo he creído siempre que la verdadera gran vida, la que merece este nombre, debe ser otra cosa muy distinta y que hay que ir a buscarla a otra parte. No sé..., cuando no se está iniciado... comprenderá usted que...

—Perfectamente. Pero ¿cómo se imagina usted esa vida? —respondió el doctor Otternschlag—. La verdad está siempre en otra parte. Cuando somos jóvenes pensamos: «Con los años será mejor nuestra vida»; y luego, cuando llegan esos años, decimos: «¡Qué buena era la vida por aquel entonces!». Cuando se está aquí se piensa que la verdadera vida está allá en las Indias, en América, en Popocatepetl o en

cualquier otra parte; y cuando se está allí, esa vida ha vuelto a escabullirse para plantarse aquí, donde nos está esperando tranquilamente, aquí mismo, de donde habíamos huido. Pasa con la vida como le ocurre al cazador de mariposas con su red. Mientras ve revolotear al coleóptero: «¡Qué magnífico ejemplar! —piensa—. ¡Qué maravilla!». Y cuando le tiene prisionero, los colores se han borrado y las alas están viejas y arrugadas.

Era la primera vez que Kringelein oía pronunciar a su amigo algunas frases coherentes, que no dejaron de impresionarle, aun cuando no las creyera.

—No le creo —dijo con modestia y sin ocultar su pensamiento.

—Pues créame, porque es siempre como el taburete del bar —repuso Otternschlag con los codos sobre las rodillas y las manos débilmente trémulas que colgaban en el vacío.

—¿De qué taburete habla usted? —preguntó Kringelein.

—Del que hablaba usted hace poco, cuando decía: «Los taburetes de los bares no son, después de todo, como yo me figuraba; yo los creía mucho más altos». ¿No me ha dicho usted eso? Pues bien, siempre ocurre lo mismo; uno se figura todo mucho más alto de lo que es en realidad. Y se comprende. Usted ha llegado de ese rincón de su provincia con ideas completamente falsas y equivocadas de las cosas y ha pensado: «¡Oh, el «Grand Hotel», el hotel más grande de Berlín, tiene que ser una maravilla!»; hasta que se convenza de que no hay tal cosa, porque este «Grand Hotel» no es, en suma, más que eso, una gran farsa llena de humo. Se viene a ella, se pasa un momento y se la deja. Todos somos transeúntes, ¿comprende usted qué hacemos todos en un hotel, en el más lujoso que pueda usted soñar? Comer, dormir, deambular, flirtear un poco, alguno que otro negocio, bailar otro poco..., ¿no es eso? Bien, pues, ¿qué hace usted en la vida más que eso? Cien puertas que dan a un corredor y nadie sabe nada de su vecino. No bien se ha marchado usted, llega otro viajero y se acuesta en su cama. No hay más. Y si no, siéntese algunos ratos en el *hall*.y observe con atención lo que pasa. Allí los verá a todos como ficciones, sin fisonomía propia, como muertos, sin que ellos lo sepan siquiera. ¡Valiente pamplina es esa de los grandes hoteles! ¡El «Grand Hotel», «Bella Vista»! Mentira, pura mentira todo, créame. En fin, lo esencial es hacer como yo, que tengo siempre mis maletas preparadas...

Kringelein se quedó muy pensativo, hasta que le pareció haber comprendido la peroración de Otternschlag.

—Sí, es verdad —dijo, asintiendo, pero apoyó con fuerza la última palabra y Otternschlag, que había quedado un poco traspuesto, se despertó.

—¿Quiere usted algo de mí, que le enseñe la vida, introduciéndole y guiándole en ella? Me parece excelente su determinación, y en todo caso cuente incondicionalmente conmigo, señor Kringelein.

—No quisiera molestarle —repuso el contador, triste y respetuoso.

Luego se quedó pensativo. Llevaba embotellada una porción de frases elegantes, pero no se acordaba de ninguna. Desde que se alojaba en el «Grand Hotel» estaba como gallina en corral ajeno.

Hablaba el alemán, su propio idioma, como una lengua extraña que hubiera aprendido en libros y periódicos: tales eran su afección y amaneramiento.

—Ha sido usted excesivamente amable —dijo—. Yo creía que..., pero usted lo ve todo evidentemente de otro modo, desde ese punto de vista, más acostumbrado a todo, mientras que para mí, todo es nuevo y sorprendente..., ¡claro!, y por eso me impaciento... Tendrá que perdonarme...

Otternschlag observó atentamente al contador y hasta su ojo de cristal bajo el párpado cosido parecía mirar. Vio su flaco cuerpo que bailaba dentro de un trajecillo de lana, de corte ramplón, que empezaba a raerse; vio dibujarse bajo aquel bigote conquistador de presidente de un círculo deportivo las líneas tristes y ávidas de sus labios descoloridos; vio su cuello descarnado que se escapaba por el otro de la camisa, ancho y rosado; sus vulgares manos de escribiente, de uñas descuidadas, y las botas negras de becerro y elásticos cuyas puntas se torcían ligeramente hacia dentro, allí debajo de las mesitas, sobre el grueso y mullido tapiz, y por último vio también los ojos de Kringelein, unos ojos humanos, azules, detrás de unos lentes de contador y en los cuales se leía una inmensa plegaria: la espera, el deslumbramiento, la curiosidad..., la sed de vida del que siente cerca la muerte.

Bien porque nuestro contador transmitiera algún calor al frío pasmarote de Otternschlag, o bien, simplemente, porque se aburriera, el caso es que le dijo:

—Sí, desde luego, tiene usted razón al decir que para mí todo ha pasado y que estoy cansado y harto de todo. Así es realmente. Pero ¿cree usted buenamente que va a encontrar novedades? Siente usted apetitos, ¿verdad? Quiero decir en lo moral. Pero, vamos a ver, ¿qué es lo que usted imagina? El paraíso corriente de los hombres: champaña, mujeres, carreras, el juego, la bebida... ¡vaya, vaya! Y la primera noche cae usted en una de esas casas y en seguida tropieza con una aventura. ¿No es eso? —preguntó Otternschlag impasible, pero reconociendo a Kringelein por el calor que sentía en sus bizcos ojos.

—Sí, muy rápidamente. Una señora estaba empeñada en bailar conmigo; una señora joven y muy bella. Acaso no fuera completamente..., quiero decir una de esas «flores de la gran ciudad» —y decía «flores de la gran ciudad» como lo había leído en la «Gaceta de Mickenau»—. Pero, en cambio, era muy elegante y, sobre todo, muy bien educada.

—Conque bien educada también, ¿eh? ¡Vaya, vaya! ¿Y de la aventura, qué? —murmuró Otternschlag.

—Pues nada, que como no sé bailar..., cosa que debería hacer, porque, por lo

visto, es muy importante... —dijo Kringelein, al que su *cocktail* le hacía febrilmente atrevido y triste a la vez.

—Sí, es muy importante, mucho, no lo sabe usted bien —repuso el doctor Otternschlag con una entonación extraordinariamente animada—. Hay que saber bailar y practicar ese estrecho contacto mientras se gira vertiginosamente a compás con la pareja. ¿No es eso? Nunca se debe decir que no a una señora que quiere bailar. Por lo tanto, es necesario aprenderlo. ¡Oh, qué razón tiene usted, señor Kringelein! Apréndalo tan pronto como pueda para que nunca tenga usted que decir no a una señora, señor Kringelein..., porque usted se llama Kringelein, ¿verdad?

A través de sus lentes, Kringelein, curioso e inquieto, miraba cara a cara a su amigo.

—¿Qué quiere usted decir? —le preguntó creyendo que el otro se burlaba de él; pero Otternschlag seguía muy serio.

—Créame usted, Kringelein —dijo—. Todo aquel que vive fuera de la vida sexual es un hombre muerto... ¡Mozo, cobre!

Después de esta conclusión abrupta, Kringelein pagó también y se levantó desconcertado. Detrás de las espaldas esqueléticas del doctor Otternschlag, cubiertas por un estrecho smoking, salió del bar y, dirigiéndose hacia el portero, tomó posesión de su llave.

—¿Hay cartas para mí? —preguntó al portero de noche; parecía haberse olvidado repentinamente de Kringelein.

—No —dijo el portero sin comprobarlo siquiera..., puesto que no hay dos porteros que se parezcan moralmente, y el tacto no se adquiere con la gorra galoneada—. La señorita se ha llevado la llave de la señora —dijo acto continuo en francés a una señora.

Kringelein casi lo comprendió gracias al conocimiento de las lenguas que había adquirido al servicio de la correspondencia extranjera.

Una dama pasó a su lado; un tenue perfume agrisado se desprendió de su abrigo escotado de seda recamada de oro. Kringelein miró descaradamente a la señora con admiración rayana en impertinencia. Tenía ésta los cabellos negros y lisos, tomados por una diadema; los párpados alargados eran de un azul oscuro y unas grandes sombras muy oscuras también se dibujaban bajo los ojos. Las sienes, las mejillas y la barbilla eran de un blanco marfileño veteado por el azul de las venas; la boca carminosa, casi púrpura, era de un dibujo exageradamente arqueado, reforzado por dos curvas que subían rodeándose hacia las alas de la nariz. Llevaba el cabello partido en dos crenchas aplanadas que le bajaban muy por bajo de las mejillas, y en el lugar donde las crenchas se unían en la piel se veía extendida una sombra de un ligero color de ocre puesto allí con un arte exquisito. La dama parecía muy alta, aunque su estatura no pasaba de ser mediana, debiéndose esta impresión —hasta el mismo

Kringelein se daba cuenta de ello— a las proporciones armoniosas de su cuerpo y a la ligereza de su marcha. La acompañaba un vejete que llevaba en la mano un sombrero de copa y que tenía toda la apariencia de un músico.

—¿Podrías estar mañana en el teatro a las ocho y media, querido? —preguntó la dama al tiempo de pasar junto a Kringelein—. Quisiera trabajar media horita antes del ensayo.

Kringelein, que en su vida había visto nunca nada tan artístico como aquella señora, sintió una profunda admiración y, tirando de la manga de Otternschlag, le dijo a media voz:

—¿Quién es esa mujer?

—Pero, hombre, ¿no la conoce usted? Es la Grusinskaia —dijo Otternschlag impaciente, dirigiéndose hacia el ascensor con su paso de una ave zancuda.

Kringelein se quedó plantado en medio del *hall*. «¡La Grusinskaia, cuerpo de Dios, la Grusinskaia! —pensó, porque la fama de la artista era tan grande que hasta había llegado a Fredersdorf—. ¿De modo que existe realmente? Y la he visto como es, y no solamente los periódicos hablan de ella, sino que acabo de verla con mis ojos. Se codea uno con ella, se la roza al pasar, todo el *hall*. conserva su perfume cuando lo atraviesa. Tengo que escribírselo a Kampmann». Inmediatamente se puso en movimiento para volver a ver a la bailarina y contemplarla con atención. En ese momento, una pequeña ceremonia de cortesía se desarrollaba delante del ascensor. Un hombre sumamente apuesto y bien parecido, un buen mozo lleno de elegancia y distinción, se hizo deliberadamente dos pasos atrás para dejar libre la puerta del ascensor, colocándose detrás de la Grusinskaia con un ademán desenvuelto y respetuoso a la vez, enteramente como si se tratara, no de la prioridad del paso a un ascensor, sino de un reino que un conquistador pusiera a los pies de una soberana. Otternschlag, que estaba solo y plantado de otro lado, hizo un gesto muy raro exclamando para sí: «Sir Walter Raleigh». Kringelein, por el contrario, estaba tan lanzado, que, pasando delante de Otternschlag, se precipitó en el ascensor detrás de las anchas espaldas de aquel joven tan bien educado. De tal suerte, que su bienhechor se quedó solo atrás, porque no podían subir en el ascensor más que cuatro personas a la vez; ya iban bastante estrechos unos contra otros en aquella pequeña cárcel de cristales y maderas. El apuesto joven se había metido materialmente en un rincón.

—¡Ah!, ¿conque usted también en Berlín, barón? —le preguntó el viejo director de orquesta Witte.

Y el barón Gaigern respondió:

—Efectivamente, aquí estoy también.

Kringelein escuchaba respetuosamente este diálogo entre gentes distinguidas. El manco giró la manivela y el ascensor se paró en el primer piso. Sobre el tapiz rojo frambuesa se encaminaron hacia sus habitaciones. Abría la marcha la Grusinskaia y

luego seguían Witte, el barón y por último Otto Kringelein. Se abrieron las puertas de los cuartos 68, 69 y 70. Eran las dos de la mañana y un viejo reloj de péndulo colgado en un recodo del corredor daba la hora sin apresurarse. La música del pabellón amarillo llegaba muy vagamente, pero se oía tocar la marcha final.

La Grusinskaia se paró un momento entre las dos puertas de su habitación.

—Adiós, querido, buenas noches —dijo a Witte en alemán, en cuya lengua le hablaba cuando estaba de buen humor—, y muchas gracias por esta noche. En el fondo la cosa ha ido bien y no puedo quejarme. Ocho llamadas... ¿no han sido ocho? Y a propósito, ¿quién es ese joven? Me parece que lo hemos visto ya en alguna parte. ¿No habrá sido en Niza?

—Sí, sí, precisamente, Lisa; en Niza es donde lo hemos visto. Un día se me presentó y luego hemos jugado algunas veces al *bridge*; parece sentir una admiración profunda por Elisabeta.

—¡Ya, ya! —dijo simplemente la Grusinskaia sacando de debajo de su abrigo una mano, y acarició la manga de Witte con el pensamiento en otra parte—. Estamos reventaditos; buenas noches, querido. Pero, oye, ese barón es el hombre más guapo que yo he visto en mi vida... —agregó en ruso; no hubiera hablado más fríamente de un objeto expuesto en un escaparate para ser vendido en pública subasta.

Kringelein, que se había retardado delante de su puerta, haciéndose el remolón, escuchaba ávidamente y como sediento de aprender aquellos acentos de una lengua extranjera. Tenía la sensación confusa de que el mundo era más grande y más excitante y, sobre todo, muy distinto de lo que él se figuraba en su pueblo.

Después, las puertas se cerraron en el hotel. Se corrieron los pestillos detrás de cada doble puerta y cada individuo se quedó solo en su cuarto en compañía de sus secretos.

Ni el más pequeño resplandor de vida mundana brilla entre ocho y diez de la mañana en los locales del «Grand Hotel». Ni una luz que arda, ni una música que suene, ni una mujer que se haga visible..., a menos que resulte hembra llena de atractivos, una criada de delantal azul que barre el *hall*. con aserrín mojado; pero, en todo caso, Rhona no la tiene por tal. Ya está de nuevo en su puesto el famoso conde Rhona, tranquilo, asiduo, recién afeitado y asomándole discretamente por el bolsillo de la americana una puntita del pañuelo de seda. Le parece ser más bien de un hotel de segundo orden eso de ponerse a hacer limpieza en presencia de los clientes; eso no debe hacerse. Sin embargo, es misión que no le concierne, pues no es inspector en jefe. Por lo demás, los clientes no se preocupan de ello, porque todos los que se encuentran por la mañana en el «Grand Hotel» son señores serios, trabajadores, gentes activas, de negocios. Allí sentados, en el *hall*. hacen sus círculos y, hablando todas las lenguas del mundo, venden papeles, algodón, aceite de máquinas al por mayor, patentes de invención, películas cinematográficas y terrenos; venden planos,

ideas, su energía, su cerebro y su vida. Se desayunan copiosamente y la sala de desayunos se llena con el humo de los cigarros, a pesar de que un discreto aviso fijado en la tapicería de damasco amarillo ruega a los fumadores que salgan a fumar al salón gris inmediato. Las mesas están llenas de periódicos, todos los locutorios telefónicos se ven ocupados y asediados. El portero Senf no espera recibir noticias de la clínica antes de la una de la tarde. En el corredor del quinto piso, inmediatamente después del lavadero, se pasa revista a los mozos antes de empezar su servicio, y visto el «Grand Hotel» desde la calle, entre las puertas 1 y 3 del inmueble, no se distingue gran cosa de una Bolsa.

Tomando como modelo al director general Preysing de la Algodonera de Sajonia, S. A., y considerándole como el tipo medio de los hombres de negocios, podemos ver inmediatamente lo que todos los individuos de su categoría hacen poco más o menos en el «Grand Hotel» entre las ocho y diez de la mañana.

Este director general Preysing —un mocetón muy pesado y corpulento en demasía— había llegado al hotel a una hora imposible, a las seis y veinte de la mañana, porque en aquel malaventurado Fredersdorf solamente se paraban los trenes cortos. A pesar de los esfuerzos realizados, no se había conseguido que pararan los expresos, y bastante era ya que la fábrica hubiera obtenido la instalación de una vía de enlace para la carga de sus productos. Pero esto no es más que un detalle. Preysing llegó, pues, al hotel, molido y derrengado por el viaje, y allí supo con gran disgusto interior que el cuarto que le reservaban era uno de los más caros: piso primero con salón y baño, número 71, setenta y cinco marcos. Preysing era un hombre económico y por eso no llevaba su coche a Berlín, para ahorrarse el hospedaje del chófer. Pero como de todos modos le cobraban tan caras las habitaciones, baño comprendido, empezó por sentarse en la bañera largo rato con cierta satisfacción —semejante a la del otro viajero del hotel que procedía también de Fredersdorf, el señor Kringelein—. Luego se tumbó un rato en la cama, pero sin poder deshacerse de la impresión de insomnio y frío de toda una noche pasada en el tren. Volvió, pues, a levantarse, abrió su equipaje con exagerada minuciosidad y empezó a colgar las prendas de las perchas portátiles que llevaba en su equipaje. El calzado, cada montón de ropa blanca, cada prenda, cada objeto, lo colocaba en un saco limpio de tela con sus iniciales «K.P.», bordadas en cadeneta de algodón rojo.

Al mismo tiempo que se hacía la corbata, profundamente abstraído de todo, Preysing miraba a la calle, ahogada todavía en la niebla de la mañana. Era muy temprano y la luz poco clara; las barredoras mecánicas cepillaban atravesando la niebla matinal. Preysing miraba a la calle, pero no distinguía nada. El día se preparaba muy duro para él y tenía que recogerse en sus pensamientos y hacerse el ánimo a la idea de que tendría que trabajar mucho. Llamó al criado y le dio él mismo el calzado para que lo limpiase, pues llevaba consigo en su maleta cajas de crema

amarilla y blanca. La habitación estaba ya llena y saturada de un olor inconfundible e indefinible de los rápidos viajes de negocios; olor a cuero de las maletas, a Odol, a agua de colonia, trementina, humo de cigarrillos. Con los gestos estudiados, lentos y precisos que le caracterizaban, Preysing abrió su cartera y contó el fajo de billetes de mil marcos, por si acaso, porque en el mismo curso de la discusión el dinero contante y sonante podía tener su utilidad. Preysing, mojándose los dedos, empezó a contar su dinero con el gesto de un hombre salido de la nada y que había hecho una fortuna. Después se guardó la cartera, y, por exceso de precaución, cerró con un imperdible el bolsillo interior de su chaqueta de lanilla gris. Calzado con sus zapatillas de viaje de cuero rojo, se paseaba por la habitación preparando mentalmente la conversación que iba a sostener con los delegados de los géneros de punto de Chemnitz. Buscó un cenicero y, como no lo encontrara, se disgustó de tener que echar la ceniza de su cigarro en el tintero, que era otra águila de bronce igual a la que había encantado al señor Kringelein, en el número 70. Durante algunos momentos el director general tabaleó sobre las desplegadas alas del águila; luego el criado le trajo los zapatos limpios, de manera que Preysing pudo salir de la habitación a las ocho menos diez, dirigiéndose en seguida a la peluquería, donde no había más que otro señor sirviéndose. Aun cuando estaba preocupado, su aspecto al desayunarse no podía ser más tranquilo y alegre, con la cara recién afeitada, que reflejaba salud y buen humor. A las ocho y media, como estaba convenido, llegó Rothenburger.

—Buenos días, Rothenburger —dijo Preysing, tendiéndole los dos dedos con que sujetaba su cigarro.

—Buenos días, señor Preysing —le contestó Rothenburger echándose el sombrero hacia atrás mientras se sentaba y desplegaba sobre la mesa su gran cartera de hombre de negocios—. ¿Usted también ha vuelto por aquí?

—Sí, sí —dijo Preysing—, y, ¡cuánto me alegro de verle! ¿Qué va usted a tomar? ¿Té, coñac, huevos con jamón?

—Tomaré una copa de coñac. ¿Cómo están en su casa? La señora y las niñas, ¿están todos bien?

—Bien todos, gracias; claro está que le hemos agradecido mucho su felicitación por nuestras bodas de plata...

—Ya lo creo, no faltaba más. ¿Y cuál ha sido la actitud de la Sociedad en estas circunstancias?

—¡Dios mío! ¿Qué tiene que ver en este caso? He aportado el viejo coche a mis negocios y en su puesto he recibido otro nuevo.

—Sí, sí, «el Estado soy yo», «la Sociedad soy yo», puede muy bien decir un Preysing. ¿Y cómo está su señor padre político?

—Está bien, muchas gracias: todavía se fuma sus buenos cigarros habanos.

—¡Dios mío! ¡El tiempo que hace que lo conozco! Cuando pienso que empezó a

trabajar con seis telares Jacquard en un local de mala muerte... y ahora... Es fantástico.

—Sí, el negocio ha tomado muchos vuelos —dijo Preysing acentuando estas palabras.

—Se habla mucho de esto y dicen que se está usted haciendo una magnífica villa, un verdadero castillo... en un parque.

—Sí, sí, la cosa no está mal; ha sido siempre la manía de mi mujer, que, como usted sabe, es muy aficionada a la casa, donde ella encuentra toda su alegría; es su propio elemento. Sí, no lo pasamos mal ahora en Fredersdorf; tiene usted que venir a vernos algún día.

—Gracias, gracias, muy amable. Acaso se pueda combinar un pequeño viaje de negocios algún día, con todos los gastos pagados.

Una vez que todas estas fórmulas de cortesía y amabilidades fueron liquidadas, los dos señores se recogieron un momento para entrar en el asunto que les interesaba.

—Ayer hubo mucha agitación en la Bolsa, ¿verdad? —preguntó Preysing.

—¿Dice usted agitación? Pues se queda corto. Aquello era un verdadero manicomio, porque después de las alzas de las acciones Bega, la gente está como borracha y todos creen poder hacer grandes especulaciones sin estar cubiertos. Pero ayer fue la bancarrota; no le digo a usted más que bajaron un treinta, un cuarenta por ciento. Hay muchas víctimas que lo ignoran todavía. Todos los que se han inmovilizado por este papel... ¿Tiene usted Begas...?

—Las he tenido, pero me retiré a tiempo —dijo Preysing mintiendo descaradamente, porque la mentira es muy corriente en los negocios; y Rothenburger lo sabía perfectamente.

—¡Bah! No le importe a usted; pronto volverán a subir —dijo en tono consolador... y exactamente como si el no de Preysing hubiera sido un sí—. Por lo demás, ¿de qué podrá uno ya fiarse si quiebra una Banca como la de Kuesel y Dusseldorf? ¡Una casa tan fuerte! Su Sajonia se halla también entre los acreedores, ¿no es cierto?

—¿Nosotros? De ninguna manera. ¿Quién se lo ha dicho a usted?

—¡Ah!, ¿no? Pues yo creía que sí; se oyen tantas cosas... Pero si usted no pierde nada con la quiebra de Kuesel, no me explico entonces por qué las Algodoneras Sajonia han bajado tanto.

—Precisamente es lo que yo también estoy pensando y lo ignoro actualmente. El veintiocho por ciento no es un grano de anís. Otros valores de la misma firma se han mantenido firmes y eso que son peores que los nuestros.

—Sí, los géneros de punto Chemnitz se han mantenido —contestó Rothenburger sin ambages.

Preysing lo miró; unos anillos de humo azulados flotaban en el aire entre los

rostros de estos dos hombres de negocios.

—En fin, mejor sería que hablara usted en alemán —dijo Preysing al cabo de un momento.

—Es usted el que debe hacerlo, Preysing, porque yo no tengo secretos. Usted me dio la orden de comprar Algodoneras Sajonia y yo las compré en las mejores condiciones. Bien. Luego hicimos subir el cambio, muy convenientemente, por cierto, al ciento ochenta y cuatro; la cosa no podía ser mejor, pero circuló el rumor de que había usted celebrado un importante contrato con Inglaterra y subió la cotización; corrió luego otro rumor de que iba usted a fusionarse con los productos de punto de Chemnitz y subieron igualmente las acciones. Pero de pronto Chemnitz lanza al mercado todas las acciones de Sajonia y, naturalmente, bajan mucho más de lo que era de esperar lógicamente. La Bolsa carece siempre de lógica, y es como una mujer histérica, puedo asegurárselo a usted, Preysing, porque hace cuarenta años que estoy casado con ella. Usted ha perdido dinero en la quiebra de Kuesel. El contrato con Inglaterra se lo ha llevado la trampa; la cosa tiene arreglo, pero de todos modos, una pérdida del veintiocho por ciento en un solo día es demasiado y tiene alguna gravedad.

—Ciertamente. Pero ¿qué significa todo eso? —preguntó Preysing, y de su cigarro puro cayó un gran cono de ceniza en el café, que se había enfriado.

Preysing no era nada diplomático. Su pregunta era ociosa e importuna.

—Pues eso significa que los géneros de punto de Chemnitz flaquean cada vez más, y usted lo sabe tan bien como yo. Ahora llega usted aquí de prisa y corriendo para ver lo que se puede salvar de ellos. Pero ¿qué quiere que yo le aconseje en este caso? Usted no puede obligar al público de Chemnitz a que lo quieran. Si Chemnitz lanza al mercado todos los títulos que posee de la empresa de ustedes, es como si dijera: «No los queremos, porque la Algodonera Sajonia ya no nos interesa». Sólo queda ahora ver qué es lo que se puede salvar de esta enojosa situación. ¿Quiere usted seguir comprando sus propias acciones? Porque ahora puede usted adquirirlas a un precio ventajoso.

Preysing no contestó en seguida, sino que se tomó algún tiempo para reflexionar, lo cual suponía para él un gran esfuerzo. Era una buena persona el director general, correcto, íntegro, de moral limpia. Pero no era ningún genio desde el punto de vista de los negocios, porque carecía de fantasía, de talento persuasivo, de médula. Cada vez que por su cargo tenía que adoptar resoluciones definitivas perdía pie como en una pista de patinar, y, cuando decía algo contrario a la verdad le faltaba fuerza de persuasión. En cuestión de negocios, sólo lograba, pues, mentiras de poca monta y sin ningún alcance. La cosa más pequeña le hacía tartamudear y pequeñas gotas de sudor corrían bajo su bigote sobre el labio superior.

—En definitiva, si los de Chemnitz no quieren la fusión, que ellos se las

compongan; al fin y al cabo nos necesitan más que nosotros a ellos. Si no hubieran adquirido ese nuevo procedimiento de tinte, la cosa no nos interesaría lo más mínimo —dijo por fin, creyendo haber encontrado una respuesta hábil.

Rothenburger levantó sus diez dedos en el aire y los dejó caer sobre la mesita del desayuno, junto al cacharro de cristal de la miel.

—Pero puesto que Chemnitz posee el procedimiento de tinte, y como la Sajonia se interesa por él... —dijo amistosamente.

Preysing tenía preparadas a flor de labios una porción de respuestas: «Con Kuesel no hemos perdido nada», iba a decir; y «la combinación inglesa no se ha perdido, ni mucho menos», y «los géneros de punto de Chemnitz hacen bajar nuestros cambios precisamente porque quieren la fusión, y por eso están preparando condiciones más favorables». Pero acabó por no decir nada de esto y repuso solamente:

—En fin, ya se verá. Pasado mañana tengo una entrevista con los delegados de Chemnitz.

—¡Uf! —dijo Rothenburger exhalando el humo desde el fondo de su garganta—. ¿Una entrevista? ¿Y quién va a venir? ¿Schweimann?, ¿Gerstenkorn? Buenas cabezas, no hay duda; pero hay que estar alerta con ellos. El que hubiera debido venir, y no lo tome usted a mal, es su padre político. En fin, la cosa no está perdida del todo; ya hablaré yo de todo esto en la Bolsa, y aunque no sirva de mucho, tampoco perjudicará el negocio. Y entonces, ¿qué va usted a hacer? ¿Va usted a dar orden para una nueva compra de Algodoneras? Si no hay nadie hoy para sostenerlas, están en peligro de dar un salto mortal. No olvide usted que se lo dice Rothenburger —y abriendo su cartera sacó un talonario de órdenes.

Preysing había enrojecido súbitamente ante la brutal alusión que hizo el otro a su suegro. Por encima de la raíz de la nariz apareció una pequeña mancha roja que no tardó en desaparecer. Sacando luego una estilográfica de su bolsillo, firmó la orden que le presentaban.

—Hasta cuarenta mil, sin pasar de ciento setenta —dijo fríamente, y debajo de su nombre trazó una rúbrica grande y voluntariosa, como una protesta contra su suegro y contra Rothenburger.

Preysing siguió todavía algún tiempo en la sala de los desayunos. Tenía un humor de perros, le zumbaban los oídos porque su tensión arterial dejaba bastante que desear, y una sensación opresiva le molestaba sobre el occipucio siempre que se ponía a tratar de asuntos importantes. Durante el último año había sufrido algunos reveses y la historia de ahora amenazaba con ponerse fea. No era cosa sencilla detener a Chemnitz, que quería renunciar a la fusión, y allá abajo, en su casa, estaba el viejo sentado en su sillón de ruedas, y, en su inconsciencia senil, experimentaba una alegría maligna cada vez que su yerno fracasaba. Las negociaciones con los ferrocarriles del Estado referentes al expreso no habían dado resultado alguno.

En las mismas narices de su competidora Sajonia, la Sociedad de los géneros de punto de Chemnitz había adquirido el nuevo procedimiento de tinte, gracias al cual se podían dar los productos más baratos y con tonos de color que solamente las clases caras habían tolerado hasta entonces. Hacía ya meses que su gran contrato con Inglaterra venía desenvolviéndose con interminables discusiones; ya por dos veces Preysing había ido a Manchester, y a su regreso parecía que las negociaciones marchaban peor. En suma, que había que considerarlas casi como rotas. Pero, entretanto, el viejo había preparado aquel negocio con Chemnitz, dirigiendo astutamente las conversaciones preliminares; el viejo Gerstenkorn había ido a Fredersdorf para visitar las instalaciones. Zinnowitz, el célebre jurista en materia comercial, había concebido un proyecto de contrato que no estaba firmado todavía; dos acciones Chemnitz equivaldrían a una acción Sajonia. Era un buen negocio para la empresa, y, después de todo, tampoco era malo para Chemnitz; la Bolsa estaba al corriente de todo; el mundo textil lo sabía también; pero de pronto Chemnitz pretendía aprovecharse solo, y precisamente cuando parecía que todo iba a perderse, el viejo le enviaba al pobre Preysing para recoger los residuos.

—¡Puah! —dijo Preysing, que distraídamente se había bebido un sorbo de café frío, mezclado con la ceniza del cigarro.

Se levantó; le dolía la espalda por su largo viaje en el tren carreta; bostezaba convulsivamente y sus ojos se ponían tiernos y mojados. Melancólicamente y necesitado de algún consuelo, se dirigió hacia los teléfonos, pidiendo comunicación urgente con el número 43, Fredersdorf.

El 43 Fredersdorf no era el teléfono de la fábrica, sino el de la villa de Preysing. No tardó en conectarse la comunicación y entonces, apoyando cómodamente sus codos sobre la tabla del pupitre, sintió alguna tranquilidad al hablar con su mujer.

—Buenos días, Mulle —dijo—. ¿Duermes todavía, Mulle? ¿Estás acostada?

—¡Qué cosas tienes! —respondió el teléfono con una voz lejana, pero entera y blanda; una voz que el director general quería con gran fidelidad—. ¿No sabes que son las nueve y media? Ya me he desayunado y regado mis flores. Y tú, ¿qué haces?

—*All right!* —contestó Preysing quizá demasiado alegremente—. Voy a celebrar una entrevista con Zinnowitz, ahora, en seguida. ¿Tenéis sol ahí?

—Sí —contestó el teléfono con un ligero acento sajón, familiar y evocador de la tierra natal—, hace un tiempo hermoso. Todos los azafranes azules se han abierto durante la noche.

A través del teléfono, Preysing los veía, así como la habitación, con sus muebles de junco, el gorro de la cafetera de tejido de punto, la mesa puesta con las pequeñas cubiertas que tapaban las hueveras. Veía también a Mulle en peinador azul y zapatillas y la regadera en la mano para regar sus plantas.

—¿Sabes que no estoy a gusto, Mulle? Me faltas tú. Debiste acompañarme.

—¿De veras? —contestó el teléfono halagado, sonriendo también en correspondencia con la amable sonrisa de Preysing.

—Sí, estoy tan acostumbrado a ti... Pero oye, antes que se me olvide: me he dejado olvidada la navaja de afeitar y tengo que ponerme todos los días en manos del barbero.

—Ya lo he visto, sí —contestó el teléfono—. Te la has dejado en el cuarto de baño. Cómprate otra. Las encontrarás muy baratas en los bazares; te saldrá más económico que si te afeitan, y te será más agradable hacerlo tú mismo.

—Sí, tienes razón —dijo Preysing agradecido—. ¿Dónde están los chicos? Diles que quiero saludarlos.

El teléfono gruñó algunas palabras incomprensibles hacia el fondo de la habitación y luego se oyó claramente una voz que decía:

—Buenos días, papá.

—Buenos días, Pepsine —exclamó Preysing alegremente—. ¿Cómo estás?

—Bien, ¿y tú?

—Bien, ¿está ahí Babe también?

Sí, Babe estaba allí también y con voz argentina de diecisiete primaveras preguntó a su padre cómo estaba, si el tiempo era hermoso y si papaíto les llevaría algo de Berlín. Los azafranes se habían abierto y Mulle no la dejaba jugar al tenis, y eso que hacía bastante calor. Luego Mulle se acercó al aparato a decir algunas palabras; después se unió a Pepsine y por último el teléfono gritó y cantó con aquellas tres voces a un tiempo, hasta que la señorita de la Central tomó cartas en el asunto y Preysing tuvo que cortar el diálogo familiar. Un momento todavía siguió en el locutorio sintiendo como... —no hubiera podido expresarlo...— el anhelo de tener entre sus manos algo de aquel sol y de los azafranes azules en el templado alféizar de una ventana.

Al salir del locutorio se sintió muy consolado. Pretendían algunos que el director general era un monomaniaco del amor familiar y no se engañaban. Hizo poner una segunda comunicación para negociar con su Banca, lo cual fue algo agitado, porque se trataba de obtener una recaudación de cuarenta mil por la orden absurda y casi desesperada que, sin contar con nadie, había dado a Rothenburger. Durante aquellos diez penosos minutos que el director general pasó en el locutorio número 4, Kringelein bajaba la escalera disfrutando a cada paso de la alfombra rojo frambuesa, sobre la que había aprendido ya a caminar de una manera distinguida, dirigiéndose a la portería. También llevaba una flor en el ojal, la misma de la noche anterior, que había dejado metida en un vaso de agua del tocador y que estaba relativamente fresca; un clavel blanco cuyo olor picante le parecía a Kringelein el complemento indispensable de su elegancia.

—El caballero por quien preguntaba usted ayer acaba de llegar —dijo el portero.

—¿Qué caballero? —preguntó Kringelein admirado.

El portero miró el libro de entradas.

—El señor Preysing, de Fredersdorf, director general —dijo mirando a Kringelein y escrutando su insignificante figurilla. La respiración de Kringelein fue tan profunda que pareció que suspiraba.

—¡Ah!, sí, es verdad. Está bien, gracias. ¿Y dónde está? —preguntó, palideciéndole los labios.

—Debe de estar en la sala de desayunos.

Kringelein se alejó de la portería muy tieso, las piernas casi arqueadas; iba preparando mentalmente sus saludos al director: «Buenos días, señor Preysing, ¿cómo encuentra usted el desayuno? Sí, ya ve usted, yo también estoy en el «Grand Hotel». ¿Tiene usted algún inconveniente en ello o cree que nos está prohibido a nosotros? ¡Oh, no, señor; también nosotros podemos vivir como nos dé la gana!». Todo esto lo pensaba, pero no lo decía.

«¡Bah! —pensó luego—. ¡Qué tonto soy en preocuparme! ¿Me va a comer acaso? No puede hacerme nada». Y volvió a sentir otra vez la misma indefinible sensación de libertad que en el bosque de Mickenau junto a las frambuesas. Con grandes ánimos y dispuesto a todo, entró en el comedor con la desenvoltura y familiaridad que iba adquiriendo ya para circular por estos locales elegantes. Buscó a Preysing. Era preciso, absolutamente necesario hablarle; tenía que arreglar una cuenta con él, ya que solamente por eso había ido al «Grand Hotel». «Buenos días, señor Preysing», iba a decirle...; pero Preysing no estaba ya en el comedor, y Kringelein tuvo que recorrer los pasillos, asomar la cabeza al salón de correspondencia y al salón de lectura; inspeccionó también el quiosco de periódicos y hasta se atrevió a preguntar al mozo número 14 si no había visto al señor Preysing. En todas partes le decían que no. Entonces Kringelein, completamente acalorado y con el ánimo lleno de propósitos fantásticos, de los que tenía que librarse a todo trance, llegó al umbral de una habitación que aún no conocía.

—Dispense usted —dijo al telefonista—. ¿Conoce usted al señor Preysing de Fredersdorf?

El empleado, que tenía la boca llena de números, no pudo contestar; pero hizo con la cabeza un movimiento afirmativo y otro con la mano.

Kringelein se puso rojo y luego pálido; porque en aquel mismo momento Preysing, pensativo, salía del locutorio número 4.

Y entonces ocurrió lo siguiente: Kringelein se encogió; las vértebras de su cuello se dislocaron, o poco menos; la cabeza le cayó sobre el pecho; sus piernas se extendieron, las puntas de sus pies giraron hacia dentro, el cuello de su americana le subió sobre la nuca, sus rodillas se separaron y su pantalón empezó a flotar alrededor de sus escuálidas piernas. En un segundo, el rico y distinguido señor Kringelein se

había transformado en un tenedor de libros, ruin y miserable; un ser subalterno era, y no otra cosa, que parecía haber olvidado completamente que no le quedaban más que algunas semanas de vida y que solamente por eso debía estar en una postura muy gallarda, frente a frente del señor Preysing, que tenía que luchar todavía largos años contra las vicisitudes de la vida. Separóse, a un lado el tenedor de libros, arrimándose bien a la puerta del locutorio número 2, y allí murmuró con cara de circunstancias y del mismo modo que hacía en la fábrica:

—Muy buenos días tenga usted, señor director general.

—Buenos días —dijo Preysing, pasando sin mirarle siquiera.

Kringelein siguió un minuto clavado allí contra el muro, avergonzado, tragando su amarga saliva; todos sus dolores habían reaparecido bruscamente, torturando y atenazando su pobre estómago de moribundo; su estómago perdido, enfermo, que destilaba secretamente y sin freno los venenos mortales que le conducían lentamente a la muerte.

Entretanto, Preysing seguía su camino hacia el *hall*. donde ya estaba esperándole Zinnowitz, el afamado jurista en materias comerciales.

Capítulo 6

El doctor Zinnowitz y el director general Preysing se encontraban desde las dos sentados e inclinados sobre sus papelotes, en un tranquilo rincón del jardín de invierno, relativamente desierto hasta mediodía. La cartera de documentos de Preysing estaba completamente vacía y el cenicero lleno de colillas; como siempre que llevaba a cabo difíciles negociaciones comerciales, un ligero sudor mojaba las palmas de sus manos. El doctor Zinnowitz era un hombrecillo de algunos años ya, con cara de mago chino; antes de hablar tosió ligeramente para aclararse la voz, como si hubiese de informar ante un tribunal, y poniendo luego solemnemente una mano sobre el montón de papeles, dijo:

—Resumiendo, mi querido Preysing: nos vamos a presentar a la conferencia de mañana en condiciones muy desfavorables. Nuestras acciones no valen gran cosa, tanto que, desde el punto de vista de la Bolsa... —y diciendo esto golpeaba con el dedo sobre la lista de cotizaciones de la «Gaceta de Berlín de Miry», que un mozo acababa de ofrecerle y en la que se indicaba una nueva baja de siete enteros para las acciones Sajonia—. Nuestras acciones no valen gran cosa y yo creo que hemos elegido mal el momento psicológico, si puedo expresarme así, para esa importante reunión. Usted también lo sabe; si los de Chemnitz dicen mañana que no, está perdida la sesión. Las conversaciones no podrán reanudarse luego, y me temo mucho que, en las presentes circunstancias, digan que no. Claro que no lo aseguro; pero es posible y hasta probable.

Preysing le escuchaba con impaciencia. Estaba nervioso. Le irritaban las pedantes y rebuscadas frases del jurista, porque Zinnowitz tenía la costumbre de hablar como si estuviera siempre en una asamblea general. Cuando apoyaba las falanges de los dedos sobre el tablero de la mesa, el ligero veladorcito de junco del jardín de invierno se convertía en una mesa de conferencias, llena de importantes acontecimientos sobre el tapete verde.

—Entonces, ¿habrá que tocar a retirada? —preguntó Preysing.

—No; es imposible retirarse ahora sin producir la peor impresión —observó Zinnowitz—. Queda por saber si podrá ganarse o perderse algo con una prórroga. Hay probabilidades...

—¿Y qué probabilidades son ésas? —preguntó Preysing, que no podía quitarse la estúpida costumbre de preguntar lo que sabía perfectamente, de modo que todas las negociaciones tenían que tomar con él una amplitud inútil y revestir un carácter pedante y confuso.

—Usted las conoce tan bien como yo —dijo el doctor Zinnowitz, y su respuesta equivalía a un reproche—. Se trata ahora, como siempre, de saber cómo van las

conversaciones con los ingleses, y a mi juicio el punto más esencial en este asunto es la firma Burleigh & Son, de Manchester. Los géneros de punto de Chemnitz buscan la colocación de sus productos confeccionados en los mercados de la Gran Bretaña, que están principalmente en manos de esa sociedad, que tiene importantísimos contratos ya para sus productos confeccionados, pero que no produce más que primeras materias; y por eso les convendría exportar a Alemania su algodón bruto e importar a Gran Bretaña los artículos confeccionados de Chemnitz. Y siendo así, ¿por qué no lo hacen ya lisa y llanamente? Usted sabe tan bien como yo, mi querido Preysing, que la empresa de Chemnitz no es sólida y se echan atrás porque sus cimientos parecen resentirse y vacilar. Ahora que si la Sajonia, S. A., se refunde en la Chemnitz, la situación ha de cambiar completamente y la firma Burleigh & Son se las promete muy felices con esta fusión. No hay duda de que creen allá abajo..., y perdóneme que se lo diga..., que su explotación, la de usted, algo desmayada ahora, tomaría un nuevo impulso de juventud y que los accionistas de Chemnitz tendrían con ello cierto freno. Por consiguiente, Burleigh & Son se interesan solamente por la Sajonia en el caso de refundirse en los géneros de punto de Chemnitz. Y Chemnitz, por su parte, no quiere esta fusión sino sobre la base del contrato de Burleigh & Son que asegure el mercado inglés. De modo que, por el momento, cada una de esas dos sociedades espera tranquilamente que tenga usted su contrato con la otra, y si he de darle mi opinión sincera, las negociaciones no han podido estar peor dirigidas; porque, ¿cómo es posible, si no, que estemos metidos ahora en este callejón sin salida? ¿Quién ha negociado por Manchester?

—Mi suegro —contestó Preysing rápidamente.

Aquello no era verdad, y Zinnowitz —perfectamente enterado de la lucha que se estaba librando para conseguir la dirección de la Algodonera de Sajonia, S. A.— lo sabía igualmente. Pasó, pues, su mano abierta sobre la mesa en un ademán que rechazaba la respuesta de Preysing y que significaba: «Dejemos esto a un lado».

Zinnowitz prosiguió:

—Yo no he cesado de afianzar la relación de Chemnitz... —gustaba de lanzar, de tiempo en tiempo, alguna expresión enérgica que recordaba su época de capitán de reserva—, y puedo describirle a usted con toda exactitud cómo piensan actualmente. Schweimann ha desistido ya por completo de esa idea de la fusión y Gerstenkorn empieza a vacilar también. ¿Por qué? Porque el gran consorcio S. J. R. está tanteando a los de Chemnitz para saber si estarían dispuestos, no a unirse a ellos, sino simplemente a venderlo todo. En tal caso, Schweimann y Gerstenkorn entrarían, como es lógico suponer, en el Consejo de Administración, y además tendrían otras remuneraciones..., mientras que en el momento presente corren algunos riesgos. Y, por el contrario, si la cosa cuaja con Burleigh, en este caso mi opinión es, por lo menos, que dejarían a un lado la oferta de la S. J. R. e irían a la fusión con ustedes.

Tal es la situación de las cosas allá abajo; pero yo no sé todavía cómo marchan las de Manchester. Es verdad que su suegro me ha escrito, pero tan vagamente...

Fiel a su manía de preguntarlo todo, aunque ya lo supiera, Preysing hizo un nudo en las diáfanas declaraciones del jurista.

—Pero ¿es cierta esa oferta de la S. J. R., o no se trata más que de palabras? ¿Cuánto han ofrecido a la Chemnitz? —preguntó.

—Eso no tiene nada que ver con el negocio —repuso Zinnowitz, que no sabía nada. Preysing avanzó su labio inferior, sobre el que descansaba el cigarro, y reflexionó. «Claro que sí tiene que ver algo», pensó, aunque sin poderlo explicar ni a sí mismo ni al otro.

—No es que vayan mal, precisamente, las negociaciones con Burleigh... —dijo luego con alguna vacilación.

—Pero tampoco precisamente bien, por lo que deduzco —replicó vivamente el abogado.

Preysing hizo además de tomar su cartera, retiró la mano, la volvió a extender, se quitó de la boca el cigarro, cuyo extremo estaba mordisqueado, y ya a la tercera tentativa cogió una carpeta azul donde estaban clasificadas las cartas y las copias.

—Esta es la correspondencia mantenida con Manchester —dijo rápidamente tendiéndole el cartapacio a Zinnowitz, pero se arrepintió en seguida, y sus manos volvieron a mojarse en un sudor frío.

Luego quiso, con un ademán familiar, hacer girar sobre su dedo el anillo, pero no lo consiguió.

—Por supuesto que le enseño a usted todo esto a título rigurosamente confidencial —le dijo en tono de súplica.

Por toda respuesta, Zinnowitz le echó una mirada por encima de los papeles y Preysing guardó también silencio. Desde el comedor grande, donde estaban arreglando las mesas, llegaba ya algún ruido mezclado con ese olor de todos los hoteles del mundo un poco antes de empezar a servirse la comida, ese olorcillo a carne asada que cuando se percibe antes de comer excita, pero repugna cuando ya se ha comido. Preysing empezaba a tener apetito e instintivamente se acordó de Mulle, allá en su hogar, y de los niños, que estarían ya sentados a la mesa.

—Claro que sí... —dijo el doctor Zinnowitz dejando las cartas sobre la mesa y mirando a Preysing entre pensativo y distraído.

Después de algunos minutos de silencio, Zinnowitz prosiguió su peroración:

—Volvamos al punto de partida. Por el momento continúan las negociaciones con Burleigh & Son, y, por lo tanto, tenemos todavía en nuestro poder esa carta de triunfo, para ejercer presión sobre Chemnitz. Pero puede ocurrir que, si aplazamos la conferencia y Burleigh abandona el negocio, lo cual es muy de presumir en vista de su última carta de 27 de febrero, se nos escape ese triunfo y entonces habremos

perdido terreno. Hoy por hoy estamos sentados «entre» dos sillas, en lugar de estarlo «sobre» ellas.

De pronto la frente de Preysing se cubrió de carmín, una oleada de sangre corrió por su piel, ligeramente arrugada, y sus venas se hincharon. Algunas veces se sentía acometido por idénticos accesos de ira.

—Toda esta conversación es música celestial; lo que necesitamos obtener es la fusión —dijo casi gritando, y pegó un gran puñetazo sobre la mesa.

El doctor Zinnowitz tardó algunos momentos en contestar.

—Pero, aunque la fusión no llegara a hacerse, no creo yo que por eso quebrara la sociedad Sajonia —dijo.

—No, seguramente que no; no se trata de quiebra —dijo Preysing—. Pero entonces tendríamos que reducir nuestra explotación y despedir a los obreros de la fábrica; tendríamos...; pero, y lo lograré, y esto también, por razones de orden interno. Hay que establecer autoridad en el mecanismo interno, ¿me comprende usted? Porque, al fin y al cabo, toda la creación de la fábrica es obra mía, organizada por mí, y entonces querrían retirarme el beneficio moral. El suegro está muy viejo y mi cuñado no me conviene por ningún concepto; se lo digo a usted francamente; usted conoce a ese joven, y yo no le quiero. Ha traído de Lyon unas costumbres que no me gustan para mi negocio. No soy partidario del *bluff*, no me gusta esa clase de individuos; yo trato mis operaciones sobre una base sólida, sin hacer castillos en el aire. Por el momento, aquí estoy para dar mi opinión...

Vivamente interesado, el doctor Zinnowitz consideraba al director general, que en el calor de la discusión estaba diciendo más de lo que debiera.

—En esas cosas se le conoce a usted como el modelo de un hombre de negocios correcto —observó cortésmente, pero con un asomo de reproche en su entonación.

Preysing cortó por lo sano y, tomando la carpeta azul, la metió en la cartera con mano agitada.

—Estamos, pues, de acuerdo —dijo Zinnowitz—. La conferencia se celebrará mañana y como veamos la menor posibilidad, apresuraremos la firma del contrato preliminar. Ahora, que si yo pudiera saber... Oiga usted —dijo después de haber reflexionado en silencio durante un minuto—. Si pudiera usted confiarme algunas de esas cartas... Las más prometedoras, ¿comprende usted?, las que se recibieron al principio de las negociaciones. Yo veré esta misma tarde a Schweimann y Gerstenkorn. Lo que no puede perjudicar si se... Claro que yo no enseñaré todas las cartas, sino solamente algunas...

—Imposible —dijo Preysing—. Nos hemos comprometido con la firma Burleigh & Son a guardar la más absoluta discreción.

Zinnowitz se contentó con sonreír.

—Esta es la eterna canción —observó—. Pero, en fin, haga usted como le

parezca, puesto que es usted quien tiene la responsabilidad. «Hic Rhodus, hic salta». Si pudiéramos consolidar hábilmente las conversaciones con Manchester, podríamos esperararlo todo; es la única manera de conducir a buen fin este negocio mal dirigido, y habría que deslizar algunas cartas entre las manos de Schweimann, así como por casualidad; claro que eligiéndolas, algunas copias; pero, en fin, haga como le parezca, ya que usted es el responsable.

Una vez más Preysing asumía una responsabilidad. Los cuarenta mil marcos para cubrirse de las compras de acciones hechas por Rothenburger estaban todavía sentados en la boca de su estómago. Tenía accesos de bilis y de mareo y las sienas le latían como si quisieran romperse.

—No, no me gusta, es incorrecto. Las negociaciones con Chemnitz han empezado mucho antes de las conversaciones con Burleigh, y entre Gerstenkorn y nosotros no se ha hablado nunca una palabra; pero de pronto todo empieza a girar sobre este punto. Si los de Chemnitz no quieren aceptarnos más que como un accesorio del negocio inglés... cosa que me temo mucho... ¿Y por qué hemos de mostrar nuestra correspondencia, después de todo? No, eso no lo haré.

«Tienes los alcances de un pollino», pensó el doctor Zinnowitz cerrando su cartera, cuya cerradura hizo un pequeño ruido.

—Está bien —dijo luego mordiéndose los labios y se levantó.

Pero de pronto Preysing cambió de opinión.

—¿Tiene usted alguien que pueda copiar algunas de las cartas? Yo podría, en definitiva, hacerle algunas; pero no quiero deshacerme de los originales —dijo rápidamente en voz alta, como si tuviera que cubrir la voz de alguien—. Tiene que ser una persona digna de confianza y muy discreta, porque tendré también que dictar algunas cosas que necesito para la conferencia. Las taquimecas afectas al hotel no me sirven; siempre me parece que van a contar al portero todos los secretos del negocio. Necesitaría esa mecanógrafa para inmediatamente después de comer.

—Desgraciadamente, ninguno de mis empleados tiene tiempo —dijo Zinnowitz fríamente y algo sorprendido—. Tenemos pendientes algunos grandes trabajos, y hace ya algunas semanas que mi personal tiene que trabajar horas extraordinarias. Pero, ahora que me acuerdo, espere usted... se le puede enviar a usted a «Llamita»; sí, «Llamita» es la que usted necesita; voy a telefonearle.

—¿A quién? —preguntó Preysing, al cual el diminutivo le había impresionado desagradablemente.

—A «Llamita», «Llama II». La hermana de «Llama I», que ya conoce usted y que hace veinte años trabaja conmigo. «Llama II» también viene algunas veces a ayudarnos cuando el trabajo nos agobia. Me ha acompañado también en algunos viajes, siempre que «Llama I» estaba indispuesta; es una muchacha muy activa e inteligente; yo necesitaría esas copias antes de las cinco. Por lo demás, me conduciré

de una manera completamente oficiosa y esta noche voy a cenar con esos señores de Chemnitz. «Llamita» puede llevarme las copias directamente a mi gabinete. Voy a telefonar en seguida a «Llama I», para que me envíe a su hermana. ¿Para qué hora ha pedido usted mañana el salón de conferencias?

El doctor Zinnowitz y el director general Preysing, dos señores muy correctos, con sus grandes carteras muy viejas debajo del brazo, salieron del jardín de invierno, atravesaron el corredor y, pasando delante de la garita del portero, entraron en el vestíbulo, donde muchos señores parecidos y provistos de carteras semejantes, conversaban sobre temas análogos. Algunas señoras hicieron también nuevamente su aparición; recién bañadas y perfumadas, y con los labios cuidadosamente pintados, con elegante desmayo se calzaban los guantes antes de introducirse en la puerta giratoria para salir a la calle, donde un rayo de sol amarillo iluminaba el asfalto gris.

Al atravesar el *hall*. hacia los teléfonos, Preysing oyó que le llamaban por su nombre. El mozo número 18 se acercaba corriendo y con su voz infantil, clara y mal impuesta todavía, gritaba a intervalos regulares:

—Señor director Preysing, de Fredersdorf; señor director Preysing.

—Aquí estoy —gritó éste, y tendiendo la mano recibió un telegrama y dijo—: Con permiso.

Abrió el despacho y lo leyó mientras seguía marchando al lado del doctor Zinnowitz. Mientras lo leía sintió helársele la raíz del pelo, hasta el punto de que, maquinalmente, se puso su sombrero hongo.

El telegrama decía así:

«Negociaciones con Burleigh & Son, rotas definitivamente. — Brohesemann».

«Esto ya no sirve de nada y es inútil que me mande usted esa señorita, porque ya no me hace falta. No hay que pensar en Manchester», iba diciéndose Preysing a medida que caminaba hacia los teléfonos. Había metido el telegrama en el bolsillo de su abrigo, apretándolo convulsivamente entre los dedos. «Esto ya no sirve absolutamente para nada; ya no necesito hacer copias», pensó, haciendo el firme propósito de decirlo; pero no lo dijo. Lo que hizo fue toser ligeramente, porque tenía todavía la garganta irritada de su viaje en el tren, la noche anterior.

—Por fin tenemos buen tiempo —dijo.

—Estamos a fines de marzo —respondió Zinnowitz, que no era ya un hombre de negocios, sino otra vez un particular, que iba recreándose en las medias de seda de las mujeres.

—El locutorio número 2 quedará libre al momento —dijo el telefonista según iba metiendo sus clavijas rojas y verdes.

Preysing se apoyó junto a la puerta tapizada, y, a través del ventanillo de cristales, dirigió maquinalmente una mirada hacia una ancha espalda que había en el interior del cuarto. Zinnowitz dijo algo que él no comprendió. Una violenta furia se le subió de pronto a la cabeza contra el imbécil de Brohesemann, que enviaba semejantes telegramas en el crítico momento en que era precisa toda la energía para una negociación tan difícil. Era probable que el viejo estuviera detrás del telegrama, aquella estantigua, con su maldad y alegría ofensiva y maligna, de viejo chocho: «Te has embarrancado, ¿eh? Pues sal como puedas del atolladero». El director general tenía los nervios fatigados por su noche de insomnio, mareada la cabeza por las preocupaciones, la conciencia limpia, en medio de cosas poco claras y de turbias complicaciones, y por todo esto sentía ganas de llorar. Trató, pues, de coordinar sus ideas, que se arremolinaban y huían de su cerebro. El doctor Zinnowitz, a su lado, hablaba con el tono de un conocedor exaltado de una nueva revista en la que todo era de plata. La puerta del locutorio contra la que se había apoyado en busca de sostén golpeó contra sus espaldas y se abrió luego con fuerza, pero sin violencia, dando paso a un hombre alto, extraordinariamente apuesto y de aspecto amable, que llevaba puesto un gabán azul. En lugar de protestar, este hombre se disculpó con algunas palabras corteses. Preysing, con la imaginación ausente, le miró cara a cara, haciéndole buena impresión el desconocido; éste también murmuró algunas palabras de excusa. Zinnowitz estaba ya en el locutorio telefónico y llamaba a «Llama II», «Llamita», una muchacha muy inteligente encargada de copiar las cartas que ya no iban a tener ninguna utilidad. Preysing sentía claramente que había que poner fin a la comedia, pero no lograba encontrar la dosis de energía necesaria.

—Ya está arreglado todo —dijo el doctor Zinnowitz saliendo del locutorio—. «Llamita» estará aquí a las tres. En el hotel hay bastantes máquinas de escribir; así podré tener las cartas a las cinco. Todavía le hablaré por teléfono antes de la conferencia y ya verá usted cómo logramos al fin dar este golpe de mano. Hasta luego, y buen apetito.

—Buen apetito —contestó Preysing dirigiéndose hacia los cristales giratorios y relucientes de la puerta, que empujaban al abogado hacia la calle.

Afuera, brillaba el sol y un hombrecillo mísero y andrajoso vendía violetas; en la calle nadie se preocupaba de fusiones ni de contratos difíciles. Preysing sacó del bolsillo de su abrigo la mano derecha y con la izquierda se apoderó del telegrama, que había apretado convulsivamente en la otra hasta que el doctor Zinnowitz desapareció en un taxi. Después, dirigiéndose hacia una mesa del *hall*, estiró cuidadosamente el papel, volvió a doblarlo en forma y se lo metió en el bolsillo interior de su impecable americana gris.

Capítulo 7

A las tres y cinco el timbre del teléfono despertó a Preysing de su pequeña siesta. Se levantó de la *chaise longue*. Se había quitado los zapatos, el cuello y la americana, y sentía ya ese abandono y sabor amargo que suelen suceder a los cortos sueños dormidos en la habitación de un hotel. Las cortinas amarillas estaban corridas y la estancia saturada del aire seco de la calefacción central; sobre la mejilla derecha, Preysing llevaba impresa la huella del dibujo de su almohada de viaje: entretanto, el teléfono seguía sonando con impaciencia. El portero anunció que una señora esperaba en el *hall*. al señor director.

—Diga usted a esa señora que suba —dijo Preysing empezando a vestirse rápidamente.

Pero en la forma más cortés le pusieron por teléfono dificultades inesperadas. El hotel se regía por principios y reglas muy severas sobre el particular; Rhona, el jefe de recepción en persona, se lo comunicó así a Preysing, al mismo tiempo que le presentaba sus excusas con la sonrisa dolorida, pero embustera, de un hombre de mundo. No se permitía la visita de las señoras en las habitaciones y él sentía mucho no poder hacer una excepción a esa regla.

—Pero ¡qué diantre! Si no es la visita de una señora. Esa señorita es mi secretaria y tengo que trabajar con ella. Usted mismo lo reconocerá en seguida —dijo Preysing impaciente.

La sonrisa telefónica del jefe de recepción subió de punto. Le rogaba ya al señor director que hiciera el favor de ir con esa señora a la sala de correspondencia, especialmente reservada para tales casos. Pero Preysing cortó de pronto y colgó bruscamente el auricular, porque era aquélla una contrariedad muy odiosa que venía a alterar sus costumbres. Después se lavó las manos, se enjuagó la boca con agua dentífrica, luchó con la polea del cuello y la corbata y por fin bajó precipitadamente al *hall*. Allí estaba sentada «Llamita», la señorita «Llama II», la hermana de la señorita «Llama I», y es imposible que hubiera en el mundo dos hermanas más diferentes. Preysing se acordaba remotamente de «Llama I», como de una persona muy tranquila, de cabellos incoloros, con un manguito de lustrina en el brazo derecho y otro de papel en el izquierdo, y que escogía en la antesala del doctor Zinnowitz las visitas indeseables. «Llama II», «Llamita», por el contrario, que no tenía nada de aquella rígida pureza, se había sentado a sus anchas en una mecedora, como si estuviese en su casa, jugueteando con sus zapatos de color eléctrico, que frotaba uno contra otro; su aspecto era muy alegre y juguetón, y todo lo más tendría unos veinte años.

—El doctor Zinnowitz me envía para las copias y yo soy esa «Llamita» que le ha

anunciado a usted —dijo sin ninguna cortedad ni cumplidos.

En el centro de la boca se había plantado un círculo rojo con el mayor descuido y frescura, y únicamente por seguir la moda. Al levantarse se vio que era más alta que el director general; tenía las piernas largas y llevaba un cinturón de cuero muy apretado que le hacía muy delgada la cintura; por lo demás, estaba admirablemente formada de pies a cabeza. Preysing se sintió furioso contra Zinnowitz, que le ponía en tan estúpidos compromisos. Al fin comprendía los escrúpulos del jefe de recepción. La muchacha se había perfumado de una manera escandalosa. Le dieron ganas de mandarla a su casa.

—Espero que nos daremos prisa —dijo «Llamita» con voz grave y algo ronca, como suelen tener las jovencitas; Pepsine, la hija mayor del director general, tenía una voz parecida cuando era niña.

—¿De modo que es usted la hermana de la señorita «Llama»? A esa señorita ya la conozco —dijo con una entonación más bien grosera que sorprendida.

«Llama II» adelantó ligeramente el labio inferior y con un soplo, se subió un rizo que le colgaba sobre la frente, bajo un gorrito de fieltro. El tenue ricillo dorado se levantó y volvió a caer lentamente en su sitio. Preysing, que había decidido no mirarlo, no tuvo otro remedio que verlo.

—No somos más que medio hermanas —dijo «Llamita»—, porque yo he nacido de la segunda mujer de mi padre; pero nos llevamos muy bien.

—¡Ah! —dijo Preysing, mirándola con ojos turbios.

Tendría que copiar cartas que ya no tenían ningún sentido y que no iban a servir para nada.

Hacía ya meses que había construido y combinado aquella alianza con Burleigh & Son, y no podía prescindir de ella tan rápidamente; le era materialmente imposible borrar aquel negocio de entre sus preocupaciones, pasándole una esponja por encima. «Definitivamente rotas —Brohesemann». Definitivamente. Había que dictar también una carta para Brohesemann, muy aguda, y otra al viejo también, relativa a sus cuarenta mil. Si al día siguiente Chemnitz se echaba atrás, aquel dinero destinado a sostener la cotización sería un dinero por la ventana.

—Adelante, pues. Vamos a la sala de correspondencia —dijo Preysing seriamente preocupado, precediéndola por el corredor.

«Llamita», sumamente regocijada, se reía del mechón de pelos tiesos que tenía en la nuca el director.

A lo lejos se oían ya las máquinas de escribir, como el ruido atenuado de una ametralladora, y sonaba el timbre a intervalos regulares. Al abrir Preysing la puerta, una nube de humo de tabaco escapó, semejante a una enorme serpiente azul.

En el interior de la estancia un señor daba grandes paseos las manos cruzadas a la espalda, el sombrero en la nuca, dictando en un inglés mascullado de Norteamérica.

Era el gerente de una sociedad cinematográfica; echó una rápida ojeada de conocedor a la muchacha y continuó dictando.

—Esto no; de ninguna manera —dijo Preysing cerrando las puertas violentamente—. Quiero el cuarto para mí solo. ¡Las eternas majaderías de este hotel!

Volvieron a salir al corredor; él detrás de «Llamita». Iba furioso; pero, en medio de su cólera, el balanceo de las caderas de la muchacha le hacía hormigüear ligeramente la sangre. Llegados al *hall*, los hombres miraron también a la muchacha, porque, como mujer, era un *bocato di cardinale*; no era posible dudarlo. A Preysing le molestaba bastante atravesar el *hall*, junto a una criatura tan vistosa y llamativa; dejóla, pues, allí plantada y fue a tratar con Rhona si no podría él disponer exclusivamente del cuarto de las máquinas de escribir. «Llamita», insensible por completo a las miradas masculinas que la asaeteaban —¡Dios sabe si estaba acostumbrada a ellas!—, principió a empolvase la nariz aunque sin, gran cuidado, y luego, allí en medio del *hall*, con una expresión de descoco, sacó una petaca del bolsillo de su abrigo y encendió un cigarrillo. Preysing se acercó a ella como a una mata de ortigas.

—Tenemos que esperar diez minutos aún —le dijo.

—Bueno —dijo «Llamita»—; pero después habrá que despachar pronto, porque a las cinco tengo que estar en casa de Zinnowitz.

—¿Tan puntual es usted? —preguntó Preysing sin ninguna amabilidad.

—Naturalmente —respondió «Llamita» con una sonrisa llena de astucia que le cortó la nariz como a un niño, e hizo rodar sus ojos, castaños claros, hacia el ángulo de sus párpados.

—Entonces, siéntese usted, y mientras espera hágase servir lo que desee... Camarero —dijo rudamente—, sírvale algo a la señorita —y desapareció.

—Una copa «melba» —pidió «Llamita», levantando alegremente la cabeza.

De nuevo trató de quitarse de un soplo los ricitos rebeldes, pero sin conseguirlo. Construida con la nobleza de un «pura sangre», era también por naturaleza torpe como un perrillo.

El barón Gaigern, que llevaba algún tiempo zanganeando por el *hall*, la miraba de lejos con admiración mal disimulada. Después de un momento se acercó a ella, y, saludándola, le dijo a media voz:

—¿Me permite usted, señora, que me siente a su lado? Pero ¿es posible que no me reconozca usted? Y eso que hemos bailado juntos en Baden-Baden.

—¡Vamos, hombre! Cállese. Yo no he estado nunca en Baden-Baden —dijo «Llamita», mirándole de pies a cabeza.

—¡Ah, señora! Pues entonces perdóneme: ahora veo que me he equivocado, me he confundido —dijo el barón con sinceridad aparente, que hizo reír a la muchacha.

—A mí no se me engaña con esas pamplinas tan viejas —dijo ella francamente, y

Gaigern se echó a reír también.

—Bueno; pero ahora va en serio. ¿Quiere usted que me siente a su lado? ¿Sí? Tiene usted mucha razón; no se la puede a usted confundir con ninguna otra señora; no es posible que ninguna mujer se le parezca. ¿Está usted alojada aquí? ¿Viene usted a bailar al té de las cinco? Le ruego que me lo diga, porque quisiera bailar con usted. ¿Bailaremos?

El barón puso las manos sobre la mesa donde ya estaban las de «Llamita», y así no quedó entre ellas más que un estrechísimo espacio de aire, que no tardó en empezar a vibrar. Miráronse aquellos dos seres jóvenes y encantadores, y se comprendieron en seguida.

—¡Dios mío! Va usted a un tren que... —dijo «Llamita» encantada.

Y Gaigern, encantado también, le respondió:

—Me lo permite usted, ¿verdad? ¿Vendrá al té de las cinco?

—No me es posible, tengo quehacer. Pero más tarde estoy libre.

—¡Oh, más tarde soy yo el que no puedo! Entonces, mañana, ¿no?, o pasado mañana a las cinco. Aquí, en el pabellón amarillo, ¿quiere usted?

«Llamita» rebañaba concienzudamente su helado con la cucharilla, guardando un silencio obstinado, porque, después de todo, ¿qué iba a decirse, si se hacían allí las amistades con la misma facilidad que se enciende un cigarrillo?...

Se le daban luego unas cuantas chupadas, se aplastaba el fuego de la colilla con el pie, y a otra cosa.

—¿Y cómo se llama usted? —dijo Gaigern rompiendo el silencio.

—«Llamita» —contestó ella vivamente.

En aquel mismo instante se acercó Preysing a la mesa con aires de dueño. Gaigern se levantó en seguida y, saludando correctamente, se retiró discretamente a un lado.

—Ya podemos empezar —dijo Preysing contrariado.

«Llamita» tendió a Gaigern su enguantada mano; Preysing presenciaba la escena con manifiestas pruebas de mal humor. Reconocía al joven del locutorio telefónico y volvía a ver el mismo rostro con perfecta claridad, con el dibujo de todos sus poros y de sus rasgos más finos.

—¿Quién es ése? —preguntó volviéndose hacia «Llamita» mientras caminaba a su lado.

—Es un amigo mío.

—¡Vaya, vaya! Por lo visto, tiene usted muchos amigos.

—Así, así; hay que hacerse desear un poco, y además, no siempre tengo tiempo. Por razones mal definidas, esta respuesta le satisfizo.

—¿Tiene usted alguna colocación estable? —preguntó.

—Por ahora no; pero la estoy buscando y espero encontrar algo. Siempre se me

ha presentado alguna cosa —dijo «Llamita» filosóficamente—. Lo que sí me gustaría sería interpretar películas; pero es muy difícil conseguirlo. Si por lo menos pudiera meter la cabeza, ya me encargaría yo de desenvolverme; ahora, que, como le digo, es muy difícil que le den a una un papel.

Luego, con una cara preocupada y chusca, miró a Preysing de hito en hito. En aquel momento parecía un gatito, y toda la gracia felina parecía concentrarse en su rostro y pasar por sus rasgos. Preysing, que estaba muy lejos de observarlo, abrió la puerta del cuarto de las máquinas de escribir, al mismo tiempo que le preguntaba:

—¿Y por qué ha de ser precisamente el cine? Todas las muchachas tenéis la misma manía —y en este «todas» incluía a su hija Babe, que a los quince años soñaba ya con el cine.

—¡Qué sé yo! Es una idea mía; pero no me hago ilusiones, por más que todos me dicen que soy fotogénica —dijo «Llamita» quitándose el abrigo—. ¿Va a ser taquígrafía o directamente a la máquina?

—Sí, a la máquina, haga el favor —dijo Preysing.

El director estaba ya algo más despierto y de mejor humor, pues había conseguido alejar de su imaginación el fracaso de Manchester, y cuando sacó de su cartera las primeras cartas de su correspondencia —las primeras cartas prometedoras— sintió una impresión muy agradable. «Llamita» seguía hablando de sus asuntos particulares.

—Por otra parte, con mucha frecuencia me retratan para los periódicos y las revistas y he posado también para los anuncios de un jabón. Esto es muy fácil de conseguir, porque va corriendo la voz entre los fotógrafos. Ha de saber usted que tengo un desnudo precioso; ¡pero lo pagan tan miserablemente: a diez marcos por sesión! ¿Y vale la pena estar una hora en cueros? ¡Oh, no! Lo que sí quisiera es que ahora, en el buen tiempo, me llevara alguno a viajar como secretaria. El año pasado estuve con un señor en Florencia, un profesor que estaba escribiendo un libro. Era un hombre encantador. Pero, en fin, ya volverá a presentarse alguna otra cosa este año —dijo preparando su máquina.

Era notorio que «Llamita» tenía sus preocupaciones, pero que no debían de pesarle en el ánimo mucho más que el ricito que se soplaba de vez en cuando. En cuanto a Preysing, con su manera de concebir las cosas, no llegaba a comprender que una muchacha pudiera hablar de un modo tan positivo de la belleza de su desnudo, e iba a hacer una observación relativa a los negocios; pero de pronto se puso a mirar las manos de «Llamita», que metían el papel en la máquina, y le dijo:

—¡Qué morenas tiene usted las manos! ¿Dónde toma usted tanto sol?

«Llamita» se las miró y, arremangándose bastante la blusa, dijo seriamente, mirando su piel, en efecto, bastante tostada:

—Esto es de la nieve; allá en el Voralberg, donde practicaba el esquí. Un amigo me llevó con él y lo pasamos bien; si me hubiera usted visto a mi regreso. Bueno,

¿empezamos?

Atravesando el aire, cargado por una densa atmósfera de humo de tabaco, Preysing se dirigió hasta el rincón más lejano de la estancia y empezó a dictar:

—Primero la fecha... ¿La ha puesto usted, señorita? Señor Brohesemann. Muy señor mío: ¿Está? Con referencia a su telegrama de esta mañana, debo informarle que...

«Llamita» seguía escribiendo con la mano derecha y con la izquierda se quitó el gorrito, que parecía molestarle.

La estancia daba a una oscura chimenea de ventilación; las lámparas del despacho ardían bajo sus pantallas verdes. En medio de su dictado comercial, Preysing no pudo menos de pensar en su viejo baúl, un cofre de álamo, muy usado, que había en el vestíbulo de su casa en Fredersdorf.

Pero fue a la noche siguiente cuando volvió a acordarse de ello, al despertarse después de haber soñado con «Llami-ta». Los cabellos de la muchacha tenían el color y el brillo del álamo viejo, así como sus reflejos de claridad y de sombra. Veía perfectamente definida la cabellera delante de él, mientras, acostado, en su cama, respiraba el aire seco del hotel y mientras el resplandor de los anuncios luminosos pasaba rápidamente por detrás de las echadas cortinas. La cartera, colocada sobre la mesa de la oscura habitación, le atacaba los nervios, por lo cual volvió a levantarse para meterla en la maleta; luego se enjuagó de nuevo con Odol y volvió a lavarse las manos. El cuarto lo pone nervioso porque es muy caro e incómodo; una habitación estrechísima, sin más que el sofá, la mesa y la silla, y una alcoba muy pequeña con la bañera al lado. El grifo del agua gotea ligeramente, y ese ruido monótono adormece lentamente a Preysing. Procura sacudir ese sopor para poner en hora su despertador de viaje. Se ha olvidado comprar la *Gillette* y tiene que madrugar para no esperar mucho en la peluquería. Se duerme a continuación y no tarda en soñar con la taquimeca y sus cabellos de color de álamo. Vuelve a despertarse y a ver los anuncios luminosos, serpenteando a lo largo de las cortinas. En el lecho desconocido, la noche se le hace amarga y odiosa. Tiene un miedo cerval a la entrevista con Schweimann y Gerstenborn, y el corazón late violentamente en su pecho. Después de haberse desentendido de la correspondencia con los ingleses, experimenta un sentimiento de pesadez y no logra quitarse una obsesión extraña que le hacía mirarse las palmas de las manos como si las tuviera sucias. Por último, cuando ya estaba casi dormido, oye pasar fuera, delante de la puerta, sobre la alfombra, a alguno que va silbando, y poco después el señor del número 69 deja caer delante de su puerta un par de zapatos... despreocupado como si la vida no fuera más que un pasatiempo.

Kringelein, en el cuarto número 70 oyó también este ruido, que le despertó. Había soñado con la Grusinskaia, que se le había aparecido en su casa, en el despacho donde pagaba los salarios, presentándole facturas sin pagar. Y Kringelein se palpaba

los bolsillos; el contador tenía un miedo loco de encontrarse las puertas cerradas y quería agarrarse a la vida por una punta antes de morir. Siente una sed inmensa de placeres ardientes; pero es muy endeble. Su cuerpo debilitado se ha hecho algo más razonable, y, arrancándose a esa fiebre de goces, le lleva quieras que no a su habitación. Empieza a odiar su enfermedad, olvidando que gracias a ella salió de su pueblo, porque si no allí seguiría. Ha comprado un específico: «el bálsamo de vida de Hump», y lleno de esperanzas bebe un trago de aquella pócima, que sabe fuertemente a canela, y que le hace sentirse mejor de momento.

Extiende luego sus dedos helados ante sus ojos en la oscuridad, poniéndose a calcular. Y es bien triste que esos dedos tengan ya tendencia a morir mientras duermen. Los números bailan en la habitación, hasta que tiene que dar la luz y sacudirse completamente; porque, desgraciadamente, el señor Kringelein, en su nueva vida de rico, no puede curarse de los hábitos de su vida pobre: cuentas y más cuentas. Las cifras siguen en su cabeza su loca marcha sin tregua ni descanso, colocándose unas debajo de otras para sumarse y restarse automáticamente sin su intervención. Kringelein tiene un cuadernillo de hule que ha traído de Fredersdorf, y se pasa las horas muertas sentado, con el cuaderno en las manos, porque allí es donde registra sus gastos, los gastos estrafalarios de un hombre que está empezando a gozar de la vida y que en dos días derrocha el sueldo de un mes. Algunos momentos siente el vértigo y le parece que las paredes, con su empapelado de tulipanes, van a caer sobre él, aplastándolo. Otras veces, sentado sobre el borde de su cama, se pone a pensar en su muerte cercana y piensa en ella con perfecta claridad, aterrado, los ojos bizcos de angustia y frías las orejas; pero, a pesar de todo, no llega a formarse una idea de cómo será, aunque espera que no se ha de diferenciar mucho del sueño anestésico. Con esta diferencia, poco más o menos: que después del narcótico vienen el despertar y las náuseas y los dolores lacerantes —dolores azules, como Kringelein los había bautizado en secreto—; con la única diferencia también de que, cuando muera, todas las miserias que él ya conoce, tendrá que pasarlas antes y no después. Llegado a este punto de sus pensamientos, empieza a temblar; sí, Kringelein tiembla ante la muerte, aunque no pueda figurársela.

Hay mucho insomnio detrás de las cerradas puertas del hotel dormido. El doctor Otternschlag, que está recogido en su cuarto a esa hora, deja una jeringuilla sobre el lavabo y se acuesta para remontarse hacia las vaporosas regiones de k morfina. En cuanto al director de orquesta, Witte, que se aloja en el ala izquierda del hotel, en el 221, no consigue conciliar el sueño... ¡Duermen tan poco las personas de su edad! Su habitación hace juego con la del doctor Otternschlag, porque también detrás de la pared se oye el gorgoteo del agua y el sordo ruido del ascensor, que sube y baja; la habitación que tiene es casi una habitación de servicio. Está sentado cerca de la ventana y tiene la abombada frente de músico pegada contra el cristal, contemplando

la fachada de enfrente. Algunos fragmentos de una sinfonía de Beet-hoven le pasan por la memoria..., aunque no la haya jamás dirigido. Oye a Bach en su prodigioso «Crucificad al falso Profeta» de la Pasión, según S. Mateo. «He tirado mi vida», piensa el viejo Witte, y toda la música, toda esa música que no ha cantado nunca, se amansa en su garganta en una ola de amargura que tiene que tragar. A las ocho y media de la mañana hay un ensayo de baile, y allí está, sentado al piano, tocando siempre la misma marcha para acompañar las flexiones de las bailarinas, siempre el mismo vals, la mazurca y la bacanal. «Debí separarme de Elisabeta a su debido tiempo —piensa—; pero ya no es posible, porque la pobre está muy vieja y no se la puede abandonar. Es preciso aguantar uno contra otro para el poco tiempo que nos queda de vida».

Elisabeta Alexandrovna Grusinskaia tampoco puede dormir. Siente correr el tiempo a través de la noche, rápidamente y sin tregua, mientras en las tinieblas del cuarto percibe el tictac de los dos relojes, uno de bronce sobre la mesa del despacho y el otro, de pulsera, sobre la mesilla de noche; los dos marcan los mismos segundos, y, sin embargo, el tictac del uno es más rápido que el del otro. Al oír este ruido palpita su corazón. La Grusinskaia enciende la luz, se levanta, mete sus pies en las zapatillas viejas y va a mirarse al espejo. El tiempo está también en el espejo más que en parte alguna. Y está en las críticas, en las odiosas descortesías de la Prensa, en el éxito de las extravagantes danzas dislocadas tan en boga, en el déficit de la excursión artística, en los débiles aplausos, en las frases groseras del director Meierheim, en fin; en todo; el tiempo está en todas partes. Los años pasados bailando están encerrados en los cansados tobillos de la bailarina y en la falta de respiración que le oprime cuando da las treinta y dos vueltas clásicas, y en su sangre, que la edad crítica por que atraviesa actualmente lanza por su cuello arriba hasta sus mejillas, en oleadas calientes y sacudidas. Hace calor en la estancia, aunque está abierto el balcón; fuera, las bocinas de los autos escandalizan sin cesar. La Grusinskaia saca sus perlas del saquito de mano, dos puñados de perlas frescas, y se las pasa por la cara; pero es inútil, porque sus párpados siguen calientes y doloridos del colorete y de la ardiente luz de las candilejas; la devoran sus pensamientos mientras los dos relojes siguen galopando como caballos; debajo de la barbilla, la Grusinskaia lleva, a modo de barboquejo, una ancha cinta de goma; sus manos y sus labios están cubiertos por una espesa capa de crema. Al pasar por delante del espejo se ve tan fea que apaga la luz inmediatamente. Luego, en la oscuridad, se traga un sello de veronal y rompe a llorar con lágrimas rabiosas de mujer inconsolable y apasionada. Después empieza a flotar entre las nubes de Morfeo y se queda dormida.

Fuerte suena el ascensor; alguno que se retira a su cuarto, acaso el joven de Niza. La Grusinskaia le arrastra consigo en su pesado sueño de veronal, arrastra al señor del número 69, que es el hombre más guapo que ha visto en toda su vida.

Al entrar esa persona en su habitación silba débilmente, pero sin que ese ruido tenga nada de molesto; es un silbido alegre y agradable. Una vez dentro, empieza su tarea; se pone su pijama, se calza unas elegantes zapatillas de cuero azul y se desliza silenciosamente aún por el corredor; aquella figura tiene algo de gato montes y de muchacho guapo.

Cuando atraviesa el *hall*.es como si en una habitación fría se abriese de pronto una ventana para que el sol entrara a raudales. Baila sorprendentemente, con moderación y elegancia. Siempre tiene algunas flores en su habitación, porque le gusta mucho aspirar su perfume, y hasta llega a lamer como un animal sus pétalos de seda cuando está solo. Sigue a las mujeres por la calle con el paso corto, menudo y saltarín de un boxeador; a algunas se contenta con mirarlas, para su propio recreo; a otras les habla o bien las acompaña para «encerrarlas», o bien se las lleva a un hotel de segundo orden. Y cuando, más tarde, refrescado ya y con un falso aspecto de apóstol, entra en el *hall*.del «Grand Hotel» —ese *hall*.tan distinguido e irreprochable en cuanto a la moral— y pide su llave al portero, éste no puede menos de sonreírse maliciosamente. Algunas veces llega borracho, pero de un modo tan amable y petulante, que nadie puede tomárselo a mal. Por la mañana, el vecino del cuarto de abajo tiene que pasar un rato desagradable, porque es la hora en que arriba se practica un entrenamiento y se oye el ruido acompasado del cuerpo, que golpea sordamente el piso. Gasta unos lacitos de corbata muy coquetones y vaporosos, y chalecos muy escotados. Sus ternos, anchos, se adaptan a los músculos del cuerpo como la piel se adhiere a los huesos de los perros de caza. No es raro verle irse en su pequeño cuatro asientos y que no vuelva en dos días. Se pasa las horas muertas visitando las agencias de automóviles, examinando coches, metiendo la cabeza bajo las capotas para ver los motores, respirando la gasolina y el metal caliente, golpeando las cubiertas y acariciando el cuero de la carrocería azul, rojo, «beige»... cosas que acaso lamiera de buena gana si lo dejaran solo. Compra a los vendedores ambulantes correas para calzados, encendedores, pastillas para el calzado, cajas de cerillas. De pronto le acomete una ansia loca de ver caballos, se levanta a las seis de la mañana, toma el autobús para Tattersall, aspira con delicia el aire lleno de aserrín, de olor a cuero y arneses, de barro y de sudor, hace amistad con algún caballo, sube trotando hasta el Tier-garten, en medio de la niebla matinal completamente gris tendida sobre los árboles, en los que aparecen ya los primeros brotes de marzo, hasta que, calmados sus nervios por este paseo a caballo, vuelve al hotel. Algunas veces le han visto en el patio, detrás de las escalera de servicio, allí de pie junto a una alcantarilla llena de desperdicios y basuras, mirando a lo alto, hacia el quinto piso, donde, bajo un cielo incoloro, está fijada la antena. Podría sospecharse si no estará mirando a una de las camareras, la única guapa del hotel, la única de quien se puede sacar partido y que, por cierto, está ya despedida. Dentro del hotel tiene infinidad de amistades, sacando a

todo el mundo de apuros con pequeños servicios amables y oportunos; a los que no tienen sellos, a los que hay que orientar para un viaje en avión, a las señoras ancianas, ayudándolas a subir al auto, o bien hace el número cuatro para jugar al *bridge* y conoce perfectamente la lista de vinos del hotel. En el índice derecho lleva una sortija de sello de lapislázuli con las armas de los Gaigern: un halcón planeando por encima de las olas. Por la noche, cuando se acuesta, entabla diálogos con su almohada en dialecto bávaro: «¡Hola, rica, buenas noches! —viene a decir, poco más o menos—. ¡Qué buena eres y qué blandita! ¡Cuánto te quiero! ¡Qué bien te portas conmigo!». Y en seguida se duerme sin molestar nunca a sus vecinos con indecentes ronquidos ni gargarismos, ni con tirar con fuerza los zapatos al suelo. Su chófer cuenta abajo, en el comedor de los criados, que el barón es un tipo bastante agradable, algo tonto. Sin embargo, por muy barón Gaigern que sea, él también habita detrás de dobles puertas y tiene sus secretos y móviles escondidos.

—Y fuera de eso, ¿nada nuevo? —dice a su chófer.

El barón está sentado, completamente en cueros, en medio de la alfombra de su habitación, dándose masaje en los muslos. Su cuerpo es maravilloso: un pecho de boxeador, acaso bombeado en exceso; su piel es de un moreno claro en las espaldas y las piernas; solamente que, entre la parte alta de los muslos y el tronco, se extiende una zona clara, que es la que el pequeño calzoncillo de *sport* cubre en verano.

—Si no sabes más que eso...

—Pues yo creo que es bastante —responde el chófer tumbado sobre la *chaise-longue*, forrada de una imitación de Kelim; tiene el cigarrillo pegado a su labio inferior—. Si crees que van a estar siempre esperando en Amsterdam, a que la cosa se haga... Schalthorn ha perdido ya cinco mil, pero eso no puede seguir indefinidamente. Ya hace un mes que Emmy está en Springe cruzada de brazos, esperando que se la ocupe. En París hemos fracasado, en Niza también, y si ahora no das este golpe y Schalthorn sigue con sus exigencias de dinero, no sé qué va a ser de nosotros.

—Pero ¿es qué Schalthorn es acaso el jefe? —preguntó el barón con calma mientras se echaba agua de colonia en las palmas de las manos.

—Un jefe debe tener iniciativa para que nunca falte tarea a la banda; es lo único que te puedo decir —refunfuña el chófer.

—Se debe trabajar, sí; pero en el momento oportuno. Tu sistema de operar no me conviene, como tampoco el de Schalthorn, y por eso tenéis siempre algún percance. Conmigo no sucede nunca eso y Schalthorn ha recibido siempre su parte. Si Emmy está nerviosa y aburrida en Springe, tendré que deshacerme de ella; ya se lo dije la última vez. Si es que no puede permanecer tranquilamente sentada en su tienda de antigüedades artísticas y dejar que Moehl copie con calma las monturas antiguas de las alhajas...

—Nos reímos poco de las monturas antiguas; trae primero las perlas, que ya

habrá tiempo para lo demás. Por supuesto que todo esto no son más que ideas tuyas. No te diré que la cosa, al principio, no se anunciara interesante, porque las perlas valen quinientos mil marcos, y, deduciendo dos meses de gastos, aún quedaría bastante. También será más fácil salir de ellas montándolas a la antigua, de acuerdo. Moehl, encerrado en Springe, está copiando con toda exactitud las alhajas de tu abuela; pero Emmy y Schalhorn empiezan a gruñir impacientes; no te fíes mucho por si acaso, sobre todo de esa mujer, porque si llega a hartarse es muy capaz de jugarte una mala pasada. ¿Qué decides, pues? ¿Cuándo va a dejar de divertirse el señor barón para empezar de nuevo a trabajar en serio?

—Tienes apetito, ¿no? Te has gastado ya los veintidós mil marcos de Niza y te aburres ahora porque estás sin un cobre —dijo el barón siempre con amabilidad relativa; se había puesto unos calcetines de seda negra y unas ligas blancas y las mismas zapatillas de baile con que solía bailar. El resto de su cuerpo seguía desnudo.

Sin embargo, algo de ese desnudo ligero y despreocupado ponía nervioso al chófer, acaso las líneas un poco flojas de la espalda o la flexibilidad de las costillas, que se levantaban bajo la piel para almacenar aire en los pulmones. Escupió la colilla en medio de la estancia y se levantó.

—Pues bien, para que lo sepas de una vez; estamos ya de ti hasta la coronilla —le dijo por encima de la mesa—; además tú no eres de los nuestros y no puedes hacer nada serio, ¿comprendes? No eres de la madera que hace falta y nunca llegarás a nada, ¿te enteras? Lo mismo nos da que te juegues el dinero o que apuestes en las carreras o que engatuses a alguna cotorra vieja y le saques veintidós mil marcos o que trates ahora de dar ese golpe del collar de quinientos mil; el hecho es que te ríes de todo y no te ocupas en nada serio. Para ser jefe hay que obrar de otro modo, y si tú no cambias de paso ya te haremos cambiar nosotros. No lo dudes.

—Échate —dijo amablemente Gaigern, separando con un pequeño movimiento de jiu-jitsu la amenazadora mano del chófer—. No te necesito para tomar mis resoluciones. Encárgate de la coartada. Esta noche, a las doce y veintiocho, puedes salir con las perlas para Springe y estar aquí de vuelta mañana, a las ocho y dieciséis. Iré a buscarte a las nueve; espérame listo; luego invitaremos a alguien y nos iremos a dar una vuelta con el coche. Pero si mañana, al surgir el escándalo, pestañees siquiera, te haré detener. Te he preguntado hace un momento si no ocurría nada nuevo.

El chófer volvió a guardarse en el bolsillo su mano, en la que los dedos del barón habían dejado señalados unos círculos rojos alrededor de la muñeca. Parecía que no quería contestar, pero al fin, dijo:

—Ahora todas las mañanas, a las seis y media, sale para el teatro; se ha vuelto muy nerviosa —gruñó el chófer, domado contra su voluntad—. Esta noche, después de la función, habrá una cena de despedida en casa del embajador de Francia; pero no

durará más de dos horas. Mañana a las once se marcha a Praga, donde estará dos días, y luego irá a Viena. Pero quisiera saber cómo te lo vas a arreglar para quitarle las perlas hoy mismo, en el tiempo que media entre la representación y la cena, para que la cosa no tenga tropiezos. Claro que ese rincón oscuro del patio es muy a propósito para el caso —continuó en tono algo gruñón todavía, pero sin atreverse a mirar de frente al barón, que durante este tiempo se estaba transformando en un correcto señor vestido de smoking.

—Ya no lleva nunca sus perlas, sino que se las deja simplemente en el hotel —repuso Gaigern anudándose su corbata negra—. Ella misma se lo ha contado a un reportero idiota, y la Prensa lo ha publicado.

—Pero ¿es posible que esa mujer sea tan descuidada? ¿De modo que ni siquiera las ha depositado en la caja del hotel? ¿Y basta con entrar en su cuarto para tomarlas?

—Así es, y ahora te agradecería que me dejaras solo —dijo cortésmente a su camarada, que le miraba estúpidamente con la boca abierta, tanto que el otro le veía perfectamente la garganta, de un rojo oscuro, y los huecos negros de dos mellas.

De pronto sintió una furiosa cólera contra aquel canalla con quien se había relacionado, y los músculos de su nuca se contrajeron violentamente.

—Ahora, lárgate —agregó simplemente— y ten el coche a las ocho, delante de la entrada principal.

El chófer miró a Gaigern con aire sumiso y se marchó sin desembuchar todo lo que tenía dentro.

—El señor del número 70 es inofensivo —murmuró a pesar de todo por vía de información final, y con un ademán de lacayo hasta llegó a recoger el pijama azul que rodaba por el suelo.

Luego agregó:

—Es un tipo que acaba de cobrar una cuantiosa herencia y no sabe en qué derrocharla.

Pero el barón no le escuchaba y el chófer, supersticiosamente, se paró entre las dos puertas y escupió por tres veces detrás de sí antes de salir.

Un poco antes de las ocho de la noche volvemos a encontrar al barón en el *hall*. de smoking y con trinchera, muy alegre y campechano, hasta el punto de que el mismo Pilzheim, el detective, sospecha fundadamente que aquel encantador Apolo procura por todos los medios prepararse una coartada. En el *hall*. el doctor Otternschlag está tomando café con Kringelein, y abrumado de fatiga espera con su amigo que llegue la hora de ir al teatro a ver bailar a la Grusinskaia. Levanta uno de sus dedos rígidos y señala con él hacia el barón.

—Mire usted, Kringelein. Como este tipo deberíamos ser todos —dijo burlescamente, devorado por la envidia.

El barón desliza un marco en la mano del mozo número 18 diciéndole:

—Póngame a los pies de su novia.

Y se acerca luego al cuarto del portero.

Senf, que con aire cuitado lo ve llegar, tiene el semblante descompuesto, pues es ya la tercera noche que tiene que ocultar las preocupaciones personales que le inspira el estado de su mujer, que sigue hospitalizada en la clínica sin poder dar a luz.

—Me ha sacado usted el billete para el teatro, ¿verdad? Aquí tiene los quince marcos. Bueno —dijo al portero—, si pregunta alguien por mí le dice usted que estoy en el Deutsche Theater y que después iré al Club del Oeste.

Sale, y adonde se dirige es a casa del conde Rhona.

Al atravesar el *hall*, todas las miradas le siguen con manifiesta simpatía. Gaigern sube a su cochecillo y sale en persecución de su coartada.

A las diez y media telefonea al hotel desde el Club del Oeste:

—Aquí el barón Gaigern. ¿Ha preguntado alguien por mí? Estoy en el Club del Oeste y no volveré al hotel hasta las dos de la mañana o quizás algo más tarde. Mi chófer puede acostarse.

Al mismo tiempo que esta voz, por teléfono, creaba una coartada elegante y trivial, Gaigern en persona se pegaba materialmente contra la fachada del «Grand Hotel», entre dos bloques de piedra artificial, y aunque su postura no fuera muy cómoda que digamos, le llenaba, sin embargo, de esa encendida alegría del cazador, del luchador o del alpinista. Para acometer su arriesgada empresa se había dejado atolondradamente su pijama azul oscuro. Tenía los pies calzados con ligeros zapatos de boxeo con suelas de cuero cromado, y por encima de ellos se había endosado a todo evento unos gruesos calcetines de lana que conservaba de sus deportes de invierno, para que sus pisadas no dejaran huellas comprometedoras. Gaigern, que había salido por la ventana de su cuarto, tomó el camino del de la bailarina; no había recorrido todavía siete metros y ya se encontraba a mitad del camino. Los bloques de piedra artificial del «Grand Hotel» eran una imitación de las almohadillas del Palacio Pitti, de un aspecto pomposo y decorativo. ¡Con tal de que no se desmoronaran! Gaigern iba posando con todo cuidado y precaución las plantas de los pies en los entrantes de la crestería. Había tomado también la precaución de enguantarse las manos, medida perfectamente inútil, porque pronto empezaron los guantes a estorbarle seriamente mientras se arrastraba como un reptil a lo largo de la fachada y a la altura de un segundo piso. Algunos trozos de yeso y mortero desprendidos de la pared cayeron ruidosamente sobre el reborde de una ventana.

—¡Maldición! —exclamó aterrado, con la garganta seca, mientras regulaba su respiración como un motorista sobre la pista encenizada.

Pero volvió a hacer presa en la fachada, y columpiándose un momento con peligro de su vida sobre el dedo gordo del pie, logró adelantar la otra pierna cincuenta centímetros más. Era presa de una profunda agitación, y si silbaba era porque trataba

de engañarse a sí mismo dándose la apariencia de una sangre fría que estaba muy lejos de sentir. En un momento tan crítico, en lo último que pensaba era en las perlas que estaban en juego. En efecto, no hubiera sido difícil apoderarse de ellas por cualquier otro medio: un puñetazo en la cabeza de Susita sobre su cursi y raído sombrerito cuando regresaba del teatro con el saquito de mano, o bien un asalto nocturno a la Grusinskaia, o, en definitiva... cuatro pasos por el corredor, una ganzúa y un aire inocente y sorprendido si le descubrían en una habitación que no era la suya.

«Cada uno debe obrar conforme a su naturaleza», había tratado de explicar Gaigern a sus agentes, a aquella pequeña banda de bergantes que dirigía ya dos años y medio a trueque siempre que se le sublevaran. «Yo no cazo ni subo a las montañas en funicular —les decía—, y lo que no puedo procurar con mis propias manos lo dejo en su sitio; no trato de poseerlo y disfrutarlo».

Como se comprenderá, estos discursos creaban un continuo desacuerdo entre él y los de su banda. La palabra «valor» no les era familiar, aunque todos ellos tuvieran una dosis suficiente. Emmy había dicho un día en Springe, razonando claramente bajo sus oscuros cabellos y tratando de explicar la conducta de Gaigern: «Todo lo convierte en deporte». Su intimidación con Gaigern era grande y acaso tuviera razón. En todo caso, en aquel momento, a las diez y media, Gaigern, en plan de escalar la fachada del «Grand Hotel», tenía toda la apariencia de un deportista, de un turista hecho y derecho, de un alpinista en una chimenea difícil o de un jefe de expedición que fuera a dar un golpe de mano en un paraje solitario y peligroso.

La parte peligrosa era la zona de los entrantes de la fachada, detrás de la cual estaba el cuarto de baño de la Grusinskaia. En aquel lugar la fantasía del arquitecto había trazado una superficie completamente lisa y unida, sin siquiera un alféizar de ventana; el cuarto de baño se abría hacia dentro y daba precisamente al mismo patio en el que un día habían visto al barón mirar a lo alto, hacia las antenas... Pero una vez pasados aquellos dos metros cincuenta, e inmediatamente después de la superficie unida, empezaban ya las delgadas barras de los herrajes del balcón número 68.

Jadeando ligeramente y tan pronto silbando como jurando, Gaigern se detuvo sobre la última saliente que le ofrecía un punto de apoyo antes de acometer el espinoso paso a la superficie lisa, que no tenía más remedio que franquear. Sentía un violento temblor en los músculos de las piernas y en las articulaciones de los pies; la ardiente vibración nerviosa y las pulsaciones agitadas de su enorme esfuerzo. No obstante, las cosas marchaban a satisfacción y todo se cumplía exactamente y tal como él lo había previsto y calculado cincuenta veces.

Por el lado de la calle, de aquella calle que bullía debajo de él con el agitado movimiento de la gran ciudad, Gaigern estaba a cubierto de las miradas de los transeúntes, gracias a los grandes reflectores que el hotel había instalado

recientemente en sus fachadas. No había, pues, peligro de que nadie intentara mirar a los balcones so pena de cegarse en la viva luz de los enormes focos. Era, pues, completamente imposible percibir una figurilla humana vestida de azul oscuro que caminaba entre la sombra, protegida por aquellos chorros de luz. Gaigern conocía el truco por haberlo visto practicar a un prestidigitador en un saloncillo de varietés; el tal hacía dirigir sobre el público un deslumbramiento parecido mediante unos proyectores, mientras delante de una cortina de terciopelo oscuro se entregaba a sus fantásticas manipulaciones, aserrando a las mujeres por la cintura o haciendo bailar a los esqueletos en el aire.

Gaigern descansó detrás del segundo reflector y miró a la calle. Desde el punto que ocupaba veía las cosas oblicuamente de un modo extraño, y aquel trocito de mundo debajo de él parecía dislocado y achatado. El mundo se hundió en las profundidades con un aspecto peligroso y hostil. Inclino la cabeza hacia delante —el tiempo no dura más que un relámpago— y miró debajo de sí conteniendo la respiración y hasta el parpadeo; no sentía el menor vértigo; solamente en el pulso, debajo de los guantes, le corría por la piel ese hormigueo dulce y excitante que conocen bien los alpinistas. La torre redonda de Ried —en el castillo de los Gaigern—, en otros tiempos, era más alta. En Feldkirch, cuando saltaba el muro por la noche, tenía que deslizarse a lo largo del pararrayos. Los «Tre Gime», en los Dolomitas, tampoco eran un grano de anís. Los dos metros cincuenta que había hasta el balcón no eran fáciles de franquear; pero había cosas más difíciles. Gaigern no miraba ya hacia abajo, sino un poco hacia arriba. Enfrente, a la altura del tejado, brillaba un anuncio luminoso: unas bombillas eléctricas parpadeaban formando la espuma de una desbordante copa de champaña. El cielo no se veía porque la ciudad terminaba inmediatamente por encima de los tejados, de los hilos y de las antenas. Gaigern movió sus dedos en los guantes; los tenía mojados; sin duda le sangraban. Ensayó su respiración; todo marchaba bien otra vez. Juntó, pues, sus fuerzas, se encogió y, dando un salto de salmón, se lanzó al vacío. Silbóle el aire en las orejas; pero ya estaba colgado de las barras del balcón, cuyas vivas aristas le cortaban los dedos. Durante un segundo le latió el corazón con violencia y se dejó columpiar suavemente; pero en seguida se restableció, franqueó el enrejado y pudo soltar las manos. Estaba ya en el balcón, delante de la abierta puerta del cuarto de la Grusinskaia.

—Al fin —dijo satisfecho, y permaneció acostado en el mismo sitio que ocupaba sobre las baldosas del balcón, la boca abierta y respirando profundamente.

Oyó a bastante distancia, por encima de él, el zumbido de un aeroplano y vio pasar, en efecto, la débil claridad redonda de la carlinga a mucha altura sobre sus ojos, muy abiertos, y entre las nubes rojizas de la gran ciudad. Un ruido violento y confuso subía de la calle... Durante algunos momentos Gaigern permaneció muerto de fatiga y medio inconsciente; por debajo de él las bocinas de los autos tocaban

pidiendo paso. La Liga de los Filántropos celebraba una fiesta en su saloncito, y numerosos abrigos de noche, semejantes a escarabajos de oro, hormigueaban al salir de los coches, subían tres escalones y desaparecían luego por la entrada número 2.

«¡Dios mío! Daría ahora cualquier cosa por un pitillo», pensó Gaigern nervioso; pero era una locura pensar en tal cosa. Mientras seguía tumbado en el balcón se quitó el guante derecho y empezó a chuparse la herida que se había hecho en el dedo índice, porque no podía proseguir su tarea con las manos ensangrentadas. Saboreó rabiosamente el gusto ligeramente metálico de la sangre, mientras sus mojadas espaldas sentían el agradable frescor de las piedras del balcón. Por los intersticios del enrejado se puso a fridir las distancias y a calcular las dificultades que iba a ofrecerle el regreso. Llevaba una cuerda consigo. Tendría que empezar por atarse al balcón y ganar el otro extremo mediante un balanceo de péndulo.

«¡Qué sea enhorabuena!», se dijo con el tono deferente que empleaba cuando era oficial.

Volvió a ponerse sus guantes como para una visita de cumplido, y levantándose penetró decidido en el cuarto de la Grusinskaia. La puerta no se movió, solamente la cortina tomó aire y se ahuecó ligeramente. Las maderas del entarimado fueron tan amables y consideradas que permanecieron mudas. En aquella habitación oscura oyó el tictac de dos relojes, uno de ellos casi dos veces más rápido que el otro. Había allí un olor raro, a entierro y horno crematorio. El anuncio luminoso de enfrente proyectaba sobre el piso un triángulo amarillento que llegaba hasta el borde del tapiz. Gaigern tomó su linterna de bolsillo, una lamparita cilíndrica barata, como suelen gastarla las mujeres de mala vida, y con cautela paseó el haz luminoso por la habitación. Llevaba en la memoria el plano y moblaje gracias al breve diálogo que había sostenido con Susita en el mismo umbral de aquel cuarto. Estaba dispuesto a poner al descubierto todas las malicias de aquella habitación, a descubrir las perlas allí donde estuviesen, a forzar las maletas, saltar las cerraduras de los armarios y a descifrar los enigmas de las cerraduras con secreto. Pero de pronto, cuando al seguir el pequeño óvalo luminoso de su lámpara se vio por triplicado marchar al encuentro de sí mismo en el gran espejo de la coqueta, sintió una sorpresa casi cómica.

En efecto, sobre la mesita de la coqueta estaba el maletín de las joyas a la buena de Dios, sin protección alguna. El tenue rayo de luz jugaba inocentemente sobre la superficie del cuero. «Tengamos calma», pensó Gaigern dominándose, pues sentía que la fiebre del cazador le invadía el espíritu. Lo primero que hizo fue meter su ensangrentada mano derecha en el bolsillo, como si se tratara de un objeto; era preciso tenerla allí, quieta y presa, no fuera a estropearlo todo dejando trazas de sangre. Luego tomó la linterna con la boca y con la mano izquierda enguantada asíó cautelosamente el maletín. Allí estaba por fin el codiciado objeto, y él podía tocar con sus dedos el cuero brillante. Levantó el maletín y sintió que no estaba vacío.

Dejó la linterna, la apagó y se quedó un momento pensativo. Había en la habitación un olor sofocante a entierro, a la muerte del abuelo y al solemne panegírico. En la oscuridad Gaigern se echó a reír cuando se dio cuenta de ello.

«Laureles, laureles», pensaba al acordarse de la entonación de Susita cuando le dijo: «La señora recibe muchos laureles. El embajador de Francia nos ha enviado una gran cesta llena de laureles».

Se arrodilló delante del armario de luna —el entarimado crujía ahora con la malicia de una persona— y en la oscuridad tomó el maletín con la mano izquierda. «No, no —pensó soltándolo de pronto—. Los objetos de esta clase traen consigo la mala sombra. Carteras, maletas, portamonedas, todos esos artículos son nefastos: tienen una tendencia a no dejarse quemar, a flotar sobre la superficie de los ríos, a ser encontrados por los obreros para ser luego llevados como piezas de convicción poco simpáticas a las mesas de los tribunales. Y, por otra parte, un maletín, que vendrá a pesar unos dos kilos, no es nada cómodo de llevar entre los dientes cuando hay que franquear dos metros cincuenta de fachada completamente lisa». Gaigern, pues, retirando su mano, se puso a reflexionar. Volvió a dar luz a su linterna y examinó detenidamente las dos cerraduras de la maleta. Sabe Dios con cuántos secretos no habría dejado allí encerrado su tesoro la Grusinskaia. En seguida, por vía de ensayo, Gaigern preparó algunas herramientas, con las que hizo saltar la pequeña placa de latón de la cerradura.

Esta se abrió bruscamente.

El maletín ni siquiera estaba cerrado con llave.

Gaigern estaba tan lejos de sospecharlo siquiera, que al oír el pequeño ruido seco se asustó, pareciendo en aquel momento un completo imbécil. «¡Vaya, vaya, qué ripa eres! —se dijo dos o tres veces—. ¡Qué guapa, qué bien te abres!».

 Levantó la tapa y abrió los compartimientos; en efecto, las perlas de la Grusinskaia estaban allí dentro.

Después de todo, no abultaban mucho; a lo sumo, un montoncillo de bolitas resplandecientes que podía mirar de cerca, y esto no se parecía nada a las leyendas que corrían por el mundo y que se contaban de aquel regalo que el amor de un Gran Duque, asesinado luego, había colgado del cuello de una bailarina. Una hebilla muy linda, aunque fuera de moda; una sarta de perlas de mediano grosor; pero muy iguales; tres sortijas, y un par de pendientes con dos perlas inverosímilmente grandes y redondas; todo esto descansaba perezosamente sobre el mullido lecho de terciopelo, mientras la luz de la linterna de bolsillo despertaba los dormidos fulgores de las alhajas. Luego, tomando grandes precauciones y con su enguantada mano derecha, Gaigern las sacó de los estuches y se las metió en el bolsillo. Parecía tan ridículo encontrar allí perlas de buenas a primeras, en un maletín abierto y sin protección, que sintió una especie de desencanto, de desilusión por la fatiga de un esfuerzo formidable que resultaba perfectamente inútil. Y durante unos momentos pensó si lo

más corto y cómodo para volver a su habitación no sería atravesar simplemente el corredor.

«Acaso estas mujeres hayan también dejado abiertas las puertas de la habitación», pensó con la misma sonrisa escéptica que, desde el descubrimiento de las perlas, ponía al descubierto sus dientes de arriba con un aspecto de graciosa pillería.

Pero no; la puerta estaba cerrada. En el corredor se oía a intervalos regulares subir el ascensor y el pequeño crujido de la puerta de hierro al cerrarse, ya que la habitación 68 caía casi enfrente. En la oscuridad Gaigern se sentó algunos minutos en un sillón reuniendo sus fuerzas para el trayecto de vuelta. Sentíase acometido por un irresistible deseo de fumar, pero no se atrevía a hacerlo por miedo a que el humo le delatara. Era prudente y cauteloso en demasía.

Pensaba en muchas cosas a un tiempo; pero particularmente en el armario donde su padre guardaba los fusiles. Las grandes cajas de latón llenas de tabaco de Herzegovina estaban casi siempre sobre la tabla superior, y en cada caja el viejo barón Gaigern ponía cada tres días una rodajilla de rábano silvestre. Aquel olor agrídulce evocaba en Gaigern el hogar familiar.

Volvió a verse rodando las desvencijadas escaleras del castillo de Ried y durante un tiempo incalculable se olvidó de sí mismo en un escondrijo donde se había metido a fumar cuando tenía diecisiete años. Volvió a la realidad con pocos ánimos. «Vamos al asunto —se dijo—; vamos pronto; no nos durmamos, adelante». Se prodigaba nombres amistosos, se decía palabras afectuosas, mostrándose cariñoso consigo mismo, elogiando o reprochando a los miembros de su cuerpo.

—Cochino —le decía a su dedo herido, que sangraba—, cochino, ¿no me vas a dejar en paz?

Se daba palmadas en los muslos como se acaricia a un caballo.

—¡Bravas bestias, bravas bestias! —les decía—. ¡A ver si os portáis bien!

Dejando luego el olor a laureles del número 68, se asomó al balcón y allí aspiró el aire, recreándose el olfato en ese olor indefinible que Berlín exhalaba en marzo, la esencia y la humedad del Tiergarten. Pero apenas había asomado la cabeza entre las cortinas, que bailaban ligeramente, cuando advirtió una novedad desagradable y tuvo que pasar algunos segundos antes de darse cuenta de lo que era; y era que su cara y su cuerpo estaban ahora bañados por una claridad que no había antes; vio los reflejos de la seda sobre las mangas de su pijama e instintivamente se metió en seguida en la oscuridad de la habitación como un animal que se refugia en la sombra de la selva después de haber olfateado al borde de un claro. Estaba allí jadeante y alerta, oyendo con perfecta claridad el tictac de los relojes, y más lejos, perdidas en la gran ciudad, las once campanadas del reloj de una torre de iglesia. Las fachadas de las casas, al otro lado de la calle, tan pronto se iluminaban como se oscurecían y parecía como si la luz se gozara en hacer aquellos guiños y habilidades.

—¡Maldito! —gruñó Gaigern volviendo al balcón; esta vez con aire impaciente de dueño y señor como si estuviera en su cuarto, en el número 69.

Los reflectores se habían apagado y otra vez fracasaban las nuevas instalaciones de luz en el hotel. En el saloncito de fiestas y en el sótano, los electricistas trabajaban intensamente, pero sin encontrar nada en los empalmes ni conmutadores, ni en los cuadros. Abajo, en la calle, grupos de curiosos se habían parado a contemplar, entre chistes y chirigotas, la fachada del hotel, en la que los cuatro reflectores se encendían y apagaban sucesivamente. Un guardia se había unido a los grupos y los chóferes se enfurecían porque no encontraban libre la calle. El anuncio luminoso de enfrente seguía resplandeciente, haciendo brillar en la noche marcas de vinos espumosos, y poniendo de su parte todo lo posible por iluminar la fachada del hotel, de manera que se viera claramente su superficie. Por último, dos operarios de blusa azul se deslizaron por una ventana del entresuelo y sentándose sobre la marquesina que se proyectaba por encima de la entrada número 1, se pusieron a examinar la instalación estropeada. Emprender el camino de vuelta franqueando los siete metros de fachada que volvía a la vida, era un disparate y no había que pensar en ello. «¡Qué sea enhorabuena! —volvió a pensar Gaigern riendo rabiosamente—; estoy lucido; si quiero salir de aquí no me queda otro recurso que forzar la puerta».

Recogió, pues, sus herramientas y su linterna y, con las precauciones que eran de rigor, anduvo hurgando en la cerradura del cuarto número 68, pero sin conseguir nada. Un peinador que estaba colgado al lado de la puerta se animó de pronto y cayó, rozándole la cara con su tibieza sedosa. Sintió tal terror que las arterias de su cuello empezaron a latir con violencia. Fuera, en el corredor, había gente; se oían pasos, tosían, el ascensor hacía oír el ruido de su arranque y subía, bajaba, volvía a subir y a bajar; una camarera que pasó corriendo dijo algo a gritos y otra le contestó a gritos también. Gaigern se dio por vencido y, separándose de la fiel cerradura, volvió de nuevo al balcón. A tres metros por debajo, los dos montadores cabalgaban sobre la marquesina, sosteniendo los alambres con los dientes y despertando el regocijo y admiración de la calle.

Gaigern se sintió acometido por un acceso de loca temeridad y, sacando la cabeza por encima de la barandilla, gritó:

—¿Qué pasa con la luz?

—Un cortocircuito —dijo uno de los montadores.

—¿Y va a durar mucho? —preguntó Gaigern.

Los obreros, abajo, se encogieron de hombros.

«¡Idiotas!», pensó maquinalmente Gaigern; la petulancia y pedantería de aquellos dos insolentes, sentados en los cristales de la marquesina, le irritaban profundamente. «¡Bah, dentro de diez minutos habrán acabado!», se dijo. Y después de mirarlos unos momentos, volvió a entrar en el cuarto.

De pronto sintió como la amenaza de un peligro; pero este sentimiento no duró más que un segundo y se disipó en seguida al ver sus zapatos cubiertos por los calcetines de lana, que no podían dejar ninguna huella perceptible.

«Con tal que no me duerma», pensó, y para animarse metió las manos en sus bolsillos y sacó las perlas, que al contacto de su cuerpo se habían calentado. Se quitó los guantes para darse el gusto de tocar aquellas bolitas lisas que valían tanto dinero. Sus dedos sentían aquella fruición. Al mismo tiempo pensó que el chófer perdería irremisiblemente el tren de Springe y que habría que volver a organizarlo todo de nuevo; porque las cosas luchaban con lo imprevisto. Las perlas, que no estaban encerradas, no le habían causado ninguna dificultad; pero, en cambio, el pequeño escalón se ponía muy serio a última hora. En medio de sus combinaciones para salir del atolladero, un pensamiento repentino le hizo sonreír: «Pero ¿qué mujer es ésta? —pensó—. ¿Qué clase de mujer es ésta que deja rodando sus perlas en el cuarto de un hotel?».

Luego, moviendo la cabeza, reía cada vez con más ganas. Conocía a muchas mujeres que ofrecían pasatiempos agradables; pero no tenían nada de particular. Pero que una mujer se marchase dejando toda su fortuna en alhajas junto a la abierta puerta de un balcón, a disposición del primero que entrara, eso sí que era maravilloso, y pensó: «Debe de ser desordenada y galochona como una gitana, o, ¡quién sabe!, puede que tenga un gran corazón».

Sin embargo, el cansancio empezaba a invadirle. En la oscuridad se dirigió hacia la puerta, levantó del suelo el peinador y empezó a olerlo con curiosidad. Un perfume desconocido, agridulce y casi imperceptible se desprendía de la tela; pero aquellos efluvios nada tenían de la mujer vestida de muselina en las noches de baile que tantas veces habían aburrido a Gaigern. Por lo demás, él le deseaba todo el bien posible, porque no le era nada antipática. Tomó negligentemente el peinador; pero cometió la imprudencia de dejar las diez huellas digitales sobre la seda, y con aire de un desocupado volvió perezosamente al balcón; abajo, los dos murciélagos azules continuaban revoloteando a la busca y captura de su cortocircuito. «Sí que voy a divertirme», se dijo Gaigern; y en espera de los acontecimientos, permaneció entre la cortina de seda y el transparente de encaje, de centinela y en acecho como un soldado en su garita.

Capítulo 8

A través de sus lentes, Kringelein miraba el escenario, donde se desarrollaban muchas cosas inquietantes y que a él le parecían demasiado rápidas; de buena gana hubiera él mirado más despacio y a sus anchas a una de las coristas, una morenilla de la segunda fila que no hacía más que reírse; pero no se le presentó ocasión, porque en el «ballet» de la Grusinskaia nadie se daba un instante de reposo y todos aquellos cuerpos saltaban y volaban como mariposas sin tregua ni descanso. De tiempo en tiempo, las bailarinas se alineaban a ambos lados del escenario y con sus manitas se recogían el borde de la falda y dejaban pasar a la Grusinskaia.

Esta, con el rostro y los brazos de un blanco de cera, llegaba girando sobre la punta de un pie, tan firme y segura sobre las tablas del escenario que parecía atornillada. Luego acababa por borrarle la fisonomía, porque en el fuego del baile se convertía en una especie de peón blanco, rayado de plata, y mucho antes de que terminara el baile, Kringelein se mareaba siempre un poco.

—¡Es fantástico, es maravilloso, es sorprendente! ¡Qué agilidad de piernas! ¡Esta mujer es única! ¡Lo deja a uno tonto! —y sentía una admiración agradecida y sin límites, aun cuando no se encontraba completamente bien.

—¿Tanto le gusta a usted, realmente? —le preguntó el doctor Otternschlag en tono aburrido. Allí sentado en su palco, volvía hacia el escenario la ametrallada mitad de su cara, que ofrecía un espantoso aspecto a la clara luz del teatro, bajo los rayos amarillos que lanzaban hacia él los reflectores.

Este «realmente» era una cuestión inquietante para Kringelein, porque, de hecho, nada era real desde que se había mudado al número 70. Todo tenía un gusto de ensueño y de fiebre, todo marchaba demasiado de prisa, todo era impalpable, sin que pudiera hastiarse de nada. Como le había pedido tantas veces a Otternschlag que le instruyera y acompañara a todas partes, éste había pasado con él toda la mañana recorriendo la ciudad en esa vuelta clásica de los extranjeros; paseo en coche alrededor de la ciudad, visita a los museos, a Potsdam y, para terminar, la estación de la T.S.H., la alta torre donde el viento canta su coro a tres voces y al pie de la cual se extiende Berlín bajo un espeso velo de hollín taladrado de lucecitas como chispas. No se hubiera sorprendido Kringelein de diferente modo de despertarse en la cama del hospital después de un profundo sueño anestésico, porque tenía los pies fríos, calambres en las manos y las mandíbulas convulsivamente apretadas. Su cabeza era como una bola caliente, en la que se atrepellaban demasiadas cosas, que empezaban a silbar y a fundirse confusamente.

—¿Está ya contento? ¿Es feliz ahora? ¿Se va reconciliando usted con la vida? —le preguntaba Otternschlag de vez en cuando.

Y Kringelein contestaba categórico y sumiso:

—Sí, por cierto.

Aquella noche había muy poca gente en el teatro y, aunque era la quinta representación de la Grusinskaia, la sala estaba vacía. El patio, donde se veía alguno que otro espectador diseminado, parecía como destrozado y comido por la polilla. En el entresuelo se sentía el frío y malestar en medio de tantas localidades desocupadas. A excepción del proscenio reservado a petición de Otternschlag —Kringelein quería en lo sucesivo ocupar siempre las mejores localidades: en el cine la última fila, en el teatro las butacas de orquesta y en los «ballets» las butacas de entresuelo—, a excepción de ese palco, que había costado cuarenta marcos, y del empresario Meierheim, todo lo demás estaba vacío. Meierheim se había economizado la claque, que era como ahorrarse el chocolate del loro, porque el déficit era ya bastante cuantioso. Antes del entreacto se oyeron algunos aplausos, por lo que Pimenoff se apresuró a mandar que subieran el telón; se adelantó la Grusinskaia hacia la batería, lanzando sus sonrisas a una sala muda, porque los aplausos morían apenas nacidos; la gente salía apresuradamente hacia el ambigú.

Algo se extinguía también sobre el rostro de la Grusinskaia allá arriba, en el tablado, desde donde saludaba y daba las gracias al público, que abandonaba ya la sala, mientras bajo el sudor y el colorete se enfriaba por momentos el rostro de la bailarina. Witte soltó su batuta y subió al escenario por la escalerilla de hierro. Allí estaba Pimenoff con cara de entierro, en tanto que los tramoyistas transportaban de un lado a otro los útiles de la escena, tropezándole sin querer en la espalda de su raído frac, que él, muy ufano, se ponía todas las noches, como si el Gran Duque Sergio fuera a llamarle a su palco cuando menos se lo esperase. Miguel, con una pequeña piel de leopardo colgada del hombro izquierdo y con las piernas desnudas y empolvadas, esperaba humildemente junto al inspector. Todos temblaban ante la cólera de la Grusinskaia, temblaban ligeramente con las rodillas y las manos, los hombros y los dientes.

—Perdone usted, señora —exclamó débilmente Miguel—. *Pardonnez-moi, madame*. Yo tengo la culpa...

Pero la bailarina, que avanzaba la distraída mirada por el escenario, entre los ruidos y nubes de polvo, arrastrando su viejo chal de lana, se paró de pronto junto a él y se puso a mirarle tan dulcemente que todos palidieron.

—¿Tú? ¡Oh, no, querido mío! —le dijo muy bajito—. Tú no tienes la culpa de nada —y tuvo que afirmar su voz aún agitada y jadeante por las últimas vueltas de su baile—. Has bailado muy bien, como yo y como todos. Y no hay más que pedir.

Luego, separándose rápidamente, se alejó hacia el fondo del escenario, llevándose entre los labios las últimas palabras, que sonaron allá en la oscuridad. Witte no se atrevió a seguirla. La Grusinskaia se sentó sobre una pequeña gradería de madera

dorada que estaba allí en un rincón, entre chismes y trebejos, permaneciendo así todo el tiempo que duró la mutación de la escena.

Primero se puso sus manos sobre la media de seda, color de carne, asiéndose la pantorrilla derecha y rehaciéndose luego maquinalmente las lazadas de sus zapatos, hasta que por último se puso a acariciarse las piernas, cansadas y algo sucias, enfundadas en la malla de seda; pensativa y con alguna compasión en el gesto se pasaba las manos suavemente, como si estuviera acariciando a algún animalito doméstico. De pronto las subió al cuello en busca de las perlas, que en aquel instante echaba mucho de menos, porque ¡cuántas veces, para calmar sus nervios, las había pasado entre sus dedos como las cuentas de un rosario! «¿Qué más, qué más quieren? —pensaba en lo más recóndito de sí misma—. Mejor no podré yo bailar nunca; ni cuando era joven lo hice mejor en Petrogrado, ni en París, ni en América. ¡Qué tonta era yo entonces y qué poco trabajaba! Pero ahora es distinto: ahora sí que sé bailar. ¿Y qué más me podéis pedir? ¿Qué más puedo yo dar de mí? ¿Queréis que me deshaga de las perlas, que las regale? Bueno, por mi parte..., pero, en fin, dejadme todos; quiero estar sola, me siento muy cansada».

—Miguel —musitó al ver pasar rápidamente y reconocer una sombra por detrás de la bambalina.

—¿Qué se le ofrece a la señora? —preguntó Miguel respetuoso y asustado.

Se había cambiado de traje y llevaba ya un jubón de terciopelo oscuro y un arco y unas flechas en las manos, porque en cuanto se alzara el telón, después de aquel descanso, tenía que bailar la «Danza del Arquero».

—¿Cómo es que no se prepara usted ya, Gru? —preguntó a la bailarina haciendo grandes esfuerzos porque su voz no sonara demasiado compasiva, al verla allí tan desmadejada e insignificante, como un objeto más entre todos los trebejos.

Ocho largos timbrazos sonaron casi al mismo tiempo en diferentes lugares del escenario.

—Estoy cansada, Miguel —dijo al bailarín—, y quisiera, marcharme ya a casa y que baile mis números Lucila, al público le tiene eso sin cuidado y no protestará.

Miguel se asustó de tal modo que todos sus músculos se estiraron. Sentada como estaba la Grusinskaia en el escalón más bajo de la gradería de madera dorada, tenía muy cerca de sus ojos las rodillas de Miguel, pudiendo observar perfectamente ese movimiento convulsivo de los músculos flexores, y esa palpitación involuntaria de aquel cuerpo que tan bien conocía, procurándole algún consuelo.

Miguel, cuya palidez le salía a flor de piel a través de las pastas y pomadas, repuso:

—¡Qué disparate!

El miedo que sentía le hacía descortés. Pero la Grusinskaia se sonrió ligeramente y, tocando con un dedo la desnuda pierna de Miguel, le dijo:

—¿Cuántas veces quieres que te repita que no debes bailar nunca sin mallas? Con las piernas desnudas no tendrás nunca tanta prestancia ni resultará tu baile tan fogoso. Tenlo siempre presente. ¡Bolchevique!

Después dejó reposar su mano unos segundos sobre aquella carne tan tierna y sedosa, de veinte años, bajo la cual jugaban los músculos, y sin que este tenue contacto conmoviera lo más mínimo al bailarín.

Avisaron los timbres por tercera vez y en el escenario detrás del telón de boca con su templete pintado, los zapatos de las impacientes bailarinas repiqueteaban sobre el tablado. Por el pasillo de delante del camarín corría Susita angustiada como una gallina perseguida porque «Madame» seguía allí sentada con la mayor calma del mundo, sin ir a vestirse. Witte, en la tarima, ya delante de su atril, empuñaba la batuta, fija la mirada en la bombilla roja y esperando a que se encendiera para empezar el primer baile.

Arriba, en el palco, Otternschlag preguntó a su compañero:

—¿En qué piensa usted, Kringelein?

Y Kringelein acababa de pensar un poco en Fredersdorf, en el trozo de pared soleada que alegraba en las tardes de verano el lóbrego cuarto donde pagaba los salarios de los obreros de la fábrica, en aquella pared de un papel verde muy viejo; pero no tardó en volver con la mente a Berlín, al teatro del Oeste, entre aquellas molduras doradas y viejecillas, ya que databan de su fundación, al palco de terciopelo rojo que le había costado cuarenta marcos.

—¿Siente usted acaso nostalgia? —preguntó Otternschlag.

—Nada de eso —repuso Kringelein con el empaque de un perfecto hombre de mundo y el corazón helado.

Abajo, Witte levantó la batuta y empezó a dirigir la orquesta.

—¡Qué porquería de orquesta! —exclamó Otternschlag a punto de hastiarse ya de su papel de mentor afable y condescendiente en aquella noche de «ballet» espantosamente aburrida.

Pero esta vez Kringelein no se dejó convencer. Para él la música era un continuo encanto y gozaba con ella en su baño caliente en el hotel. Tenía en el estómago una sensación de pesadez y de frescura al mismo tiempo, como si albergara en las visceras una bola de metal, hecho que era para el médico un síntoma grave. Pero a él no le molestaba lo más mínimo; la cosa quedaba reducida a ese malestar en el que se está esperando un dolor que no llega a producirse. Esto era todo y con tal insignificancia el pobre caminaba derecho hacia la muerte. La música cantaba y le daba algún consuelo con sus pianísimos en las flautas y el trémolo de los altos. Kringelein se saturó, pues, de armonía y, mecido por los acordes de la música, flotó en medio de un paisaje de color azul lunar, en el que un templete se alzaba al borde de un mar pintado.

Entretanto, la representación seguía su programa. Miguel se presentó vestido de arquero, con las pantorrillas blancas como la harina y con un pequeño corpino castaño. Con su esbelto cuerpo de efebo atravesó el escenario de un salto, se recogió con la elasticidad de un muelle y le vio un momento en el aire, como si se sostuviera colgado de alambres. Se adivinaba por sus movimientos alegóricos que quería tirar a un pájaro, a una paloma posada sobre el pequeño templete. Llenó luego el escenario de saltos y piruetas que parecían un castillo de fuegos artificiales, desapareciendo por fin en persecución de su flecha por el bastidor de la derecha.

Aplausos, y en la orquesta «pizzicato». Aparece la Grusinskaia, que por fin se ha decidido en una prisa loca a endosarse el traje de la paloma herida; una gota muy grande de sangre bermeja prende de su corsé de seda. La bailarina está fatigadísima; pero se conserva ligera, muy ligera, y se desliza hacia su muerte conmovedora con pequeños aleteos y temblores en los brazos. Por tres veces se reincorpora, pero no logra reanudar su vuelo. Por último, su largo cuello, tan delicado, se dobla y rompe, apoya la cabeza sobre sus rodillas; ya está muerta. ¡Pobre paloma atravesada por una flecha, con una gran herida en el corazón, sobre el que lanza el reflector un rayo de luz azulada!

Telón y aplausos, bastante nutridos, si se tiene en cuenta el corto número de espectadores que hay en la sala.

—*Da capo?* —pregunta la Grusinskaia acostada todavía sobre las tablas.

—No —dice Pimenoff desde una caja casi en voz alta.

Los aplausos han cesado. Ha concluido todo. La Grusinskaia permanece todavía algunos minutos acostada, ligera como una pluma, muerta en su baile, con las manos, los brazos y las sienes hundidas en el polvo de las tablas. Por primera vez en su vida ocurre que no se repita este baile. «He hecho todo lo posible —piensa—, y ya es bastante».

—Paso para el cambio de decorado —grita el jefe de los tramoyistas.

La Grusinskaia quisiera no tener que levantarse y seguir allí acostada en medio de la escena y dormirse para siempre, lejos de todo. Llega por fin Miguel y la ayuda a levantarse.

—*Spasibo* —(gracias) dijo en ruso, y, erguida ya, se dirige hacia los camarines de las señoras.

Miguel atraviesa el bastidor de la izquierda y va a prepararse para el *pas de deux*.

La Grusinskaia, al llegar delante de su camarín, abrió la puerta con el pie y avanzando se dejó caer sobre una silla delante del espejo, mirándose la seda de sus zapatos, empolvada, ligeramente raída. Tenía los pies cansados, cansadísimos, pesados, viejos, fatigados, más que fatigados del baile. Bajo la luz cruda de la lámpara que daba en el espejo, se acercaba el viejo rostro ajado y macilento de Susita con el vestido en la mano, que había de ponerse la bailarina para el *pas de deux*.

—No —murmuró secamente la Grusinskaia—, no me encuentro bien. No puedo más. Déjame, dejadme todos y marchaos ya —agregó: de buena gana hubiera pegado a Susita, hubiera abofeteado su cara inquieta y aviejada, porque le descubría de repente un parecido indefinible con la suya propia—. ¡Lárgate con viento fresco! —le ordenó imperiosamente, y Susita desapareció. La bailarina siguió aún sentada unos minutos, presa del mayor abatimiento, y de pronto se quitó los zapatos de seda. «Ya es bastante —pensaba—, ya es bastante».

Con el mismo vestido de la paloma, la Grusinskaia empezó a preparar su singular evasión. Había tirado lejos sus zapatos de baile y se había calzado otros; luego, envolviéndose en su viejo chal, con la garganta amarga y apretada por el disgusto, salió del teatro. Susita, que volvía del bar con un vaso de vino de oporto, encontró el cuarto de la bailarina desierto y silencioso. Un papel escrito fijado en una esquina del espejo decía: «No puedo más. Que Lucila baile por mí». Susita se apoderó del papel y, tropezando, cayó sobre la bandeja. Durante seis minutos el teatro se vio alborotado, hasta que volvió a levantarse el telón y siguió la representación, como todas las noches, con los bailes nacionales rusos, el *pas de deux* y la bacanal. Pimenoff y Witte dirigían la velada como dos viejos generales cuyo rey se ha fugado y que tienen que cubrir la retirada después de una derrota. Pero, mientras, en el escenario flotaban los vaporosos velos de las bacantes, que sin dejar de bailar iban volcando sobre las tablas los cestos, atestados de rosas de papel; mientras, Miguel hacía sus piruetas y cabriolas de fauno, y Susita, en contaduría, se volvía loca telefoneando al chófer inglés Berckley; durante ese tiempo, la Grusinskaia, con paso vacilante, ciega y desalentada, huía por la Tauentzienstrasse.

Berlín estaba lleno de claridad, de ruido y animación, mostrando curioso y burlón esa cara gesticulante y descompuesta de una alegría rayana en locura. Berlín era una ciudad cruel, y al atravesar la calle para buscar la otra acera menos concurrida, la Grusinskaia llenaba la ciudad de maldiciones. Un estremecimiento helado la sacudía, a pesar de que en esa noche de marzo el aire estaba saturado de tibia humedad y el viejo chal de lana la abrigaba. La bailarina profería palabras breves, sollozadas más bien que habladas y que se le quedaban travesadas en la garganta, haciéndole daño. Creía llorar, pero no era así. Bajo los párpados cubiertos de sombras azules, sus ojos se irritaban cada vez más, se secaban por momentos. «Nunca más —pensaba—, nunca más; ya es bastante. Se acabó, nunca más». Marchaba con paso vacilante, como perseguida por esa idea, y andaba sin ninguna gracia, con el cuerpo desmayado e inclinándose como una vieja a cada paso que daba. La luz blanca de una tienda de flores brilló de pronto a sus pies; paróse un momento y miró. Había allí en el escaparate unos grandes jarrones llenos de ramas de magnolias, de cactus y unos búcaros labrados donde estaban las orquídeas metidas en agua. ¿Era aquello un consuelo? No, nada de eso; la dulce belleza de aquellas flores no le causaba ningún

consuelo. La Grusinskaia tenía frío en las manos, y al sentirlo empezó a buscar sus guantes en los bolsillos de su raído gabán, aunque esto no tuviera sentido común, porque desde hacía ocho años no se los ponía nunca más que en el escenario, para defenderse de las corrientes de aire que atraviesan todos los teatros del mundo. Evocó las bóvedas, las puertas de hierro bajo las lámparas para caso de incendio, las tablas del escenario, que formaban un suave declive delante de sus pies. «Nunca más, nunca más —pensó—; nunca más». La vieja capa era larga y cubría su vestido, estorbándola para andar, así que tuvo que recogerse cuando se separó del escaparate de las flores para ganar las calles laterales, menos animadas. Al pasar entrevio un Buda con las manos de bronce dorado, que descansaba tranquilamente en una vitrina y que parecía querer apaciguarle el dolor del derrumbamiento de su vida. «No bailaré nunca más, nunca más, nunca más». Llamaba a su socorro, pero su garganta no emitía más que sollozos.

—¡Sergio, Gabriel, Gastón!...

Gritaba los nombres de sus amantes; llamaba también a su hija Anastasia, y a Pompón, su nieto, que vivía en París y al que no había visto nunca; pero seguía sola y nadie acudía a consolarla.

De pronto se detuvo espantada. «Pero ¿qué es lo que he hecho? —pensó—. Me he escapado del teatro. ¡Qué tontería más grande! Es imposible; tengo que volver». El reloj de la torre dio las once, lenta, gravemente; pero ella oyó perfectamente esas campanadas y pudo contarlas aunque no se viera ningún campanario. La Grusinskaia sacó las manos de los bolsillos de su abrigo y las dejó caer hacia delante con algo de agonía de la paloma herida en ese movimiento.

«Demasiado tarde», parecían decir las manos. La representación debía de estar próxima a su fin. La Grusinskaia levantó la cabeza, fijándose en la calle que había tomado en su huida; ignoraba dónde se hallaba. Sobre un pequeño pórtico alumbrado por las luces azules y amarillas se leía un letrero: «Bar Ruso». La bailarina atravesó la calle, se plantó delante de la puerta y se quedó embobada como un chico, pensando. «Bar Ruso»... «¿Y si entrara? Me reconocerían inmediatamente. Esos músicos con sus blusas rojas, tocarán el vals de la Grusinskaia y la cosa resultará interesante...».

«No, no debe de ser nada interesante —corrigió rápidamente su pensamiento en medio de una tristeza mortal—. No puedo entrar ahí. ¡Bonito aspecto tengo! Es muy posible que nadie me conozca tal como estoy ahora, si me reconocen... de estas fachas, tanto peor para mí».

Mandó parar un taxi desvencijado que pasaba y le ordenó que la llevara al hotel.

Capítulo 9

Gaigern seguía allí como un centinela entre la cortina y el transparente del cuarto número 68, esperando que los hombres de la blusa azul terminaran su trabajo en la fachada. Pero no lo terminaban. Iban de un lado para otro, deslizándose sobre los rebordes de las ventanas del primer piso, manipulando con alambres y pequeñas pinzas y lanzando muchos «¡Oh!» y muchos «¡Ah!» con verdadero entusiasmo...; pero los reflectores seguían tan apagados como antes. En cambio, toda la fachada del hotel estaba ya mucho más alumbrada por los arcos voltaicos, por la luz de las cinco entradas y por el anuncio luminoso, al otro lado de la calle, en el que tan pronto se leía una marca de vino espumoso, como una clase de chocolate. Haría unos veinte minutos que Gaigern estaba esperando allí, cuando la puerta del número 68 se abrió y, encendiéndose la luz, apareció la Grusinskaia en la cruda claridad de la estancia.

Para Gaigern el asunto se había estropeado por completo, la empresa había abortado; como una helada hoja de acero, el terror le bajó verticalmente a lo largo de las costillas hasta el estómago. «¡Maldita mujer! ¿Qué tendrá que hacer en el hotel a las once y veinte? ¿De qué podrá uno fiarse entonces si no puede contarse con certeza lo que va a durar una representación teatral? Ya está aquí la suerte negra», pensó Gaigern con los dientes apretados; esa mala suerte que tanto le preocupaba, con todas sus malditas complicaciones. Le parecía que se había metido de cabeza en un lazo muy incómodo lleno de amenazas. El reflejo de la lámpara se filtraba a través de la cortina, detrás de la cual estaba él colocado, y proyectaba sobre el balcón la sombra del dibujo de la tela. Gaigern se propuso permanecer tranquilo y contento. Las perlas que llevaba en sus bolsillos habían tomado la temperatura del cuerpo; él las tomaba con sus dedos, entre los que se escurrían como guisantes. Durante un momento le pareció una locura, un imposible, que aquel puñado de bolitas redondas y nacaradas pudiera valer una fortuna. Cuatro meses de acecho, siete metros de distancia con peligro evidente de muerte, y una vez vencido este riesgo, otro nuevo; siempre un peligro detrás de otro. Y no era otra cosa su vida más que una cadena de peligros, como no era otra cosa que una sarta de perlas la vida de la bailarina. A pesar de su situación tan comprometida, Gaigern sacudió la cabeza sonriendo, aunque no fuera un pensador; pero muchas veces tenía esa sonrisa sorprendida y alegre, casi inconsciente, cara a cara con la vida..., algo que él no acababa de comprender bien. Por lo demás, se puso en guardia, y, volviéndose prudentemente de cara a la habitación, detrás del transparente de encaje, esperó.

La Grusinskaia permaneció primero cerca de un minuto de pie en medio de la habitación, bajo los prismas de cristal de la araña, y su cara pareció expresar la sorpresa, como si se hubiera extraviado. Dejó que su chal de lana se cayera al suelo

por su propio peso, a lo largo de sus brazos colgantes, y pisándolo, se dirigió hacia el teléfono portátil. Pasaron algunos minutos antes de que la pusieran en comunicación con el teatro del Oeste y otros más todavía para que llegara Pimenoff al aparato; sin embargo, un cansancio mortal aniquilaba a la bailarina hasta la impaciencia.

—«Allo», Pimenoff... Sí, soy yo, Gru. Estoy en el hotel. Tienes que perdonarme. Sí, me he sentido mal repentinamente. El corazón, ¿sabes? No podía respirar bien; lo mismo que en Schevninge. No, ahora estoy mejor. Ya sé que le he puesto a usted en un grave apuro. ¿Qué tal ha salido Lucila del paso? ¿Cómo? ¿Entonces no ha estado mal? ¿Y el público? ¿Qué dices? No, no me preocupo; si ha habido escándalo, puedes decírmelo. No lo ha habido, mejor. Todo muy tranquilo. Y de aplausos ¿qué? ¿Pocos? ¿Dices que otro programa? Bueno, ya hablaremos de ello. No, voy a acostarme. No, de ninguna manera; no quiero médicos, ni a Witte tampoco; no, no y no; no quiero a nadie, ni a Susita tampoco; no quiero más que tranquilidad. Haz el favor de ir a la Embajada de Francia y disculparme. Gracias, adiós, Pimenoff, buenas noches. Adiós, querido. ¡Ah, oye! Recuerdos a Witte y a Miguel. Sí, recuerdos a todos. No, no os preocupéis por mí. Mañana estaré bien. Adiós.

Colgó el auricular del gancho y después, allí en su habitación, de pie, pensativa, repitió en voz baja:

—Buenas noches, querido.

«¿De modo que es el corazón el que la ha puesto mala? —pensó Gaigern, que había seguido con mucha dificultad, pero con gran atención, aquel rápido diálogo en francés—. Claro, por eso vuelve a esta hora tan intempestiva; y, por cierto, que no tiene muy buena cara; en fin, ya veremos. Ahora se acostará y yo esperaré una ocasión favorable para tomar el portante. Lo esencial es permanecer tranquilo y no perder la calma».

Retrocedió cautelosamente hasta el reborde del balcón y miró hacia abajo. Los tíos idiotas de blusa azul seguían allí sentados, charlando tranquilamente. Habían encendido dos linternitas sordas y, por las trazas, se preparaban a trabajar horas extraordinarias durante toda la noche.

El deseo de Gaigern de fumarse un pitillo iba tomando caracteres agudos y enfermizos. Abrió la boca de par en par y bostezó, aspirando el aire húmedo con efluvios de esencia. Dentro, en la habitación, de vez en cuando, la Grusinskaia se acercaba al triple espejo de la coqueta, sobre cuyo tablero descansaba el maletín de las joyas, vacío (el pecho de Gaigern estallaba bajo los latidos de su corazón); pero echó a un lado el maletín sin abrirlo y, encendiendo la lámpara sobre el espejo central, asió con las dos manos el marco de la luna y, alzándose sobre las plantas de los pies, se acercó tanto que parecía meterse en él. Luego se puso a examinar la cara con una atención escrutadora, ávida, angustiada.

«¡Qué animales más curiosos son las mujeres! —pensó Gaigern para su capote

detrás de la cortina—. ¡Qué extraños animales! ¿Qué verá en ese espejo que le hace poner tan mala cara?». En todo caso, él veía a una mujer bella, indiscutiblemente bella, a pesar del colorete que le chorreaba por las mejillas. La nuca, sobre todo, doblemente reflejada por las lunas laterales de la coqueta, era de una suavidad y flexibilidad incomparables.

La Grusinskaia se miraba fijamente el rostro como hubiera mirado el de una enemiga; sin piedad ninguna veía allí la marca de los años, las arrugas, la carne flácida y macilenta, las fatigas y los tormentos; las sienes se hundían, las comisuras de los labios se aflojaban y caían; los párpados, bajo el azul de la pintura, estaban arrugados como papel de seda. Mientras la Grusinskaia se miraba tan minuciosamente, un nuevo temblor vino a sacudirla, más violento que el que poco antes había sentido en la calle; trató, sin conseguirlo, de contener el temblor de sus labios. Atravesó corriendo la habitación, apagó apresuradamente la fría luz de la araña y encendió la lámpara, pero esto no le dio ningún calor. Con movimientos impacientes se desnudó, arrojando el vestido al suelo, y con el busto desnudo, cubierta por las mallas hasta las caderas, se dirigió hacia el radiador, apoyando en él su pecho sin pensar en nada; no buscaba más que calor. «Basta ya —pensaba—, basta ya, nunca más; se acabó, basta ya». En todas las lenguas murmuraba entre sus dientes, castañeteantes, palabras que expresaban su resolución inquebrantable de no volver a bailar. Después entró en el cuarto de baño y se desnudó por completo; puso las manos bajo el chorro de agua caliente, que dejó correr sobre las muñecas hasta no poder resistir el calor. Tomó luego un cepillo y se frotó la espalda. Pero de pronto, disgustada y caprichosa, lo tiró todo por medio, y volvió en cueros, tiritando de frío, a llamar por teléfono. Sus labios estaban tan convulsos que tardó algún tiempo en poder articular lo que quería.

—Mándeme un té —dijo— muy cargado y con mucho azúcar.

Volvió al espejo, desnuda, y volvió a mirarse con hosca seriedad. Sin embargo, su cuerpo era de una belleza irreprochable y única. Era el cuerpo de una discípula de baile de dieciséis años que una vida de trabajo, de disciplina y de abstinencia hubiera conservado intacto. De improviso el odio mortal que la Grusinskaia sentía por sí misma se transformó en ternura; se acarició el atenuado brillo de sus hombros, se besó la axila derecha, aprisionó entre sus manos, como dos copas, sus pequeños senos, menudos y perfectamente proporcionados; acarició el hueco del estómago y las desvanecidas sombras de sus caderas. Bajó la cabeza hasta las rodillas, estrechas y duras como hierro, y las besó como si fueran unos niños queridos y enfermitos.

—«Biedniaia Malenkaia» —murmuraba. Eran nombres afectuosos, acariciadores, «de otros tiempos. «Biedniaia Malenkaia», que quería decir: «Pobrecilla mía, pequeñita mía».

La fisonomía de Gaigern, escondida entre las cortinas, expresaba, sin que él se

diera cuenta, respeto y compasión. Cierto es que le turbaba lo que estaba viendo, porque, aunque conocía bien a las mujeres, no las había visto nunca de un cuerpo tan gracioso, perfecto y succulento; pero eso, después de todo, no era más que una cosa secundaria, porque lo que realmente le llenaba de una tierna y dulce emoción, haciéndole hervir la sangre hasta las orejas, era ver aquella mujer delante de su espejo, trémula y sin defensa, agitada y lastimosa hasta la desesperación. Aunque era un perfecto disoluto y llevaba en el bolsillo quinientos mil marcos de perlas robadas, Gaigern distaba mucho de ser un monstruo. Por eso dejó de manosear las perlas en sus bolsillos y sacó las manos. Sentía en ellas y en sus brazos un ardiente deseo de levantar aquella mujercita solitaria para llevársela y consolarla, para reconfortarla calentándola por compasión y poner fin a aquellos horribles temblores y a sus murmullos febriles que la torturaban...

El mozo del piso llamó a la doble puerta y la bailarina, envolviéndose en su peinador —en el mismo peinador que había asustado poco antes a Gaigern en la oscuridad—, se calzó sus chinelas. El criado adelantó discretamente desde afuera la bandeja del té por la abertura de la puerta, que la Grusinskaia cerró en seguida. «Ya está», pensó, y llenando la taza de té, le echó azúcar y fue a la mesilla de noche a buscar la caja de veronal. Después se metió en la boca un comprimido, bebió un sorbo de té y otro comprimido. Se levantó y empezó a pasearse por la estancia aceleradamente, como si huyera de una pared a otra, cuatro metros a un lado, cuatro a otro.

«¿Y para qué sirve todo esto? —pensaba—. ¿Por qué vivir? ¿Qué puedo esperar? ¿Qué saco de todos estos tormentos? ¡Oh, qué fatigada estoy! Nadie lo sabe. Yo me había prometido retirarme a tiempo. Pues bien, ya es la ocasión. ¿Voy a esperar a que me silben? Ya es tiempo. «¡Malenkaia!»... pobrecilla! Gru no saldrá mañana para Viena, Gru renuncia a partir. Gru duerme; nadie sabe el frío que da la celebridad. No tengo a nadie a mi lado, ni un alma viviente. Todos viven de mí; pero nadie ha vivido para mí, nadie, ¡ni un solo ser! No conozco más que a orgullosos y timoratos. Siempre he estado sola. ¡Oh!, ¿y quién va a acordarse luego de una Grusinskaia que ya no bailará más? «Consummatum est». No, no quiero yo pasearme por Montecarlo, arrugada y vieja, como esas otras estantiguas célebres... «¡Ah, si me hubiera usted visto cuando el Gran Duque Sergio estaba aún en el mundo!»». No, no quiero nada de esos consuelos estúpidos. ¿Y adonde ir sino a Tremezzo? Allí me refugiaré para cultivar mis orquídeas, criar dos pavos reales y sufrir estrecheces de dinero, sola, completamente sola, en plena vida burguesa, hasta mi muerte. No hay más remedio. De todos modos hay que morir. Nijinsky está en un manicomio esperando la muerte. ¡Pobre Nijinsky! ¡Pobre Gru! No espero más, ya es tiempo. Ahora mismo, ahora mismo, ahora mismo.

De pronto se quedó parada escuchando, como si oyera hablar; zumbaba ya en los

oídos el murmullo adormecedor del veronal y sentía ya la indiferencia que provocaba la droga amistosa. «Querido Gastón, ¡qué bueno fuiste para mí, antaño! ¡Qué joven eras y cuánto tiempo ha pasado después! Ahora ya eres ministro y estás gordete, con tu hermosa barba y tu calva. ¡Adiós, Gastón, adiós para siempre! ¿Verdad que hay un medio muy sencillo para no envejecer?». »

La Grusinskaia se echó otra taza de té, haciendo algunos gestos tristes y doloridos como si se representase a sí misma una pequeña comedia; dentro de su angustia y su fúnebre resolución, había cierta energía y gracia. Con brusco ademán tomó el tubo de veronal y de un golpe echó todo el contenido en la taza, esperando luego a que se deshicieran los comprimidos; pero como la cosa tardara algo, empezó a mover impaciente, con la cucharilla, el fondo de la taza. Después, levantándose, fue a mirarse otra vez al espejo, y maquinalmente se empolvó la cara, que cubría un sudor frío. Sus labios no temblaban ya, sino que sonreían como en escena. Escondió el rostro en las manos murmurando:

—¡Dios, Dios, Dios!...

Ella también olía ya el olor a funeral que se desprendía de las cestas de flores marchitas y que llenaba el ambiente. Se arrastró, como paralizada, hasta la mesa donde estaba el servicio de té, del que saboreó una cucharadita. El veronal lo había puesto espantosamente amargo, por lo que sacó del azucarero más terrones con las pinzas y, echándolos en el té, esperó a que se deshicieran. La cosa duró un minuto, quizás algo más. En el silencio, los dos relojes corrían su marcha desenfrenada.

La Grusinskaia se levantó, dirigiéndose hacia la puerta del balcón. Respiraba con dificultad, necesitaba ver el cielo; pero al separar el transparente de encaje, se encontró frente a frente con una sombra.

—Señora, le ruego a usted que no se asuste —dijo Gaigern inclinándose.

El primer movimiento de la Grusinskaia no fue de espanto, sino, aunque parezca bastante extraño, de pudor. Se apretó más estrechamente su quimono contra el cuerpo y se puso a observar a Gaigern mientras reflexionaba en silencio:

«Pero ¿qué es esto? —pensaba como en un sueño—. ¿No habré vivido ya en mi vida un momento semejante?». Acaso se sintiera ligeramente consolada por aquel aplazamiento que se interponía entre ella y la taza de veronal. Cerca de un minuto permaneció así, delante de Gaigern, mirándole, sin hablar nada. Sus cejas, estrechas y contraídas, se juntaron por encima de la nariz; los labios continuaban temblándole, mientras dejaban pasar una respiración rápida y anhelante.

Gaigern, por su parte, reprimía el chasquido de sus dientes. Nunca se había visto en tan grave peligro como en aquel instante porque siempre había preparado y ejecutado todos sus golpes, de los que llevaba dados tres o cuatro, con tanto esmero y prudencia, que jamás había caído sobre él la más pequeña sospecha. Y estaba, con quinientos mil marcos de perlas en los bolsillos, cazado en una habitación que no era

la suya y separado de la cárcel solamente por una bagatela: la blanca perita de celuloide del timbre y, al lado, una chapa con un letrero esmaltado en la que se invitaba a llamar dos veces para que acudiese el mozo del piso...

Una cólera rabiosa y loca se apoderó de él; pero no la dejó estallar, y pudo retenerla hasta que volvió a encontrar su energía y calma. Tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no aplastar a aquella mujer, porque se asemejaba a una gran locomotora a toda presión y pronta a arrollarlo todo. Por el momento, se contentó, pues, con inclinarse respetuosamente. Hubiera podido intentar una huida desesperada por el balcón, o asesinar a la Grusinskaia, o amenazarla para que no gritara. Sin embargo, amable por naturaleza y por instinto, se mantuvo alejado de la violencia y del crimen, contentándose con saludarla cortésmente, con un ademán espontáneo y lleno de una perfecta distinción. Algo debió de palidecer en tan apurado trance, pero él no lo sabía, porque en lo más hondo de sí mismo sentía el peligro como un goce, como una embriaguez, como una caída en el infinito de un sueño.

—¿Quién es usted y qué hace aquí? —preguntó la bailarina en alemán y en tono cortés.

—Señora, perdóneme usted que me haya metido en su habitación, y es realmente espantoso que me encuentre en ella, porque ha regresado usted más pronto que de costumbre y ésa es la desgracia. En cuanto a explicarle por qué estoy aquí, no sé que decirle.

La Grusinskaia retrocedió algunos pasos por la habitación, sin quitarle los ojos de encima mientras encendía la luz del techo. Es muy posible que al encontrar allí, en su cuarto, a un hombre feo, y mal peinado, hubiera pedido socorro por el balcón; pero como se encontraba delante del hombre más guapo que había visto en su vida, y se acordaba de su impresión pasada, entre los recuerdos brumosos del veronal, no le dio ningún miedo, y, es más, hasta sentía alguna confianza, que le inspiraba el elegante pijama azul con que iba vestido Gaigern.

—Pero ¿qué buscaba usted aquí? —preguntó ella en francés, pasando involuntariamente a esta lengua, más conocida para ella.

—Nada, el gusto de sentarme aquí, de estar en su habitación —contestó Gaigern dulcemente.

Respiraba muy hondo, llenando su pecho de aire. Lo esencial era embaucar a aquella mujer, y Gaigern lo comprendía y cifraba en ello algunas esperanzas. El calzado de ladrón que llevaba puesto le comprometía, y con un rápido y diestro movimiento, pudo quitárselo sin que ella lo advirtiera.

La Grusinskaia movía la cabeza.

—¿En mi habitación? Pero ¡Dios mío!, ¿por qué? ¿Qué quiere usted hacer en ella? —preguntó con su vocecilla de pájaro, alta y bien timbrada, y en su fisonomía se reflejó algo así como la expectativa de algo que iba a sorprenderla.

Gaigern, siempre de pie junto al balcón, respondió:

—Señora, voy a decirle a usted la verdad. No es la primera vez que vengo a su habitación; porque he estado ya otras, con bastante frecuencia, aquí sentado, mientras usted bailaba en el teatro. He respirado el aire de su habitación, rindiendo así un pequeño homenaje a mi admiración; perdóneme usted.

El té, saturado de veronal, se enfriaba. La Grusinskaia sonrió ligeramente; pero no bien se dio cuenta de ello, preguntó con severidad, reprimiendo la sonrisa:

—¿Quién le ha dejado a usted entrar? ¿Ha sido Susita? Vamos, dígame usted cómo ha entrado. Gaigern aventuró el gran golpe efectista, y, señalando con la mano hacia la calle, dijo:

—He entrado por ahí, desde mi balcón.

Otra vez volvió la Grusinskaia a sentirse como en sueños invadida por la sensación de haber vivido ya otra aventura semejante. En una de las residencias veraniegas del sur de Rusia, en Abas-Tuman, donde el Gran Duque Sergio solía llevarla, alguien, un joven, un oficialito, se escondió una noche en su cuarto. La aventura podía costarle la vida, y, efectivamente, poco después murió de un extraño accidente de caza. De esto hacía ya lo menos treinta años. Mientras la Grusinskaia salía al balcón mirando hacia donde señalaba la mano de Gaigern —aquella mano que se extendía vagamente hacia el vacío—, surgió súbitamente el pasado delante de ella con todos sus detalles. Veía el rostro del joven oficial, que se llamaba Pavel Jerilinkov. Se acordaba de sus ojos y de sus besos. Y sentía frío, aunque muy atenuado por el calor que irradiaba de aquel hombre, cerca de ella, en el balcón. Echó una furtiva mirada a los siete metros de fachada que separaban aquel balcón del otro más próximo.

—¡Qué peligroso es!... —dijo distraídamente pensando más en Jerilinkov que en el momento presente.

—¡Bah! No lo es tanto —repuso Gaigern.

—Hace frío. Cierre la puerta —dijo la Grusinskaia sin transición, y, pasando rápidamente delante de él, entró en el cuarto.

Gaigern obedeció, y cerrando la puerta, corrió las dos cortinas y esperó con los brazos colgando.

Un joven sumamente gallardo y distinguido, modesto, algo extravagante, que realiza hazañas novelescas para introducirse en el cuarto de una bailarina célebre. Así lo imaginaba ella. Por otra parte, él poseía también algún talento escénico, por requerirlo así su oficio, y era precisamente representar una farsa, a vida o a muerte.

La Grusinskaia se inclinó, y, recogiendo del suelo el traje de escena que había tirado, lo llevó al cuarto de baño. La gota de sangre, aquel cristal rojo tallado, centelleaba. En aquel momento sintió un dolor vivo y lacerante. El baile no se había repetido y el público se había quedado tan fresco al ver que otra bailarina bailaba en

su puesto. ¡Público cruel! ¡Oh, qué cruel ciudad era Berlín! ¡Qué soledad tan cruel! Había pasado por todos estos dolores y ya volvían a angustiarse el pecho. Por algunos instantes se olvidó por completo del intruso, que se parecía al Jerilinkov de marras; pero pronto tuvo que preocuparse de él, y, acercándosele mucho, tan cerca que sentía el calor de su cuerpo, le preguntó sin mirarle:

—¿Por qué hace usted esas cosas? ¿Por qué corre esos peligros? ¿Por qué se sienta secretamente en mi cuarto? ¿Qué quiere usted de mí?

Gaigern intentó un ataque y se dispuso al asalto pensando; «¡Sus, y a ella con coraje!»; luego dijo, sin levantar los ojos, con voz dulce y acariciadora:

—Usted lo sabe ya; porque la amo.

Se lo dijo en francés, porque hacerlo en alemán le parecía demasiado penoso. Guardó silencio, esperando el efecto de sus palabras, aunque pensaba: «La cosa es idiota del todo». Aquella baja comedia lo avergonzaba y lo llenaba de despecho y desilusión. Aquellas tonterías le eran profundamente repulsivas. Pero, en fin, si la bailarina no llamaba a nadie en su auxilio, quizá se salvara la situación.

La Grusinskaia, con la boca entreabierta, se bebía las amables palabras pronunciadas en francés. Entraban en ella como un bálsamo, tanto que llegaron a quitarle sus estremecimientos. ¡Pobrecillo! ¡Cuántos años hacía ya que nadie le había hablado así! Su vida pasó por su imaginación como un expreso vacío. Los ensayos, el trabajo, los contratos, los coches-cama, los cuartos de hotel, el trajín, un trajín espantoso y siempre trabajo y ensayo. Éxitos, fracasos, críticas, entrevistas, recepciones oficiales, disputas con los directores. Tres horas de trabajo ella sola, cuatro horas de ensayos de conjunto, cuatro horas de representación, y así un día y otro día. El viejo Pimenoff, el viejo Witte y la vieja Susita, y nadie más, ni una alma viviente que le hubiera dado nunca el menor calor. Ponía las manos sobre los radiadores de hoteles extranjeros, y esto era todo. Y, precisamente, cuando todo había pasado, en el mismo instante en que llegaba el insondable fin de la vida, alguien se le ponía delante en su mismo cuarto pronunciando aquellas palabras desaparecidas hacía ya largos años de su vida.

La Grusinskaia se desplomó moralmente. Sintió un dolor atroz, como un parto, pero que sólo se tradujo en dos lágrimas, en las que se fundía la tensión nerviosa de toda aquella noche, sintiéndolas en todo su cuerpo hasta la punta de los pies, hasta el extremo de sus dedos y en su corazón, hasta que acabaron por cristalizar en sus párpados, corriendo por sus pestañas alargadas y endurecidas por el «rimmel», para caer sobre las palmas de sus manos extendidas.

Gaigern observaba el desarrollo de la crisis, que no dejaba de conmoverle. «¡Pobre fierecilla humana! —pensaba—. ¡Pobre mujer! Está llorando. ¡La cosa no deja de ser idiota!».

Pero la situación mejoró sensiblemente cuando la Grusinskaia derramó aquellas

dos primeras lágrimas tan dolorosas. Siguió un río de lágrimas calientes y consoladoras, como lluvia estival, y sin saber por qué, Gaigern no pudo menos de acordarse de sus macetas de hortensias, en el jardín de Ried; a las primeras lágrimas, nacaradas como perlas, siguieron luego otras más espesas y oscuras al disolverse en ellas toda la pintura de las pestañas, hasta que por fin la Grusinskaia se arrojó sobre su lecho sollozando una retahila de palabras rusas entre sus manos, con las que se apretaba la boca. Al contemplarla Gaigern en aquel estado, el ladrón de hoteles que había estado a punto de aplastarla se transformó en un hombre, en un linaje de hombre bravo, generoso y sencillo que no podía ver llorar a una mujer sin acudir a socorrerla. Había perdido el miedo por completo y lo que aún contraía su corazón, haciéndolo palpitar, era únicamente la compasión. Se acercó, pues, al lecho, y poniéndose de codos sobre el cuerpecillo sacudido por el llanto, allí inclinado sobre la Grusinskaia, empezó a susurrarle entre sus sollozos palabras de consuelo. Lo que dijo no tenía nada de particular, y las mismas palabras hubiera empleado para consolar a un niño o a un perrillo que sintiera algún dolor.

—¡Pobre mujer! —decía poco más o menos—. ¡Pobre mujercita! ¡Pobre pequeña Grusinskaia que llora! El llorar consuela, ¿verdad? Pues llora, llora, pobre nenita afligida. ¿Te han hecho daño? ¿Han sido malos para ti? ¿Quieres que me quede aquí contigo? ¿Tienes miedo y lloras por eso? ¡Oh, tontita mía!...

Quitó de la cama uno de sus brazos, y retirando las manos que la Grusinskaia apretaba contra su boca, se las besó. Estaban cubiertas de lágrimas, sucias, como las manos de una niña; tenía también el rostro todo negro y churretosos de las lágrimas mezcladas con el «rimmel» de los ojos, tanto que Gaigern no pudo contener su sonrisa y, aun cuando la Grusinskaia continuaba llorando, pudo ver el movimiento de las espaldas de Gaigern, ese movimiento franco y jovial que tienen todos los hombres vigorosos cuando se ríen.

Gaigern se había separado del lecho y metido en el cuarto de baño, del que salió en seguida con una esponja y una toalla para limpiarle la cara con mucho mimo y cuidado. La Grusinskaia continuaba tumbada, pero en calma ya, porque había llorado todas sus lágrimas, y parecía complacida por aquellos cuidados que se le prestaban.

Gaigern se sentó a su lado sobre el borde de la cama y le dijo sonriente:

—¿Estás ahora mejor?

Ella murmuró algo incomprensible.

—Dilo en alemán —pidió él.

—¡Oh!... ¡Tú..., tú sí que eres un hombre! —murmuró la bailarina.

Esta palabra le conmovió, dando en su corazón con fuerza, como una pelota de tenis, y casi, casi le hizo daño. Las señoras con las que él solía tratar no prodigaban mucho las palabras de cariño. Porque para ellas no era más que «rico», o «nenito», o «negro mío», o «pendonazo de mi alma». Oía el eco despertado en su alma, que le

rememoraba algo de su infancia, algo de una espera en que ya no vivía. Arrojó, pues, lejos de sí aquel recuerdo fugaz. «Si por lo menos tuviera un cigarrillo», pensó tristemente.

Durante algunos instantes la Grusinskaia le había mirado en los ojos con una expresión vaga, de gran asombro y casi dichosa. Se sentó en la cama y con los largos dedos de sus pies enganchó las chinelas, que se le habían caído; de pronto se transformaba otra vez en una gran señora.

—Ta, ta, ta —dijo—. ¡Qué sentimentalismo más ridículo! La Grusinskaia llorando. Pero ¿es posible? ¡Vengan, vengan a verla llorar al cabo de los años mil! El señor me ha asustado mucho y el señor es causa de esta penosa escena.

Le hablaba en tercera persona para tenerlo a distancia y borrar el tuteo espontáneo de antes, pero ya aquel hombre estaba demasiado cerca para poderlo llamar de usted. Gaigern guardaba silencio.

—Es espantoso cómo el teatro le gasta a una los nervios —prosigió ella en alemán, creyendo que no la había comprendido—. ¡Oh, la disciplina! ¡Qué estrecha y qué cargante! ¡Cuánto nos fatiga la disciplina! Porque nos obliga a hacer siempre lo que no quisiéramos, es decir, lo que no tenemos ganas de hacer. ¿Puede uno imaginárselo? Es un cansancio extremado sujetarse así a una severa disciplina.

La bailarina levantó una mano y dijo alegremente, ya que le volvía el buen humor:

—¡Ah, no, no, señor! No lo digo por usted, que tiene ganas de ir al cuarto de una señora y se mete dentro; que tiene ganas de escalar los balcones, a pesar del peligro, y los escala. ¿De qué más, pues, tiene ganas el señor?

—Las tengo, y muy grandes, de fumar —respondió Gaigern con franqueza.

Y la Grusinskaia, que esperaba otra cosa, encontró, no obstante, esta respuesta cortés y respetuosa. Se dirigió, pues, hacia el secreter y ofreció a Gaigern su petaca pequeña y coquetona. Tal como estaba allí la bailarina, de pie, con su quimono chino, algo desgastado, pero auténtico, y con sus zapatillas algo deslucidas también, presentaba todo el encanto frágil como un cristal con el que venía recorriendo el mundo desde hacía veinte años. Parecía haber olvidado su cara, aún lamentable y mojada de lágrimas.

—Fumemos, pues, la pipa de la paz —dijo levantando hacia Gaigern sus grandes párpados arrugados—, para despedirnos luego.

Gaigern se tragaba ávidamente el humo, llenándose la nariz y los bronquios, más tranquilo ya, aunque su posición fuera todavía bastante crítica. En efecto, un hecho cierto y seguro era que no podía marcharse con las perlas en los bolsillos, porque si lo hacía, cuando ella le conocía ya, tendría que huir aquella misma noche, y al día siguiente muy temprano... la Policía corriendo implacablemente detrás de él. Esto, naturalmente, no encajaba dentro del plan de su vida. Había, pues, que quedarse a

todo trance, hasta poder reintegrar las perlas a su estuche mediante un hábil truco de prestidigitación.

La Grusinskaia se había instalado delante del espejo y estaba empolvándose el semblante, serio y tranquilo. Trazó algunas rayas sobre su piel, la maquilló ligeramente y con todo se embelleció. Gaigern se acercó a ella, e interponiendo su aventajado cuerpo entre el maletín vacío y la mujer, le lanzó por encima de la espalda una nfelosa mirada de seductor.

—¿De qué se ríe? —preguntó ella vuelta hacia el espejo.

—Porque estoy viendo en el espejo algo que tú no puedes ver —dijo Gaigern tuteándola de buenas a primeras; porque el cigarrillo le había animado y se encontraba mejor.

«¡Adelante! —pensaba espoleándose a sí mismo—. No perdamos terreno».

—Estoy viendo lo que vi antes desde el balcón —dijo inclinándose sobre la mujer —; veo reflejada en el espejo la mujer más hermosa con que he tropezado en el mundo, y está triste esta mujer, está desnuda... No, no quiero seguir; me vuelvo loco. No sabía yo que fuera tan peligroso ponerse a mirar en una habitación que no es la de uno y en la que una mujer se desnuda.

En efecto, mientras Gaigern hilvanaba estas frases galantes de su francés correcto, veía reflejada en el espejo la imagen de la bailarina tal como la había visto poco antes, y sentía la admiración y la emoción pasadas.

La Grusinskaia le escuchaba atentamente. «¡Qué fría me he vuelto!», pensaba llena de tristeza, porque ninguna fibra vibraba en ella al oír aquellas palabras encendidas. Sentía la honda vergüenza de las mujeres que no tienen temperamento. Luego, con un movimiento lleno de estudiada gracia, volvió su esbelto cuello hacia Gaigern y éste, rodeándole los pequeños y redondos hombros con sus cálidas y expertas manos, la besó sabiamente en el encantador hoyito de la espalda, entre los omóplatos.

El beso, iniciado sin grandes entusiasmos entre dos cuerpos desconocidos, fue de larga duración. Penetró en la médula de ella como una aguja fina y caliente y empezó a latir su corazón. Su sangre se hizo más densa y dulce; latía, sí, latía aquel corazón enfriado, empezaba a vibrar; cerraba los ojos, la mujer temblaba. Pero Gaigern temblaba también al separarse de ella e incorporarse, y una vena azul se señaló sobre su frente. De pronto sintió a la Grusinskaia que se le metía dentro y ocupaba todo su cuerpo; su piel, su perfume amargo y su temblor lleno de deseos, que despertaba lentamente. «¡Demonios!», pensó él bruscamente; tenía las manos como hambrientas y las extendió.

—Creo que es hora de que nos separemos —dijo débilmente la Grusinskaia dirigiéndose a la imagen de Gaigern en el espejo—. La llave está puesta.

En efecto, allí estaba en la cerradura aquella maldita llave y ya podía marcharse él

cuando quisiera; pero no sentía el menor deseo de hacerlo..., por diversas razones.

—No —dijo, y aquel hombre tan alto se hizo de pronto autoritario, junto a aquella mujercita trémula y vibrante como la cuerda de un violín—. No me marcharé. Tú lo sabes muy bien que no me iré. ¿Puedes creer seriamente que voy a dejarte aquí sola en estas circunstancias...? ¿A ti..., en compañía de una taza de té cargada de veronal? ¿Te figuras que no sé lo que estás tramando? Se acabó, me quedo contigo...

—Se acabó, se acabó, se acabó; pero si lo que quiero es estar sola...

Gaigern se dirigió rápidamente hacia ella y, tomándole las dos muñecas, las apretó contra su pecho.

—No —repuso vivamente—, no es verdad, no quieres estar sola, al contrario, te da un miedo horrible la soledad; yo sé muy bien que tienes miedo, porque te conozco y es inútil que finjas; tu teatro es de cristal y veo muy bien a través de sus paredes. Hace un momento estabas desesperada, y si me marcho ahora lo estarás aún más. Dime que me quede contigo, dímelo —exclamaba sacudiéndole las manos, tomándola por los hombros y zarandeándola.

Ella se inquietaba; casi le hacía daño, sobre todo acordándose de que Jerilinkov le había suplicado, mientras que éste no; éste se imponía y mandaba. Débil y consolada, puso su cabeza sobre el pecho de Gaigern, cubierto por el pijama de seda azul.

—Bueno, quédate algunos minutos —murmuró débilmente.

Gaigern miraba por encima del pelo de la Grusinskaia respirando agitadamente. El espasmo del terror empezaba a dibujarse; como en una película, pasó rápidamente sobre sus ojos un torbellino de imágenes: la Grusinskaia muerta en su lecho, una fuerte dosis de veronal en la sangre; él huyendo por los tejados, el sumario en Springer, la cárcel (no tenía ninguna idea del aspecto interior de una cárcel, pero la vio claramente en su imaginación; vio también a su madre, que, aunque muerta ya, volvía a morirse otra vez. Cuando volvió a la realidad del momento presente, en aquel cuarto número 68, el temor y el peligro que había corrido se cambiaron súbitamente en embriaguez. Tomó entre sus brazos a la Grusinskaia y la depositó suavemente en el lecho, como a un niño.

—Ven, ven, ven —le decía al oído con voz que se había hecho más baja.

Hacía mucho tiempo que la Grusinskaia no había sentido su cuerpo; pero lo sentía ya. Durante muchos años su instinto de mujer había dormido en ella; pero al fin despertaba. Un cielo negro, lleno de cánticos, empezó a girar sobre su cabeza, y ella se precipitó en aquel torbellino. Lanzó un gemido como el cortado canto de una alondra y, con la boca entreabierta arrastró a Gaigern a un abismo de voluptuosidad que él aún no conocía, llevándole de una pasión fingida a otra real y verdadera.

La taza de té, sobre la mesa del cuarto, temblaba ligeramente cada vez que un auto pasaba por la calle. En aquel líquido envenenado, la luz blanca de la araña se reflejaba; luego solamente se vio el resplandor rojo del portátil de la mesita de noche,

y por fin sólo quedó la claridad errante y fugaz de los avisos luminosos que se filtraban a través de las cortinas. Dos relojes proseguían la marcha de las horas; en el corredor rechinaba el ascensor... En la lejanía, un reloj de torre dio la una entre los bocinazos de los autos... y diez minutos más tarde los reflectores volvieron a encenderse en la fachada.

—¿Duermes?

—No.

—¿Estás a gusto?

—Sí.

—Estás con los ojos abiertos en este momento. ¡A que es verdad! Siento tus pestañas en mi brazo cuando parpadeas. ¡Qué extraño es que tenga un hombre las pestañas como un chico!... ¿Estás contento?

—No he sido nunca tan dichoso como ahora.

—¿Qué dices? —Que nunca he sido tan feliz con ninguna mujer como contigo...

—Dímelo, dímelo otra vez, repítemelo.

—No, no, no, nunca he sido tan dichoso... —murmura Gaigern junto a la carne fresca y tierna del brazo de la bailarina sobre el que descansa su cabeza; y dice la verdad, porque se siente infinitamente consolado y agradecido.

Entre tantas aventuras amorosas, fáciles y baratas, nunca había sentido tal felicidad: tal embriaguez sin ningún dejo amargo, aquel dulce bienestar después del abrazo. Esa profunda confianza de un cuerpo con otro cuerpo. Sus miembros descansaban, descargados y satisfechos, junto a los de la mujer; eran dos pieles que casaban perfectamente. Experimentaba una sensación sin nombre, que no podía llamarse amor: la vuelta al hogar después de una larga nostalgia. Aún era joven, pero todavía se rejuvenecía más entre los brazos de aquella mujer que se hacía vieja, entre sus transportes de cariño, tan dulces, tan sabios y tan llenos de reserva al mismo tiempo.

—Es lástima... —murmuraba junto a la axila de la Grusinskaia; luego levantó ligeramente la cabeza, haciéndose un nido de aquel rinconcito, un hogar cómodo y caliente en el que remaba un perfume maternal y campestre—. Por este perfume te reconocería en seguida en cualquier parte del mundo que estuvieses, aunque me tapasen los ojos —dijo olfateando como un perrillo.

—Pero, dime, ¿de qué es esa lástima que dices? Dímelo y deja ahora ese perfume... Tiene el nombre de una florecilla que crece en los campos; neviada..., no sé cómo se dirá en alemán; quizá sea el tomillo; me lo hacen en París. Pero, en fin, dime, ¿qué es eso de la lástima?

—Que empezamos siempre con la mujer que menos nos conviene. Que hace uno el idiota mil noches seguidas creyendo que el dejo del amor ha de tener ese sabor soso y frío, penoso como una náusea. Esa es la lástima que te decía, que la primera

mujer que conocí no fueras tú.

—Calla, calla, niño mimado —murmuró la Grusinskaia metiendo sus labios golosos entre la cabellera de Gaigern, en aquellos mechones espesos y calientes que olían a hombre, a cigarrillos y a un peluquero sin las relamidas ondulaciones modernistas.

Gaigern paseaba las yemas de sus dedos por las caderas de ella, móviles por la respiración.

—Me admira lo ligera que eres, tan incorpórea, como una pluma, como un poco de espuma de champaña en una copa —dijo con tierna admiración.

—Sí, no tengo más remedio que serlo —contestó la bailarina seriamente.

—Quisiera verte ahora. ¿Quieres que encienda la luz?

—No, no —exclamó la Grusinskaia separándose de pronto.

Comprende él entonces que ha asustado un poco a aquella mujer, cuya edad nadie sabe aún con exactitud. Y de nuevo vuelve a compadecerse de ella, sintiendo una profunda piedad. Luego se acerca; vuelven a yacer uno junto al otro, y se quedan pensativos. En el techo se refleja la luz de la calle, en un haz estrecho y afilado como una espada, penetrando también en la habitación por las rendijas que dejan las cortinas. Cada vez que pasa un auto por la calle, una sombra fugitiva se desliza rápidamente por el reflejo del techo.

«Las perlas —piensa Gaigern— se las ha llevado la trampa por el momento; si tengo suerte y la cosa se presenta bien, podré volverlas a poner en sus estuches mientras ella duerme. Menuda trifulca va a armar mi gente cuando me vean regresar sin ellas, y siempre que el chófer no haga alguna bestialidad y se emborrache esta noche el animal, estropeándolo todo. Este negocio está perdido por completo. ¡Caray, qué mala pata! ¿De dónde vamos a sacar ahora el dinero? ¡Dios sabe! Quizá podamos aligerárselo a ese tío provinciano, recién heredado; a ese viejo que se pasa las noches quejándose ahí al lado, en el cuarto número 70. Pero ¡bah!, son pequeñeces; no hay que pensar en ello; acaso acabe por pedirle las perlas lisa y llanamente o se lo cuente todo mañana por la mañana, y si me conduzco diestramente, no será ella seguramente la que me haga detener; esa mujercilla tan ligera y atolondrada que deja sus perlas en cualquier lado. ¡Qué mujer más rara!... Ahora ya la conozco bien. Después de todo, ¿qué importan sus perlas? Como ha acabado con todo, nada le importa... y, sobre todo, si yo no hubiera venido, no estaría ella ya en el mundo, y entonces, ¿para qué las quería? Bien me las podría regalar, ya que es tan buena... ¡Oh, como buena, sí que lo es! Es como una madre, como una madrecita dulce y cariñosa con la que se puede dormir...».

La Grusinskaia, por su parte, piensa: «El tren de Praga sale a las once y veinte. Con tal de que todo marche bien..., porque todo lo he dejado abandonado; hoy no he hecho nada, y mañana todo estará patas arriba. Pimenoff es demasiado débil con la

compañía, y las chicas le toman el pelo, se le suben bailando a las narices. Pero hay una cosa cierta: que despedirán a todo el que pierda el tren mañana. Si Pimenoff no se ha cuidado esta tarde de los decorados, no podrán embalsarse mañana. Los tramoyistas tendrían que haber hecho horas extraordinarias esta noche. Seguramente, de lo que yo no he dispuesto, no se habrá hecho nada; el descuento de Meierheim... Pero ¡Dios mío!, ¿cómo he podido marcharme así, abandonándolo todo? Porque Witte, si no se le vigilase, no haría nada de provecho. No tengo más remedio que estar al tanto de todo, y esta noche no he estado allí. No es mala la catástrofe que se avecina; ya hace tiempo que Lucila está cada vez más levantisca e insubordinándose a todo el mundo. ¿No le parece a usted que no son bastante grandes las letras con que la anuncian en los carteles y que no le hacen nunca el reclamo que debieran? Pero vosotros no servís para nada y hay que conducirlos a latigazos. Me habéis hecho mala, infatuada de mí misma y cansada. ¡Dios mío, qué cansada estaba ayer! ¡Qué poco faltó para que os vierais sin la Grusinskaia, y entonces sí que hubierais comprendido la falta que os hago! Pero ahora ya no estoy fatigada y podría levantarme ahora mismo y bailar todo el programa o un repertorio nuevo, una danza nueva. Diré a Piíftenoff que me prepare alguna novedad: la *danza* de la angustia. ¡Oh!, sí, ahora la podría bailar, tres vueltas sobre las puntas para empezar..., o bien otra cosa diferente, sin nada de puntas... Pero es el caso que estoy viva —piensa luego emocionada—. Vivo y bailaré otras danzas que me darán más éxito. Vosotros hace más de diez años que casi me dejáis perecer de hambre. Parece mentira que un muchacho loco que se mete en mi cuarto por el balcón pueda haberme inyectado tanta energía, un chiquillo adorable que no conoce otra cosa del amor que la jerga soez de las germanías...».

La Grusinskaia sube el embozo y tapa a su amante como a un niño, y él le dirige palabras de agradecimiento, sintiéndose pequeño y desgraciado junto a aquella carne tibia y amparadora, contra la que restriega su nariz y su boca. Sus cuerpos han tomado ya una grande y mutua confianza, pero sus pensamientos siguen sin conocerse, pasan y se entrecruzan, extraños en la noche.

En todos los lechos del mundo ocurre lo mismo: que se acuestan en ellos parejas de amantes tan cerca y tan lejos uno de otro.

Fue ella la primera que quiso buscar en aquella alma incógnita, y por eso, asiéndole entre sus manos la cabeza, como un fruto grande y pesado que hubiera tomado al sol, le dijo muy bajito al oído:

—Todavía no sé cómo te llamas, amiguito.

—Me llaman Flix, pero mi verdadero nombre es Félix, Amadeo, Benvenuto, barón de Gaigern. Tú tienes que llamarme de otro modo, con algún nombre diferente que pronuncien tus labios para mí solo.

La Grusinskaia se queda un momento pensativa sonriendo dulcemente.

—Tu madre estaría loca contigo cuando naciste para ponerte esos nombres tan

bonitos —dijo luego—. ¡Hay que ver!: el dichoso, el amado por los dioses, el bien venido. No llorarías cuando te bautizaron, ¿verdad?

—No sé, no me acuerdo bien.

—¡Ah!, ¿no sabes? Yo también tengo un hijo, una niña. ¿Cuántos años tienes tú, Bienvenido?

—Hoy he vuelto a encontrar mis diecisiete años entre los brazos de una mujer; pero tengo treinta.

Se añadía algunos; quería parecerle algo más viejo por delicadeza hacia aquella mujer, que sentía bajo la cruda claridad de la lámpara el miedo de sus propios años. Y, sin embargo, la pobre sufre: «No hay duda —piensa ella— que podría ser muy bien el padre de mi nieto Pompón, que tiene ocho años. En fin, a otra cosa».

—¿Cómo eras de niño? Muy guapo, ¿verdad?

—Ya lo creo, una preciosidad; siempre lleno de manchas, chichones y arañazos y hasta de piojos algunas veces. Nuestros mozos de cuadra eran gitanos, porque éstos abundan en la frontera donde teníamos la finca, y sus desharrapados chiquillos eran mis amigos. Cuando rememoro mi infancia, me huele todavía a cuadra. Después fui durante algunos años el terror de algunos bandidos; hice también la guerra, cosa que me divertía mucho, tanto que, a depender de mí, la hubiera hecho más cruel todavía. Si volviera a empezar, mis cosas marcharían muy bien otra vez...

—¿Y ahora no, canallita? ¿De qué vives? ¿Qué clase de hombre eres?

—¿Y tú? ¿Qué especie de mujer eres? No conozco ninguna como tú. Lo corriente es que tengáis pocos secretos; pero tú me intrigas mucho más que otras; siento curiosidad, y aún quisiera preguntarte muchas cosas. Eres algo aparte de todas las demás mujeres...

—Lo único que tengo es que me he quedado antigua y fuera de moda; pertenezco a un mundo, a un siglo diferente del tuyo, y eso es todo —dijo la Grusinskaia sonriendo en la oscuridad mientras sentía una picazón en los párpados a causa de las lágrimas que subían a sus ojos—. Nosotras las bailarinas recibimos una educación muy rígida y severa, como si fuésemos soldaditos y en el Instituto de bailes imperiales de Petrogrado se nos enseña bajo una disciplina férrea... Allí no somos más que un batallón de reclutas para los lechos de los grandes duques... Toda muchacha que a los quince años empezaba a engordar demasiado, tenía que llevar puesto un corsé de acero para evitar que siguiera aquello. Yo era pequeñita, pero dura como el diamante y muy ambiciosa, ¿sabes? Ardía la ambición en mi sangre como sal y pimienta. Era una verdadera máquina del deber, que trabajaba sin tregua, sin reposo ni descanso, sin pararme nunca. Y después, ya sabes lo que pasa con la celebridad, después de tanto correr tras ella; que nos deja instaladas, sí, en pleno éxito, pero en la más espantosa y fría soledad, tan desamparada de todos en el Polo Norte. Este es el resultado de sostener esos triunfos durante cinco, diez, y veinte años y siempre,

siempre igual. ¿Me comprendes ahora? Mira, cuando pasamos en el tren por delante de la casilla de un guardavías o nos lleva nuestro auto a través de un pueblecito, vemos siempre gente sentada a las puertas, inmóviles, idiotas, el gesto inexpresivo, las manos abiertas sobre las rodillas. ¿No es así? Pues bien, yo puedo asegurarte que cuando me siento fatigada no deseo otra cosa: sentarme así largas horas, con los brazos cruzados. Pero no puedes hacerlo cuando, como yo, eres víctima de tu propio cartel. ¿Vas a presenciar impasible que otras trabajen por ti, esas horribles alemanas dislocadas, esas negras, ese montón de ineptitudes? No, Benvenuto, no, eso es imposible; se odia el trabajo, se queja una de él, todo lo que quieras; pero hay que seguir trabajando, porque si no, no se puede vivir. Con tres días nada más que tome de descanso empiezo ya a preocuparme de si no perderé la línea y me pondré hecha un talego. La técnica se la lleva el demonio. Es preciso bailar, es una obsesión; créeme, ni la morfina, ni la cocaína hacen tanto daño, porque no hay ningún vicio en el mundo que envenene tanto como el trabajo y el éxito. No hay más remedio que bailar a todo trance, y esto es también muy importante para mí, porque el día que yo lo deje no habrá en el mundo nadie que sepa bailar como yo, fíjate bien. Todas las demás no son otra cosa que aficionadas, y esto no basta: tiene que haber en el mundo alguien que sepa lo que el baile significa en medio del terrible materialismo histérico que nos invade. Yo he aprendido a bailar con las más célebres estrellas del arte en otros tiempos, la Kschesinskaia, la Trefilovna, quienes, a su vez, fueron discípulas de otras celebridades de hace cuarenta, sesenta años. A veces pienso que mi destino es ese: bailar yo sola, contra el mundo entero, contra el cruel «hoy». El mundo actual, vosotros todos, esa sucia cáfila de ventajistas, de chalanes de automóviles, antiguos soldados de la gran guerra y accionistas, sois mi público, y esta pequeña Grusinskaia, tan vieja ya, ¿verdad?, tan ruin, tan bailada, todavía os encanta con sus pasos de hace doscientos años, todavía os conquista, entusiasmándoos entre risas o lloros en un éxtasis de locura y felicidad... Y todo eso, ¿por qué? ¿Por esa brizna de baile anticuado? Luego tiene su importancia, a pesar de todo. Así es, ya que lo que tiene su razón de ser para el mundo, lo que le es necesario, puede constituir un éxito mundial. Pero junto a esto todo se desmorona, se borra todo sentimiento de humanidad, desaparece todo; yo no soy ya una mujer, sino una masa de responsabilidad que marcha por el mundo. El día en que el éxito muere, en que creemos que ya nuestra vida no tiene razón de ser, ese día es cuando acaba todo para nosotros. ¿Me escuchas, me comprendes? Quisiera que me comprendieses —dijo la bailarina en tono suplicante.

—No del todo, pero casi, casi... hablas tan de prisa el francés... —respondió Gaigern. Cuantas veces, durante su largo acecho de las perlas, había asistido a sus bailes, se había aburrido como una ostra, y le admiraba profundamente que la Grusinskaia siguiera arrastrando sus bailes, cuando, al parecer, tanto martirio le

causaban. La Grusinskaia seguía hablando apoyada con sus brazos sobre las rodillas y pronunciando las más amargas palabras con su voz fina, caliente y bien modulada, mientras Gaigern, no sabiendo qué contestarle, se contentó con sonreír, al mismo tiempo que pensaba en aquello tan bonito que le había dicho de la gente sentada y ociosa a las puertas de sus casas.

Por fin rompió el silencio:

—¿Por qué no intentas bailar esas escenas?

Y ella se echó a reír.

—¡Pero, hombre, por Dios! ¡Si eso no se puede bailar! ¿Cómo le va a gustar a nadie que me presente vestida de vieja andrajosa, con un pañuelo amarrado a la cabeza y los dedos desfigurados por el reuma? Habría que hacerse de madera...

De pronto interrumpió la frase: ya antes su cuerpo se había sentido entregado a la novedad de aquellas danzas, hecho por el cual se contraía y estiraba. Imaginábase ya la decoración, pues conocía a un pintor en París, joven y exaltado, que podría pintar el ambiente típico de aquellas truculentas escenas. Figurábase ya este nuevo baile, le hormigueaba en las manos y en los contraídos músculos del cuello. Admirada y con la boca abierta, seguía en la oscuridad sin respirar apenas; tan grande era la tensión de sus nervios. La estancia fue llenándose de mil figuras reales y palpitantes que ella no había jamás incorporado, pero que eran perfectamente escenificables. Una pordiosera que extendía hacia la limosna sus trémulas manos; una aldeana vieja bailando en la boda de su hija; delante una barraca de feria; una titiritera de cara famélica que realizaba el paso de los hombres; una maritornes jovencita a la que golpean sus amos porque ha roto una fuente; una niña de quince años a la que se obligaba a bailar desnuda delante de un hombre gigantesco y resplandeciente de pedrería, un gran señor, un gran duque; la espinosa parodia de una institutriz; una mujer que huía, aunque nadie la persiguiera; otra que quería dormir y no la dejaban; otra que se asustaba ante el espejo; otra, en fin, que se envenenaba y moría...

—Cállate ahora, no te muevas —murmuraba la bailarina mirando el techo, sobre el que se proyectaba la abertura del balcón como una espada de luz.

La alcoba había tomado ese aspecto lúgubre y encantado tan frecuente en los cuartos de hotel. Abajo, los autos rugían y bramaban como animales, porque la Liga de Filántropos había terminado sus fiestas y la gente empezaba a desfilar a las dos de la mañana. La noche se hacía más fresca.

Con un ligero estremecimiento se arrancó la Grusinskaia de aquel remolino de imágenes y fantasías, para volver a la realidad. «Si lo supiese Pimenoff —pensaba—, él, que acaba de crear su nuevo «ballet de las mariposas», diría que estoy loca de remate, y acaso lo esté realmente. La loca de la casa cesó por fin de martirizarla, y, aunque el vuelo de su pensamiento había durado escasamente un par de minutos, a ella le pareció que volvía de un largo viaje. Estiróse, pues, perezosamente en el lecho,

donde seguía también Gaigern, cuya presencia casi causaba extrañeza a la bailarina.

—¿Qué clase de hombre eres? —volvió a preguntarle en la oscuridad con su cara pegada a la de él; y en aquel momento sintió profundamente la admiración de tanta intimidad mezclada a su completa ignorancia de aquel hombre—. Ayer no te conocía todavía. ¿Quién eres, pues? —preguntó muy cerca de la boca de Gaigern.

El, que estaba a punto de dormirse, la estrechó entre sus brazos, y el contacto de la espalda le hizo acordarse de su galgo *Lisset*, allá lejos, en su casa.

—¿Qué quién soy yo? ¡Bah! No valgo gran cosa —respondió obedientemente, pero sin abrir los ojos—. Soy un hijo pródigo, soy la oveja descarriada de un rebaño, una mala persona que acabará en la horca.

—¿De veras? —preguntó ella con una risita que le salía de lo más profundo de la garganta.

—Sí —dijo Gaigern con convicción; hasta entonces había empezado a repetir por broma las mismas reprimendas que le dirigían en el internado; pero allí, en aquella cama, entre los tiernos efluvios de tomillo, se sentía acuciado de un deseo de confesión y sinceridad—. Soy un hombre sin freno moral —prosiguió hablando en la oscuridad—, carezco de carácter y soy terriblemente curioso. No puedo sujetarme a ninguna regla y no sirvo para nada. Allá en mi casa aprendía a montar a caballo y a jugar al gran señor; en el colegio, a rezar y a mentir, y en la guerra, a disparar y a esconder. Y eso es todo lo que soy. Soy un bohemio, un indeseable, un aventurero...

—Tú..., ¿y qué más?

—Soy jugador y no me quedo corto en hacer trampas. También he robado. En definitiva, debería estar ya preso; pero en lugar de estarlo, me encuentro libre, voy donde quiero, mi salud es inmejorable y no me privo de nada de lo que me gusta. También me emborracho alguna que otra vez y, además, odio el trabajo con mis cinco sentidos desde niño.

—¿Y qué más? —murmuró la Grusinskaia encantada; la risa contenida le hacía temblar la garganta.

—Además soy un criminal que escala las fachadas —dijo Gaigern soñoliento— y que roba con fractura.

—¿Y nada más? ¿No serás también un asesino?

—Claro que sí; también lo soy, y poco ha faltado para que te asesinase —murmuró Gaigern.

La Grusinskaia continuaba riendo inclinada sobre el rostro de él, que no veía, pero que adivinaba; mas de pronto se puso seria, y, aprisionándole el cuello entre sus dedos, le dijo muy bajito, al oído:

—Si tú no hubieses venido anoche, a estas horas no estaría yo en el mundo.

«¿Anoche? —pensó Gaigern—. ¿A estas horas?». La noche pasada en el número 68 había durado una eternidad; le parecía haber transcurrido años desde que había

visto a aquella mujer desde el balcón. Y sintió miedo. La estrechó entre sus brazos, con fuerza, como si luchara, y sintió, con una rara alegría, que los flexibles músculos de la Grusinskaia resistían.

—No volverás a hacer más esto, porque no te dejo marchar. Te necesito y tienes que quedarte conmigo —le dijo, resonándole dentro estas palabras, de las que él mismo se sorprendía, dichas así con voz ronca que parecían salirle del fondo de su corazón.

—No, ahora todo es muy diferente, ahora todo marcha bien; ahora estás cerca de mí... —murmuró la Grusinskaia, sin que él pudiera comprenderla, porque lo decía en ruso.

Sin embargo, la entonación de aquellas palabras le conmovió profundamente, la noche volvió a llenarse de caricias. Los fantásticos pájaros del tapiz salieron de los ramajes...; el hombre olvidó las perlas en el bolsillo de su pijama azul y la mujer olvidó la falta de éxito en la escena y la taza de té saturado de veronal...

Ninguno de los dos se atrevió a pronunciar la palabra «amor», esa palabra tan frágil. Estrechamente unidos, se arrojaban al torbellino de una noche de amor, y pasaban del abrazo al susurro, del susurro al breve sopor y al ensueño, y del ensueño al abrazo siguiente... Dos seres humanos provenientes de dos extremos del mundo para encontrarse durante algunas horas en la cama de un hotel, frecuentemente ocupada, del cuarto número 68.

Capítulo 10

Apenas si el amor había ocupado sitio en la vida de la Grusinskaia, porque todo cuanto su cuerpo y su alma encerraban de pasión se exteriorizaba en el baile. Es verdad que había tenido algunos amantes, porque una bailarina célebre necesita tenerlos como necesita poseer perlas, un auto y vestidos de los grandes modistos de París y de Viena. Rodeada de hombres que se rendían a sus encantos, cortejada y perseguida por sus pretendientes, no creía, en el fondo, en la existencia del amor. No veía en eso otra realidad que la de las decoraciones de tela pintada, el templete de amor y los boscajes de rosas entre los cuales se desarrollaban sus danzas. Aunque era por naturaleza fría y poco sensual, pasaba por ser una amante admirable y de bandera. Pero practicaba el amor como una obligación de su oficio, como una pieza de teatro agradable algunas veces, y siempre cansada, que no necesitaba de grandes recursos artísticos. Toda la flexibilidad de su cuerpo —todo lo que había en ella de ondulante, de gracioso, de refinado, de tierno y acariciador, de conmovedor y frágil—, su arranque y su ímpetu, todas estas cualidades que componían su arte, las desplegaba abundantemente cuando pasaba la noche con un amante. Casi siempre conseguía emborracharlos de dicha, aunque ella se conservara más tranquila y equilibrada. Cuando bailaba, llegaba a despojarse de todo, a exaltarse, a olvidarse de sí misma, y a veces, sus compañeros de baile le oían lanzar pequeños gritos a media voz, cantar algunas notas, como un pájaro, mientras realizaba las figuras más difíciles y vertiginosas. En cambio, cuando se entregaba al amor, no perdía nunca el juicio, se vigilaba estrechamente a sí misma. Y era extraño que no creyera en el amor ni le hiciera falta ninguno, y que, sin embargo, no pudiera vivir sin él. Efectivamente, el amor, como ella no ignoraba, formaba parte íntegramente del éxito. Mientras fue joven y vio siempre lleno su camarín de flores y cartas; mientras había encontrado hombres plantados en todos sus caminos, dispuestos a morir por ella, a cometer cualquier locura, a abandonar fortuna y familia; mientras había durado este triunfo, se había sentido en pleno éxito, estimable por las declaraciones amorosas, por las amenazas de suicidio, las persecuciones a través del mundo, el valor de los regalos que le hacían sus pretendientes, y no solamente por esto, sino también por los aplausos, las críticas y el número de llamadas a escena. Ella lo ignoraba; pero los entusiastas que hechizaba eran, en definitiva, para ella, un público ante el que triunfaba. Y por primera vez sintió con terror el declive del éxito cuando su amante Gastón la abandonó para casarse con una señorita de una gran familia, pero sin ningún atractivo personal. La atmósfera ardiente que la había envuelto durante años se enfrió, sintió extenderse en torno suyo la sombra de la tarde. Era un descenso, una escalera con más de cien mil escalones, tan pequeños que apenas si se enteraba de

que los iba bajando. Y, sin embargo, ¡qué camino más interminable había desde la Grusinskaia que antaño había deslumbrado con sus danzas al mundo entero de preguerra, a la pobre Grusinskaia de aquel instante que mendigaba algunos aplausos a un público escéptico, hosco y estragado! Y al final de esta penosa marcha no quedaba, como última consecuencia, otra cosa que la soledad y una fuerte dosis de veronal... He aquí por qué aquel hombre que encontró en el balcón era para ella mucho más que un hombre: era la aparición milagrosa que surgía en el momento crítico, en el cuarto número 68, para salvarle la vida; era el éxito tangible que venía a ponerse delante, el mundo que ardientemente se introducía hasta su habitación; era la prueba de que los tiempos románticos no estaban completamente revueltos, aquellos tiempos en que el joven Jerilinkov se había hecho matar por ella. Ella se había dejado caer... y alguien venía para levantarla.

Figuraba entre el repertorio de la Grusinskaia una danza en la que la muerte y el amor bailaban un *pas de deux*; algunas veces, jóvenes poetas le habían enviado versos en los que se expresaba ese pensamiento trivial de que la muerte y el amor son como hermano y hermana. Aquella noche la Grusinskaia vivía por sí misma aquel lugar lírico. La dolorosa locura de la noche anterior se transformaba en una embriaguez y en un vértigo de gratitud que la hacía asirlo todo, tomarlo todo, sentirlo y guardarlo todo febrilmente para sí. Era el deshielo de muchos años de nieve. Su frialdad, que había escondido toda su vida como un secreto vergonzoso, se fundía. Se había sentido tan miserable y sola durante un largo número de años, que hasta algunas veces le había mendigado a su compañero Miguel, como una limosna, un poco del calor de su piel, joven y ardiente. Aquella noche, en el indiferente cuarto del hotel, en una cama de cobre, fabricada en serie, sentía que se abrasaba, que se metamorfoseaba al descubrir el amor, en cuya existencia no había creído nunca.

Las habitaciones número 68 y 69 eran parecidas, de modo que Gaigern, al despertarse, no supo de pronto dónde se encontraba, y al ir a volverse hacia la pared de su habitación, tropezó en el lecho con el menudo cuerpo de la Grusinskaia, dormida, que respiraba dulcemente. Entonces se acordó, y la maravillosa y profunda confianza de la primera noche que habían pasado juntos le hacía sentir un dulce cansancio. Retiró, pues, su brazo, que se le había adormecido debajo del cuerpo de ella, y con una emoción ligera y dichosa rememoró las emociones de la noche. No hay duda de que estaba enamorado, y un sentimiento de dulzura y de gratitud infinitas que no había conocido hasta entonces le colmaba de dicha. «La verdad es que, dejando a un lado las perlas —pensaba no sin cierta vergüenza—, prescindiendo de este fracasado asunto de las perlas, soy un menguado que se mete en una habitación a contar una historia fantástica, a representar una comedia y a engañar a una mujer que todo se lo cree. Es verdad que ella no deseaba otra cosa. ¡Cuántos fingen comedias y cuántas se las creen! En el fondo, se empieza siempre por ser un charlatán y un

salteador; pero luego cae uno en sus propios lazos, porque siento que te quiero, Mounita, querida y pequeña Neviada; te quiero, sí, te quiero».

Hacía fresco en el cuarto y afuera debe estar ya a punto de amanecer; la calle estaba silenciosa y un hilo de luz grisácea se deslizaba entre las cortinas. Los motivos de la tapicería empezaban ya a animarse y a vibrar sobre las paredes, a la vaga claridad de la mañana. Gaigern se deslizó cautelosamente fuera del lecho. La bailarina dormía con un sueño profundo y tenía la barbilla apoyada sobre su propio hombro. Ahora que toda la agitación de la noche había pasado, parecía que los dos sellos de veronal hacían su efecto. Gaigern le tomó la mano, que caía fuera de la cama, y luego de haber apoyado cariñosamente sus ardientes párpados contra la palma de aquella manita inerte, la colocó con suavidad bajo el embozo, como si la Grusinskaia hubiera sido una muñeca. Casi a tientas pudo llegar hasta el balcón, cuyas cortinas separó con cuidado. La dormida no despertó. «Este es el momento de poner las perlas en su sitio», pensó Gaigern, admirándose él mismo por haber encontrado esta solución tan sencilla. «He aquí un golpe que no ha servido para nada», pensó luego, aunque sin mal humor, porque le gustaba aplicar estas expresiones deportivas a sus empresas aventureras. Buscó luego a tientas su pijama, sonriendo dulcemente al encontrar sus prendas tiradas por la habitación; las fue recogiendo todas y se metió luego en el cuarto de baño para vestirse. Al lavarse las manos, la cortadura que tenía en la derecha empezó a sangrar; pero la chupó ligeramente un momento y ya no volvió a hacer caso de ella.

El acre olor a laurel marchito que llenaba la estancia era cada vez más fuerte. Gaigern, sediento de aire, salió a respirar al balcón; tenía todavía el pecho invadido por una opresión agradable y desconocida.

Allá fuera, la niebla de la mañana se extendía sobre la calle; ni un auto ni alma viviente pasaban. Sólo a lo lejos se oyó el estrépito de un tranvía que rodaba sordamente. El sol no había salido todavía y no se veía más que un resplandor uniforme de un gris lechoso. Luego un ruido de pisadas hacia la esquina de la calle... y después otra vez el silencio. Si acaso, el grito de un pájaro enfermo, un papel rodando por el asfalto a impulsos del viento. El árbol plantado cerca de la entrada número 2 mueve románticamente su copa. En pleno centro de la ciudad, un pájaro de marzo, después de un sueño demasiado largo, ensaya su voz en una alta rama que se mece. Un camión cargado de cajas y garrafas de leche pasa trepidando ruidosamente y como poseído de su importancia; la niebla, que se va disipando, huele al agua de los lagos y a la esencia; los herrajes del balcón gotean de humedad. Gaigern encuentra en el balcón su calzado de salteador y lo mete rápidamente en el bolsillo, donde están los guantes y la lámpara eléctrica, con los quinientos mil marcos de perlas, de las que aún no ha podido desembarazarse. Vuelve luego al cuarto y deja las cortinas abiertas; la luz gris cae sobre el tapiz formando un triángulo que llega hasta el lecho de la

Grusinskaia, que sigue dormida.

Estaba ya extendida todo lo larga que era, con la cabeza ligeramente echada hacia atrás, algo vuelta a un lado; la cama era demasiado grande para su personilla tan menuda. Gaigern, para quien la mayor parte de las camas del hotel eran demasiado cortas, encontró en ello algún motivo de broma y admiración. A continuación se le ocurrió un pensamiento lleno de ternura; tomó de encima de la mesa la taza de té con el veronal y los tubos vacíos, y los llevó al cuarto de baño y con el cuidado con que lo hubiera hecho una niñera, enjuagó la taza y la secó con una toalla, y luego, como un chiquillo, puso un beso en la manga del albornoz de la Grusinskaia, que estaba allí colgado; y como no supiera dónde echar los tubos vacíos, se los metió en el bolsillo con las perlas. Cuando volvió a acercarse al lecho, la Grusinskaia suspiraba en sueños. Adelantó la cabeza y se inclinó sobre ella, que seguía dormida. El día iba entrando y había más luz, por lo que pudo ver muy de cerca y a sus anchas la cara de aquella mujer. La lacia cabellera caída hacia atrás dejaba al descubierto las estrechas y sombreadas sienes; dos profundas arrugas bajo los párpados cerrados acusaban claramente los años, y aunque Gaigern se dio perfectamente cuenta de ello, no se disgustó. En cambio, la boca era un encanto, sobre una barbilla graciosa, aunque algo ajada. Algunos polvos mates cubrían aún la frente cerca de la punta dibujada por la raíz del cabello. Gaigern recordó, sonriendo, que la noche anterior había sacado ella una polvera de debajo de la almohada y que se había estado empolvando antes de dejarle encender la lámpara de la mesilla. «Ahora sí que te veo bien, aunque tú no quieras», pensaba con la sensación de un triunfo salvaje, como un raptor de las edades primitivas. Al explorar aquella fisonomía como un nuevo paisaje del que se parte a la ventura, descubrió dos rayas misteriosas y simétricas que bajaban desde las sienes al cuello, pasando cerca de las orejas, y que eran más claras que el resto de la piel. Pasó suavemente el dedo por encima; eran dos cicatrices sumamente tenues que encuadraban el rostro, formando como la orilla de una careta, y de pronto Gaigern comprendió que lo era. Eran las cicatrices de la coquetería, incisiones hechas en la piel para estirla y rejuvenecerla. Se acordaba de haber leído algo respecto a esto mismo. Movié la cabeza sonriéndose escépticamente e, inconsciente de lo que hacía, se puso a palpar sus propias sienes, que estaban duras y bajo las cuales latían las venas con una pulsación vigorosa y sana.

Con una delicadeza extremada puso su cara contra la de la Grusinskaia, como si quisiera transmitirle algo de sí mismo. En aquel momento la quería con un amor tan tierno y compasivo, que a él mismo lo sorprendía grandemente. Sentíase limpio de conciencia y digno, aunque algo ridículo en su emoción por aquella pobre mujer, cuyos secretos había descubierto. Se separó del lecho, permaneciendo algún tiempo de pie delante del espejo, con la frente contraída, la boca entreabierta y profundamente abstraído. Se preguntaba si, a pesar de todo, no podría quedarse con

las perlas. Pero no, no era posible. Por el momento era siempre el barón de Gaigern, un hombre más bien ligero que se rodeaba de malas compañías y estaba entrampado hasta los ojos, pero digno de confianza a pesar de todo. Si salía de aquella habitación con las perlas, no tardaría en correr tras él la Policía, y entonces sí que se acababa su vida de noble considerado y se le perseguiría como a un criminal vulgar. No estaba por ello, y lo que le contrariaba era que se había convertido en el amante de la Grusinskaia, circunstancia absolutamente ajena y contraria a su programa... pero era un hecho que venía a transformarlo todo. Estudiaba sus probabilidades como hubiera calculado las de un combate de boxeo o las de un concurso de tenis. Para él las aventuras, como la que había emprendido para apoderarse de las perlas, eran un deporte, aunque esta vez el santo se le hubiera vuelto de espaldas. En su actual situación era imposible robar esas perlas; a lo sumo podía esperar a que buenamente se las regalara la Grusinskaia, y todo era cuestión de saber esperar. «Esperar», pensó Gaigern suspirando profundamente. Sus reflexiones eran, en definitiva, muy ajustadas y atinadas. No quería confesarse a sí mismo que había algo más en aquel asunto porque no le gustaba aparecer ridículo ante sus propios ojos y odiaba el sentimentalismo. Luego se miró al espejo y pensó de mal humor: «De todos modos, no voy a robarle sus alhajas a una mujer con la que me he acostado. ¡Qué le vamos a hacer! La cosa ha fracasado y no tiene remedio... Neviada —pensó volviéndose hacia el lecho con una repentina explosión de cariño—, pobre Mounita, mucho más me gustaría hacerte un regalo, darte muchas cosas, algún objeto lindo y valioso que te hiciera feliz, nenita mía». Procurando no hacer el menor ruido, sacó la sarta de perlas de su bolsillo. Ya casi no le gustaban, y después de todo, acaso fueran falsas, a pesar de todas las fantasías que habían corrido por la prensa, o que no tuvieran realmente el valor que se les atribuía. En todo caso, desprenderse de ellas no le costó el menor disgusto.

Cuando la Grusinskaia intentó despertarse, tenía la cabeza envuelta en sueño, como si se la hubiesen vendado con gruesos lienzos. «Esto es del veronal», pensó en seguida, y no abrió los ojos. Llevaba algún tiempo temiendo el despertar, ya que se veía en seguida frente a las penosas realidades de su vida. Aquella mañana presintió vagamente que algo muy bueno y agradable la esperaba, aunque no lo hallara inmediatamente. Pasóse la lengua por los labios, que el pesado sueño del veronal había secado durante la noche, moviendo luego los dedos como empiezan a agitar los perros sus patas cuando se despiertan. Su cuerpo estaba fatigado, extenuado, pero era profundamente dichoso, como después de un brillante éxito, como después de una noche de muchas llamadas a escena, en que hubiera tenido que entregarse por completo bailando. Sintió que la luz de la mañana bañaba sus perezosos párpados, y por un momento se imaginó que estaba en Tremezzo, con el reflejo gris rosado del lago en su alcoba. Por fin se decidió a abrir los ojos.

Y lo primero que vio fue una colcha extraña y alta como una montaña que cubría sus rodillas, y después la tapicería del hotel donde los rojos frutos de los trópicos colgaban de unos finos y esbeltos tallos: una composición obsesionante y febril que atraía y retenía la mirada. El sinsabor de su vida nómada guardaba cierta conexión con esa clase de tapicería de los hoteles. El rincón cercano del pequeño escritorio estaba en la oscuridad, porque la cortina de la ventana estaba echada por ese lado y no se podía ver la hora del reloj. Entraba fresco por la puerta abierta del balcón, y al lado del tocador, contra la luz del balcón, la Grusinskaia, aunque medio dormida, vio dibujarse la ancha y sombría silueta de un hombre. Estaba de espaldas, con las piernas abiertas y bien plantadas, absolutamente seguro de sí mismo y entregándose a un trabajo que la bailarina no podía ver. «Estaré soñando todavía», pensó la Grusinskaia, porque aún estaba demasiado soñolienta para asustarse. «¡Bah!, no es la primera vez que me ocurre», pensó luego, y por último se acordó de Jerinlin-kov. Pero de pronto su corazón se puso en marcha como un motor: despertóse, pues, completamente, y miró en torno suyo.

Respiraba con la boca cerrada furtivamente, pero de un modo profundo. Con la respiración, todos los recuerdos de la noche se precipitaron en ella. Sacó luego un brazo fuera del embozo, un brazo sumamente ligero que sentía como ganas de echar a volar. Tomó a hurtadillas su polverita y empezó a empolvarse con mucha atención y minuciosidad, mirándose en el pequeño espejito redondo de la caja. El delicado perfume de los polvos le alegraba; se encontró bella, sintiéndose como enamorada de sí misma y como no lo había estado hacía largo tiempo. Cubrió con las manos sus redondos y menudos pechos con un movimiento habitual en ella; pero aquella mañana experimentaba un goce especial tocando su carne mórbida, fresca y satisfecha. «Benvenuto», dijo para sí, y luego, en ruso: «Chelanni»; pero como no pronunció este nombre en voz alta, él no pudo oírlo. Allí estaba Gaigern mostrando sus piernas separadas y sus anchas espaldas. «Parece uno de los ayudantes del verdugo de Signorelli», dijo para su interior la Grusinskaia, mientras el hombre seguía dedicado a su misteriosa manipulación sobre la tabla del tocador. Entonces ella se incorporó sonriente en el lecho y se puso a mirar.

En efecto, tenía entre las manos el maletín de las perlas. La bailarina oyó perfectamente el crujido de uno de los estuches al cerrarse, ese ruido que le era tan familiar del estuche largo de terciopelo azul, donde dormía el collar de las cincuenta y dos perlas de regular tamaño. Al pronto no pudo explicarse por qué ese ruido la llenaba de una angustia mortal. Parósele un segundo el corazón, para latir luego con más fuerza, y sintió en su interior una profunda y dolorosa conmoción; la sangre le hacía daño agolpándose a las yemas de los dedos y lo mismo en los labios. No obstante, continuaba sonriendo, se olvidaba de borrar la sonrisa de sus labios, y eso que su cara se enfriaba rápidamente, poniéndose blanca como el papel. «Entonces es

un ladrón», se dijo al recobrar su lucidez por completo, y este pensamiento le atravesó el corazón como una puñalada seca y fatal. Creyó desmayarse —lo deseaba ardientemente—; pero lejos de perder el conocimiento, sintió su cerebro surcado un momento por una infinidad de pensamientos netos y agudos que se cruzaban y chocaban entre sí como las espadas en un combate.

Tuvo la horrible sensación de que la habían engañado villanamente; un sentimiento de vergüenza, de miedo, de cólera, un acerbo dolor y al mismo tiempo una gran debilidad: de no querer ver, de no querer comprender, de no confesarse la verdad: una huida hacia la misericordia de la mentira.

—*Que faites-vous?* —dijo, dirigiéndose a aquel hombre de espaldas de verdugo que las tenía vueltas hacia ella: creyó la bailarina que gritaba, cuando lo que soló hizo fue murmurar bajito: «¿Qué hace usted ahí?».

Gaigern se asustó tanto que llegó a inmutarse realmente, retratándose en su rostro una zozobra que valía por la más elocuente confesión. Tenía entre las manos el estuche de una sortija; el maletín estaba abierto, y las sartas de perlas, allí extendidas sobre el tocador.

—¿Qué haces ahí? —volvió a preguntar la Grusinskaia, y era un espectáculo triste y lamentable verla sonreír con el rostro lívido y contraído.

Gaigern lo comprendió en seguida y otra vez volvió a sentir compasión de aquella mujer, hasta el punto de que llegaron a latirle las sienes. Hizo un esfuerzo y se rehízo.

—Buenos días, Mouna —le dijo jovialmente—. ¿No sabes que mientras dormías he encontrado un tesoro?

—Pero ¿cómo has podido descubrir mis perlas? —preguntó la Grusinskaia con voz ronca, y con la mirada de sus hermosos ojos, muy abiertos, suplicaba: «¡Miénteme, miénteme, por favor!».

Gaigern se acercó y le puso la mano delante de los ojos como una pantalla. «¡Pobre cosa, pobre mujer!».

—He sido muy impertinente —dijo—, lo reconozco, poniéndome a registrar tu maletín; pero es que buscaba una venda, algún trocito de trapo, en fin, cualquier cosa... y me figuré que podría encontrar algo en tu neceser de viaje, y lo que he hallado es tu tesoro. Me parece ser Aladino en la gruta...

Hasta los ojos de la Grusinskaia habían palidecido, tomando un color plomizo; pero volvían ya poco a poco a tomar su color natural negro azulado. Gaigern puso delante de ellos como una prueba de convicción, su mano derecha, cuya palma presentaba una ligera herida sangrante. Ella puso mimosamente sus labios sobre la herida, mientras Gaigern, con la otra mano, le acariciaba las guedejas, atrayendo la cabeza de la bailarina hacia su desnudo pecho, bajo el pijama azul entreabierto, contra su costumbre, una costumbre que le hacía soez y brutal con las mujeres que se le entregaban; pero ésta, sin saber por qué, hacía renacer en él sus buenos instintos.

La infeliz era tan frágil y estaba tan expuesta a los peligros, tenía tanta necesidad de protección... y era tan fuerte al mismo tiempo. Su propia vida inestable, como en una cuerda floja, le hacía comprender la de la bailarina.

—Tontita... —le dijo cariñosamente—, ¿creías acaso que iba a robarte tus perlas?

—No, eso no —mintió ella.

Y así dos aseveraciones contrarias a la verdad formaron un puente de unión entre los dos amantes.

—Por otra parte —repuso más tranquila ya—, no pienso volver a ponérmelas nunca más.

—Nunca más... ¿Y por qué?

—Es inútil que te lo explique, porque no vas a comprenderme. No es más que una superstición. En otros tiempos me dieron suerte; pero luego me fueron funestas, y ahora, que no me las pongo, otra vez parecen sonreírme.

—¿Es posible? —preguntó Gaigern distraídamente, teniendo que sobreponerse a una sensación de abatimiento y malestar.

Las perlas descansaban otra vez en la mullida camita de su estuche. «¡Adiós, que os vaya bien!», pensó puerilmente, y para acabar de hacerse a la idea de que las había perdido para siempre, se metió las manos en los bolsillos, donde tocó todo un arsenal de ladrón, pero botín, ninguno. Lejos de entristecerle este fracaso, se sintió muy alegre y dichoso, con el corazón nuevo y jubiloso; así es que lanzó a pleno pulmón un formidable aullido de alegría. Echóse a reír la bailarina y Gaigern, precipitándose hacia ella, apagó sus propios gritos de contento contra la piel de la mujer, entregándole su boca, su mirada, su alma en un completo abandono de toda su persona. Ella le tomó las manos y se las besó con un ademán de humilde gratitud, en el que se mezclaban la sinceridad y la comedia.

—Mira, de aquí es de donde te sale la sangre... —dijo aplicando sus labios a la pequeña herida.

—Tienes belfos de yegua —respondió Gaigern—, tiernos como los de una potranca, una potranca negra.

Y se arrodilló delante de ella abrazando sus desnudos tobillos, en los que pugnaban los tendones casi a flor de piel. En el momento en que la Grusinskaia iba a inclinarse sobre él empezó a sonar el teléfono con un repiqueteo tan pronto breve como prolongado.

—El teléfono —dijo la bailarina.

—¿El teléfono? —repitió él.

La bailarina suspiró profundamente. «De seguro, alguna majadería», parecía expresar su fisonomía. Levantó el auricular con expresión de cansancio, como si pesara un par de toneladas.

Era Susita quien telefoneaba.

—Son las siete —anunciaba con voz ronca recién sacada de la cama—, y es conveniente que la señora se vaya levantando, porque hay que hacer todavía las maletas. ¿Se puede entrar ya el té? Y luego, si hay que dar masaje a la señora, no hay minutos que perder... ¡Ahí, el señor Pimenoff quiere que se le avise tan pronto como esté levantada!

La señora permaneció pensativa unos minutos.

—Dentro de diez minutos... Susita... No, espera un cuarto de hora y tráeme el té, y en cuanto al masaje ya me lo darás de prisa...

Volvió a colocar el auricular en su gancho, pero sin soltarlo de la mano, y tendió la otra a Gaigern, que de pie, en medio de la habitación, se balanceaba sobre las delgadas y cromadas suelas de sus zapatos de boxeo. Inmediatamente volvió a ponerse el auricular al oído; abajo, el portero respondía con voz clara; había empezado ya su servicio, aun cuando las noticias, más bien alarmantes, de la clínica le habían hecho pasar una noche completamente en blanco.

—¿Qué número? ¿Me hace el favor? —preguntó correctamente.

—Wilhelm 70-10. El señor Pimenoff.

Pimenoff no se alojaba en el hotel, sino en una pensión de segundo orden, que una familia de emigrados rusos había instalado en un cuarto piso de Charlottenburg. Por lo visto, todo el mundo dormía en la casa todavía.

Mientras esperaba la Grusinskaia vio en su mente al viejo Pimenoff, vestido con su antigua bata de seda dirigiéndose hacia el teléfono arrastrando sus pequeños pies, que tenía siempre echados algo hacia fuera, como para la quinta posición de esgrima. Por fin contestó la voz suave y nerviosa del viejo.

—¡Hola, Pimenoff! Eres tú mismo, ¿verdad? Buenos días, «dobroie outro», amigo mío. Sí, gracias, he dormido bien. No, no tomé demasiado veronal, dos sellos nada más; gracias, ya estoy de primera, el corazón, la cabeza, todo marcha bien. ¿Qué dices, qué ocurre? ¿Qué Miguel tiene un derrame sinovial en la rodilla?... Pero, hombre, por Dios, ¿por qué no me lo dijiste ayer? Es una contrariedad espantosa. No acabamos nunca, y eso es muy largo, muy largo. ¿Y qué has hecho? ¿Cómo, no has hecho nada todavía? Pues hay que telegrafiar inmediatamente a Thecherenov..., ¿me oyes?, en seguida, al momento, para que sustituyan a Miguel; que lo arregle todo Meierheim. ¿Y dónde está metido Meierheim? Le voy a telefonar en seguida. ¿Qué es demasiado pronto? No, hombre, no; no lo es para nosotros; no puede serlo para él tampoco... Y los decorados, ¿los han llevado ya a la estación? ¡Vaya por Dios! De modo que con la primera expedición. ¿Y cuándo empieza esa primera expedición? ¿A las seis? Bueno, pues como no lleguen a tiempo, le haré a usted responsable, Pimenoff. Nada de réplicas. Usted es el director del «ballet» y es usted, no yo, quien tiene que encargarse de los decorados. Bueno, sí, esperaré su contestación dentro de media hora lo más tarde. Vaya usted mismo a la estación. Hasta luego.

Esta vez no colgó el auricular y se contentó con apoyar solamente dos dedos en la horquilla.

Pidió comunicación con Witte, quien, a pesar del número incalculable de años que llevaba viajando, sufría generalmente por las mañanas de una gran confusión en las ideas, pues no se había podido sacudir la fiebre de los viajes, que era ya un hábito enfermizo que le desarreglaba todo. Pidió comunicación también con Miguel; vivía éste en un hotelito y tenía bastante en aquel momento con quejarse de aquel desgraciado derrame, gritando como un perrillo al que le pisan una pata. La Grusinskaia le lanzó por enhilo una serie de severas instrucciones y consejos; cada vez que alguno de la compañía se ponía enfermo, se enfurecía y se mostraba muy injusta con él. Telefonó luego a tres médicos antes de encontrar uno que quisiera ir inmediatamente a visitar al pobre Miguel para prescribirle la dosis de descanso necesario y de compresas de licor de Burrow. Telefonó a Meierheim, disputó con él en un francés turbulento, mandándole que fuera al hotel a las ocho y media para arreglar las cuentas. Puso un telefonema a Thecherenov, y para mayor seguridad transmitió otro a un joven bailarín que podía convenirle y que a la sazón se hallaba sin contrato en París. Acto continuo, con la ayuda del portero Senf, combinó la correspondencia con el expreso de París, gracias a lo cual podría el joven llegar a Praga en el momento oportuno, y por fin puso un tercer telegrama urgente.

—Haz el favor, querido, de llenarme el baño —dijo rápidamente a Gaigern entre dos comunicaciones, y luego dio en inglés una porción de órdenes telefónicas al chófer Berckley, puesto que el auto no iba a ser utilizado por su dueña y había que aprovechar aquellas horas para repararlo.

Gaigern, obediente, fue a abrir los grifos de la bañera, y es más, extendió, para que se secara, el albornoz sobre el radiador. Buscó la esponja con que había limpiado la víspera el descompuesto rostro de la bailarina, y la llevó al cuarto de baño, mientras la Grusinskaia seguía telefoneando. Gaigern encontró un frasco de sales y arrojó un puñado al agua, que llenaba ya casi la bañera por completo. De buena gana hubiera seguido haciendo algo más para ser agradable a su amiga, pero estaba todo hecho.

Ella, por su parte, parecía haber terminado por el momento sus conversaciones telefónicas.

—Te das cuenta, ¿verdad? Pues todos los días igual —dijo con un tono que quería ser lastimoso, pero que vibraba de deseo de vivir y luchar—. No hay más remedio que hacer todo esto. Miguel dice siempre: «La Grusinskaia es muy cargante y minuciosa»... como si lo hiciera por mi gusto.

Gaigern estaba de pie delante de ella; sentía deseos de un poco de cariño, de un poco de familiaridad confiada; ella le tendió las dos manos, pero de un modo distraído, porque pensaba en el derrame sinovial de Miguel. Volvía a oír ya el galope

de los dos relojes. Tomó rápidamente el auricular y pidió que se pusiera Susita al aparato.

—Espere usted otros diez minutos, Susita —le dijo, con tanta más cortesía, cuando que se sentía en descubierto con ella.

Sus miradas fueron a caer sobre la mesa donde estaba la taza de té de la víspera, la cual, como había sido enjuagada y seca, tenía ahora un aspecto completamente inocente e inofensivo, y sobre su gruesa porcelana brillaba el dorado de las fantásticas armas del hotel. «¡Qué noche loca! —pensó la Grusinskaia—. No deberían hacerse cosas semejantes, ni podrían bailarse las danzas que yo me he imaginado esta noche pasada. No ha sido más que una sobreexcitación nerviosa. Si yo les fuera a los vieneses con bailes de esa clase, en lugar de la paloma herida y las mariposas, de seguro que me silbarían. Esos no son como los berlineses. Allí saben lo que es el verdadero «ballet».

Si bien miraba a Gaigern cara a cara, mientras reflexionaba de ese modo, no lo veía. El sintió un profundo disgusto, nuevo para él, una profunda pena que le apretaba la garganta.

—¡Manojito de tomillo, neviadita mía! —le dijo en voz baja.

Eran las mismas palabras pronunciadas en el delirio de la noche, y que olían al mismo perfume, aquel inolvidable perfume amargo y dulce.

Al oírse llamar así, la Grusinskaia volvió a darse cuenta de su presencia, y aunque sonreía, en su cara se reflejaba una expresión de sufrimiento.

—Creo que ahora vamos a tener que separarnos —dijo con voz que se esforzó por hacer dura e inflexible para evitar que desmayara.

—Sí... —respondió Gaigern.

Las perlas, en aquel momento, se le habían ido por completo de la imaginación. Sólo abrigaba un punzante sentimiento de fidelidad hacia aquella mujer, un deseo inmenso de mostrarse bueno, muy bueno con ella. En su perplejidad, daba vueltas alrededor de su dedo a una sortija de sello de laspislázuli con las armas de los Gaigern impresas.

—Toma —dijo, tendiéndole la sortija con el movimiento torpe y desmanotado de un chico—. Para que no me olvides.

«¿Es que no voy a volver a verte nunca?», pensó la Grusinskaia, y ante esta idea le ardieron los ojos y el bello rostro de Gaigern desapareció entre las lágrimas. Era un pensamiento que había que ocultar, y esperó.

«Déjame seguir a tu lado; seré bueno para ti», pensaba Gaigern por su parte; pero cerró tercamente los labios y no dijo nada.

—Dentro de un momento vendrá Susita —dijo vivamente la bailarina.

—¿Sales para Viena? —preguntó él.

—No, voy primero a Praga, donde estaré tres días; luego quince en Viena. Me

hospedaré en el «Bristol» —dijo por último.

Siguió un silencio, el tictac de los relojes, las bocinas de los autos en la calle, delante del hotel; el olor a funerales, respiraciones.

—¿No puedes venir conmigo? Dime. Yo no puedo vivir sin ti... —dijo finalmente la Grusinskaia.

—¿Ir yo a Praga? No tengo dinero; tendría que empezar por buscarlo.

—No te importe; te lo daré yo —dijo ella rápidamente.

Pero con menos rapidez contestó él.

—No soy ningún rufián.

De pronto se encontraron abrazados, arrojados uno hacia otro por un sentimiento más fuerte que ellos, que los enlazaba y fundía en uno en el mismo instante en que debían separarse.

—¡Gracias! —decían ambos en tres lenguas, en alemán, en ruso, en francés; balbuceos, sollozos, murmullos, llantos, exclamaciones de alegría—. «Danke Du!», «Merci», «Bolchoie passibo!», «Merci»...

Ya Susita pidió la bandeja con el servicio de té al mozo del piso, ofendido por esta usurpación. Eran las siete y veintiocho. Uno de los relojes se había parado, falto de aliento; pero el otro, sobre el pequeño secreter, seguía el galope de sus horas. Como un reproche, parecía decir ese tictac: «Más aprisa, más aprisa, más aprisa».

—¿Entonces, en Viena? —preguntó la bailarina con los ojos húmedos—. Dentro de tres días irás a buscarme y en seguida te llevaré a Tremezzo. Verás qué vida más hermosa vamos a pasar juntos. Voy a tomarme seis semanas de vacaciones, o quizás ocho, y allí viviremos, no haremos otra cosa más que vivir, olvidados de todo, de todos los absurdos del mundo; vegetaremos en un *dolce far niente* y nos embruteceremos a fuerza de gozar y sentirnos dichosos. Luego me acompañarás a la América del Sur. ¿Has estado ya en Río de Janeiro? Yo no lo conozco todavía bien. Y ahora márchate, que ya es tiempo de partir. Anda con Dios, y gracias.

—Dentro de tres días a más tardar —dijo Gaigern.

A última hora se preocupa la Grusinskaia de revestirse rápidamente de algo de su dignidad mundana.

—Procura llegar a tu cuarto sin comprometerme demasiado —dijo abriendo sucesivamente las dos puertas.

Cuando Gaigern, sin decir palabra, retiró su mano de la de su amiga, sintió un dolor; su herida que volvía a sangrar de nuevo. El corredor está en silencio. La serie de sus puertas se pierden en una larga perspectiva; los pares de botas duermen delante de ellas, con sus tirantes colgando como orejas caídas. El ascensor baja del piso de más arriba. En el tercero, alguno que no quiere perder el tren se apresura y taconeando corriendo de un lado a otro. En la caja de la escalera está abierta una de las ventanas de cristales esmerilados para que salga al patio el humo del tabaco de la noche

anterior. Sobre sus suelas de boxeador, Gaigern se desliza sobre el tapiz de las pinas hasta el número 69 y abre su cuarto con una falsa llave, porque la otra, para establecer la coartada, sigue colocada en la portería.

La Grusinskaia toma su baño y se entrega en seguida dócilmente a las manos de Susita para que le den el masaje. Se nota vigorosa, elástica y llena de ánimo. Siente un deseo loco de bailar, y no ve llegar el momento de salir a escena. Espera ya tener un gran éxito en Vicha, donde es fácil encontrarlo, y presiente el triunfo de sus piernas en las manos, en la nuca, que echa hacia atrás, en la boca, en la que no quisiera se apagara nunca la sonrisa. Luego se viste y da vueltas como una peonza, y con un ímpetu formidable empieza sus quehaceres de la mañana. Disputa con Meierheim, lucha astutamente contra las malicias de la compañía y prodiga paciencia con Pimenoff y Witte.

A las diez, el mozo número 18 le trae un ramo de rosas y en un trozo de papel del mismo hotel estas palabras: «Hasta la vista, boca adorada». La Grusinskaia, después de leerlas, besa la sortija de su amante. «Ya tengo mi fetiche», murmura ella como a un confidente. En efecto, vuelve a tener un objeto que le dará suerte. «Miguel tiene razón —piensa—, voy a hacer donación de mis perlas para los niños pobres».

Y Susita lleva, con sus guantes de hilo bastante zurcidos por las puntas, el asa del maletín, mientras el camarero del cuarto saca las otras maletas. Sin sensiblerías ridículas, la Grusinskaia abandona este cuarto de hotel tan rico en aventuras, esa habitación cuya tapicería obsesionante le ha crispado siempre. En el «Hotel Imperial» de Praga le tienen ya reservada otra habitación, y otra también en el «Hotel Bristol», de Viena, su cuarto habitual, que da al patio número 184 y que tiene baño. Y un cuarto en Río de Janeiro, y otro en Londres, y otro en Buenos Aires, y otro en Roma; una perspectiva sin fin de cuartos de hotel con dobles puertas y agua corriente y con el olor indefinible de esa perpetua vibración de vida entre extranjeros...

A las nueve y diez la camarera, muerta todavía de sueño, quita perezosamente el polvo del cuarto número 68; tira al cubo de la basura las flores mustias, y, llevándose el servicio de té, vuelve instantes después con sábanas limpias y húmedas todavía de la plancha, para hacerle la cama al viajero que vendrá.

Capítulo 11

Ladino, como todos los despertadores, el del director general Preysing no quiso despertarle con un ruido decisivo, rotundo y puntual. A las siete y media hizo oír un pequeño crujido, pero muy leve y ronco, y ahí paró todo. Preysing, que dormía con la boca abierta y seca, dio una vuelta en la cama, a cuyo movimiento se quejaron los muelles del somier; detrás de las dobles cortinas amarillas, el sol brillaba débilmente. En fin, a las ocho, el portero, fiel a las instrucciones recibidas, despertó al señor director general con un golpe de teléfono; pero ya había pasado con exceso la hora marcada por aquél para levantarse. Preysing puso su cabeza, pesada todavía del sueño, bajo el chorro de la ducha, gruñendo por haberse dejado olvidada su maquinilla de afeitar. En efecto, una bagatela de aquella clase era bastante para estropear todas las alegrías de la existencia a un hombre cuidadoso como él. Aunque se le hacía tarde, perdió algunos minutos en elegir un traje. Pareció que se había decidido por una americana, pero luego se la quitó con rabia y se puso otra. Se precipitó fuera de la habitación, y en el mismo umbral de la puerta se dio violentamente contra un señor.

—Usted dispense —dijo Preysing, parándose en seco para meter en su gabán el brazo que le faltaba.

—No hay de qué —respondió el caballero continuando su marcha sobre la alfombra del corredor, y viéndolo caminar así, por la espalda, Preysing creyó reconocerle.

Cuando el director general llegó al ascensor, el caballero en cuestión bajaba precisamente, así es que pudo ver perfectamente, cara a cara, aquella fisonomía que él ya conocía, aunque no sabía de dónde ni de cuándo. Lo único que le pareció era que le miraba con alguna impertinencia en el ascensor. Preysing, nervioso e impaciente, bajó la escalera corriendo hasta el entresuelo, donde estaba instalada la peluquería del hotel donde se mezclaba el perfume de piel de España al olor de humedad de los sótanos. Allí dentro, todos los sillones estaban ocupados por los parroquianos del peluquero, que, envueltos como niños en unas camisillas blancas, se prestaban sumisos y confiados a las manipulaciones de los oficiales de la peluquería, revestidos con sus blusas blancas. Impaciente, Preysing empezó a golpear el suelo con sus gruesas suelas.

—¿Va a tardar mucho tiempo en llegar mi turno? —preguntó, pasándose la mano por la cara sin afeitar.

—Diez minutos, lo más. No hay más que el caballero que ha entrado antes que usted —le contestaron.

Y el caballero que había entrado antes que él era el mismo caballero del ascensor.

Preysing le examinó con una mirada más bien dura que amable. Era un hombre insignificante, flaco, bastante cursi, que bizqueaba detrás de unos lentes puestos al desgaire y que tenía la picuda nariz metida en un periódico. Preysing sabía positivamente que había estado en relación comercial con aquel hombre, pero no podía acordarse de más detalles, y, poniéndose delante de él, se inclinó y le dijo lo más amablemente posible:

—¿Sería usted tan amable que me cediera el turno? Tengo muchísima prisa.

Kringelein, que se había encogido detrás de su periódico, juntó todas sus fuerzas y, saliendo de detrás del editorial, extendió su cuello, largo y delgado, y, mirando bizcamente al director general, le contestó:

—No.

—Perdone usted; pero... tengo muchísima prisa —balbució Preysing como en tono de reproche.

—Yo también —replicó Kringelein.

Preysing, furioso, dio media vuelta y salió de la peluquería. Como un vencedor y un héroe, pero completamente agotado y aniquilado por el inmenso esfuerzo que había hecho, Kringelein siguió allí jadeando, entre los olores de las lociones.

Retrasado, sin afeitarse y con la punta de la lengua dolorida, porque la había quemado con el café, que acababa de tomar a toda prisa, el director general se presentó en la sala de actos, que los otros señores habían llenado ya de una respetable cantidad del humo azulado de sus cigarrillos. Tapizada en imitación a damasco, con su mesa forrada de paño verde y con un gran retrato al óleo del fundador del «Grand Hotel» colgado al muro, la sala producía una impresión realmente seria.

El doctor Zinnowitz ya había colocado delante los montones de expedientes; el viejo Gerstenkorn presidía en la cabecera de la larguísima mesa. Sólo hizo el ademán de levantarse para saludar; formaba parte de aquella misma generación de hombres enérgicos a que pertenecía también el suegro de Preysing; había conocido al director general cuando éste era muy joven todavía, y no era muy de su devoción.

—Se ha retrasado, Preysing —le dijo—. El cuarto de hora académico. Anoche estaría usted de juerga, ¿no? Claro, Berlín tiene tantos atractivos...

Se echó a reír con la risa profunda y gruesa de los bronquíticos, señalando a Preysing una silla junto a él y enfrente a Schweimann. Sentóse, pues, el director general, que estaba preocupado e inquieto por haberse levantado con el pie izquierdo, y antes de comenzar la sesión tenía ya el labio superior completamente mojado bajo el ancho bigote. Schweimann, que tenía los párpados orlados de un ribete rojo y una enorme boca prognática y extensible como la de un mono, presentó a un tercero.

—Nuestro consejero, el doctor Waitz —dijo.

Era este consejero un hombre joven todavía, de aspecto vulgar y distraído, pero que en realidad no tenía nada de ello; su voz de clarín, agresiva y triunfante, llegaba a

hacerse antipática algunas veces en el calor de la discusión. Los de Chemnitz lo habían llevado consigo.

—Ya nos conocemos —dijo Preysing, poco encantado del encuentro.

Por encima de la mesa, Schweimann ofreció un cigarrillo al director general. El doctor Zinnowitz sacó del bolsillo de su chaleco una estilográfica y la puso sobre la mesa, junto a sus papeles. Más lejos, hacia el otro extremo, detrás de la botella de agua, ligeramente empañada por un vaho de humedad, y de los vasos, que temblaban sobre una bandeja negra cada vez que un autobús pasaba por la calle, estaba sentada una criatura completamente anodina; la mecanógrafa «Llama I», viejecilla y apagada, con su bloque de cuartillas preparado, las mejillas cubiertas de una pelusilla blancuzca, en actitud discreta y correcta, y a la que hubiera sido imposible confundir con su hermana «Llama II».

—¡Qué estilográfica tan linda! —dijo Schweimann a Zinnowitz—. ¿De qué marca es? Es una preciosidad.

—¿Le gusta a usted? Me la han traído de Londres. Es bonita, ¿verdad? —dijo mientras escribía rápidamente su firma sobre una cuartilla.

—¿Sería indiscreto preguntarle qué le ha costado ese chisme? —preguntó Preysing, que había sacado su pluma, poniéndola sobre la mesa, en medio de la curiosidad general.

—Algo más de tres libras, sin la aduana. Me la ha traído un amigo mío de Londres, y realmente es un objeto muy agradable.

Como chicos en el banco de una escuela, todos alargaron sus cabezas sobre la mesa para mirar aquella pluma de malaquita verde, con depósito de tinta, adquirida en Londres. Era una insignificancia, pero merecía la pena de que cinco graves y maduros señores que iban a discutir un asunto importante perdieran algunos minutos examinándola.

—Y ahora, pasemos a lo nuestro —dijo al fin el viejo Gerstenkorn con su gruesa voz.

Acto seguido, el consejero de Justicia Zinnowitz extendió sus dedos, blancos y anémicos, sobre el paño verde de la mesa y con palabra suelta y bien preparada su puso a hacer una larga relación en la atmósfera azulada por el humo del salón de actos.

Preysing se ofreció el lujo de un pequeño descanso, y como no era orador de grandes vuelos, estimaba y agradecía mucho a Zinnowitz que le descargara de aquel trabajo y que sus frases fueran saliendo unidas y claras como de una máquina. Por lo demás, esto no era más que el prólogo, y Zinnowitz no decía más que cosas ya sabidas en el curso de las negociaciones preliminares. Sólo hizo, pues, un nuevo resumen del estado actual del negocio, mientras iba sacando de sus carpetas ora un expediente, ora otro, y pasaba muy cerca de sus ojos miopes las largas columnas de

cifras para poder leerlas sin vacilación.

—Esta es, repito, la situación del negocio.

La Algodonera Sajonia, S. A., dedicada especialmente a la fabricación de tejidos de algodón y colchas y de una especie de trapos ordinarios o rodilleras muy estimadas, con los desperdicios, era una empresa de alguna importancia y de un capital suficientemente grande. Su activo en terrenos, inmuebles y maquinaria, en materias primas, en géneros fabricados, en patentes y otros artículos, y sobre todo en créditos, representaba una cantidad muy considerable. El balance anual y los beneficios netos se mantenían a un nivel medio y estable; el año anterior se había repartido un dividendo de nueve y medio por ciento.

Zinnowitz leía estas cifras, absolutamente satisfactorias, y Preysing las escuchaba con notorio contento. La claridad y el orden reinaban en su fábrica, y él era el que había organizado el aprovechamiento de los desperdicios para la fabricación de las rodilleras, que producía por sí solo 300 000 marcos de ingresos brutos anuales. Miró a Gerstenkorn, el cual, a la manera reservada y en cierto modo incrédula de los viejos astutos, movía significativamente la cabeza, de pelo gris peinado hacia arriba. Schweimann chupaba su cigarro y parecía no prestar ninguna atención. Waitz comprobaba cada cifra que oía con las apuntaciones que llevaba escritas en un cuadernito de hule. «Llama I», que había adquirido el perfecto arte de las secretarías particulares, el cual consiste en no estar nunca presente en el asunto que se trata, esgrimía el lápiz como una pequeña bayoneta afilada, con la mirada perdida en los reflejos que la luz hacía jugar sobre la botella de agua.

Zinnowitz sacó otro legajo de entre el montón de expedientes, poniéndose a estudiar la situación de los géneros de punto de Chemnitz. Su larga perilla de chino subía y bajaba a compás con sus palabras.

La fábrica de géneros de punto de Chemnitz era una empresa de mucha menor importancia, según resultaba de las cifras. Su activo representaba escasamente la cuarta parte de la Sajonia, y el balance reflejaba un estado de gran tensión. No se habían hecho otras amortizaciones que las indispensables, y, sin embargo, se habían repartido enormes dividendos. La cifra de negocios era muy grande; sin que por ello los beneficios netos respondieran a su volumen. Sin embargo, el balance de la Chemnitz arrojaba un saldo que podía sorprender por su importancia.

Zinnowitz puso un puntito de interrogación lleno de cortesía después de la última cantidad enunciada... y miró al viejo Gerstenkorn.

—Más, más —dijo Gerstenkorn—. Puede usted calcular sin miedo 250 000 marcos en números redondos.

—No puede usted calcular de ese modo —dijo Preysing, que se había puesto nervioso—, porque tiene que amortizar las nuevas máquinas, fuera de que las viejas no lo están todavía convenientemente.

—Con todo y a despecho de todo —replicó tercamente Gerstenkorn.

El doctor Waitz gritó con su voz de trompeta:

—Nuestras cifras están calculadas más por lo bajo que por lo alto.

El doctor Zinnowitz presentó un papel al doctor Waitz, y éste se sumió en arduos cálculos. Pero ya sabía el resultado. Los géneros de punto de Chemnitz era una empresa poco sólida, fundada desde sus comienzos con un capital insuficiente, y que tenía que operar a crédito en demasía hasta agotarlo. No obstante, esta sociedad marchaba viento en popa y sus beneficios aumentaban de año en año, mientras que la Algodonera Sajonia, aunque más sólida y financiera, se quedaba atrás. ¡Valiente cosa producía: algodón, colchas y paños de cocina! Al mundo no le interesaba por el momento aquellos artículos. Sin embargo, allá abajo, en Fredersdorf, el viejo sabía muy bien poner en fuego todos los recursos para aprovecharse de la hora propicia a los géneros de punto y para beneficiar su propia empresa.

—Eso no tiene importancia; sigamos —dijo Preysing, con la condescendencia del que no pisa terreno firme.

Gerstenkorn tomó el balance que aquél le presentaba y empezó a darse con él golpecitos en la palma de la mano, sonriendo con alguna socarronería. Zinnowitz, que seguía expresándose con gran facilidad, pasaba ya al examen de la situación de las acciones, punto realmente muy espinoso. El efectivo real de la Sajonia representaba el doble del de Chemnitz y en vista de ello, durante las negociaciones preliminares, se había proyectado dar a cada acción Sajonia el valor de dos acciones Chemnitz, en el caso de que ambas sociedades llegaran a refundirse en una. Pero es el caso que las segundas habían subido y las primeras bajado; los valores comparativos experimentaban, pues, una profunda alteración..., y el doctor Zinnowitz, con un ademán conciliador, tuvo que reconocerlo así: que el alza sorprendente de las acciones Chemnitz había modificado la base del cambio. Preysing escuchaba con disgusto aquella peroración, pronunciada con voz incolora y que, aunque sembrada de subjuntivos irreprochables, no venía a decir más que una serie de cosas tristes y lamentables, de las que él, por desgracia, estaba ya curado de espanto. Cesó de saborear su habano, y dándole algunas largas chupadas, lo dejó en el cenicero. En algunos puntos de las explicaciones de Zinnowitz, el doctor Waitz había intervenido bruscamente como un actor que lanzara rápidamente su réplica, golpeando la mesa y haciendo objeciones. Leía las cifras de su libreta, que parecía inagotable. Preysing, por su parte, ponía en tensión los músculos de su frente y los ojos casi se le salían de las órbitas: tal era el penoso esfuerzo que hacía para retenerlo y examinarlo todo sin perder la clara noción de las cosas. Se acercó, pues, algunas hojas de papel de cartas con el timbre del hotel que había allí sobre la mesa, y empezó a redactar notas, ocultándose para escribir y nervioso como un mal escolar. Zinnowitz, a su vez, dirigió una mirada a la celosa «Llama I», hecho que fue bastante para que la diligente

muchacha empezara a estenografiar en su bloque de hojas de rayas azules las palabras agresivas y los argumentos presentados. El doctor Waitz, por su parte, sacó la conclusión de las frases que había pronunciado con su aguda voz de clarín; no, no se podía exigir a los accionistas de Chemnitz el sacrificio de la mitad de su haber que tendrían que hacer si la fusión se llevaba a cabo.

Zinnowitz miró a Preysing y éste empezó a hablar sosegadamente. Tenía la costumbre de pronunciar las cosas importantes en voz baja y nasal, con una entonación blanca y sin matices, porque como era en el fondo un hombre poco seguro de sí mismo, empleaba ese medio para darse la apariencia de la calma y de la reflexión. Al lanzarse a la lucha empezó a sentir mojadas las palmas de las manos. Los ojos de Schweimann, semejantes a dos ratoncillos grises, parecían salir furtivamente de los cuévanos rojos en que vivían; y en cuanto a Gerstenkorn, se había metido los pulgares debajo de las sisas de su chaleco y causaba la impresión de un hombre contento y divertido. Las paredes tapizadas de imitación a damasco escuchaban indiferentes, porque todos los días se celebraba en el hotel alguna de aquellas conferencias; allí, en aquella gran marmita, se cocían muchos caldos que los accionistas tenían que tomarse luego. El azúcar se encarecía, se abarataban las medias de seda, escaseaba el carbón; éstas y otras mil cosas más dependían únicamente del resultado de las luchas de esa clase que se reñían en la sala de reuniones del «Grand Hotel». Preysing, pues, hablaba, y cuanto más hablaba con su voz fría e incolora y más entraba en detalles, tanto más terreno perdía. Los pequeños aunque siempre pertinentes reparos que Gerstenkorn le oponía, le pasaban junto a las orejas, silbando como balas. En algunos momentos, Preysing hubiera dejado de buena gana toda aquella antipática historia de la fusión, para regresar a Fredersdorf con Mulle, Pepsine y Babe. Pero como era director general y la vida no era cosa de juego; como el porvenir de la empresa dependía principalmente de esa fusión y a ella estaba subordinada por completo su situación personal, no tuvo más remedio que hacer de tripas corazón y permanecer estoicamente en su puesto. Sacó nuevamente a relucir el estado de su activo, ese inventario absolutamente neto de una empresa fundamentalmente sana, agarrándose a él como una lapa. Hasta llegó a aburrir a los de Chemnitz en un desbordamiento de detalles perfectamente inútiles, y el consejero de Justicia tuvo que reponerle a flote como a una barca naufragada por la impertinencia de su tripulante. No hacía más que abrir a cada paso un paréntesis para enredarse más lastimosamente en ellos, obstinándose tercamente y sin ninguna perspicacia en algunos puntos completamente secundarios. Y, naturalmente, acabó por exasperar a los comisionados de Chemnitz con la descripción prolija y pesadísima de cómo con los desperdicios de la fábrica se elaboran los trapos de cocina —su tecla favorita— descuidando, en cambio, mencionar otros elementos muy importantes que tenía anotados en unas cuartillas allí mismo sobre la mesa. Por

último, en medio de una frase se quedó hecho un taco; la había empezado con gran énfasis y el final se convertía en un callejón sin salida. Sacó el pañuelo entonces para limpiarse el bigote, encendió un nuevo cigarro, que le supo a paja, enteramente insípido, y de pronto sintió la impresión de que estaba sentado entre ventajistas, gente poco seria y de manga muy ancha; sentía el profundo amargor de un hombre bueno y leal al que se toma por un imbécil.

Gerstenkorn, a su vez, sacó de las sisas de su chaleco los dedos. Este Gerstenkorn, con su cabeza cuadrada peinada *a la brosse* y su voz de bronquítico, era un orador claro y de réplica pronta y segura. Empleaba los más variados dialectos para decir sin rodeos cuanto se le venía a la boca, esmaltando sus discursos de negocios con términos sajones, berlineses, judíos y mecklemburgueses.

—¿Quiere usted poner ya punto final y dejar de hablar a los ases? —dijo sin quitarse el cigarro de la boca, como de propósito, para dar a sus palabras familiares un tono de mayor confianza todavía—. Acaba de decirnos lo que es capaz de hacer la Sajonia, cosa que sabíamos ya perfectamente; pero a pesar de todo, no puede bailar en la cuerda floja. Todo esto se lo hemos machacado a nuestros principales accionistas, que vacilan muy seriamente en hacer la fusión. ¡Demonio! ¿Cómo va usted a pretender que los accionistas le saquen las castañas del fuego por lo que respecta a su algodón? Pongamos las cartas boca arriba: nuestra situación ha mejorado sensiblemente desde que ustedes nos han presentado. En cuanto a la situación de ustedes sigue siendo estacionaria, por no ser descortés y decir que ha empeorado. En estas condiciones, estoy hablando en alemán, mi querido Preysing, no nos interesa ya lo más mínimo el que llegue a realizarse esa fusión, y tal como usted nos ve aquí ahora, traemos en el bolsillo instrucciones formales para que dejemos estas negociaciones en el punto en que se hallan. La otra vez, cuando ustedes se acercaron a nosotros, las cosas estaban muy diferentes...

—Y, sin embargo, no fuimos nosotros los que dimos el primer paso —dijo rápidamente Preysing.

—Pero ¿es posible, amigo mío, que pierda usted así la cabeza? Fueron ustedes los que nos buscaron... Haga el favor, doctor Waitz, alargúeme usted el expediente... Usted nos dijo... el día... aquí está... Fue usted mismo... el 14 de septiembre, como resulta de esta carta.

—No es cierto —insistió Preysing con obstinación, apoderándose rápidamente del expediente, que tenía delante el consejero Zinnowitz—. La iniciativa no partió de nosotros. Antes de la carta del 14 de septiembre hubo ya una ligera conversación, una especie de contacto personal sugerido por usted...

—Déjese usted de sugerencias. Por lo menos un mes antes, su padre político vino a verme a mi casa para hacerme una visita personal, a título de amigo, y...

—Insisto en que no hemos dado nosotros el primer paso —dijo Preysing, y no

había quien le sacara de este punto, completamente secundario, como si por sí mismo hubiera podido servir de algo.

Debajo de la mesa, Zinnowitz golpeaba el suelo con sus zapatos, como si tocara alarma. De pronto, Gerstenkorn dejó esta cuestión a un lado pasando sobre el paño su mano cuadrangular.

—Está bien —dijo—, sea. Conforme en que no dio usted el primer paso, para serle a usted agradable. Pero que se acercara o no a nosotros, la situación era muy diferente en esa época, y espero que lo reconocerá usted así, señor director general —dijo «señor director general», y esta transición brusca del lenguaje familiar al oficial tomaba un cariz amenazador—. Por aquel entonces teníamos nuestras razones particulares para desear asociarnos a la Algodonera Sajonia. ¿Y qué razón podemos tener hoy para seguir queriéndolo?

—Que necesitan ustedes más capital —dijo Preysing dando en el clavo.

Pero Gerstenkorn, con dos dedos de su mano, barrió el argumento sobre la mesa.

—¡Capital!, ¡capital!... Si hoy emitiéramos nuevas acciones, tendríamos todo el dinero que quisiéramos. ¡Capital! Usted olvida siempre una cosa: que la edad de oro de ustedes ha sido la guerra, en la que se amasaron grandes fortunas con el paño militar y las mantas. Y ahora es nuestra ocasión, ¿no es eso? No necesitamos capital. Lo que nos hace falta son primeras materias baratas, para poder trabajar nuestro nuevo procedimiento y hacerle rendir el máximo, porque necesitamos dar nuevas salidas a nuestros productos en el extranjero. Le estoy a usted diciendo con la mayor sinceridad y sin rodeos la opinión de mi Sociedad, señor director general. Si la fusión con nosotros representa un auxilio desde ese punto de vista, podemos fusionarnos; de lo contrario, no volvamos a hablar de ello. Ahora, haga usted el favor de explicarse.

¡Pobre Preysing! Le pedían que se explicara, cuando había llegado el momento crítico que tanto le asustaba desde que tomó el tren en Fredersdorf. Echó una mirada apuradísima a Zinnowitz, pero éste estaba contemplando atentamente sus cuidadas uñas de anémico y no miró.

—Todo el mundo sabe que tenemos excelentes relaciones con el extranjero. Solamente a los Balcanes exportamos anualmente por sesenta y cinco mil marcos de trapos de cocina —dijo—, claro está que, en caso de fusión, haríamos todo lo posible para desarrollar nuestro comercio de exportación y no sólo para los productos confeccionados por la Chemnitz, sino también para los nuestros.

—¿Hay elementos que permitan a usted asegurarlo de una manera más precisa? —preguntó el doctor Waitz incorporándose ligeramente, mientras hablaba, costumbre que tenía desde que fue abogado de un correccional; gesticulaba como si llevara puesta la toga, y había conservado el tono de voz que asustaba a los testigos vacilantes.

El director general se dejó intimidar por ellos.

—No sé a qué clase de elementos se refiere usted —dijo con su maldita costumbre de preguntar cosas que estaba cansado de saber.

Schweimann, frente a él, no había abierto aún su boca extensible de mono; pero llegó el instante:

—Se trata de la continuidad de intereses con Burleigh & Son —dijo clara y netamente.

Gerstenkorn columpiaba con la mayor atención un largo cono de ceniza al extremo de su cigarro.

—Desgraciadamente, no puedo informar a usted sobre el particular —respondió Preysing, inmediatamente; hacía ya muchos días que había preparado esta respuesta para poder soltarla de memoria.

—Pues es lástima —dijo el viejo Gerstenkorn, y todos aquellos señores guardaron el más completo silencio durante algunos minutos.

La jarra de agua vibró ligeramente sobre la bandeja al paso de un autobús por la calle, y aquel delgado reflejo de agua, que llevaba en reposo mucho tiempo, hizo bailar su luz sobre el retrato al óleo del fundador del «Grand Hotel». Preysing reflexionó febrilmente durante esos segundos.

Ignoraba si el señor Zinnowitz habría enseñado a los comisionados de Chemnitz las antipáticas copias de las cartas, que no tenían ya valor ninguno ni razón de ser. Volvía a sentir en las manos ese malestar hijo de la suciedad y de la falta de cuidado. Su rostro, sin afeitar, empezaba a hacerle cosquillas de la manera más ridícula. Echó una mirada interrogadora y suplicante al consejero de Justicia, sentado unos cuantos puestos más allá. Zinnowitz, para tranquilizarlo, bajó repetidamente los párpados de sus ojos de chino, oblicuos e inteligentes, con un gesto nada claro por lo demás, ya que lo mismo podía significar «sí» que «no», o no significar absolutamente nada. Preysing volvió a sentarse. «Es necesario que lo logre», pensó; pero era un sentimiento más bien que una idea.

—Señores —dijo levantándose, porque el forro de terciopelo de su silla le calentaba demasiado la espalda—: Ruego a ustedes que volvamos a la cuestión principal. Lo que hasta ahora ha servido de base a todas nuestras conversaciones es el balance y estado financiero de las fábricas de Fredersdorf. Ustedes han podido darse cuenta, y el señor consejero de Comercio, Gerstenkorn, ha podido convencerse, también personalmente, de la situación de nuestra empresa, y yo he de insistir en ello para que no se mezclen hoy con nuestras negociaciones elementos vagos e imponderables. No somos especuladores, por lo menos yo, no lo soy, porque procedo con arreglo a los hechos, no a los rumores, y el que nosotros proyectemos una comunidad de intereses con la firma Burleigh & Son, de Manchester, no es más que un rumor salido de la Bolsa. Yo lo he hecho desmentir una vez y no puedo admitir que...

—Bien, bien —interrumpió Gerstenkorn—, no se moleste usted más, que no va usted a enseñar a hacer gestos a un mono viejo; todos sabemos perfectamente lo que es desmentir una especie...

Schweimann se había animado, y con sus fosas nasales muy abiertas y su enorme boca de gorila, olfateaba..., como si viera ya las posibilidades de venta a la Gran Bretaña.

Preysing se encolerizó.

—Me niego terminantemente a considerar esta cuestión de la Gran Bretaña como un factor en nuestras negociaciones. Y no es que base mis cálculos sobre castillos de naipes, porque nunca lo he hecho, ni nuestra empresa lo necesita; me baso en hechos, en realidades, en cifras, en este balance —exclamó dando tres golpes seguidos, con su mano abierta, sobre los papeles que tenía delante—. Estos son los hechos, y no quiero tomar ninguna otra cosa en consideración. Nosotros proponemos lo que venimos proponiendo desde el primer día, y si de pronto, hoy, esto no es bastante para vuestra sociedad, en tal caso lo sentiré mucho, pero...

Paróse lleno de miedo: había salido galopando como si atravesara un terreno pantanoso. «Voy a asustar a esta gente con mis lamentaciones —pensó aterrado—; lo que me interesa es retenerla, y en vez de eso los estoy espantando». Se echó un vaso de agua y lo bebió, pareciéndole que estaba espesa e insípida y tan mala de ingerir como el aceite de ricino.

El doctor Zinnowitz se sonrió maliciosamente y procuró arreglarlas cosas.

—El señor director general es de una delicadeza de conciencia ejemplar —dijo—; pero yo no sé si sus escrúpulos en aceptar las negociaciones entabladas con Manchester no son injustificados, o por lo menos exagerados. ¿Y por qué no echar en la balanza perspectiva tan prometedor, ya que ello no implica ningún compromiso? ... ¿Por qué?...

—¿Por qué? Porque no quiero hacerme responsable... —interrumpió Preysing.

Zinnowitz, que no podía hacerle una seña con el pie por debajo de la mesa, como hubiera querido, empezó a gritar con el objeto de cubrir la voz del director general. Preysing volvió a recostarse sobre el terciopelo de su silla, tan caliente, y no volvió a abrir la boca. Había estado a punto de decir la verdad; pero puesto que Zinnowitz no le dejaba continuar, tanto peor; ya se vería lo que pensaba hacer aquel célebre consejero jurídico. «El negocio se lo lleva el diablo —pensó Preysing—. Ya está fracasado, concluido, enterrado». «Negociaciones con Burleigh & Son, definitivamente rotas». Perfectamente. Se presentaba a las gentes las condiciones honradas que podían ofrecer una empresa sana y un hombre cabal; pero ellas no querían admitirlas, querían sus piezas, sus rumores tendenciosos, sus alzas ficticias, sin otros medios para emplear que un poco de farsa. «¡Oh, los géneros de punto, los «jerseys» y los «sweaters», los zapatitos de colores vivos que fabricaba la casa

Chemnitz!», pensaba el director general con amargura, viendo claramente en aquel momento las baratijas de moda, policromas y frivolas, que correrían triunfalmente el mundo vistiendo el cuerpo de mujeres jóvenes y frivolas también.

Zinnowitz peroraba. La señorita «Llama I» había vuelto a sumirse en su letargo profesional. Gerstenkorn y Schwei-mann apenas escuchaban: habían acercado sus cabezas y de un modo bastante descortés se ponían de acuerdo a media voz sobre alguna cuestión.

—Nuestro amigo Preysing —dijo el consejero de Justicia— acaso lleve sus escrúpulos demasiado lejos. Se dice que su sociedad está en vísperas de celebrar una comunidad de intereses, por todo extremo ventajosa, con la casa Burleigh & Son, tan antigua y afamada. ¿Y qué hace Preysing? Defenderse como si se le acusara de quiebra. Pero admitamos que la cosa no sea en realidad más que un rumor. Todos sabemos que no hay humo sin fuego, y un hombre de negocios tan ducho como el consejero de Comercio Gerstenkorn me concederá que hay muchos rumores que valen más dinero que algunos contratos firmados en regla. Pero yo, como consejero jurídico de la fábrica de Fredersdorf, después de muchos años, estoy en el caso de poderlo decir: no son más que rumores y detrás de ellos hay operaciones muy precisas. Perdóneme usted, mi querido Preysing, si no me atengo, como usted mismo, a la más absoluta discreción a este respecto. No puede negarse que se hayan entablado ya negociaciones muy avanzadas, y claro que hoy no puede aventurarse todavía si darán el resultado apetecido. Pero existen en el momento actual y constituyen un hecho que no es peor que todo lo que usted enseña en su balance. Me parece de la mayor corrección y lealtad que el señor Preysing se niegue a considerar este negocio como un elemento del activo de la Sociedad; la cosa es muy delicada y del mejor gusto; pero es así como adelantaremos en nuestros asuntos.

Zinnowitz continuó charlando por los codos y en términos de conciliación, con muchos «si bien», «así como», «del mismo modo que», «precisamente cuando» y «por otra parte». Preysing había palidecido; lo sintió por la picazón de su sangre al latirle las arterias. «Entonces les ha enseñado las cartas —pensó—; pero ¡vive Cristo!, que eso es un engaño, casi un abuso de confianza». «Negociaciones definitivamente rotas —Brohesemann», pensó luego, y volvió a ver las letras azul oscuro, algo borrosas, del telegrama. Se metió la mano en el bolsillo interior de su americana gris donde había guardado el telegrama, sacándola en seguida como de un horno caliente. «Si no me levanto ahora mismo para decirlo, no podré hacerlo ya nunca —pensó y se levantó—; pero si digo lo que hay, los otros van a retirarse y la fusión se la lleva el diablo; no me quedará otro recurso que regresar a Fredersdorf con las orejas gachas». Lo pensó mejor y volvió a sentarse. Para disimular ese movimiento de irresolución, llenó nuevamente su vaso de aquella agua calentucha y se la tiró al paladar como una pócima.

Entretanto, Schweimann y Gerstenkorn se habían animado extraordinariamente. Eran dos ases en materia de negocios, con mucha mano izquierda. El hecho de que Preysing negase las conversaciones inglesas con tanta energía y quisiera quitarle toda importancia, había puesto su atención en acecho. Su instinto natural olfateaba en ello algo particular: mercados, beneficios, competencias, quién sabe lo que habría allí. Gerstenkorn sospechaba también; así es que murmuró igualmente al oído de su compañero, junto a aquella oreja de un enorme lóbulo:

—En otro que no fuera él, un mentís de esa clase equivaldría casi a la afirmación. Pero este infelizote de Preysing es posible que diga pura y simplemente la verdad...

Gerstenkorn tomó la ofensiva violentamente.

—Es inútil que el señor consejero de Justicia siga hablando hasta ponerse ronco —dijo inclinándose sobre la mesa—. Antes de seguir discutiendo, que el señor Preysing se digne decirnos claramente, sin ambages, en qué estado se hallan las conversaciones con Burleigh & Son.

—Me niego a hacerlo —respondió Preysing.

—Insisto sobre este punto, si es que van a seguir estas negociaciones —repuso Gerstenkorn.

—En este caso, le ruego a usted —dijo Preysing— que, en obsequio a ellas, considere este asunto como si no existiera.

—Entonces he de admitir que las perspectivas de una comunidad de intereses con Burleigh & Son no han tenido realización hasta ahora.

—Admita usted todo lo que quiera —dijo Preysing.

Todos callaron por breves momentos... «Llama I» hojeaba discretamente su bloque de cuartillas taquigráficas. El ruido de las hojas al ser vueltas era lo único que rompía el profundo silencio que reinaba en aquel salón de reuniones. Preysing parecía un chiquillo contrariado: a veces aparecía en su rostro un cerrado gesto de inteligencia obtusa. Zinnowitz, paciente y resignado, dibujaba triángulos con su estilográfica de malaquita verde en la cubierta de un expediente.

—Estimo —dijo finalmente Gerstenkorn— que en estas condiciones es inútil seguir discutiendo, y que debemos dar por terminada nuestra conferencia por hoy. Siempre estamos a tiempo de seguir tratando del asunto por escrito.

Dicho esto se levató, y la silla dejó impresas las huellas de sus patas sobre el grueso tapiz. Pero Preysing siguió sentado. Sacó ceremoniosamente un puro del bolsillo, le cortó la punta con toda parsimonia, lo encendió, aspiró el aire y se puso a fumar; su fisonomía tenía una expresión profundamente abstraída y estaba como perdido en sus pensamientos; un sinfín de vasitos sanguíneos enrojecían sus mejillas.

No hay duda de que el director general Preysing es un hombre honrado a carta cabal, lleno de energías, buen esposo y buen padre, un hombre de orden y organizador y de un perfecto civismo. Su vida está minuciosamente regulada y da

gusto verla como un libro abierto, una vida completa de fichas y casilleros, de expedientes, de cajones y de trabajo encarnizado. Jamás este Preysing ha cometido la más pequeña incorrección, y, sin embargo, debe de haber en él algún punto vulnerable y algún pequeñísimo foco morbosos en su moral por donde va a tomarle la vida y derrumbarle... una inflamación microscópica sobre la albura de su chaleco.

En el momento de interrumpirse la conferencia no llamó a nadie en su auxilio, aun cuando se sintiera muy mal y con ganas de pedir socorro.

—Es lástima —dijo negligentemente—, porque todo lo que se aplaza se pierde. En fin, no hablemos más de ello y ahora que se han roto nuestras negociaciones, puedo ya decirles que nuestro contrato con Burleigh & Son es cosa hecha. —Del bolsillo interior de su americana sacó el telegrama doblado. «Negociaciones con Burleigh & Son, definitivamente rotas. —Brohesemann». Una especie de embriaguez pueril y triunfante se apoderó de él después de tan desafortunada mentira, rayana en la estafa, mientras lo ponía encima de la mesa. El mismo no sabía si trataba de engañar a los otros o quería simplemente prepararse una retirada digna de la enojosa situación que se había creado. Schweimann, que de los dos señores de Chemnitz era el menos comedido, hizo un gesto instintivo para apoderarse del telegrama; pero Preysing, muy tranquilo y con una sonrisa irónica, lo dobló y se lo volvió a meter en su bolsillo con ademán reflexivo. El doctor Waitz, en un extremo de la mesa, ponía cara de estúpido. El consejero de la Justicia Zinnowitz lanzó un agudo silbido, bastante extraño, entre sus blandos labios de chino. Gerstenkorn se echó a reír con convulsiones bronquíticas.

—Mi querido amigo —dijo tosiendo—, es usted mucho más fuerte de lo que parece. ¡Caray, con Preysing! ¡Quién lo hubiera dicho! Venga, venga, tenemos que volver a hablar de todo esto.

Se sentó. El director general siguió de pie algunos minutos todavía, con una sensación de vacío como si la medula se hubiera retirado de sus huesos; pero, luego, una extraña tirantez en sus rodillas lo hizo sentarse. Por primera vez en su vida había mentido engañando a los demás, de una manera estúpida, necia e indisciplinable. Pero gracias a ello volvía a ponerse a flote después de infinitos fracasos. De pronto oyó que empezaba a hablar y a hablar, muy bien ahora. Estaba sumido en una especie de embriaguez muy particular y nueva para él al oírse hablar; no es que se escuchara, sino que se daba perfecta cuenta de lo que decía, con frases y conceptos llenos de juicio y discreción, de energía y de una gran amplitud de miras.

Con todo el centelleo de sus ojos, el fundador del «Grand Hotel» lo miraba maravillado desde su retrato al óleo. «Llama I» había inclinado su cara de solterona pachucha sobre el bloque de cuartillas y escribía un acuerdo definitivo, y todas las palabras eran muy importantes.

Hasta el final de la conferencia, que se prolongó aún tres horas y media, Preysing

se mantuvo en aquel estado de ánimo, nuevo para él, que le daba alas. Pero cuando al fin, tomó la pluma de malaquita verde para poner su firma al lado de la de Gerstenkorn, al pie de este acuerdo preliminar, se miró a hurtadillas las manos y vio que de nuevo le sudaban y que estaban espantosamente sucias.

Capítulo 12

—El número 118 ha encargado que se le llame a las nueve —dijo el portero a Jorgito, el pequeño meritorio.

—Entonces, ¿se marcha? —preguntó éste.

—¿Y por qué se va a marchar? Nada de eso. No se marcha.

—Como no ha mandado nunca que se le despierte tan temprano —repuso Jorgito.

—En fin, haz lo que te mandan, y calla —dijo el portero.

Y por eso, a las nueve en punto, el teléfono empezó a llamar en la habitación exigua y mediocre del doctor Otternschlag.

Con la prisa de un hombre muy ocupado, Otternschlag hizo un esfuerzo para salir de entre las nubes de sus sueños y siguió un rato en la cama, sorprendido. «¿Qué ocurrirá? —se preguntaba a sí mismo y al teléfono—. Pero ¿qué ocurrirá?». Siguió acostado unos minutos con la mayor calma, concentrando sus ideas y reflexionando, la mutilada mitad de su rostro metida entre la flexible tela de la funda de la almohada. «¡Ah, sí!... —pensó—; es ese tipo de Kringelein, ese pobre diablo. Vamos, pues, a enseñarle la vida, ya que es eso lo que está esperando. Seguramente que estará en la sala de desayunos, sentado, esperándome»... «¿Qué, nos levantamos, pues, y nos damos mucha prisa?», se preguntó. «Sí, vamos allá», se respondió después de algún esfuerzo, pues tenía todavía una cantidad de morfina más que regular. Y así, al vestirse, se sintió fresco y ligero como si le nacieran alas. Alguien le esperaba. Alguien que tenía necesidad de él, alguien que habría de agradecersele. Sentado en el borde de la cama y con un calcetín en la mano, empezó a trazar proyectos para la jornada: estaba ocupado como un guía de extranjeros, como un mentor, como un hombre importante y solicitado. La camarera, que había entrado en el cuarto contiguo al número 118 para sacar un cubo y una escoba, oyó con sorpresa tararear una canción al doctor Otternschlag, con una voz inculta, mientras se lavaba los dientes...

Kringelein, todavía aniquilado, agitado y encantado al mismo tiempo por la gran victoria ganada a Preysing en la peluquería, se había sentado ya en la sala de los desayunos. Diez minutos antes había trabado amistad con el señor barón de Gaigern, aquel personaje distinguido, atrayente y encantador, que no había perdido el tiempo, porque al salir de su coche con la Grusinskaia, sin las perlas, había tenido con el chófer una explicación bastante violenta en voz baja. Después de darse un baño, de hacer gimnasia y darse una fricción con vinagre de alhucema, se había lanzado en seguida sobre aquel señor provinciano del número 70, al que acaso pudiera sacarle por buenas o por malas algunos miles de marcos que por el momento le hacían falta. Se agitaba en una impaciencia radiante y dichosa; apenas hacía una hora que se había separado de la bailarina, cuando ya sentía una necesidad imperiosa, sensual y tierna

de volver a verla. Su cabeza deseaba hallarse cerca de ella; su piel, sus dedos, sus labios, todo su ser aspiraba volverla a encontrar cuanto antes. Sediento de vida y de sensaciones nuevas, Gaigern se saturaba de esta emoción desconocida, del mismo modo que se asimilaba toda nueva experiencia. Así, pues, con un impulso formidable empezó a conquistar a Kringelein, y, rápido como un cohete, le bastó un cuarto de hora para captarse una gran parte de su confianza. Desbordado Kringelein, le abrió su almita de funcionario... una almita pusilánime, ávida de vivir y dispuesta a la muerte; y lo que Kringelein no pudiera expresar, lo adivinaba Gaigern. Así es que cuando a las nueve y cuarto Kringelein se limpiaba con la servilleta del hotel la última sospecha de yema que pudiera quedar en su imponente bigote, se habían hecho los mejores amigos del mundo.

—Considere usted, señor barón —decía Kringelein—, considere que por circunstancias dichas he entrado en posesión de algún dinero, después de haber vivido muy modestamente siempre, ¡oh, sí, muy modestamente! Esta es una cosa que una persona de la categoría del señor barón no puede figurarse con exactitud. Es el miedo de que le presenten a uno la cuenta del carbonero, ¿comprende usted? O bien, que no se puede ir a casa del dentista y se va aplazando esta visita de un año para otro y mientras, se van perdiendo casi todos los dientes sin saber cómo. Pero no hablemos de esto. Sé que va usted a reírse; pero le diré que anteayer comí caviar por primera vez en mi vida. Claro que usted lo comerá a diario, como otras personas parecidas. Cuando nuestro director general tiene invitados, hace llevar por libras el caviar desde Dresde; acaso me objete el señor barón, ¿verdad?, que el caviar y el champaña y todos esos lujos no constituyen la vida; bien, pero entonces, ¿qué es la vida? Mire usted, señor barón, yo no soy ya joven y, además, estoy muy delicado y muchas veces tengo un miedo horrible de errar la vida, porque no quisiera desperdiciarla, ¿comprende usted?

—Eso es imposible mientras se vive; basta con saber vivir; y, puesto que estamos en el mundo... —dijo Gaigern.

Kringelein lo miró; aquel hombre joven tan guapo y satisfecho..., y acaso, acaso se le enrojecieran los párpados ligeramente detrás de los lentes.

—Sí, evidentemente, la vida es buena para usted en todos los momentos; pero para gentes como nosotros... —dijo en voz baja.

—Es extraño, habla usted de la vida como de un tren que pasara por debajo de sus narices. ¿Cuánto tiempo hace, pues, que viene usted persiguiendo la vida? Hace tres días, ¿no? ¿Y todavía no ha podido usted tomarla por los pelos, a pesar del champaña y del caviar? Vamos a ver, dígame usted, ¿qué hizo ayer? El Museo Kaiser Friedrich, Potsdam, y por la noche al teatro, ¿no es eso? ¡Poder de Dios! ¿Y qué cuadro le gustó a usted más?... ¡Cómo! No se fijó en ninguno... Claro... Y en el teatro... ¿vio usted a la Grusinskaia? Sí... la Grusinskaia —dijo Gaigern, y al pronunciar este nombre su

corazón recibió un violento golpe como si estuviera todavía en el bachillerato—. Pero ¿qué dice usted? ¿Le puso triste porque era demasiado poético? Hombre, claro, el género de ahora. Pero todo esto nada tiene que ver con la vida, señor director —dijo «señor director» por simple delicadeza de sentimientos, porque el nombre de Kringelein, pobre y sin relieve, le chocaba, y Kringelein, a su vez se puso como un tomate, reventando de orgullo como un usurpador—. La vida es..., le diré... A veces, en la calle, habrá usted visto esas grandes calderas en que el asfalto cuece, hierve, borbotea, humea y apesta el aire a muchos metros de distancia. Bueno, pues acerquese usted a una de esas calderas y meta usted la nariz en los vapores del alquitrán. Entonces aquello es maravilloso: está caliente, tiene un olor fuerte y amargo que le tira a usted de espaldas; allí dentro hay fuerza, allí no hay cositas tiernas ni sensibles. ¡Ah, el caviar! Usted quiere conocer la vida, y cuando le pregunto por el color de los tranvías de Berlín, no lo sabe usted, porque no los ha mirado. Por otra parte, óigame, señor director, lo que voy a decirle: con una corbata como la que lleva es imposible que usted recupere jamás la vida que ha perdido; es imposible que nadie se sienta dichoso con un traje como el que lleva, y se lo digo a usted tan crudamente porque huelgan en este caso los cumplidos. Si quiere usted confiarse a mí para que las cosas marchen más a su gusto, lo primero que debemos hacer es ir juntos a casa del sastre. ¿Lleva usted dinero encima? Un talonario de cheques, ¿no? Bien; pero yo le aconsejo que se provea usted de dinero contante y sonante. Mientras tanto, yo voy al garaje a traer mi coche. He dado permiso al chófer y se ha marchado a Springe a ver a su novia.

Sentía Kringelein como si un fuerte viento le soplara las orejas. La observación relativa a su corbata —le había costado dos marcos cincuenta en el bazar— y a su precioso traje le hizo mucho daño. Tímidamente se llevó la mano a su cuello postizo, que se le había quedado muy ancho.

—Efectivamente —dijo Gaigern—, ese cuello no está nada bien, porque se ve siempre la polea, y es evidente que no puede intentarse así ninguna aventura...

—Yo creí... yo no he querido nunca destinar mucho dinero a vestirme... —murmuró Kringelein mientras veía bailar cifras vertiginosas en su cuadernito de notas donde él anotaba todos sus gastos, pero no en la vestimenta.

—¿Y por qué no en la vestimenta? ¿Hay acaso nada más importante?

—Porque... no vale la pena —dijo Kringelein en voz baja; las malditas lágrimas, aquellas lágrimas cobardes volvían a mojarle los ojos. ¡Por los cuernos del diablo! ¡Qué no pudiera pensar en su próximo fin sin emocionarse!

Gaigern le miró con disgusto.

—Realmente eso no vale la pena. Quiero decir que... si me hago ropa nueva, voy a disfrutarla poco tiempo. Yo creí... que mis trajes viejos podrían ir tirando todavía —murmuró Kringelein, consciente de su falta.

«¡Dios mío! —pensó Gaigern—. Pero ¿es que cada hombre tiene ya preparada su taza de té con veronal?». Los transportes de cariño de la noche anterior le hacían sensible.

—No calcule... —siguió amistosamente—, no calcule, señor Kringelein, que siempre se hacen cuentas falsas. No debe usted agotar mucho tiempo los trajes viejos; lo que es necesario es hallarse en la verdadera disposición de espíritu para el momento oportuno. Yo me rijo siempre por las exigencias del momento y me va muy bien. Vamos, échese usted al bolsillo algunos miles de marcos, y venga usted conmigo, que ya verá usted si la vida es o no agradable. En marcha, pues.

Kringelein se levantó obedientemente; tenía al mismo tiempo la sensación de girar dentro de un torbellino peligroso, como dentro de un cráter. «Unos cuantos miles de marcos —pensó a través de una nube—, un día feliz, uno solo, algunos miles de marcos gastados en un día». Pero ya iba detrás de Gaigern, algo rebelde todavía. Las paredes de la sala de desayunos parecían bailar alrededor de él; Kringelein caminaba por los corredores del hotel, vacilante, privado de voluntad, bailándole los pies dentro de sus botas de elásticos recién lustradas. Tenía miedo, un miedo horrible a Gaigern, a los gastos del gran sastre; tenía miedo al auto gris, en el que el otro le empujó al asiento del chófer; tenía miedo a la vida y, sin embargo, corría tras ella. Apretó convulsivamente sus ruines muelas, púsose sus guantes de hilo y comenzó su jornada dichosa.

A las diez menos diez el señor doctor Otternschlag daba vueltas por el *hall*. buscando a Kringelein; el portero le entregó una carta:

Muy distinguido señor doctor: Circunstancias imprevistas me impiden por desgracia esperar a usted donde nos habíamos citado; le saluda con el mayor afecto,

Otto Kringelein.

Era el estilo epistolar de Kringelein; pero no enteramente su escritura. Unos rasgos duros, desiguales, se habían metido entre los palos regulares de su escritura de contable, y los puntos sobre las íes parecía que iban a echar a volar como globitos desprendidos de su hilo, para estallar allá arriba, cada uno por su lado, con un ruidito seco, apagado y trágico que nadie llegaba a oír... El doctor Otternschlag tenía la carta en la mano. El *hall*.era un desierto lleno de horas vacías y sin fin. Con sus zancadas de avestruz el doctor Otternschlag pasó por delante del quiosco de periódicos, del puesto de flores, del empleado del ascensor, y atravesó a lo largo de las columnas hasta llegar a su sitio habitual. «Es horrible —pensaba—, es horrible, espantoso». Sus dedos de plomo, que el tabaco había puesto amarillos, colgaban del extremo de su

mano, y su ojo postizo se dirigía fijamente hacia la mujer que, en contra del reglamento de elegancia y distinción de un gran hotel, empezaba en pleno día a echar serrín mojado en el *hall*. para barrerlo.

Capítulo 13

Ya tenemos a nuestro amigo Kringelein en el salón de pruebas del sastre más elegante de Berlín, y su ansiedad es enorme. Tres elegantes señores se encargan de él; doce Kringelein mal vestidos salen de los espejos yuxtapuestos, dirigiéndose unos hacia otros, en ángulos agudos. Un señor elegante trae abrigos y trajes; otro señor elegante está arrodillado estirándole los bajos de su pantalón, y un tercer señor elegante se contenta con estar allí cerca de los otros, mirando al señor Kringelein con guiños, a fuerza de hombre entendido, y murmurando palabras incomprensibles. El barón Gaigern está sentado sobre una banqueta de terciopelo, bajo una fila de retratos de actores de cine increíblemente hermosos; con sus guantes calados se da golpecitos en las palmas de las manos, y por nada del mundo quiere mirar a Kringelein, como si se sintiese avergonzado.

Y ahora es cuando empiezan a salir a la luz del día los secretos lamentables y bochornosos del contable Otto Kringelein, de Fredersdorf. Sus tirantes rotos han sido recosidos, remendados y, por último, chapuceramente arreglados con la ayuda de un bramante. Su mujer, Ana, le ha estrechado el chaleco, que se le había quedado anchísimo, sin más que hacerle dos grandes pliegues a la espalda. Kringelein aprovechaba las camisas de su padre, y, como le estaban demasiado grandes, ha tenido que ponerse unas gomas en los brazos para que los larguísimos puños no le coman las manos. En cuanto a los gemelos, Dios sabe el tiempo que tendrán. ¿De dónde habrá sacado esos gemelos redondos, grandes como la tapa de un chubeski, con una esfinge de esmalte rojo que contempla una pirámide de esmalte azul? La gigantesca camisa está hecha con una lana espesa y descolorida; tan sólo sobre la pechera se ha puesto un trozo de céfiro rayado, como una ventanita a la calle. Todavía lleva algo de lana debajo de la camisa: una elástica sin pelo, de tan lavada y toscamente zurcida. Debajo de esto, una piel de gato con manchas, que debe de ser muy eficaz contra los calambres de estómago y los bruscos accesos de fiebre. Los elegantes señores no pestañeaban siquiera... Mejor quisiera Kringelein que le gastaran alguna broma o que le consolaran.

—No he hecho nunca gran caso de la moda, porque pertenezco todavía a la antigua escuela... —dijo humildemente y como para excusarse en medio de la cortesía comercial y helada de aquellos señores.

Nadie le contesta. Le van quitando todas sus capas, una por una, pelándole poco a poco como a una cebolla. El tratamiento al que someten a Kringelein, que no puede defenderse, es bastante cruel. Su malestar es grande, tan grande como antaño en la sala de operaciones; es la misma claridad cristalina bañándolo todo, y a Kringelein le parece que se le acercan demasiado. Los tres señores se ponen a vestirle. Gaigern,

que se ha animado, empieza a darle algunos consejos.

—Esto es lo que tiene que llevar —dice—; ninguna otra cosa; y no es posible contradecir estas decisiones.

Kringelein bizquea en la dirección de las pequeñas etiquetas fijadas en las diferentes prendas, donde se marca el precio, única cosa que le interesa, y que no se atreve a preguntar. Por fin se decide y se siente acometido de un espanto sin nombre; de buena gana saldría corriendo: aquel salón de pruebas se convierte en una cárcel, donde cuatro guardianes severos le aprisionan entre aquellas paredes tapizadas de espejos. Kringelein transpira espantosamente a chorros, y eso que le han quitado toda la lana que llevaba encima. Allí están todas sus prendas íntimas, apiladas sobre una silla, ofreciendo un aspecto viejo y repulsivo. De pronto Kringelein se desinteresa de todo: le dan asco aquellas prendas de un pobre diablo, remendadas, oliendo a sudor, de colores tristes. Luego sufre una conmoción y se queda maravillado de la camisa de seda que le obligan a ponerse.

—¡Ajá! —dice Kringelein, y se queda en seguida plantado ante el espejo con la cabeza inclinada, la boca entreabierta, como si estuviera escuchando secretos.

¡Ah, ah! Su piel se regocija y entabla en seguida una amistad sensual con la seda de la camisa, de dibujos delicados. El cuello le sienta bien, no le roza, no le araña, ni demasiado ancho ni demasiado estrecho; una corbata se esponja pomposamente sobre el pecho de Kringelein, bajo el cual late su corazón como en espera de una fiesta secreta..., con un latido fuerte, algo doloroso, pero libre. Ponen a su disposición calcetines y zapatos; aquellos señores tienen para él toda clase de deferencias. En dos palabras, Gaigern ha explicado que el señor director está algo delicado, y así, desde los cuatro pisos del almacén de confecciones, le bajan cuanto es necesario para el equipo de un hombre elegante. Kringelein siente vergüenza, una vergüenza intolerable de sus pies, pues le parece que de pronto le van a ver sus pies juanetudos, en los que hay evidentes pruebas de las miserias y penalidades de su vida. Se mete en un rincón con los calcetines y los zapatos nuevos y, doblándose mucho, procura taparse con la espalda para que no le vean, mientras se ata desmañadamente los zapatos. Después de esto le ponen un traje elegido por el barón.

—El señor director está admirablemente bien formado —dice uno de los señores elegantes—, y le sienta este traje como si se lo hubiesen hecho a la medida.

—No hay que tocar en él un pelo —dice el segundo.

—Es maravilloso. ¡Qué pocos clientes tenemos tan esbeltos! —dice el tercero.

Y tomando a Kringelein de un brazo, le empujan hacia el espejo y le hacen dar vueltas y más vueltas como a un maniquí de madera, escueto y sufrido.

En aquel preciso momento es cuando Kringelein, al verse avanzar en el espejo al encuentro de sí mismo, siente la vida por primera vez. Sí, la siente, se reconoce, con una conmoción violenta como una exhalación. Esto ocurrió en el momento de ver

dirigirse hacia él a un extranjero lleno de gracia y distinción, con además algo cortado, un hombre que, sin embargo, le era sumamente familiar, puesto que era él mismo, el verdadero Kringelein, el Kringelein oscurecido en Fredersdorf...; pero no duró más que un momento, porque cuando volvió a mirarse ya no encontró nada de nuevo que le sorprendiera; el milagro de la transformación se había realizado.

Kringelein respiró honda y fuertemente; sentía que un agudo dolorcillo despertaba en su estómago.

—Yo creo que este traje me está bien —dijo a Gaigern con pueril satisfacción.

Y el barón mostró una amabilidad excesiva, porque con sus propias manos, anchas y calientes, encajó los hombros de Kringelein en su sitio, dentro de la americana nueva.

—Me parece que nos vamos a decidir por este traje —dijo Kringelein a los tres señores, palpando a hurtadillas el género entre sus dedos...

Algo entendía él de tejidos, pues, aunque trabajase más en las oficinas de los salarios, no en vano estaba empleado en una fábrica de tejidos de punto.

—Buen tejido, soy del oficio —dijo como buen conocedor que sabe apreciar la mercancía.

—Es género inglés legítimo. Nos lo manda directamente de Londres la casa Parker Brothers & Co. —respondió el de los ojos pitarrosos.

«Preysing no gasta telas así», pensó Kringelein. Los trajes de Preysing solían ser de lanilla gris, esa lanilla fuerte de la que la fábrica tenía todavía antiguas existencias y que todos los años, antes de Navidad, saldaba a bajo precio a sus empleados. De pronto Kringelein tomó una resolución: se metió las manos en los bolsillos nuevos y limpios de la americana, como diciendo: «Me quedo con el traje; ya es mío».

Sin transición, la alegría del comprador y del propietario suplantó a su angustia. Por primera vez siente Kringelein la ligereza, que es casi un vértigo, inherente a las prodigalidades, y atraviesa la muralla detrás de la cual ha vivido toda su vida. Y compra, compra, compra, sin preguntar el precio, acariciando telas y sedas, alisando las alas de los sombreros, probándose chalecos, corbatas, cinturones; armoniza los colores y se encanta haciendo combinaciones felices de tonos, como si estuviera preparando un sabroso plato.

—El señor director tiene un gusto particular seguro —dijo uno de los probadores.

—Ya lo creo —dijo el otro—, distinguido, discreto, distinguidísimo.

Algo impaciente, aunque alegre de rostro, Gaigern aprueba las compras de su amigo mientras se mira las manos con aire de aburrimiento: la derecha conserva la cicatriz de la cortadura y la izquierda aparece desairada desde que dio el anillo a la Grusinskaia. Disimuladamente se las pasa por la cara para olérselas. ¿Conservarán todavía algo de su perfume, amargo y dulce, de peligro y calma, de neviada, la florecilla que crece en el campo al borde de los caminos?

Kringelein se compra un traje inglés oscuro, amplio y práctico, y un pantalón oscuro a rayas claras que irá bien con una americana de tarde muy entallada; un «smoking», al que tienen que cambiar los botones, y ropa blanca en abundancia: camisas, cuellos, calcetines, pañuelos, tirantes, corbatas, y un abrigo de entretiem po parecido al que lleva Gaigern, un sombrero blando de una flexibilidad y ligereza sorprendentes, dentro del cual se lee la marca dorada de una firma de Florencia. Por último, con un par de guantes de gamuza con calados negros y exactamente iguales a los de Gaigern, se encamina hacia la caja, donde le dan grandes facilidades de pago. Kringelein se pone en seguida de acuerdo, por serle familiar toda esa jerga de los libros e ingresos en caja; paga mil marcos al contado y el resto lo pagará en tres letras.

—Ya está —dijo Gaigern, satisfecho.

Toda una fila de empleados les abren camino, deshaciéndose en saludos y Kringelein, transformado de pies a cabeza como por arte de magia, se dirige hacia la puerta de cristales biselados. Fuera hace sol, pero sopla un vientecillo fresco que es para Kringelein como si se bebiera una copa de vino muy frío. Siempre se había deslizado modestamente por el mundo; pero allí, los tres pasos que tiene que recorrer desde la salida del estupendo bazar hasta el coche, los recorre con enérgica elasticidad, pisando fuerte con sus zapatos nuevos.

—¿Está usted satisfecho? —le pregunta Gaigern, disponiéndose a poner el coche en marcha—. ¿No le hace daño nada? ¿Se encuentra cómodo?

—Maravillosamente, es admirable, magnífico —responde Kringelein, sentándose junto al chófer con asombrosa naturalidad.

Luego se quita los lentes y con un movimiento cansado y rutinario se pasa los dedos por el borde de sus párpados.

Piensa en que cuando le presenten la tercera letra no estará ya en el mundo.

Capítulo 14

Los impacientes dedos de Gaigern temblaban como si hubiese ácido carbónico entre sus manos y el volante. En los cruces de las calles, ante las señales luminosas, rojas, verdes y amarillas, los guardias de la circulación le amenazaban con un gesto, esbozando una sonrisa. El coche corría dejando atrás casas, árboles, columnas de anuncios, grupos de gente en las esquinas de las calles, carros de fruta, vallas cubiertas de carteles y viejas asustadas que, vestidas de negro, en plena marcha, y con la falda muy larga, atravesaban la otra calle a contrapelo, corriendo a saltitos. En el asfalto reverberaba un sol húmedo y amarillo. Cuando algún autobús, una de esas grandes máquinas apestantes, interceptaba el paso, el cochecillo de cuatro asientos lanzaba sendos bocinazos con sus dos aparatos acústicos, armando un estrépito que parecía los ladridos de dos perros escandalosos...

Mucha gente de Fredersdorf no había ido aún en automóvil. Ana, por ejemplo, no se había metido todavía en ninguno; pero, en cambio, Kringelein sí, y bien disfrutaba él ahora de ese lujo. Apretaba fuertemente los labios, contraía los codos y los hombros, mientras el aire le hacía lagrimear. Las curvas le impresionaban espantosamente, y bajo la nueva camisa de seda que llevaba sentía subir y bajar el corazón. Experimentaba el mismo goce angustioso que en su infancia, cuando por las ferias montaba en el tiovivo, a diez céntimos las tres vueltas.

Kringelein contemplaba Berlín, que, estirado en largas fajas, pasaba corriendo junto a ellos. Como ya estaba un tanto familiarizado con la gran urbe, reconoció desde lejos la Puerta de Brandeburgo y la iglesia de la Conmemoración, a la que lanzó una mirada llena de respeto.

—¿Adónde vamos? —preguntó a Gaigern, acercándose mucho a la oreja derecha, pues el ruido del motor le parecía descomunal y se sentía impresionado como por el fragor de una tormenta.

—A desayunarnos en el campo, camino del Avus, hacia el nuevo aeródromo —respondió Gaigern tranquilamente.

La carretera se precipitaba hacia el auto cada vez con mayor rapidez. Llegaron cerca de la Torre de la Radio, donde ya había estado Kringelein la víspera con el doctor Otternschlag, pero empezaba a hacerse de noche y él estaba muy fatigado para poder enterarse de nada. Aquellos nuevos *hall*. inconclusos, extraños y desmantelados, le habían perseguido en sueños, y lo que había soñado y lo que veía en realidad se superponía ya en dos capas amenazadoras e incomprensibles a la vez.

—¿Van a seguir estas obras? —exclamó Kringelein señalando las galerías de exposición.

—Ya están concluidas —contestó su amigo, y Kringelein se quedó sorprendido;

allí todo estaba desmantelado como en la fábrica de Fredersdorf, pero no era tan feo.

—Tiene gracia esta ciudad —dijo moviendo la cabeza y bizqueando con más fuerza.

De pronto recibió una impresión que le erizó un poco el pelo; pero no era nada: Gaigern había parado bruscamente ante la puerta norte del Avus para reanudar la marcha inmediatamente.

—Ahora es cuando le va a zumbar el coche —dijo, y antes de que Kringelein pudiera comprender nada le zumbó, efectivamente.

La cosa empezó por una corriente de aire cada vez más frío y más duro que llegó a golpearle el rostro como un puño. Y pareció como si el coche rompiera a hablar de pronto con una voz que antes no tenía y que empezó a cantar desde las entrañas del motor, cada vez más alto. Al mismo tiempo algo muy extraño y molesto sentía el contador en sus piernas y era que se llenaban de aire, cuyas burbujas le subían por los huesos arriba, mientras sus rodillas parecía que iban a estallar. Llevaba ya algunos segundos espantosamente largos sin poder respirar y pensó: «Esta es la muerte, y no hay duda de que yo me muero».

Con sus pulmones apretados como en un estuche, procuraba aspirar aire; el coche, en su rápida marcha, iba arrancando cosas irreconocibles, rojas, verdes, azules: los árboles también se precipitaban al encuentro de sus lentes; luego fue un punto rojo que de pronto se convirtió en un coche y que volvió a desaparecer en el vacío detrás del auto. Kringelein seguía sin poder respirar y en su diafragma se sentía sometido a unas sensaciones completamente nuevas e insospechadas. Kringelein intentó volver su cabeza hacia Gaigern, y menos mal que no le fue segada. El barón iba ligeramente inclinado sobre el volante; se había puesto sus guantes de piel de gamuza, pero sin abrochárselos, y esto daba, sin saberse por qué, cierta confianza y alguna impresión de seguridad. En el momento mismo en que el pedacito de estómago que le quedaba a Kringelein quería salirse por la boca, una sonrisa se dibujó en los apretados labios de Gaigern. Sin separar los ojos de la pista del Avus, señaló con la barbilla hacia un lugar, y Kringelein siguió obedientemente la dirección indicada. Como no era ningún tonto, comprendió en seguida que lo que el otro señalaba era el indicador de velocidades que tenía delante. La agujita marcaba 110.

«¡Atiza!», pensó Kringelein tragándose aterrado la nuez de Adán, y con el busto inclinado se abandonó al movimiento que le arrebatava. Mas de pronto sintió por primera vez el acre y espantable goce del peligro. «Más aprisa, más aprisa», le gritaba desde lo más hondo de su ser un Kringelein desconocido e intrépido. El coche obedeció, marcando la aguja 115; luego, durante algún tiempo se mantuvo a 118. Kringelein renunció definitivamente a respirar, y hubiera querido en aquel momento precipitarse en una profunda sima. Pensó vagamente: «Adelante, siga la marcha, explosión, colisión, de pronto un coche, y terminará esta marcha, y luego no hará

falta una cama de hospital porque una fractura de cráneo lo arreglará todo».

Los grandes bastidores con anuncios continuaban galopando como locos a lo largo del coche, pero haciéndose cada vez más escasos. Luego los terrenos grises, fugitivos, despedazados, a lo largo de la pista, se convirtieron en bosques de pinos silvestres. Kringelein vio girar los árboles más despacio en la dirección del coche, y, como si fueran personas, entrar en el bosque cuando el auto pasaba. Era como el *carrousel* en Mickenau, cuando empezaba a pararse. Sobre los letreros deletreaba nombres de aceites, de neumáticos y de marcas de automóviles; un aire más suave y tibio se le metía en la garganta. El indicador de velocidad bajó a 60, saltó un poco todavía la aguja, 50, 45, y salieron del Avus por la puerta del sur, rodando luego pacíficamente entre las villas de Wannsee.

—La cosa marcha bien y ahora me encuentro más ligero —dijo Gaigern, riendo con todos sus dientes.

Kringelein desvió las manos de los cojines de cuero, donde las tenía engarfiadas, y poco a poco, con precaución, fue deshaciendo la contracción de sus mandíbulas, de sus rodillas y de sus espaldas: se sentía completamente agotado, pero dichoso, dichosísimo.

—Yo también —respondió con la mayor sinceridad.

Cuando estuvieron sentados en la desierta terraza de un restaurante, al borde del Wannsee, mirando los barquitos de vela columpiarse sobre el agua, con las alas replegadas, guardó silencio. Necesitaba que tomase cuerpo la impresión que había tenido, lo cual no era fácil. «¿Qué viene a ser la velocidad? —pensó—. No se la puede ver ni asir, y eso de que pueda medírsela acaso no sea más que un cuento. Pero ¿cómo será que llega a metérsele a uno con más fuerza y gusto que la música?». Las cosas y las gentes aún giraban un poco en torno suyo, y eso era precisamente lo que le gustaba. Llevaba consigo el frasco de bálsamo de vida de Hundt; pero no lo tocó.

—Le doy a usted un millón de gracias por este maravilloso paseo —dijo esforzándose ceremoniosamente para emplear los términos selectos que convinieran a su nueva existencia.

Gaigern, que no comía más que cosas baratas, espinacas y un huevo al plato, hizo un gesto negativo.

—A mí me gusta esto —dijo— y usted lo conoce por primera vez. ¡Es tan raro encontrar personas a las que se pueda enseñar nada nuevo!

—Sin embargo, usted mismo no me hace en absoluto la impresión de un hastiado, si puedo expresarme así —dijo Kringelein con desenfado.

Ya había tomado posesión de su traje nuevo, y estaba como en su casa dentro de su camisa de seda; se sentaba de un modo diferente y comía de una manera mucho más distinguida; pero sobre todo sus manos, las flacas manos que asomaban por los puños y que aquella misma mañana le habían sido arregladas por una linda señorita

en los sótanos del «Grand Hotel», le gustaban enormemente.

—¡Dios mío! ¿Yo hastiado? —dijo Gaigern con regocijo—. No, nada de eso, aunque también nosotros llevamos una vida bastante activa —no pudo menos de sonreírse—. Tiene usted razón: nos ocurren a veces también cosas nuevas que no nos habían salido nunca del cuerpo, cosas extrañas —agregó hablando para sí; y apretando un poco sus lindos dientes, pensó en la Grusinskaia.

La impaciencia le roía los huesos. ¡Oh, si pudiera él de nuevo tener entre sus brazos aquella mujercita tan dulce e indefensa y volver a oír su voz, como el cántico de un pájaro triste! El tiempo que iba a pasar para ello le parecía un desierto interminable. Ardiendo interiormente de impaciencia, se señaló tres días para agenciarse de un modo u otro algunos miles de marcos con que tapar la boca a sus camaradas y partir inmediatamente para Viena.

—¿Y qué hacemos ahora? —preguntó Kringelein dirigiéndole con sus bizcos ojos una mirada tierna y agradecida.

El barón encontraba simpático a aquel apacible provinciano, allí sentado a su lado, como un chico esperando la distribución de los regalos de Navidad. Había en el fondo de Gaigern tal cantidad de altruismo afable y cordial, que regalaba abundantemente sus oídos.

—Ahora vamos a volar —le dijo con el tono tranquilizador de una niñera—. Esto es muy divertido y no hay ningún peligro: desde luego, es mucho más seguro que una rápida carrera en auto como la que acabamos de dar.

—Pero ¿ha sido peligrosa? —preguntó Kringelein admirándose, pasado ya el peligro sin sentir ya la zozobra anterior más que como un placer.

—Ya lo creo —dijo Gaigern—. 118 kilómetros por hora no es un grano de anís, amén de que el piso estaba húmedo, cosa rara en esta estación. En definitiva, que un coche puede siempre saltar... Mozo; ¿quiere traerme la cuenta? —dijo volviéndose hacia él, y luego pagó su refrigerio barato, espinacas y un huevo al plato; hecho este gasto, sólo le quedaron en el portamonedas veinticuatro marcos.

Kringelein pagó también; solamente había tragado algunas cucharadas de sopa, pues tenía mucho miedo de que su estómago protestara. Cuando volvió a guardarse su portamonedas —era el viejo portamonedas raído que de antes tenía—, tuvo la visión fugaz y repentina de su cuadernillo de gastos, de tapas de hule. Desde los nueve años, y hasta esa misma mañana, había apuntado sus gastos céntimo por céntimo, de aquel modo. Pero ya no podía seguir haciéndolo y no lo haría más. No era posible inscribir mil marcos como gastos de un solo día; en concepto de Kringelein, se había derrumbado una parte del equilibrio mundial, pero sin ruido, sin ayudarle nadie.

Detrás de Gaigern se dirigió hacia el coche, atravesando la desierta terraza, pimpante y marchoso con sus nuevos arreos. Ahora sí que por dondequiera que

pasaba le saludaba todo el mundo solícitamente. «Buenos días, señor director general», pensó, y se vio pegado a la pared, aplastado contra el muro forrado de crepé azul en el segundo piso del edificio de Fredersdorf. Metióse los lentes en el bolsillo y, sentándose al lado de Gaigern, ofreció sus desnudos ojos al fresco brumoso de marzo. Con un vivo sentimiento de amistad y gratitud confiada, oyó que el motor se ponía en marcha.

—¿Salimos a la carretera o vamos otra vez al Avus? —preguntó Gaigern.

—Otra vez al Avus —repuso Kringelein—; pero a la misma velocidad de antes —agregó más quedo.

—¡Vaya!, que se ha vuelto usted valiente —dijo Gaigern desembragando.

—No, no es valor lo que me falta —exclamó con energía, y con la cabeza inclinada y la boca abierta, allí estaba el hombre dispuesto a abandonarse a la vida.

Capítulo 15

Kringelein estaba apoyado sobre las maderas blancas y rojas del campo de aviación, procurando ver claro en ese mundo maravilloso por el camino errante desde por la mañana. El día de ayer, hace ya cien años, había subido en el ascensor hasta el restaurante de la torre de radio, fatigado, con la cabeza vacía como un sonámbulo; realmente no había sido un placer, y los comentarios pesimistas del doctor Otternschlag lo hacían todo más incierto y fantasmagórico. Anteayer, hacía ya mil años, era él un auxiliar de la oficina de salarios de la Algodonera de Sajonia, S. A., de Fredersdorf, un empleado insignificante, entre otros trescientos individuos del mismo linaje, con su barato traje de lanilla y con la obligación de pagar todavía de su escaso sueldo la prima de un seguro de invalidez. Pero las cosas han variado mucho; está allí esperando al piloto, con el cual, mediante el pago adecuado del pasaje, va a emprender un vuelo bastante largo, organizado para él solo. Y éste es uno de sus pensamientos en los que no puede profundizar bien hasta el fondo, aunque Kringelein esté ahora más despierto y concentrado en sí mismo.

Y eso de sentir el valor de una ilusión; lo que tiene es un miedo cerval, un miedo horrible a ese mismo placer que se está preparando: él no quiere volar, no siente el menor deseo de ello. Quisiera estar en su casa, no en Fredersdorf, sino en el hotel, en el número 70, con sus muebles de caoba y su edredón de seda, en su cama. ¡Qué gusto si estuviera acostado en su cama sin tener que volar!

Cuando Kringelein se había puesto en persecución de la vida, algo nebuloso e informe flotaba delante de sus ojos; pero al mismo tiempo algo tapizado y amplio, con plegados y franjas bonitamente guarnecidos con suntuosos adornos; lechos mullidos, copas llenas, mórbidas mujeres en efigie y de carne y hueso; pero ahora que goza de la vida, ahora que al parecer se satura de ella, todo toma un aspecto diferente; tiene que someterse a las exigencias, un áspero viento que corta las orejas, y, para llegar a una sola gota dulce de sensación embriagadora, tiene que atravesar murallas de angustia y de peligro. «Volar...», piensa Kringelein. Él no sabe de esto más que lo que ha soñado. He aquí el sueño que tuvo: Kringelein está de pie en medio de la Sala Zickermeyer cantando un solo; en torno suyo, los miembros de la Coral. Escucha su hermosa voz de tenor que canta notas cada vez más altas con una gran facilidad, sin ningún esfuerzo; es un placer puro, sencillo, bastante por sí mismo. Finalmente, se acuesta sobre la más alta de aquellas dulces notas que ha cantado y vuela empujado por ese sonido entre las nubes, que le acompañan con su música, mientras los miembros de la Coral le contemplan estirando mucho el cuello. Al principio no hace más que planear bajo el techo de la Sala Zickermeyer; pero luego ya él solo emprende el vuelo sin nadie en torno suyo, y... solamente al fin, cuando se da cuenta de que

todo ha sido un sueño, tiene que volver al lecho conyugal, donde Ana, descuidada, duerme el maloliente sueño de sus cuarenta años. La caída es espantosa y el despertar es un grito en la alcoba oscura que huele a cerrado, con sus pequeños cristales en la ventana, sus armarios que apestan a polvos insecticidas y su estufita de hierro fundido, apagada, sobre la que descansa un cazo...

Kringelein guiña. «¡Volar!», piensa, y vuelve al campo de aviación de Tempelhof. Aquí también, como allá abajo, cerca de la torre de la Radio y en el Avus, los colores son violentos: amarillo chillón, azul, rojo y verde. Se alzan unas torres enigmáticas: todo es sencillo, con miras a la economía; el viento empuja un polvo gris plateado en toda la extensión de asfalto, al otro lado de las vallas, y las sombras de las nubes se apresuran a pasar la línea de partida. El pequeño aparato que va a volar está ya preparado: tres hombres se atarean en torno suyo; ruge el motor, la hélice da sus primeras vueltas de ensayo. Delante de las ruedas bajas se han puesto unos bloques; se ven vibrar las alas de plata. Otros pájaros aterrizan saludados por el ronco pitido de una sirena —también en Fredersdorf la fábrica llama a las siete de la mañana... y quizás esto no sea más que un sueño—. Otros aparatos emprenden el vuelo, pesados en la tierra, ligeros en el aire; unos de metal: parecen de plata; otros dorados, con fuselajes de madera; otros blanquísimos, muy grandes, con cuatro planos y tres hélices mugidoras. ¡Qué extenso y qué maravillosamente tranquilo es el campo de aviación! Las gentes se mueven en constante ajeteo, castigadas por el sol, pero de buen humor y calladas, con sus amplios monos y sus estrechas gorras; la única voz que allí se oye es la de los aparatos, que cuando ruedan sobre la tierra para despegar ladran roncamente como grandes canes.

Gaigern llega con el piloto, un señor muy fino, de combadas piernas de antiguo oficial de caballería. Gaigern parece pertenecer al aeródromo; todo el mundo le conoce y le saluda.

—Esto va a zumbar en seguida —anuncia Gaigern, y Kringelein, que conoce ya por experiencia lo que significan los zumbidos del otro, siente un pánico terrible. «¡Socorro, socorro! —piensa—. No quiero volar...». Pero por nada del mundo lo expresaría él en voz alta.

—¿Despegamos ya? —pregunta como hombre conocedor, sintiéndose orgulloso de esa palabra, que emplea por primera vez en su vida, y poco después Otto Kringelein está sentado en la pequeña carlinga y amarrado por la cintura a un pequeño asiento cómodo, de cuero, sintiéndose luego rápidamente lanzado al espacio grisáceo de un cielo de marzo.

Gaigern, sentado junto a él, silba y esto tranquiliza a Kringelein, que se abandona por completo. La cosa al principio no es más que como una carrera de auto sobre un suelo desigual, pero de pronto el motor empieza a hacer un ruido rápido de infierno. En seguida empuja la tierra detrás de él y se remonta. No planea; lo que hace es

mucho más difícil que lo que hacía el tenor Kringelein cuando volaba en sueños; se lanza al espacio con ímpetu, como para franquear los escalones del Olimpo; se eleva, baja un poco, vuelve a saltar y a caer, sube, baja, sube, baja; esta vez la sensación de malestar no se localiza en las piernas como en la carrera pasada a 120 por hora, sino en la cabeza.

Kringelein siente crujir los huesos de su cráneo, que parecen adelgazar, hacerse quebradizos como el cristal; tanto, que por un momento se ve obligado a cerrar los ojos.

—Es el vértigo de la altura —dice Gaigern gritándole al oído, y al mismo tiempo piensa en la posibilidad de sacarle allí mismo en el avión al señor Kringelein cinco mil marcos, o tres mil, aunque no fueran más que quinientos para poder pagar su cuenta en el hotel y sacar su billete para Viena.

Al mismo tiempo le pregunta amablemente:

—¿Se siente usted mal, se cansa?

Pero lleno de energía y valor, Kringelein se repone y contesta con firmeza que no. Abre los ojos en su vacilante cabeza, que vibra como si fuese de cristal; se pone a mirar un punto fijo sobre el piso del avión y luego, más arriba, el ovalito de cristal en el bastidor delantero. Ve allí también cifras y agujas temblorosas. El piloto vuelve hacia él su semblante enérgico y le sonríe como a un amigo, como a un camarada. Para Kringelein esta mirada es un tónico y una prueba de respeto. En sus oídos, que zumban y silban, le grita Gaigern:

—Volamos a trescientos metros de altura y a ciento ochenta por hora.

De pronto todo se suaviza, se aligera y une; el aparato ha cesado de elevarse y, haciendo oír la voz metálica de su motor, describe un gran ángulo de circo y, semejante a un pájaro, se aleja por encima de la ciudad, que se ha quedado allá abajo muy pequeñita.

Kringelein se atreve a mirar al espacio.

Lo primero que ve es el ondulado metal de las alas, que parecen una cosa viva, y mucho más abajo distingue Berlín, cortado en cuadritos minúsculos, unas cúpulas verdes y una estación ridícula, como en un escaparate de juguetes. El Tiergarten es sólo una manchita verde; el Wannsee no es sino otra manchita gris plomiza con cuatro puntos blancos y microscópicos, como cuatro velas. El horizonte de este pequeño mundo está allá abajo, muy lejos; se levanta formando una ligera bóveda; allá abajo hay también montañas y bosques y eriales de tierra parda. Kringelein afloja sus labios contraídos y sonríe puerilmente; está volando y ha podido resistir la prueba. Se siente perfectamente vigoroso, rejuvenecido. Por tercera vez en el mismo día, un temor lo deja y un goce lo toma.

Toca a Gaigern en la espalda y, respondiendo a su mirada interrogativa, le dice algo que se pierde entre el ruido del motor.

—Después de todo, no es tan terrible como parece —dice Kringelein—, y no hay por qué asustarse, ni mucho menos.

Al expresarse así, Kringelein no solamente piensa en la cuentecilla del sastre, en la loca carrera a lo largo del Avus y en el vuelo, sino que engloba las tres cosas con la idea de que pronto va a morir y abandonar este mundo tan pequeño, salir de esta inmensa angustia, y, si la cosa es posible, que la muerte le remonte a una altura donde no llegan los aviones.

Capítulo 16

En el camino de regreso, nuestro renovado héroe, el nuevo hombre que era ya Kringelein, sintió el corazón encogido al contemplar las calles que se extienden por detrás del Tempelhofer Feld. ¡Se parecían tanto a las lúgubres calles de Fredersdorf! Alzábanse las chimeneas detrás de los desmontes de la estación, y Kringelein, con la nariz al viento, trataba de percibir ese olor de cola, tan característico, de que estaba saturado el aire en el departamento de aprestos de la fábrica de Fredersdorf. En aquellas miserables calles disfrutaba con agudo y redoblado placer de su estancia en un automóvil y de su abrigo nuevo. Al llegar a la Halesche Tor tuvieron que esperar un momento; el vuelo le había dejado por todo el cuerpo una sensación de sosiego, pero de una gran embriaguez. Lleno de curiosidad, preguntó con tacto:

—¿Y qué propósitos tiene ahora el señor barón, por lo que a nosotros se refiere?

—Tengo que volver al hotel para asuntos míos particulares; tengo una cita a las cinco —respondió Gaigern—. Venga conmigo, quiero bailar un rato —agregó al leer en los ojos de su amigo la tristeza y profundo abandono que lo abrumaban.

—Muchas gracias. Le acompañaré con mucho gusto. Desgraciadamente, no sé bailar, pero me gusta ver bailar a los otros.

—Parece mentira que no sepa usted bailar, una cosa que sabe todo el mundo —dijo Gaigern.

Ya estaban lejos de la Friedrichstrasse y Kringelein seguía pensando en estas palabras.

—Y luego, ¿qué podemos hacer? —preguntó poniéndose ya pesado con su ansia insaciable.

Gaigern, sin contestarle, aceleró la marcha hasta que tuvo que frenar ante el disco rojo de la Leipzigerstrasse.

—Dígame usted con franqueza, señor director, ¿es usted casado?

Kringelein meditó todo el tiempo que la lámpara amarilla y la verde estuvieron encendidas en el intervalo hasta seguir su marcha el coche y contestó:

—Lo he estado, señor barón, estuve casado, pero me separé de mi mujer. Sí, he tenido que recobrar mi libertad y puedo decirlo. Hay uniones, señor barón, en que los dos se cansan mutuamente, acaban por asquearse el uno del otro, y no se pueden ver sin enfurecerse. Y ya se sabe: basta encontrar por la mañana el peine de la mujer lleno de cabellos para que todo le salga a uno torcido hasta la noche; claro que es injusto, pues, ¿qué culpa tiene la infeliz de que se le caiga el cabello? O bien es otra molestia la que nos crispa cuando, por las noches, tiene usted ganas de leer los periódicos y su mujer no para de charlar, o se pone a cantar en la cocina, lastimando los oídos de todo buen aficionado a la música. Y esto de que todas las noches cuando

yo me sentía con ganas de descansar un poco leyendo, me dijera: «Córtame leños para mañana», cuando la leña ya cortada cuesta ocho *pfennigs* más por carga... Pero ella no lo entendía así: «Tiras el dinero (me decía de continuo), y por tu culpa nos moriremos de hambre sobre un jergón». Bueno, pues su padre es dueño de una tienda que mi mujer tiene que heredar. Así, no tuve más remedio que recobrar mi libertad. No era para mí esa mujer; yo he tenido siempre otras aspiraciones más altas, y eso es lo que no me ha perdonado. Cuando mi amigo Kampmann me regaló cinco años completos de la revista «Cosmos», mi mujer los vendió por papel viejo y le dieron catorce *pfennigs*, y con esto queda retratada, señor barón. Me he separado de ella, lo mismo da unas semanas antes que después, puesto que deberá arreglarse sin mí. Que vuelva al mostrador a vender salchichón y bocadillos a los empleados solteros de la fábrica para su cena, que así es como yo la conocí. Puede que tropiece con algún imbécil. También yo lo fui y no poco al casarme con ella; entonces no tenía yo ninguna idea de la vida ni de lo que debe ser una mujer, pero desde que estoy aquí en Berlín y veo estas señoras tan lindas, todas tan perfectas y bien educadas, es cuando empiezo a ver claro. Pero ya es tarde para...

Este discurso de Kringelein, sacado de lo más hondo de su alma, duró desde la Leipzigerstrasse hasta el Unter der Linden.

—Y todavía no se han acabado para usted las sorpresas —repuso Gaigern algo distraído por disponerse a franquear el estrecho paso de la Puerta de Brandeburgo e inquieto un poco por la torpe maniobra de un chófer particular que le precedía. Los barruntos de cicatería que asomaban a las palabras de Kringelein escamaron un poco a Gaigern, que no veía ya tan fácil conseguir el préstamo de los tres mil marcos que tenía pensado pedirle.

Y Kringelein, por su parte, que llevaba una camisa de seda y rodaba en auto, habría retirado de buena gana algunas de las palabras estúpidamente confiadas que antes pronunciara, y así dijo en tono desenvuelto:

—Vamos, pues, a bailar. Yo le estoy muy agradecido al señor barón de que me lleve a su lado. ¿Y cuál podría ser el programa para la noche?

En los arcanos de su corazón, Kringelein esperaba una respuesta que realizara sus deseos irrealizables, algo semejante a esos cuadros de museo, pero más palpable; eso que en los periódicos que él leía se designaba con el nombre de «orgía». Estaba seguro de que los señores elegantes de la gran ciudad tendrían acceso a esa clase de diversiones. El doctor Otternschlag, la víspera, se había prestado a su deseo vagamente expresado de ver mujeres, llevándole al «ballet» de la Grusinskaia; pero aunque la cosa estaba bien, indiscutiblemente bien, no era aquello lo que él apetecía; desde luego era un espectáculo grato a los ojos, pero él lo encontraba demasiado poético, emocionante y grandioso y llegó a cansarle, a pesarle sobre los párpados, despertándole por último sus calambres de estómago. Aquella noche, en cambio...

—Lo mejor que puede usted hacer esta noche es asistir al combate de boxeo en el Palacio de los Deportes —dijo Gaigern—. Preguntaremos al portero si le queda alguna localidad.

—Debo advertirle a usted que el boxeo no me interesa lo más mínimo —repuso Kringelein con el empaque de un lector de la revista «Cosmos».

—¿Qué no le interesa? Pero ¿ha presenciado usted ya alguno? ¿No? Pues no deje de ir, que ya verá cómo le interesa —le prometió Gaigern lacónicamente.

—¿Vendrá usted conmigo, señor barón? —preguntó presuroso Kringelein.

Desde su carrera en auto y su vuelo en avión, el hombre se sentía fresco, rozagante y dispuesto a todo; pero sabía muy bien que, si el barón le abandonaba *ipso jacto*, se quedaría él convertido otra vez en un palomino atontado.

—Yo tengo unas ganas rabiosas de ir, pero no puedo; estoy sin blanca.

Entretanto, habían ya traspuesto los árboles del Tiergarten, cubiertos de yemas, y la fachada del hotel se dibujaba a lo lejos; Gaigern disminuyó la marcha por las calles a doce por hora: estaba dando tiempo para que su amigo se decidiera. Kringelein, a su vez, estuvo rumiando largo rato la amable observación de Gaigern. Se habían parado ante la puerta del número 5 y se apearon sin que Kringelein se hubiera resuelto todavía a nada. Y cuando, con las piernas entumecidas y vacilantes estuvo ya de pie en la calle, exclamó Gaigern:

—Voy a dejar el coche en el garaje —y desapareció detrás de una esquina.

Abismado en sus pensamientos, Kringelein se metió en la puerta giratoria, cuyo mecanismo no le causaba ya el menor asombro. «No tiene dinero —pensó—; es preciso hacer algo...».

Rhona, el portero, los botones y hasta el manco del ascensor advirtieron inmediatamente la nueva elegancia de Kringelein; pero con la mayor discreción se hicieron los tontos. El público y el runrún de las conversaciones animaban el *hall*. lleno del aroma del buen café. Marcaba el reloj las cinco menos diez.

Arrellanado en su mecedora, como de costumbre, el doctor Otternschlag tenía junto a sí un alto montón de revistas; al ver llegar a Kringelein, le recibió con un gesto entre burlo y lastimero, sin estrechar la mano que el otro le presentaba por tener él la suya fría y húmeda, cosa que le desagradaba mucho.

—Aquí está el nuevo Adán —dijo jovialmente—. La mariposa ha salido de su crisálida. ¿Y dónde aprendió a volar si la pregunta no es indiscreta?

—He hecho algunas compras, luego un paseo en auto por el Avus, para almorzar en Wannsee, y por la tarde he volado —dijo Kringelein, y el tono en que le hablaba parecía distinto de otras veces.

—Magnífico. ¿Y ahora?

—Tengo una cita a las cinco para un baile.

—¿Y después?

—Después quisiera asistir a un combate de boxeo en el Palacio de los Deportes.

—¡Vaya, vaya! —fue todo lo que dijo Otternschlag, y desplegando el periódico delante de sus ojos se puso a leer con gesto de disgusto. Unos terremotos en China habían causado cuarenta mil víctimas; pero aquello era poco para disipar el tedio de Otternschlag.

Al llegar Gaigern al segundo piso para cambiarse de traje, encontró a Kringelein esperándole delante de su puerta.

—¿El señor barón ha querido chancearse, o es que realmente tiene apuros de dinero? —le espetó Kringelein de buenas a primeras, aunque con algún titubeo, pues no le bastó haber preparado cuidadosamente esta frase, una de las más difíciles que había pronunciado en su vida.

—Es la pura verdad, señor director. Soy un hombre fracasado y tengo muy mala suerte en todo; me quedan veintidós marcos con treinta *pfennigs* en el bolsillo y no tendré más remedio que ahorcarme mañana temprano en el Tiergarten —dijo Gaigern con su rostro sonriente—. Lo más grave es que dentro de tres días tengo que estar en Viena, porque me he enamorado locamente, ¿sabe usted? No tengo más remedio que ir a ver a esa mujer, y sin un céntimo en lontananza... ¡Si alguien quisiera prestarme con qué jugar esta noche!...

—Yo también quisiera jugar —dijo Kringelein sinceramente con un grito que le salía del corazón, y, lo mismo que le había ocurrido cuando iba en el auto a 118 por hora y al volar, volvió a sentir allí.

—Bien, iré a recogerle a la salida del Palacio de los Deportes e iremos a algún círculo agradable donde usted pueda arriesgar mil marcos y yo veintidós —dijo Gaigern abriendo y cerrando su portamonedas delante de las narices de Kringelein.

Y como por el momento estaba ya cansado de él, se metió en su cuarto y, echándose vestido en la cama, cerró los ojos. Experimentaba una sensación de cansancio y de disgusto. Trató de evocar en su memoria a la muchacha con un rizo dorado sobre la frente a la que había citado a las cinco en el pabellón amarillo, pero sin conseguirlo, porque otras cosas pasaban por sus ojos: la lamparita de la mesita de noche de la Grusinskaia, la reja del balcón, la pista del Avus, un trozo del campo de aviación, los tirantes rotos del señor Kringelein. «He dormido poco esta noche», pensó febril y malhumorado, dando rienda suelta a sus nervios. Luego se hundió en la negra sima de un sueño reparador, un sueño de tres minutos que había aprendido a dormir durante la guerra. Le despertó una camarera que con una carta en la mano llamaba a su puerta. La carta era de Kringelein:

Mi distinguido señor barón:

El que suscribe ruega a usted acepte una invitación para esta noche, así como el modesto préstamo que le acompaño, contra recibo. Tendré una

verdadera satisfacción en serle agradable, ya que, por el momento, no le doy ninguna importancia al dinero.

Le saluda con el mayor respeto y afecto su atento y s. s.,

Otto Kringelein.

Anexo un billete para el Palacio de los Deportes. Doscientos marcos.

El sobre, con el membrete del hotel, contenía un billete anaranjado para los combates de boxeo en el Palacio de los Deportes y dos billetes arrugados de cien marcos y numerados con tinta por una de sus caras. Sobre las íes del nombre de Kringelein faltaban los puntos: los había perdido definitivamente aquel día memorable en su frenética persecución de la vida.

Capítulo 17

Terminada la conferencia y firmado el contrato preliminar, el doctor Zinnowitz se había despedido haciendo votos por la felicidad y el éxito de la empresa. Preysing permaneció en el *hall*. sentía los huesos como vacíos de su médula. La sensación de un brillante triunfo, la emoción de haber podido engañar a los de Chernnitz y el esfuerzo que hizo para vencer con la ayuda de datos falsos, todo esto era muy nuevo para el director general y le sumía en un vértigo algo extraño, pero nada desagradable. Miró la hora en el reloj del hotel —eran más de las tres—, y se encaminó maquinalmente hacia los locutorios telefónicos para pedir una comunicación con la fábrica; después estuvo bastante tiempo en los lavabos de los caballeros, donde se hizo echar agua caliente en las manos, mientras se miraba en el espejo con estúpida sonrisa. Entró en el comedor, semivacío, y pidió la carta distraídamente. A los dos minutos escasos le servían el caldo; pero impaciente como estaba, se había puesto a fumar un cigarrillo, que le supo a gloria. Al mismo tiempo que consultaba la carta de los vinos, canturreaba una melodía berlinesa que se le había quedado en la memoria. Tenía ganas de beber un vino dulce, caliente a la lengua, y topó con un Wachenheimer Mandelgarten 1921 cuya apariencia prometía mucho. No tardó en darse cuenta de que hacía ruido al sorber el caldo; cuando estaba distraído solían reaparecer en él las rústicas maneras y modales de sus comienzos. Se daba cuenta de hallarse en una situación dichosa, aunque muy turbia. La maniobra fraudulenta —empleaba frente a sí mismo esta expresión violenta, por la que sentía una especie de orgullo desconocido que le sorprendía—, la maniobra fraudulenta que había empleado durante las conversaciones, podría subsistir tres días a lo sumo, y era preciso llegar a un resultado en ese plazo para evitar una formidable campanada. La firma del contrato preliminar podía ser anulada dentro de los quince días siguientes a su fecha. Preysing, que se había echado al paladar con demasiada rapidez los dos primeros vasos de vino fresco, que le calentaron el corazón como un rayo de sol, concibió sus ideas ligeramente envueltas en una bruma, a través de la cual veía la chimenea principal de la fábrica estallar y romperse en tres pedazos; pero esto no significaba nada: era la reminiscencia de un sueño que Preysing soñaba con frecuencia y a intervalos regulares. Estaba ya en los postres cuando en el discreto murmullo del comedor se acercó un mozo diciéndole:

—Llaman al aparato al señor Preysing.

Echó todavía un gran trago de vino y se dirigió al locutorio número 4. Como olvidara encender la lámpara eléctrica, permaneció en la oscuridad ante la embocadura del teléfono, e instintivamente puso la hosca y fría cara de amo que todos conocían en la fábrica. Entre los agudos silbidos y contactos de la línea

anunciaron Fredersdorf.

—Señor Brohesemann —dijo el director general con la incolora voz de mando que empleaba en el ejercicio de sus funciones directivas.

Transcurrió medio minuto aún para poner la comunicación con el apoderado; esto ofendía a Preysing, que, impaciente, golpeaba el suelo con los tacones.

—¡Gracias a Dios!... —dijo cuando Brohesemann se anunció al otro extremo del hilo.

A través del teléfono pudo adivinar los saltos de aquél, que Preysing aceptó como un homenaje que le correspondía.

—¿Qué hay de nuevo, Brohesemann, además del telegrama completamente inútil de ayer? No..., por teléfono no; ya hablaremos de ello. Por el momento, le ruego considere esta noticia como algo no ocurrido, ¿me comprende? Escuche usted, Brohesemann: quisiera ahora hablar con mi suegro. ¿Está durmiendo? Lo siento, pero no hay más remedio que despertarle. Sí, en seguida. Adiós, Brohesemann. No, ya le mandaré mis instrucciones por escrito. Quedo esperando... Preysing esperó. Arañaba con la uña en la madera del pupitre y con la pluma que había sacado del bolsillo golpeaba el tabique del locutorio; tosió para aclararse la voz; tenía palpitations violentas, incoercibles, triunfales. La embocadura del teléfono olía a desinfectante. Preysing, que de impaciencia golpeaba en la oscuridad la caja del aparato, oyó ruido en la línea y le pareció que el viejo de Fredersdorf se acercaba al teléfono.

—¡Hola, papá, buenos días! Siento haberle molestado, dispéñeme, pero la conferencia ha durado hasta ahora y pensé que le interesaría conocer inmediatamente su resultado. Pues bien, sí; el contrato preliminar está firmado. No, firmado, firmado —lo decía a gritos porque el viejo tenía la manía de hacerse pasar por más sordo de lo que era—. ¿Qué si ha sido laborioso? ¡Bah!, así, así. Gracias, gracias, pero es mejor que no me aplauda. Oiga usted, papá, tengo que marchar inmediatamente a Manchester. Sí, es preciso, absolutamente necesario. Salgo para Manchester. Está bien; sí, sí, ya le escribiré todo detalladamente. ¿Cómo? ¿Qué está usted contento? Yo también... Sí, señorita, he terminado... Hasta la vista.

Aún permaneció Preysing unos instantes en el oscuro locutorio con la única preocupación de dar vuelta al conmutador. «Pero ¿cómo es posible —pensaba alarmado— que yo vaya a Manchester? ¿Qué idea me ha dado? Y, sin embargo, es, en definitiva, lo que hay que hacer: voy, pues, a Manchester, y lo mismo que he embaucado a los de aquí, haré con los de allí. Es muy sencillo, muy sencillo», pensó, y una nueva sensación de contento de sí mismo le hinchaba, elevándolo por el aire como un globo. Un pequeño triunfo fortuito, logrado con una mentira, era suficiente para hacer de aquel hombre escrupuloso, vestido de lanilla gris, un ser intrépido y audaz, ávido de aventuras.

—La conferencia cuesta nueve marcos veinte —anunció la telefonista.

—Póngalo en cuenta —dijo Preysing al paso, profundamente absorbido por sus pensamientos. «Tendré que telefonar a Mulle», se dijo; pero no lo hizo. Sentía una repugnancia extraña de conversar con ella. Allá abajo, en el comedor, la atmósfera estaba bastante caldeada: a Mulle le gustaban las habitaciones muy calientes y a Preysing le parecía siempre que aquel comedor suyo olía a coles. Imaginóse a su mujer interrumpiendo su siesta para acudir al teléfono, con sus mejillas redondas y blanduchas, en las que se veía la rojiza huella de los pliegues de la almohada. Se abstuvo, pues, de telefonar, y saliendo del locutorio volvió al comedor, donde entretanto un mozo había cambiado el hielo para refrescar el vino y le ponía delante otros platos calentados.

Preysing comió, vació su botella, encendió un cigarro y con las sienes ardiendo y los pies helados tomó el ascensor y se metió en su cuarto. Experimentaba una sensación extraña, agradable y confusa; la sesión le había extenuado por completo; sintió ganas de tomar un baño muy caliente, a cuyo fin soltó el agua de la bañera; pero no había empezado aún a desnudarse, cuando se acordó de pronto de que es muy peligroso bañarse recién comido —durante un momento de espanto vislumbró claramente la congestión que le acechaba en aquella bañera esmaltada—, y, quitando el tapón, soltó el agua. El malestar de su cansancio se manifestaba por hormigueos en la cara, y cuando quiso rascarse advirtió que no se había afeitado. Tomó su sombrero y el gabán, como para una larga expedición, y sorteando al peluquero del entresuelo del hotel —al que guardaba rencor desde por la mañana—, buscó cerca un salón de peluquería que le ofreciera confianza.

Y entonces fue cuando le aconteció al director general Preysing el suceso más trascendental de su vida: a aquel hombre de excelentes principios, pero privado de su maquinilla de afeitar; un individuo de una moral recta y que había, no obstante, cometido una acción dudosa; un desgraciado al que la embriaguez de un triunfo arrastraba hacia... Bajo la apariencia de la casualidad, quizá fuera el destino inexorable el que vino a decidir la vida del director.

El trascendental suceso fue el siguiente:

El saloncito de la peluquería donde Preysing se hallaba, estaba muy limpio y ofrecía un aspecto simpático. Había en él cuatro sillones, dos ocupados ya: uno, por un caballero al que servía un oficial joven y afable, de pelo ondulado, y el otro, por un hombre, ni joven ni viejo, al que atendía el mismo dueño en persona, el cual, por su apariencia y modales, parecía un ayuda de cámara del emperador. Ofreciéronle amablemente el tercer sillón a Preysing, y luego lo envolvieron y enfundaron en un peinador y una toalla.

—Un momento; el primer oficial acaba de salir a comer —le dijeron con exquisita cortesía, al mismo tiempo que le presentaban un montón de periódicos ilustrados para que tuviera paciencia.

Demasiado cansado para protestar, Preysing apoyó su cabeza contra el respaldo del sillón poniéndose a aspirar el agradable perfume que flotaba en el aire, y calmados sus nervios por el monótono batir de las tijeras, empezó a hojear las revistas. Al principio con indiferencia, casi con tedio..., pues no era muy aficionado a tal clase de pasatiempos; prefería las lecturas serias que hacen trabajar el entendimiento; pero al cabo de algunos instantes acabó por animarse un poco y hasta hacerle gracia alguno que otro chiste. Hasta miró dos veces una fotografía bastante desnuda para contemplarla más a gusto, y por fin ocurrió que al llegar a cierta página la dejó abierta delante de él todo el tiempo que pasó en el sillón de la peluquería. En efecto, estaba tan absorto en la contemplación de aquella fotografía publicada en una revista, que le molestó la llegada del primer oficial, que se disponía a afeitarse.

Y, sin embargo, la fotografía que de tal modo le dejaba en suspenso no tenía nada de particular, porque a montones podían encontrarse otras semejantes en todas las revistas que reprobaba Preysing. La imagen en cuestión representaba una muchacha desnuda que, empujándose sobre la punta de los pies, trataba de mirar por encima de un biombo mucho más alto que ella. Tenía los brazos levantados, con lo que hacía salir de un modo muy seductor los monísimos senos. Al mismo tiempo, en su espalda, larga y esbelta, se observaba el elegante juego de sus músculos. El cuerpo se hacía inverosímilmente delgado por la cintura; allí arrancaban las caderas, que bajaban ensanchando hacia los muslos en dos curvas largas y suaves. En ese mismo lugar del cuerpo se retorció ligeramente, de tal modo que el giro de la muchacha se adivinaba también en una sombra ligeramente redondeada, mientras que los muslos estirados y las rodillas parecían expresar una viva curiosidad. La mujercilla tan bien hecha y agradable de ver tenía igualmente un gracioso rostro, y lo que resultaba en toda forma picante en la imagen es que el director general la conocía. Era «Llamita»: su naricilla, su menudo rostro felino, alegre e inocente; era la sonrisa familiar de «Llamita II», con un rizo sobre la frente, donde el fotógrafo había puesto, por un exceso de refinamiento, un toque de luz suplementario. Con perfecta naturalidad, con desenvoltura y candor, enseñaba así a todo el mundo su cuerpo desnudo, cuya belleza había ella misma encomiado sin ninguna vanidad y de un modo objetivo, conforme Preysing recordaba.

El director general enrojeció mientras tuvo esa imagen delante de sus ojos; fue un rubor repentino y vivo que, subiéndosele a la frente, le privó de su claridad de espíritu, como le ocurría a veces con sus accesos de cólera rabiosa que hacían temblar a toda la fábrica. Todas las arterias de su cuerpo empezaron a latirle; él lo sentía, sentía galopar su sangre bajo la piel; hacía ya muchos años que no le ocurría aquello.

Tenía cincuenta y cuatro años y no era un hombre viejo, sino un hombre dormido; el marido poco exigente de una mujer fondillona; el inofensivo papá de sus hijas. Había andado sin emocionarse en torno a «Llamita II» por los corredores del hotel, y

el ligero cosquilleo que sintió de momento en su sangre había vuelto a dormirse aquel día; pero allí, delante de aquel desnudo, ese hormigueo se despertaba, la emoción lo atragantaba.

—Cuando el señor quiera —dijo el peluquero, que, con un ademán elegante, acercó la navaja a la cara del cliente.

Preysing conservó en la mano la revista ilustrada, apoyó la cabeza atrás y cerró los ojos. Al pronto no vio más que una mancha roja y luego a «Llamita». Pero no una «Llamita» vestida de arriba abajo delante de su máquina de escribir, ni una «Llamita» desnuda como en la fotografía gris, sino más bien un compuesto de las dos cosas que excitaba fuertemente sus sentidos: una «Llamita» de carnes mórbidas y sangre chispeante, desnuda también y que, con los senos en punta, miraba por encima de un biombo...

El director general Preysing no estaba muy acostumbrado a que su imaginación trabajara; pero allí no tenía más remedio que hacerlo, en la excitación en que se hallaba desde muy temprano: había dejado sobre la mesa un telegrama y mentido torpemente sin reflexión ni discernimiento. Y le ocurría una cosa terrible y embriagadora a la vez; que su imaginación le arrastraba consigo en su carrera, porque mientras la navaja ligera y experta se deslizaba sobre su piel, Preysing vivía mentalmente, con «Llamita» en cueros, cosas inauditas, inverosímiles, cosas inauditas de las que él nunca se hubiera creído capaz.

—¿Quitamos el bigote? —preguntó el peluquero.

—No —dijo Preysing saliendo de su sueño—. ¿Y por qué?

—Lo digo porque las guías blanquean ya un poco y eso hace viejo; si el señor me permitiera un consejo... El señor sin bigote se quitaría diez años de encima —musitó el peluquero, y con la adulación de todos los de su gremio miraba a su cliente en el espejo y se sonreía.

«¿Y cómo voy a presentarme delante de Mulle sin bigote, como un mono?», pensó Preysing mirándose. Efectivamente, su mostacho había encanecido bastante y debajo de él, sobre el labio superior, veía él perfectamente gotitas de sudor. «¡Bah!, Mulle...», pensó... y puede decirse que este pensamiento, apenas concebido, sentenció a muerte el bigote.

—Sí, quítemelo; a tiempo estoy siempre de dejármelo otra vez cuando quiera.

—Ciertamente, sin dificultad —confirmó el peluquero y preparó una nueva jabonada para la gran empresa.

Preysing volvió a tomar la fotografía y a mirarla;... pero ya ni le bastaba, y no quería ver; quería palpar, quería sentirla por sí mismo y asegurarse de que la «Llamita» ardía.

Todo el mundo en el hotel notó en seguida el despojo del bigote, pero no le dieron ninguna importancia, porque estaban muy acostumbrados a esas extrañas

metamorfosis de los que llegaban de provincias para pasar unos días.

Apresurado y jadeante, Preysing pidió su correo. Le entregaron una carta de Mulle, que se metió, sin leer, en el bolsillo, y sin sentir el menor cariño. Acto continuo se dirigió hacia los locutorios telefónicos. «Tengo que telefonar a Mulle — pensó—, pero hay tiempo todavía». Se metió, pues, en el locutorio reservado para las comunicaciones locales y pidió comunicación con el despacho del consejero de Justicia Zinnowitz para hablar brevemente con «Llama I».

—¿Está su hermana en la oficina por casualidad?

—No, se ha marchado ya.

—¿Y dónde se la podría encontrar?

«Llama I», vacilante, pensaba que su hermana se había retrasado un poco, pero sin duda llegaría al hotel de un momento a otro.

Con semblante estúpido, Preysing permanecía delante de la embocadura del aparato.

—¿Qué va a venir aquí, al hotel, al «Grand Hotel»? ¡Pero cómo!

—Sí —dijo «Llama I» prudentemente, al mismo tiempo que reflexionaba.

Por lo menos, eso era lo que ella había comprendido: que «Llamita» habría, vuelto ya al hotel, sin duda para escribir el dictado. Pero quizá tuviera una cita, porque con aquella muchacha nunca se sabía a qué atenerse: era muy independiente, y distinta por completo de su hermana. Sin embargo, como era muy puntual y cumplía siempre perfectamente con sus compromisos, era seguro que iría al hotel.

Preysing dio las gracias y colgó el auricular, regresando con alguna inquietud a la garita del portero, a través del *hall*. Oíase claramente la música procedente del pabellón amarillo.

—¿Ha preguntado por mí mi secretaria? —se informó en la portería interrogando a Senf.

Y el portero, sin comprender, volvió hacia él su rostro, en el que se leía el insomnio.

—¿De quién habla usted? Haga el favor.

—De mi secretaria. Esa señorita a la que dicté ayer unas cartas —dijo Preysing nervioso.

Jorgito se mezcló en la conversación.

—No ha preguntado nada y hará unos diez minutos que estaba en el *hall*. Una señora joven, muy esbelta, rubia, ¿no es así? Yo creo que está en el té de las cinco, en el pabellón amarillo. Atraviese usted el *hall*.y tome el segundo corredor después del ascensor; muy pronto oirá usted la música.

¿Y es realmente digno de un director general vestido de lanilla gris guiarse por los acordes picantes del *jazz-band*, a través de corredores desconocidos, a la busca y captura de una taquimeca frívola, con la que nada tiene que hacer después de todo?

Sin embargo, esto es lo que hace Preysing, ir derecho a la catástrofe y a la ruina sin darse cuenta de ello; sólo nota una cosa: que su sangre circula con un ímpetu loco que no ha conocido nunca desde hace veinte años y que le es de todo punto necesario mantenerse en ese plano y aprovecharlo. Tiene ya afeitado el bigote, pero no ha pedido la comunicación con Mulle, y en el momento de abrir la puerta que da sobre el pabellón amarillo y penetrar en la nueva atmósfera de la sala, está casi a punto de olvidar el asunto con Chemnitz y Manchester, arduo negocio que está en el aire y que es preciso poner en claro.

A tal hora, las cinco y veinte, el pabellón amarillo está todos los días atestado de gente. Los cortinajes de seda amarilla, de armoniosos pliegues, cubren los altos ventanales. En los muros arden lamparitas amarillas, y en cada mesa hay también una lamparita bajo una pantalla también amarilla. Hace calor; óyese el zumbido de dos ventiladores; el aire está vibrante del público. Las personas están sentadas muy cerca unas de otras, porque se han acercado mucho las mesitas para dejar sitio a las parejas de baile en el centro del salón. Sobre el abovedado techo hay pintadas algunas figuras danzantes, en colores morado y gris plata; a veces, cuando todo se mueve, parece un espejo colocado encima de los bailarines. Todo lo que ocurre en esta sala tiene una apariencia curiosamente angulosa, en forma de zigzag: el baile, no gira, sino que salta hacia adelante y hacia atrás. Y barrido hasta allí por la tempestad que gruñe en su sangre, a la búsqueda de cierta taquimeca, Preysing se siente desorientado por completo. No ve a las personas enteras, sino cortadas en pedazos y mezcladas; no ve más que una cabeza, o un brazo, un muslo, como en cierto género de cuadros modernos que Preysing detesta por su extravagancia. Pero lo más importante y digno de atención que había en aquel pabellón amarillo era la música; ejecutábanla siete señores de una alegría indecible, ataviados con camisas blancas y calzón corto; era la célebre «Eastman-Jazz-band», de una viveza insensata; parecía que le tocaban a uno el tambor en las suelas de los zapatos y que le hacían cosquillas en los músculos de las caderas.

La orquesta tenía dos saxófonos que sabían llorar y otros dos que, de la manera más guasona y grotesca, se reían de esa aflicción. La música crujía, hacía toda clase de ruidos extravagantes, parecía cacarear y poner huevos melódicos que despanzurraba en seguida. Y quienquiera que se arriesgase en la órbita de esa música, se sentía arrastrado y como hechizado por el trepidante ruido de la sala.

Preysing se detuvo junto a la puerta, donde tropezaron con él los mozos, que llevaban sendas bandejas con helados, y sintió que sus piernas empezaban a cosquillearle, mientras, contrariado, seguía tratando de descubrir a «Llama II». Una vez más su labio superior, desnudo, rejuvenecido, volvió a cubrirse de sudor; limpióse el rostro con el pañuelo, que metió en seguida en el bolsillo exterior de su americana, donde únicamente solía llevar la estilográfica. Con un ademán azorado,

hasta llegó a arreglarse la punta del pañuelo en el bolsillo del pecho, como si sólo así pudiera justificar su presencia en las jocundas regiones del «Grand Hotel». Sin embargo, nadie se fijaba en él, y bien podía permanecer allí largo tiempo buscando a «Llamita» entre doscientas mujeres jóvenes y esbeltas que bailaban.

—Cuando vi que daban las cinco y diez y no venía usted, pensé en que me daba mico —dijo «Llamita», que bailaba con Gaigern una desmadejada variante de *charleston*, un paso nuevo que a cada síncopa de la música imprimía una presión a las rodillas, ciñéndose en una perfecta armonía ambos cuerpos.

—Nada de eso, al contrario, todo el día he estado acariciando el pensamiento de volver a verla —dijo Gaigern con la misma vulgaridad y negligencia con que bailaba.

Era un poco más alto que «Llamita», a la que miraba en sus felinos ojos con fría sonrisa. Ella llevaba un vestido muy ligero, de seda azul; una cadena de cuentas de vidrio barata, y un sombrerillo arreglado con gusto y coquetería, comprado en un saldo por un marco noventa.

Estaba encantadora con tan modestas galas, con una elegancia en la que se sentía la preocupación de conseguir su objeto.

—Pero ¿es cierto que ha pensado usted en mí con ese gusto?

—A medias, la mitad es verdad y la otra mitad mentira —respondió Gaigern con sinceridad—. Acabo de pasar un día espantosamente aburrido —agregó suspirando—. He estado haciendo el papel de cicerone con un señor de edad; una cosa seria, como usted ve.

—Entonces, ¿por qué lo ha hecho usted?

—Porque espero sacar algo de ello.

—Pues entonces no se queje —dijo «Llamita» llena de perspicacia.

—Tiene usted que bailar con él dentro de un momento —dijo Gaigern acercándose más a ella.

—Imposiciones, no.

—No, se lo ruego a usted amablemente. No sabe bailar absolutamente nada y, ¡tiene tantas ganas de aprender!... Hágase usted cargo. Me conformaré con que se pasee con él a lo largo de las paredes; hágalo por mí.

—Bueno, ya veremos luego —dijo «Llamita», y siguieron bailando en silencio.

A poco Gaigern se aproximó más todavía, sintiendo bajo su mano la flexibilidad de la espalda de la muchacha, lo cual, lejos de producirle placer, le molestó.

—¿Qué tiene usted? —preguntó «Llamita», que instintivamente se dio cuenta de ello.

—Nada, nada —dijo Gaigern entre dientes, enfureciéndose contra sí mismo.

—Pero ¿qué le pasa? —preguntó «Llamita» llena de solicitud, porque lo encontraba muy guapo con su boca juvenil, su cicatriz por encima de la barbilla y sus ojos ligeramente rasgados, y se sentía algo enamorada de él.

—Siento ganas de hacer alguna barbaridad; aquí no hay un plan para nada; tengo deseos de morder, de pegar a alguien, de aplastarle, en fin; esta noche pienso ir al boxeo, y allí, por lo menos, se verá algo.

—¡Ah! —dijo «Llamita»—. Conque, ¿va usted esta noche al boxeo? ¡Ah!

—Sí, con ese señor anciano —dijo Gaigern.

—Entonces, si usted... Se acabó —dijo «Llamita», pues había parado la música; e inmediatamente se puso a aplaudir con entusiasmo en el sitio donde se habían parado.

Gaigern quiso arrastrarla desde el centro de la sala hacia la mesita donde había dejado a Kringelein sentado delante de una taza de café. Abriéndose paso con algún trabajo entre el barullo de las parejas, estaban ya a la mitad del camino cuando la música empezó a tocar de nuevo.

—¡Un tango, un tango! —exclamó frenética «Llamita» tomando posesión de Gaigern con la mayor desenvoltura.

Puso la palma de su mano contra la de él con un gesto de súplica y concesión. Pronto sus miembros se conjugaron en un tango lánguido y dulzón. Todos en torno suyo se separaron imperceptiblemente para poder admirar mejor la maestría de su arte.

—Lleva usted admirablemente —murmuró «Llamita», lo que casi equivalía a una declaración amorosa.

Gaigern no supo qué contestar, y la muchacha repuso al poco tiempo:

—Ayer no estaba usted así conmigo.

—Sí, ayer... —respondió Gaigern como si hubiese dicho cien años—. Pero entre ayer y hoy me ha ocurrido algo...

Y de pronto, sintiéndose a gusto al lado de «Llamita», le entraron grandes ganas de confiárselo todo.

—Esta noche pasada me he enamorado profundamente, ¿comprende usted? —le dijo en voz baja en medio del tango, que estaba sollozando la sierra musical—, y esto me trastorna completamente, me atraviesa de parte a parte. Es como si...

—¡Pero si eso no tiene nada de particular! —dijo «Llamita» irónicamente, en su decepción mezclada de tristeza.

—Sí, sí que lo tiene; es extraordinario. Quisiera uno salirse de su piel y convertirse en otro hombre, ¿comprende usted? Se imagina uno que no hay sino una mujer en el mundo y que todas las otras están de más. Se figura uno que no se va a poder dormir en otros brazos diferentes de los suyos. Todo le da a uno vueltas alrededor, y es como si de un cañonazo lo lanzaran a uno hasta la luna o a cualquier parte donde todo fuera diferente...

—¿Y cómo es esa mujer? —preguntó «Llamita», naturalmente intrigada.

—¡Ah! ¿Qué cómo es? Pues ahí está el busilis: que es muy vieja y flaca y muy

ligera, que podría levantarla con un dedo; tiene la cara arrugada, los ojos enrojecidos de llorar, habla como un payaso, y le dan a uno ganas de reír y llorar al mismo tiempo... Bueno, pues, a pesar de todo, me he enamorado de ella. Ese es el verdadero amor.

—¿El gran amor? Pero si eso no existe —dijo «Llamita» con esa expresión de gato sorprendido y caprichoso que tiene a veces los pensamientos en las macetas.

—Sí, sí, ya lo creo que existe —dijo Gaigern, y su afirmación impresionó tanto a «Llamita», que se paró un momento en pleno tango para mirar a Gaigern.

—Entonces, ¿es una ruina esa mujer? —murmuró la muchacha levantando la cabeza.

En aquel momento Preysing logró descubrir a la que buscaba entre el barullo de aquel tango voluptuoso, que la orquesta prolongaba indefinidamente. Con gesto de reproche y lleno de impaciencia esperó a que acabara aquel baile interminable y luego fue deslizándose hasta la mesita donde se había sentado «Llamita» entre dos señores, que él creía reconocer. En el hotel, esta clase de conocimientos superficiales eran cosa corriente; todos se codeaban en el ascensor, se encontraban en el comedor, en los lavabos, en el bar, se cedían la entrada por la puerta giratoria, que se movía incesantemente, personas de fuera adentro, de dentro afuera.

—Buenos días, señorita «Llama» —dijo el director general con voz apretada y antipática por el mal humor que tenía y plantándose muy pegado a su silla para dejar libre paso a las parejas.

«Llama II» pestañeó nerviosamente un momento ante la inesperada aparición de Preysing.

—Buenos días, señor Preysing —dijo prontamente Kringelein sin levantarse, pues le dolían todas las vértebras por el gran esfuerzo que hacía para no temblar, para no convertirse de nuevo en el miserable Kringelein de la oficina de salarios.

Encogía las espaldas, los labios, apretaba los dientes y hasta abría las fosas nasales, que tomaban una expresión redonda, maligna y caballar. Sin embargo, se mantuvo a la altura de las circunstancias: de su irreprochable americana negra, de su fina ropa interior, de su corbata y de sus resplandecientes uñas, ánimos nuevos y misteriosas fuerzas pasaban a su corazón. Lo único que casi, casi le preocupaba, arrancándole a ese estado de calma interior, era el hecho de que Preysing también se había transformado, porque, aunque llevaba el mismo traje de Fredersdorf, que él ya le conocía, se había quitado el bigote.

—Dispense usted... No estoy seguro, pero creo reconocerlo —le dijo Preysing con toda la cortesía que su tirante situación con «Llamita» podía permitirle.

—Sí, yo soy Kringelein, empleado de la fábrica en la...

—¡Ah!... —dijo Preysing enfriándose súbitamente—, Kringelein, Kringelein..., nuestro representante, ¿no? —agregó dirigiendo una mirada al elegante terno del

empleado.

—No, señor, soy tenedor de libros, auxiliar en las oficinas de despacho número 23, edificio C, tercer piso —dijo Kringelein concienzudamente pero sin humillación.

—Ya, ya —dijo Preysing, y se quedó pensativo.

Por indeseable e incomprensible que le pareciera, se dedicó a no dar por el momento ninguna importancia a esa aparición de un empleado suyo en el pabellón amarillo del «Grand Hotel».

—Tengo que hablar con usted, señorita «Llama» —dijo apartando su mano del respaldo de la silla donde estaba sentada—; se trata de una nueva serie de cartas —agregó con un tono completamente burocrático destinado a los oídos del tenedor de libros.

—Bien —dijo «Llamita II»—, ¿a qué hora le conviene a usted? ¿A las siete, a las siete y media?

—Ahora mismo —repuso Preysing, secándose el sudor.

Aquel individuo de Fredersdorf también tenía un pañuelo en el bolsillo exterior de su americana, un lindo y coquetón pañuelito de seda cuya punta asomaba sediciosa e imprudentemente.

—¿Inmediatamente? Imposible, lo siento mucho —dijo «Llamita» amablemente—. Tengo una cita aquí. No voy a dejar a estos caballeros. Además de que todavía le debo un baile al señor Kringelein.

—El señor Kringelein tendrá la amabilidad de renunciar a ese baile —dijo Preysing conteniéndose.

Era una orden. Sintió que alrededor de su boca contraída iba a dibujarse la sonrisa que se venía dibujando hacía veinticinco años; pero la enterró en la piel de su macilento rostro, que adquirió una gran frialdad. Buscó luego cerca de Gaigern fuerzas y ayuda. El barón tenía un cigarrillo entre los labios, y, como el humo le subía derecho al ojo izquierdo, lo guiñaba con picardía e inteligencia.

—No pienso renunciar de ninguna manera —dijo Kringelein, y se quedó tan estirado y tieso como una liebre que se hiciera la muerta en el surco.

Al escuchar tan áspera salida, Preysing se acordó de pronto, y con toda claridad, del expediente Kringelein, que le habían presentado pocos días antes en la fábrica.

—Es peregrino el caso —exclamó con el tono gangoso que todos sus empleados temían— y tiene gracia por arrobos. Ahora recuerdo; ha pedido usted una licencia por enfermo, ¿verdad, señor Kringelein?, y su esposa ha retirado dinero de nuestra caja de socorros para la grave enfermedad de usted. Se le han dado a usted seis semanas de permiso con todo el sueldo y me lo encuentro en Berlín tan divertido, permitiéndose unos lujos que no cuadran ni a su empleo ni a su fortuna privada. Es grotesco, muy grotesco, señor Kringelein; pero descuide usted que ya revisaremos su expediente y le quitaremos el sueldo, puesto que su salud es tan buena.

—Vamos, niños, no hay que disgustarse; dejad todo eso para la oficina —dijo «Llamita» con amabilidad apaciguadora—. Aquí hemos venido a divertirnos; conque, adelante. Señor Kringelein, vamos a bailar.

El tenedor de libros se enderezó sobre sus rodillas, que más le parecían de goma que de carne y hueso; pero en cuanto «Llamita» le puso la mano sobre su espalda, fue recobrando prontamente sus ánimos. La música atronaba con una pieza desalentadora, algo semejante a un auto lanzado a 115 por hora o a la hélice de un avión. Y en estas circunstancias, Kringelein sacó las fuerzas necesarias para pronunciar la frase que venía preparando después de veinticinco años de vida oficinesca. Arrastrado por «Llamita» hasta el centro de la sala, volvió la cabeza hacia atrás y exclamó:

—¿Acaso es el mundo para usted solo, señor Preysing? ¿Es usted de otra substancia superior a la mía? ¿No tenemos los demás derecho a la vida?

—Calle, hombre, calle —dijo «Llamita»—. Este no es sitio para hablar; aquí se baila y nada más. Y ahora, no se mire usted más los pies, sino míreme a mí, de frente, y no se preocupe, que yo le llevaré.

—Siempre que no haya metido la mano en la caja... —exclamó Preysing que temblando de rabia se había quedado cerca de la mesa.

Y al oír estas palabras, Gaigern, que estaba fumando, sintió una rara emoción, una especie de compasión fraternal, mezclada con un odio profundo y burlón hacia el director general, aquel hombrón que sudaba a mares. «No te estarían de más algunas sanguijuelas, amigo mío —pensó—. Deje que haga su gusto ese pobre diablo, que lleva ya la muerte retratada en la cara». Preysing pensó: «¿Quién te meterá a ti en camisa de once varas?»; pero no se atrevió a expresarlo, porque, aunque de una manera vaga, sentía la superioridad del barón.

—Por favor, dígame a la señorita «Llama» que la espero en el *hall*. para un asunto urgente, y que si no está allí lo más tarde a las seis, daré el asunto por terminado —dijo él inclinándose secamente.

Asustada por este ultimátum, «Llamita» se presentó en el *hall*. a las seis menos tres minutos. Preysing, a quien aquella espera había consumido la sangre, le sonrió cariñosamente al verla llegar, y era en él tan rara su sonrisa, que tanta amabilidad le embellecía y causaba sorpresa ja los demás.

—Ya está usted aquí... —dijo estúpidamente.

Llevaba algunas horas angustiado, atenzado y ardiente por aquel solo y único pensamiento: ¿Podría él poseer a «Llamita»? Su experiencia de las mujeres era ínfima y de hacía ya muchos años. Sólo tenía una vaga idea de la nueva generación de mujeres jóvenes; y, sin embargo, en sus tertulias con otros amigos y en el curso de conversaciones familiares durante los viajes de negocios, había tocado este tema muchas veces y se había dicho que no era muy difícil conseguir aquella clase de

mujeres mediante un compromiso pasajero. Contempló a «Llamita», considerando sus cruzadas piernas apretadas en sus medias de seda, con su cadena de cuentas de vidrio y toda la paleta de su rostro, cuyos colores avivaba avanzando en punta el morrito. El director general se preguntaba cómo podría adivinar la acogida que aquella personita indiferente iba a hacer a los proyectos que él abrigaba.

«Llamita» cerró su pequeña polvera y preguntó:

—Bien, ¿y de qué se trata?

Preysing se agarró a su cigarro y soltó de un tirón todo lo que tenía que decir:

—Se trata de lo siguiente: tengo que ir a Inglaterra y necesito que me acompañe una secretaria, no solamente para la correspondencia, sino para tener con quien hablar en el camino. Yo soy muy nervioso, nerviosísimo —y lo decía, sin darse cuenta, con la intención de interesarla y de que le compadeciera— y necesito cuando viajo que alguien se cuide de mí. No sé si me comprenderá usted. Lo que le propongo es un empleo de confianza por el cual...

—Sí, le entiendo —dijo «Llamita» en voz baja cuando le vio atascado.

—Creo que nos entenderemos perfectamente en el viaje —dijo Preysing.

Durante aquel penoso diálogo los deliciosos latidos y golpeteos de sus arterias habían cesado; pero, mirando a «Llamita», sentía la consoladora impresión de que ella podría inmediatamente y de un modo mágico volver a despertárselos con un poco que hiciera.

—Usted misma me ha contado que en una ocasión viajó con un señor, y eso es lo que me ha dado la idea... La cosa sería realmente encantadora si usted la aceptase gustosamente. ¿Quiere?

—Eso hay que pensarlo —dijo chupando su inevitable cigarrillo y con el semblante serio y preocupado—. ¿A Inglaterra? —dijo luego, y el moaré de su piel se aclaró ligeramente, lo que acaso fuera su manera de palidecer—. No he ido nunca a Inglaterra... ¿Y cuánto tiempo?

—Todavía no puedo decírselo exactamente, porque depende de muchas cosas; si mis negocios marchan bien allí, quizá me tome dos semanas de vacaciones para pasarlas en Londres o para que vayamos a París.

—Desde luego que los asuntos marcharán bien; me lo figuro por las cartas que he escrito —dijo «Llamita» resueltamente.

Vivía en pleno optimismo, y Preysing se sintió largamente reconfortado al ver que estaba al corriente de sus negocios y al oírla profetizar el éxito de la empresa.

—Ahora es preciso también que me diga usted sus condiciones —exclamó el director general en tono adulator.

Esta vez pasó bastante tiempo antes de que «Llamita» diera su contestación. Tenía que echar sus cuentas, algo complicadas, en las que había de figurar el abandono de la aventura iniciada con el lindo barón y los cincuenta pesados años de Preysing, su

grasa y su asma, y además, alguna que otra pequeña deuda. Necesitaba también comprarse ropa blanca, unos zapatos elegantes, porque los verduscos se le estaban terminando. Necesitaba el pequeño capital indispensable para iniciarse en cualquier cosa, en el cine o en una revista, etcétera.

—Mil marcos —contestó. Aquella suma le parecía suficiente, porque no tenía idea de las sumas que hoy se depositan a los pies de las mujeres bonitas. Y agregó luego, algo más tímidamente de lo que ella tenía costumbre—: Acaso algo más, alguna pequeñez para mis preparativos de viaje, porque usted querrá que yo me presente bien...

—¡Oh!, en cuanto a eso, no es necesario que usted se vista, todo lo contrario —dijo Preysing encendido.

Y le pareció haber encontrado una fórmula elegante.

«Llamita» sonrió melancólicamente, con sonrisa algo chocante en su fresca cara de rosa.

—¿De modo que es cosa hecha? —dijo Preysing—. Mañana tendré que arreglar algunas cosas y habrá también que visar nuestros pasaportes para poder salir pasado mañana. ¿Le gusta a usted ir a Inglaterra?

—Ya lo creo, mucho. Mañana traeré mi máquina portátil y podrá usted dictarme inmediatamente.

—Y esta noche... si usted quiere, he pensado que vayamos al teatro, porque será conveniente que sellemos nuestro pacto con una copa de champaña, ¿no?

—¿Desde hoy? —dijo «Llamita»—; bueno, desde hoy.

Y soplándose el ricitó, dejó en el cenicero su cigarrillo apagado. Llegaba claramente hasta ella la música que tocaban en el pabellón amarillo. «No se puede tener todo a un tiempo —pensó—. Mil marcos, vestidos nuevos y Londres no son cosas que deban despreciarse».

Se levantó y dijo:

—Voy a telefonar a mi hermana.

Preysing, emocionado, envuelto en una ola de tierna pasión y agradecimiento, marchó detrás de «Llamita», tomándole delicadamente con las dos manos los codos, que ella apretaba contra sí.

—¿Será usted buena conmigo? —preguntó él en voz baja.

Y, en voz baja también, con la mirada fija en la alfombra roja frambuesa, respondió ella:

—Si no me contraría usted...

Capítulo 18

Kringelein, el automovilista, el aviador, el victorioso, continúa recorriendo al galope las horas de ese día dichoso en que se siente vivir. ¡Cuántos acróbatas temerarios tendrán la misma sensación que él al enfrentarse con la muerte rizando el rizo! Se ha precipitado aturdidamente en el torbellino y se ve ya arrastrado a un ritmo del que no puede volverse atrás. Retroceder, sería para caer en el abismo; prosigue, pues, su frenética marcha hacia delante, hacia abajo, hacia arriba, ya no sabe dónde; ha perdido la dirección, se ha convertido en una errátil cometa que no tardará en hacerse añicos.

Otra vez en auto a lo largo del Kaiserdamm; no tardan en llegar al centro vital del nuevo Berlín. La torre de la Radio parece cortar la ciudad en rajas luminosas, con sus faros giratorios; delante del Palacio de Deportes, la plaza está negra de gente; como abejas ante la entrada de la colmena, el afanado público se aglomera en un continuo oleaje. Nunca ha visto Kringelein una sala tan enorme como aquélla, ni tanta gente reunida. Detrás de Gaigern, que le parece como una torre ambulante, le empujan hacia su localidad de la primera fila y en plena claridad, en el gran cuadro desnudo bañado por la luz blanca y cruda de los proyectores y sobre el que convergen catorce mil miradas. Gaigern se deshace en aclaraciones, pero Kringelein no entiende ni palabra. Una vez más en su vida siente miedo, y ¡qué miedo, Dios santo!, pues no puede soportar la vista de la sangre, de la lucha ni de la brutalidad. Recuerda angustiosamente cuando durante la guerra le asignaron un puesto de ayudante de enfermero, porque no servía para otra cosa. Allí, contempla asombrado a los musculosos boxeadores que avanzan uno hacia otro; les quitan luego el albornoz, mostrando la dureza de sus carnes; escucha respetuosamente las explicaciones del locutor a través del megáfono y aplaude cuando todos aplauden. Al comenzar el primer encuentro, dice para sí: «Si la cosa resulta muy sangrienta, volveré los ojos a otro lado». Pero no tarda en parecerle que los dos hombres subidos allá arriba, en el *ring* (dos chicos jóvenes, delgados y paliduchos, de aplastadas narices), juegan más que boxean. «¡Bah! —piensa—, todo lo que hacen es retozar como gatos», y sintiendo aligerado su ánimo, sonrío. Gaigern, por el contrario, está tan serio y absorto, que le pone a Kringelein profundamente pensativo. Los espectadores guardan un silencio religioso, lo mismo que los boxeadores, hasta el punto de que en un instante dado se les llega a oír respirar prudentemente por la nariz; sus pasos de baile, apenas levantan ruido con el flexible calzado de boxeo. De pronto, en pleno silencio, el golpe de un guantazo, un golpe seco y rotundo... y por primera vez la sala se enardece estrepitosamente, desde las primeras filas, junto al *ring*, hasta las últimas gradas de la galería, donde miles de caras se confunden en una especie de bruma. «Ya

empieza», piensa Kringelein, a quien el ruido del puñetazo ha llenado de una satisfacción dulce y febril, que se transforma inmediatamente en un apetito voraz. Golpe de gong; hombres que saltan las cuerdas, cubos de agua, sillas, esponjas, toallas, que van rápidamente al *ring*. Los boxeadores están extenuados en sus rincones y respiran jadeando como perros muertos de cansancio, mientras sacan la lengua para que por ella corra a hilos el agua que les está prohibido tragar. El agua salpica hasta Kringelein, el cual limpia cuidadosamente las gotas caídas sobre su abrigo, con un sorprendente sentimiento de simpatía hacia el hombre que está en su rincón. Vuelve a sonar el gong, e inmediatamente se ve despejado el cuadrilátero luminoso y dispuesto a la lucha: la galería queda en silencio y presta atención. Un directo y otro en seguida. La galería se alborota... Expectación. Otro puñetazo. El párpado de uno de los luchadores empieza a echar hilos de sangre, pero él no hace más que reírse. Siguen los golpes en abundancia, un jadeo mutuo, y Kringelein, de pronto, siente en los bolsillos de su abrigo sus dos puños cerrados, como dos cuerpos duros y extraños. Gong, y otra vez se produce el tumulto en los rincones del *ring*, las toallas abanicantes, los miembros y los pechos reciben masaje, ya empieza la transpiración a perlar la piel de los boxeadores. Abajo, en el vivo cuadro de luz, todos los rostros aparecen verdes y helados. El público se levanta de sus asientos y discute acaloradamente.

—¡Ahora sí que le va a zumbiar! —exclama Gaigern—, en cuanto empiece el tercer *round*.

Y Kringelein oye estas palabras con un ligero estremecimiento, pues sabe que con ellas anuncia siempre el barón los sucesos sensacionales. Ahora están los dos boxeadores allá arriba, en la plataforma (aunque él no los puede distinguir bien, pues ambos tienen la nariz rota y solamente en los descansos es cuando puede interesarse y mostrar su preferencia por el combatiente del rincón que tiene más cerca); no tardan en lanzarse como salvajes uno contra otro. Dijérase en algunos momentos que están animados por accesos de una pasión violenta e indecente.

—Separadlos —grita el concurso en una sola voz, y Kringelein suma la suya a aquellas catorce mil gargantas gritadoras. Que se golpeen fuertemente y no corran bailando indecisos a lo largo de las cuerdas. Kringelein daría cualquier cosa por volver a oír el ruido sordo, macizo y rotundo del guante de cuero que golpea la carne.

—Blynx está *groggy*, se acaba por momentos —murmura Gaigern, y su levantado labio enseña su recia dentadura de cachorro. En el *ring*, el árbitro, con camisa blanca, de seda, se mete a cada paso entre los dos cuerpos musculosos, cubiertos de sangre, para separarlos, y Kringelein cree que son muy buenos cuando se lo consienten. Ya no quita los ojos del que parece estar *groggy*, término técnico aplicado sin duda a un luchador para significar que, sin él advertirlo, está dando las boqueadas del combate. Ese hombre, ese Blynx ya casi derrotado, presenta un bulto grande y morado, como

una breva, que le cuelga debajo del ojo derecho; tiene hombros y espalda cubiertos de sangre y de vez en cuando la escupe a los pies del árbitro. Mantiene la cabeza muy baja y esta actitud, acaso correcta, es para Kringelein, que no entiende ni jota de boxeo, el indicio de una gran cobardía. A cada golpe que encaja Blynx, salta emocionado el tenedor de libros con una alegría fogosa y bestial que le sale de muy hondo. Aún le parece insuficiente lo que está presenciando. A cada golpe bien colocado lanza un ligero grito de alivio, y con el cuello estirado y la boca abierta, espera el siguiente. Gong. Descanso. *Round*. Gong. Descanso. Gong. *Round*.

Al séptimo asalto, estaba liquidado Blynx. Empezó a vacilar sobre sus piernas y cayó boca abajo, sobre el tablado; dando luego la vuelta, quedó por fin inmóvil. Veintiocho mil manos se juntaron entonces para aplaudir, y una espesa granizada de palmas estalló en el Palacio de los Deportes. Kringelein aullaba como una fiera, entre enardecidos aplausos. No comprendía bien del todo lo que en el tablado estaba sucediendo. El hombre de la camisa blanca se había inclinado sobre Blynx, ya fuera de combate, y como si estuviera martillando subía y bajaba el brazo, acompasadamente y contando al mismo tiempo. Blynx trató de levantarse como hacen las caballerías cuando resbalan sobre la nieve, pero no pudo conseguirlo. Alzaronse nuevos clamores en la sala; el público saltaba las cuerdas invadiendo el cuadrilátero: abrazos, apretones de manos, aullidos de megáfono y una tempestad de delirio en las galerías. Mientras sacaban a Blynx, como un fardo, del tablado, Kringelein, deshecho por la emoción, cayó como un plomo sobre el incómodo asiento; tenía los nervios de punta, la espalda y los brazos le dolían tras la prolongada tensión.

—Está usted reventado de entusiasmo —le dijo Gaigern—. ¿Le enciende la sangre el espectáculo? ¿Verdad que sí?

Kringelein se acordó de otra noche vivida hacía mil años:

—¡Cuán diferente es esto del «ballet» de la Grusinskaia! —respondió.

Y con un desdén compasivo, pensó en aquel teatro desierto, en las ninfas fantásticas y melancólicas que giraban en el claro de luna alrededor de la paloma herida y en los menguados aplausos comentados por Otternschlag.

—¡La Grusinskaia! —dijo Gaigern—. En efecto, es muy diferente.

Y se la representaba en aquel momento con tanta verdad, que le parecía tenerla delante: estaba en Praga, en su camarín, pensando en que la noche anterior la había cansado, pero luego se encontraba más joven.

—Este combate ha sido muy flojito; ahora es cuando viene lo bueno —dijo a Kringelein, que se encantó al saber que había algo más: puñetazos más sonoros, jadeos más potentes, una relación más frenética aún entre el público y los boxeadores. «Aún hay más —pensó—; ¡cuándo empieza!».

El espectáculo prosigue. Dos gigantes, un blanco y un negro, suben al *ring*. El

negro es alto y delgado; su piel es aterciopelada y tiene reflejos plateados. El blanco es más ancho, con grandes paquetes musculares en la espalda y un rostro cuadrado y bestial. La simpatía de Kringelein se pronuncia *ipso jacto* por el negro, el favorito de la galería en masa. Presentación de los púgiles, lanzada al público por el megáfono. En espera de la lucha, un religioso silencio se extiende sobre la sala. Y, después, las mismas escenas que resurgen; los mismos juegos, el mismo paso de baile, los mismos saltos y el mismo acercarse cauteloso del uno al otro, con la cabeza baja, y el mismo saltar hacia atrás como por la acción de un resorte. En los cuerpo a cuerpo las dos figuras de color antagónico se unen, se enlazan y estrechan con ardimiento y seriedad, como en un abrazo amoroso. Tres minutos de lucha y uno de descanso para respirar, tres minutos y un minuto, y así quince veces en una hora. Sin embargo, la lucha es ya muy diferente, más rápida, más violenta, con súbitos ataques del negro y un ímpetu salvaje y creciente del blanco; aquellos puñetazos echan humo.

Kringelein está como derretido en un crisol; pero no está solo, no reside él solo en una frágil vivienda, sino que es uno de los catorce mil espectadores; un rostro de color de acelga, desfigurado, entre los incontables que abarrotan la sala... y su grito se funde en el ¡ah! ensordecedor que sale de todos los pechos. Respira cuando los otros respiran y retiene el aliento cuando toda la concurrencia palpita con los boxeadores. Tiene ardiendo las orejas, los puños apretados, los labios agostados y el estómago frío; traga su saliva endulzada por la emoción, humedeciendo con ella su tráquea enronquecida. Más, más todavía...

En los últimos asaltos parece que el negro, el favorito de Kringelein, va a vencer. Sus guantes aporrean sin tregua, como mazas, los músculos de su rival, que ya dos veces se ha apoyado contra las cuerdas, los lacios brazos caídos. Los dos sonríen como bajo los efectos de un narcótico, respirando como máquinas. El último asalto se desarrolla entre un aullido incesante del concurso y el estruendo de su febril entusiasmo. Kringelein, sudando a mares, sigue en su silla, como un pesado fardo. De pronto, el megáfono pide silencio al público, anunciando luego la victoria del blanco.

—¡Pero cómo! ¡Qué barbaridad! ¡Qué escándalo! —ruge Kringelein, y con él se alzan catorce mil voces: el público, de pie en sus asientos, grita desaforadamente.

—¡Mentira, mentira!

La sala se enfurece y con ella Kringelein.

—¡Más, más, más!

Las galerías rugen sordamente, silban, rebuznan, y como son de madera, amenazan hundirse bajo el peso de aquella muchedumbre que patatea furiosamente. Bajo la blanca luz y las tirantes cuerdas del *ring*, los boxeadores se dan la mano torpemente, estorbados por los guantes de cuero, y se sonríen como delante de un objetivo fotográfico. Luego empieza a caer sobre la sala una lluvia de cajas vacías, fundas de cajetillas, naranjas y hasta vasos y botellas, y el *ring* se cubre de una capa

de objetos aplastados. Muy arriba, junto al techo de la sala, siguen sin cesar los silbidos, se oye disputar y llega el ruido de algunas bofetadas. El alboroto de los catorce mil espectadores se convierte en un pánico loco. Kringelein recibe sobre su cabeza el golpe de un objeto duro y pesado, pero ni lo siente siquiera; tiene los puños apretados y también le entran a él ganas de luchar contra el árbitro parcial que ha defraudado tantas esperanzas con su estúpido fallo. Se vuelve hacia Gaigern, que está de pie, reventando de buen mozo, riendo y satisfecho, como cuando se ve uno sorprendido por un chubasco de primavera; entre contento y contrariado. En medio de la agitación de su ánimo, Kringelein se siente inmediatamente cautivado por aquel hombre que ríe tan tranquilamente y que es la verdadera imagen de la vida. Gaigern lleva a su amigo de un brazo y le arrastra fuera de la sala, donde hierve todavía el escándalo, y Kringelein sale detrás del barón, sintiéndose como al amparo de un escudo caliente y seguro.

Prosigamos. La iglesia de la Conmemoración, con sus muros blanquísimos, bajo el reflejo de las mil luces que la circundan; sobre el grasiento asfalto, los brillantes surcos que ahondan las ruedas de los coches; ante los resplandecientes escaparates de la Trauenzienstrasse, los transeúntes parecen grandes manchas negras; luego, de pronto, se penetra en la calma y oscuridad, bajo la arboleda del Barrio Bávaro: aceras estrechas, grava en algunos trozos, valles y reflectores se dibujan en la noche. Prosigamos.

Hemos llegado a un Círculo donde se juega, que está instalado en las grandes habitaciones de un antiguo caserón berlinés, convertidas ahora en club. Efluvios de olor a humedad a lo largo de los muros tapizados. Sombras silenciosas de caballeros en smoking; presentaciones. Muchos abrigo colgados en un guardarropa. Kringelein se reconoce en la figura que le sale al encuentro de un hombre pálido, delgado y distinguido, vestido de oscuro, que se pasa la mano por la frente para atusarse un mechón de su cabellera en ruinas. Y aquel encuentro consigo mismo, en el espejo, le sorprende. «En el fondo soy muy resistente», piensa, y de pronto se acuerda de su amigo el notario Kampmann, como si sólo le conociera de haberle visto en sueños. Breve parada en una habitación con candelabros y una chimenea simulada en un rincón, donde no se hace más que charlar y beber.

En la estancia contigua están jugando al *Bridge*. «Este juego no es mucho más distinguido que el *ska*», piensa Kringelein, y se pone al acecho de nuevos descubrimientos emocionales.

—Pasemos dentro —dice Gaigern a un caballero—, venga usted con nosotros allá dentro, señor director Kringelein.

«Dentro», es ya al final de la casa, al extremo de un pasillo estrecho y feísimo, sobre el que se abre una larga fila de puertas. Pasada la última puerta de dos hojas, se entra en una habitación más pequeña, tan oscura que apenas se distinguen las paredes.

No hay más luz que en el centro, encima de la mesa... como la luz sobre el *ring* en el Palacio de Deportes. Rodean la mesa algunas personas, unas de pie, otras sentadas, aunque pocas en total, doce o catorce: su aspecto es serio y meditabundo y cambian entre sí contadas palabras, de las que Kringelein se queda completamente *in albis*.

—¿Cuánto va a arriesgar usted? —pregunta Gaigern, que se dirige luego hacia un pupitre que se alza en un rincón y detrás del cual una señora con aspecto de aya y vestida de negro está sentada, como en la caja de una tienda—. ¿Qué le parece?

Kringelein pensó en seguida: «Diez marcos», pero respondió indeciso:

—No lo sé exactamente, señor barón.

—Bueno, entonces pongamos quinientos marcos para empezar —propuso Gaigern.

Incapaz de contradecir a su amigo, el tenedor de libros sacó de su vieja cartera cinco billetes, recibiendo, en cambio, un puñado de fichas de diferentes colores: verdes, azules y rojas. Oía el ruido que hacían al caer en la mesa de juego otras fichas iguales, y que producían un ligero chasquido, como una cascada de huesos bajo la lámpara de pantalla cuadrada. «Adelante», se dijo con impaciencia.

—Apunte usted a lo que quiera —dijo Gaigern—, porque es inútil que se lo explique. Juegue lo que quiera y donde quiera. La primera vez que tienta uno la suerte casi siempre gana.

¿Y qué número hacía aquella vez entre las numerosas veces que durante el mismo día se había puesto Kringelein a correr peligros? El ya sabía que la vida no era sino eso. Sabía perfectamente que la zozobra va pegada al placer, como la nuez a su cascara. Presiente que puede perder allí en algunas horas todo el dinero ganado en Fredersdorf durante toda su vida... de esa existencia que ha ido cayendo en el vacío como a través de un cuentagotas. Sabe que en aquella sala oscura, entre aquellos señores lacónicos y lúgubres inclinados sobre el tapete verde, sólo le queda dejarse arrastrar por el torbellino y arriesgar en el juego el importe de las tres o cuatro semanas de vida nómada que le separan de la tumba. Y Kringelein, volviendo a rizar el rizo, siente esta nueva curiosidad del juego y piensa: «Adelante, adelante...».

Al acercarse a la mesa para iniciar el juego, sus orejas y sus labios están mortalmente pálidos; siente las manos como llenas de arena. Apunta y poco después una raquetita arrastra la ficha verde entre otras. Alguien pronuncia algunas palabras que no entiende. Vuelve a apuntar en otra parte y pierde. Sigue apuntando y perdiendo. Gaigern, al otro lado de la mesa, apunta también y gana una vez, pero vuelve a perder en seguida. Kringelein le lanza una mirada rápida y suplicante, que pasa inadvertida, porque allí cada uno está pendiente de lo suyo. Todas las miradas están clavadas sobre el tapete, y todos, con un esfuerzo supremo de la voluntad, parecen esforzarse para la suerte y para que les ponga delante altos montones de fichas.

—¡Maldita suerte!... —se oye decir a alguien, y bajo la lámpara verde de aquella habitación aislada y sombría tales palabras suenan como un eco sepulcral. Completamente abandonado a sí mismo, Kringelein se encamina hacia la señora de negro y cambia otros quinientos marcos en fichas. Vuelve a la mesa donde otro banquero barre con la raqueta las posturas, dejando la mesa limpia en un momento; las fichas hacen al chocar su ruido característico y unas manos muy diestras las reparten en montoncitos. Con sus fondos de reserva en la mano izquierda, el tenedor de libros apunta con la derecha al azar, casi inconscientemente. Juega y pierde. Juega y gana, viendo con sorpresa volver a él su ficha encarnada en unión de otra verde. Vuelve a apuntar y gana dos veces seguidas, y no sabiendo qué hacer, se mete algunas fichas en el bolsillo. Vuelve a apuntar y pierde, pierde, pierde. Se para algunos instantes. Gaigern tampoco juega, fuma y mira a los otros, hasta que se mete las manos en los bolsillos, diciendo:

—Ya está bien por hoy, me han limpiado.

—Permítame usted, señor barón —murmura Kringelein, y en la mano que el otro saca titubeante del bolsillo le desliza una de las dos fichas encarnadas que le quedan.

—Hoy estoy demasiado flojo para jugar —dice el barón a media voz.

Gaigern tiene algún olfato para la suerte (uno de los talentos de su vida aventurera), pero esa noche no está en vena, a menos que así se llame a su aventura sentimental con la Grusinskaia. Kringelein vuelve a la mesa. Prosigamos.

Daba la una en un reloj por allí cerca, cuando Kringelein, que sentía como si una minúscula hélice girara detrás de su frente, fue a la caja a cambiar las fichas; había ganado tres mil cuatrocientos marcos, y como sintiera que sus manos temblaban, se rehízo rápidamente aparentando serenidad, precaución absolutamente inútil, porque nadie se fijaba en él. En un par de horas, nuestro héroe ha ganado todo el sueldo de un año en la fábrica y mientras mete los billetes en la raída cartera, Gaigern, a su lado, le mira y bosteza.

—Me han desplumado, señor director; estoy como un hospiciano y ahora tendrá usted que cuidar de mí —dijo con indiferencia.

Con la cartera en la mano, Kringelein no sabe qué hacer, ni lo que se espera de él.

—Mañana no tendré más remedio que darle un sablazo —dijo Gaigern.

—Sí, hombre, sí; no faltaba más —respondió elegantemente Kringelein—. Y diga usted, ¿qué podemos hacer ahora?

—¡Vaya si tiene usted fibra, mi amigo!; a estas horas no hay más que dos cosas posibles: el vino o las mujeres.

Con el rostro pálido y demacrado, Kringelein se aparta del espejo ante el que ha estado poniéndose el sombrero. Al salir desliza cincuenta *pfennigs* en la pedigüña mano de un chico que se le acerca para abrirle la puerta de la calle. Vuelve a meterse la mano en el bolsillo y esta vez es un billete de cien marcos lo que saca, arrugado y

hecho una pelotilla de papel, dándoselo al mozo cuando están en la calle, oscura y silenciosa. Ha perdido el sentido de la orientación y del valor de las cosas. En un mundo donde se gastan mil marcos por la mañana y se ganan tres mil por la noche, el empleado Kringelein, de Fredersdorf, se pierde como en un laberinto, como en una selva encantada sin luz ni senderos. El cochecillo de cuatro asientos los espera bajo un farol, en silencio, pero palpitante de vida, con la paciencia de un can fiel, al que se encuentra donde se le ha dejado. Al pensar en ello, el tenedor de libros siente algo de emoción y gratitud.

Prosigamos, prosigamos. Llueve. El limpiacristales describe arcos de círculo, tictac, tictac, como el péndulo de un reloj, ante los ojos de Kringelein. El olor de la gasolina anticipa ya una impresión de bienestar en el blando y caliente hogar. Grandes reflejos rojos, azules, amarillos, cabrillean sobre el asfalto mojado. A la amarillenta luz de sus sopletes perfílanse las sombras de unos obreros afanados en soldar un raíl. Parécele a Kringelein que el auto rueda demasiado despacio y mira de reojo a Gaigern, que fuma, la mirada perdida en el espacio y los pensamientos... Dios sabe dónde. A las dos y media de la mañana, la ciudad ofrece un aspecto extraño, diríase que acababa de ocurrir alguna desgracia. Está despierta, bullente y casi más animada que durante el día; un cúmulo de autos se amontona en los cruces, huérfanos de guardias de la porra. Arriba se extiende un cielo rojo e inflamado, sobre el que la Torre de la Radio hace palpar, a intervalos regulares, el resplandor más claro de sus faros giratorios. Prosigamos, prosigamos.

Luego es una escalera llena de gritos y un son de música que sale de tres pisos. Abajo ondean banderolas y serpentinas; sobre las paredes, a regular altura, espejos sin azogue, con marcos de yeso dorado; desconocidos; unos están borrachos, otros melancólicos; mujeres jóvenes de carnes macilentas y ojos hundidos; mezclado entre la gente, Kringelein se abre camino rozando las empolvadas espaldas de las muchachas. El edificio entero está lleno de humo de tabaco azul y opaco, que permanece suspendido en la atmósfera, circundando las lámparas de papel modernista con que se tocan las lámparas eléctricas en la caja de la escalera. Abajo hay un barullo chabacano e inmundado; en el primer piso, las abiertas puertas dejan oír una música intolerable: están bailando. En el piso de más arriba, reina el silencio. En la escalera una tanguista sentada, revestida de mallas de un verdoso encendido y que tiene una copa en la mano, se hace la dormida al paso de los dos amigos. Su desnuda espalda roza con el traje nuevo de Kringelein y éste se impacienta. Detrás de la puerta se abre un cuarto largo y casi en tinieblas. Algunos farolillos de papel sobre el mismo suelo difunden una luz muy atenuada. Allí toca también la música y Kringelein la oye, pero no puede verla. A la vaga claridad de los faroles, piernas de mujer pasan bailando, viéndoselos perfectamente hasta la rodilla; sin embargo, más abajo todo queda sumido en sombras. Kringelein, como un niño pequeño, siente deseos de

agarrarse de la mano de Gaigern, porque todo allí es confuso y esfumado; no es difícil adivinar lo que ocurre, detrás de los biombos pintarrajeados de vivos colores que separan banquetas recompuestas y unas mesas bajas. Kringelein se da cuenta de que está bebiendo champaña francés y siente como una quimera: una guirnalda de cuerpos femeninos, desconocidos, de piel tibia y perfumada, le circundan y acosan por los cuatro costados. Alza su agradable voz de tenor acompañando quedo la melodía que tocan los violines invisibles, y mientras se columpia a derecha e izquierda, tiene su cabeza en blando reposo sobre el fresco hueco que le hace un brazo de mujer.

—¿Otra botella? —pregunta un mozo serio y grave.

Kringelein la pide y siente una gran lástima por aquel muchacho de aspecto tuberculoso, cuando a la luz del farol le ve inclinarse para apuntar el encargo. Se enternece, apoderándose de él una compasión exagerada por el mozo, por las alegres chicas, todas desnudas de piernas, que tienen que seguir bailando hasta la madrugada... Esa inmensa piedad va también hacia su propia persona. Reparte sobre sus piernas las carnes tibias y blanduchas de una muchacha que le es desconocida e intenta descubrir su fisonomía; pero empiezan a temblarle las rodillas y una melancolía colmada de embriaguez y entusiasmo se apodera de él, entre los efluvios de polvos de arroz que exhala la piel de aquel cuerpo extraño. De pronto se pone a cantar a plena voz una antigua melodía popular en la que no faltan los trémolos: «*Freut euch des Lebens weil noch das Lähämpchen plünt*» (Regocijaos de la vida mientras arda la lamparilla).

«Valiente mamarracho —se dice Gaigern malhumorado—. Cuando salgamos de aquí te sacaré la cartera y en seguida me largaré a Viena», piensa, las cejas fruncidas y vacilantes al borde de su existencia comprometida...

En un lavabo que huele a cerrado, Kringelein se lava la cara, que un sudor frío cubre de continuo. Destapa luego un frasco de Bálsamo de Vida y bebe tres tragos, lleno de esperanza. «No estoy cansado —piensa para sí— en absoluto, pero es que no tengo ni la menor sombra de fatiga». Aún acaricia risueños proyectos para aquella misma noche. Después trata de quitar de su lengua el fuerte gusto a canela que le ha dejado la pócima y vuelve a reunirse con la tanguista en la mullida penumbra. Prosigamos, prosigamos, prosigamos.

Kringelein se pega a una boca como si tomara tierra en una isla colmada de aventuras y misterios; aquellos labios le aprisionan y sólo son parte a separarle de ellos las ligeras y placenteras vibraciones que le agitan.

—Juicio, niño —se oye decir por allí cerca, y no hay duda que va por él. Se ha quedado inmóvil escuchando, escuchando su interior. Es un momento de ensueño, tiene las manos llenas de frambuesas maduras, rojas y jugosas... del bosque de Mickenau... pero, de improvisto, algo espantoso siente llegar como un sable desnudo,

como una centella, como una lengua de fuego.

Y Gaigern le oye que empieza a quejarse con agudos y lastimeros ayes: un dolor inconcebiblemente fuerte, lleno de angustia y de terror.

—¿Qué tiene? —le pregunta Gaigern, asustado.

—¡Oh!, dolores, dolores horribles... —suena en la sombra la voz apagada de Kringelein.

Toma entonces Gaigern una de las linternas y la pone sobre la mesa. Y allí está el buen hombre sentado y tieso sobre la remendada banqueta de pelote, los dedos entrelazados como los eslabones de una cadena. Como la lámpara era azul, el semblante del enfermo parecía también de ese color; del negro agujero de su boca, grande y abierta, salían quejidos. Gaigern conocía perfectamente aquella máscara de dolor, por haberla visto reflejada durante la guerra en el semblante de los heridos graves. Apresuróse, pues, a pasarle a su amigo un brazo bajo la cabeza, rodeando fraternalmente sus temblorosas espaldas.

—¿Qué es ello? Un cólico, ¿no? —preguntó la tanguista.

Era una chiquilla muy joven, de aspecto vulgar, con un vestido negro con lentejuelas.

—Calla —dijo Gaigern.

En medio de sus crueles dolores, Kringelein levantó los ojos hacia su amigo, haciendo un esfuerzo lastimoso y heroico por conservar su porte de hombre de mundo, y, en efecto, murmuró entre sus azulencos labios.

—Ahora soy yo el que está *groggy* —queriendo describir así su estado de aturdimiento, agotado, casi inconsciente. Era una bromita más bien alentadora que triste, a la que no tardó en seguir un largo gemido.

—Pero ¿qué le pasa? —preguntó de nuevo Gaigern, que empezaba a alarmarse.

—Creo... que esto... se acaba y que... me... muero.

Capítulo 19

Eso de que las camareras de los hoteles miran por el ojo de las cerraduras, es un cuento chino. Las camareras de los hoteles no sienten el menor interés por las personas que viven detrás de las cerraduras, porque ya tienen bastante en qué ocuparse con todo el trabajo que de continuo pesa sobre ellas; preocupadas siempre en sus quehaceres y hasta más bien resignadas, no les queda tiempo para pensar en las vidas ajenas. En el «Grand Hotel» a nadie le importa nadie, porque cada uno vive para sí en aquella gran jaula que el doctor Otternschlag comparaba exactamente con la vida en general. Cada cual vive detrás de sus dobles puertas, sin otra compañía que la de su propia imagen en el espejo, o de su sombra en la pared. La gente se roza en los comedores, se saluda en el *hall*, y, a veces, se inicia una breve conversación, que no tarda en languidecer, sobre asuntos triviales de actualidad. Jamás, en el curso de esos diálogos, la mirada que se alza llega hasta los ojos, porque sólo se fija en la indumentaria. Puede ocurrir que el baile en el pabellón amarillo acerque a dos cuerpos y que, por la noche, alguno se deslice en la habitación del otro. Pero eso es todo, y fuera de eso, no hay más que una soledad sin fondo. Cada cual está solo en su habitación con su «yo», y no nace ni subsiste ningún tuteo. Entre recién casados en viaje de bodas, en el lecho del cuarto número 134, reina todavía el frágil abismo de las palabras no pronunciadas. Algunos pares de calzados alineados delante de las puertas, por la noche, tienen una expresión de odio muy claro sobre sus rostros de cuero. Otros, en cambio, adoptan un semblante regocijado, aun cuando caigan desmayados sus tirantes. El mozo que recoge ese calzado para limpiarlo, está complicado en un feo negocio de productos alimenticios..., pero allí no importa eso. La doncella del segundo piso ha hilvanado un idilio con el apuesto chófer del barón Gaigern, el cual ha desaparecido de pronto, dejándola sumida en desconsuelo... de modo que a ésta no le importa gran cosa mirar por el ojo de la cerradura, porque de noche, lo que quiere es pensar, aun cuando se caiga de sueño. Pero no puede dormirse; la camarera que ocupa la otra cama tiene un pulmón enfermo y así, incorporándose sobre la almohada, enciende la luz tosiendo a más y mejor.

Cada cual tiene su secreto, que encierra entre las cuatro paredes de su habitación; la señora del número 28 tiene el suyo... esa señora de rostro inexpresivo, que se pasa el día tarareando; y el número 154 también, ese caballero que hace tan ruidosas gárgaras y que sólo es viajante de comercio. Hasta el mozo número 18 tiene también su secreto detrás de su frente cubierta de pelo fijado con agua; un ruin secreto que le obsesiona: se ha encontrado una pitillera de oro olvidada en el invernadero por el barón Gaigern, y el muy bribón no la ha entregado en la caja. Temiendo una inspección, la ha ocultado, provisionalmente, como un tesoro, entre el respaldo y el

asiento de un sillón, mientras en su alma moceril de diecisiete años, la moral y el espíritu levantisco del proletario riñen en fiero combate. Senf, el portero, no pierde de vista a ese pillastre (que se llama Karl Nipse, pues aún no está numerado), el cual, con semblante distraído zanganea cerca de la puerta giratoria. También Senf tiene su pensamiento en otra parte, porque hace ya varios días que su mujer está en la clínica y la cosa es ya para escamarse de que se trate de algo más que de un parto normal; han cesado los dolores, sustituidos por calambres bastante raros; no obstante, se siguen percibiendo los latidos del corazón del niño y hay que esperar antes de recurrir a los fórceps. Senf ha ido allá abajo aquella tarde, pero no le han permitido subir a ver a su mujer por hallarse ésta en un estado de debilidad e inconsciencia, que los médicos calificaban de sueño. Y ahora, en su garita de nogal, este portero, Senf, se afana celosamente repartiendo su atención entre las llaves y el horario de ferrocarriles. Rhona le ha propuesto que se vaya con su mujer, pero el portero no quiere permiso; le gusta trabajar porque esto le evita pensar. Por lo que hace al mismo Rhona (este conde Rhona, tan diligente, que presta sus servicios durante catorce horas seguidas, como empleado modelo, aunque irremisiblemente descalificado), nadie sabe una palabra de él. Acaso esta misma situación ignorada le haga sentirse orgulloso; acaso también se avergüence cada vez que un viajero de su linaje se inscribe en el registro de los extranjeros; sin embargo, su semblante claro, menudo y sonrosado, no traiciona nada; se ha convertido en una careta.

A las dos de la mañana, siete señores con ademán triste y abatido, cansino y melancólico, con sendos estuches negros debajo del brazo, salen del «Grand Hotel» por la puerta número 2. Son los músicos de la «Eastman-Jazz-band», con sus camisas empapadas en sudor, que se dirigen a sus casas, descontentos de sus honorarios... como les acontece a todos los músicos en todos los países del mundo. Delante de la entrada número 5, los autos van desfilando, uno tras otro y poco después se van apagando sus reflectores.

Empezaba a refrescar en el *hall*. por haberse disminuido un poco la calefacción. El doctor Otternschlag, que se había quedado casi solo, sintió un escalofrío y bostezó. De allí a poco, bostezó Rhona también en su departamento y cerrando con llave algunos cajones, subió al quinto piso para tomarse sus cinco horas de sueño.

El portero de noche arreglaba los periódicos de la mañana para el día siguiente; un repartidor empapado en lluvia acababa de dejarlos y, con las botas embarradas, había salido por la puerta giratoria. Dos americanas de ruidosas voces subieron a acostarse, y el *hall*. quedó en completa calma. Apagáronse la mitad de las luces. El telefonista tomaba café para no dormirse.

«¿Subimos ya?», se preguntó el doctor Otternschlag, apurando su copa de coñac. «Sí, creo que ya podemos irnos a acostar», pero pasaron diez minutos antes de decidirse. Una vez puesto en pie, se miró sus zapatos de charol, y, sintiéndose algo

fuerte, dio su paseo habitual alrededor del *hall*. dirigiéndose por fin hacia el portero de noche.

—No hay nada para el señor doctor —le dijo bruscamente, con un ademán negativo, cuando aquél estaba todavía a tres metros de distancia.

—Si pregunta alguien por mí, diga que estoy en mi cuarto —musitó Otternschlag, y tomando uno de los periódicos de la mañana, todavía húmedo, leyó la faja.

—Ha subido a su cuarto —repitió el portero maquinalmente, haciendo una raya en el cuadro de llaves.

Por la puerta giratoria entró una bocanada de viento frío, que olía a humedad. Otternschlag se volvió.

—¡Ah, ah! —dijo simplemente, tan luego como su único ojo, rígido, hubo divisado la escena.

Y hasta abrió la boca sonriendo al sesgo al ver a Gaigern entrar por la puerta giratoria tan buen mozo como siempre, macizo y ágil, aunque con semblante serio y preocupado. Empujaba delante de él al pequeño Kringelein, que, vacilante y casi desmayado de dolor, hacía grandes muecas gimiendo dulcemente.

El doctor Otternschlag podía distinguir inmediatamente entre una grave enfermedad y una formidable borrachera, aunque ambas cosas se manifestaran por un desmadejamiento análogo. Pero el portero, que era menos experto, echó una mirada severa y vigilante sobre las dos personas que entraban.

—Las llaves del 69 y del 70 —dijo Gaigern a media voz—. El señor viene enfermo; que llamen pronto a un médico —y con una mano sostenía a Kringelein, mientras con la otra se apoderaba de las llaves; después condujo a Kringelein hacia el ascensor.

—Soy médico —dijo de pronto el doctor Otternschlag al portero con sorprendente vivacidad—. Que suban en seguida leche caliente al número 70.

—Y, dicho esto, siguió a Gaigern y Kringelein.

—Deje usted; yo me cuidaré de él —dijo el barón mientras subía el ascensor—. No se queje, señor Kringelein; esto pasará pronto, ya verá como se acaba en seguida.

Y Kringelein, interpretando mal el sentido de estas palabras de consuelo, cesó de gemir; materialmente doblado en dos, allí sentado sobre el banquillo del ascensor, hacía por contener los espantosos dolores que le atenazaban.

—¿Qué se acaba ya? —preguntó resignado—. Pero ¿cómo puede ser tan pronto si no he hecho más que empezar?

—Es usted muy ansioso; se ha atracado usted demasiado de una vez —dijo Otternschlag y, aunque le guardaba algún rencor, sin dejarlo traslucir le tenía la mano, tomándole el pulso.

—¡Qué idiotez, Kringelein! ¿Quién piensa en acabar? Ha bebido usted demasiado champaña frío, y eso es todo —dijo alegremente Gaigern.

El golpe del ascensor al llegar, puso fin a la conversación, llena de equívocos. En el corredor, la doncella que los veía pasar, sintió una fuerte emoción cuando las rodillas de Kringelein se negaron a sostenerle; levantó el barón en sus brazos a su amigo, que no pesaba más que un niño, y lo llevó hasta el lecho, y mientras le despojaba de sus prendas que apestaban a vino, y le abotonaba el pijama nuevo, el doctor Otternschlag desapareció presuroso, con un ademán de estar preocupado.

—Un momento —había dicho, alejándose con un paso rápido, como electrizado.

Al volver encontró a Kringelein acostado, rígido en su lecho, con las manos pegadas a los muslos, como un soldado en su posición de firme. Ya no se quejaba, pero es porque hacía un gran esfuerzo de voluntad. Cuando Kringelein se había puesto en campaña, en persecución y descubrimiento de la «vida», se había prometido morir valientemente, y no molestar a nadie, cuando le llegara la hora, como compensación a la frivolidad y libertinaje de sus últimos días. Y así, en su lecho, Kringelein se aferraba a esa promesa. Nada importaba que el sufrimiento y el terror a la muerte cubriesen su frente y su nuca de frío sudor. Gaigern sacó de la americana su pañuelo de seda, finamente perfumado, para limpiar el menudo y amarillento rostro de Kringelein; quitó también, con cuidado, los lentes de su delgada nariz, por lo cual, durante un segundo, Kringelein experimentó la sensación de estar ya muerto, la sensación apaciguadora de que todo había terminado y de que Gaigern, con su ancha mano caliente, iba a cerrarle al punto los ojos. Pero el barón volvió a apartarse del lecho para dejar paso al doctor Otternschlag.

Sacó éste de un estuchecito negro una jeringuilla y, como por arte de magia, surgió al punto entre sus dedos una resplandeciente ampolla cuya punta rompió con la destreza de un prestidigitador, y pasando luego el pulgar por la anilla de la jeringa, la llenó con una sola mano, sin mirar siquiera, tan grande era su destreza, mientras con la otra mano pasaba sublimado sobre el brazo de Kringelein, que había sacado de la manga del pijama.

—¿Qué es eso? —preguntó el enfermo, aunque él ya conociera aquel medicamento bienhechor de cuando estuvo en el hospital.

—Esto es algo bueno, un caramelo muy dulce —respondió Otternschlag, cantando como una niñera en medio de sus extrañas manipulaciones y, al mismo tiempo, pellizcando con los dedos la flaca carne de Kringelein, dio un pinchazo en la piel. Gaigern miraba.

—Suerte y no poca ha sido que tuviera usted tan a mano la inyección —dijo.

Otternschlag levantó la jeringuilla contra la luz, a la altura de su ojo ciego.

—Sí —respondió—. Esta es mi maleta, siempre dispuesta, ¿comprende usted? Porque, como dijo Shakespeare tan sabiamente, hay que estar preparado. Esto es muy esencial para el hombre: estar siempre dispuesto para el viaje, en cualquier momento, ¿comprende usted?, y tal es el significado de esa maletita.

Mientras así hablaba, lavó la jeringuilla y tornó a meterla en su estuche. Gaigern levantó de la mesa aquel pequeño objeto negro, sopesándolo.

Pareció admirarse y no comprender. «Pero ¿cómo es posible?», pensaba.

—¿Se le va pasando? —preguntó el doctor volviéndose hacia el lecho.

—Sí —respondió Kringelein, que había cerrado los ojos y le parecía flotar en una nube en cuyo seno evolucionaba rápido y ligero, al mismo tiempo que se fundía en sus propios dolores, transformándose en algo como una niebla que se disipa en el aire. Todo le era ya indiferente y su angustia ante la muerte desaparecía también, como un animal negro que saliera huyendo.

—Pues bien; ya ve usted que... así —dijo Otternschlag, volviendo a poner la mano del enfermo sobre el edredón de seda—, así, tranquilo un buen rato.

Gaigern, que durante este tiempo había colgado las prendas nuevas de Kringelein, se acercó al lecho y pudo observar la respiración entrecortada y casi imperceptible bajo el pijama de seda azul claro.

—¿Dice usted que un buen rato? —preguntó débilmente—. No será esto... no me pasará... nada, no es... peligroso.

—No, no hay cuidado. Podrá usted volver a bailar, porque el corazón responde, late bien, quiere vivir, es un instrumento del que se ha servido usted poco, señor Kringelein. Alrededor sí que los otros órganos están estropeadillos, pero el corazón quiere hacer valer sus derechos. ¿Quiere usted un pitillo?

—Gracias —contestó Gaigern, con el pensamiento en otra parte, y tomando el cigarrillo, se sentó bajo un bodegón, que representaba unos faisanes muertos. Pasaron algunos minutos antes de comprender las palabras de Otternschlag.

—¿De modo que está muy enfermo, y, a pesar de ello, no puede morir? Pero eso es espantosamente cruel —agregó en seguida.

Y Otternschlag, que había hecho signos afirmativos con la cabeza a cada pregunta, respondió:

—Precisamente, diré a usted por qué aprecio tanto mi maletín. En el fondo, todo lo que aquí abajo se nos impone, es insoportable; es decir, que sólo lo soportamos porque estamos seguros de acabar cuando nos dé la gana, ¿no es eso? La vida es una triste especie de existencia, créame.

Gaigern sonrió al oír esta observación.

—Sin embargo, yo amo la vida —dijo candidamente.

Otternschlag volvió rápidamente hacia él la mitad de su fisonomía.

—Si usted ama la vida, sus semejantes aman la vida: conozco a todos ustedes perfectamente y a usted también.

—¿Qué me conoce usted a mí?

—Sí, a usted particularmente, de un modo completamente personal —y con el índice, amarillo de tabaco, señaló la cara de Gaigern, que retrocedió sorprendido—.

Un día le extraje a usted de ahí una astilla de obús, y esa pequeña cicatriz que le hace tan interesante, se la cosí yo mismo, ¿no se acuerda usted?... En Fromelles. Ustedes lo olvidan todo, mientras que nosotros queremos anotarlo todo en la memoria, sin dejar escapar nada, nada.

—¡Ah, sí! ¿En Fromelles? En aquella infame ambulancia, ¿verdad? Apenas me acuerdo; porque en aquel tiempo no estaba yo en todo mi juicio, era muy romántico y me parecía de buen tono desmayarse cuando se está herido, y por eso me desmayé.

—Pues yo me fijé en usted, porque era un soldado bisoño, el más joven de cuantos pasaron por mis manos. De esa categoría de los que «marchan cantando hacia la muerte». Por lo demás, puede que personalmente no sea usted ese que yo digo, pero... en todo caso, se le parece usted mucho, no lo dude. ¿De modo que ahora le gusta la vida, la quiere usted? Era de esperar y me complace saberlo, pero... ha de concederme usted una cosa, y es que la puerta giratoria debe permanecer abierta.

—¿Qué?... —preguntó Gaigern desconcertado por completo.

—La puerta giratoria, digo. Siéntese en el *hall*.y esté usted mirándola. Gira como una loca, sin descanso. Entran, salen; entran, salen; entran, salen ¡y qué mecanismo tan ingenioso! Llega usted a marearse si la mira mucho tiempo. Atienda usted un momento a lo que voy a decirle: supongamos que entra usted por esa puerta giratoria... y quiere usted, naturalmente, tener la certeza de que podrá volver a salir por ella, ¿no es eso? Que no le darán a usted con ella en las narices, dejándole encerrado en el «Grand Hotel».

Gaigern sintió subirle un frío hasta el cuello; la palabra «encerrado» sonó en sus oídos como una amenaza secreta.

—Evidentemente —dijo turbado.

—Pues bien. Estamos en todo de acuerdo —declaró Otternschlag, que había vuelto a sacar la jeringuilla de su sitio acariciando amorosamente el cristal y el bruñido níquel—. Es preciso que esa puerta permanezca abierta, para que la salida esté franca en cualquier momento, y poder morir cuando se quiera.

—Pero ¿quién quiere morir? Nadie —dijo vivamente Gaigern, lleno de convicción.

—¡Bah!... —repuso Otternschlag, dejando algo sin decir. Kringelein, acostado en su lecho, musitaba palabras incomprensibles bajo su bigote alborotado—. ¡Bah!... míreme usted a mí, por ejemplo, míreme usted bien; yo soy un suicida, ¿comprende usted? Por regla general, sólo se ve a los suicidas después de haber soltado la llave del gas o de haberse metido una bala en la cabeza. Pero tal como me ve usted aquí, yo soy un sujeto que se suicida, pero que aún no ha muerto. Soy un suicida vivo, un caso raro, desde luego. Bueno... pues cualquier día vaciaré diez ampollas de esa caja y «cataplum», las diez de golpe en una vena y entonces seré un suicida auténtico; saldré luego por la puerta giratoria, claro que en sentido figurado, en tanto que usted podrá

seguir esperando en el *hall*.

Sorprendido, Gaigern recibió la impresión de que aquel idiota de Otternschlag le odiaba en el fondo.

—Puede que sea cuestión de gusto —dijo simplemente—. Yo, por mi parte, no tengo prisa; me gusta la vida, la encuentro admirable.

—¡Bah, bah!, la encuentra usted admirable. Entonces, ¿peleo usted en la guerra y ha vuelto de ella para seguir encontrando la vida maravillosa? Pero ¡rayos y truenos!, cómo vivís vosotros todos, ¿habéis perdido acaso la memoria? Bueno, no hablemos de aquello... Todos sabemos perfectamente lo que allí pasaba. Lo que no comprendo es que haya usted vuelto de allá abajo para seguir diciendo que la vida le gusta. ¿Y dónde está su vida? Porque yo he buscado la mía y no la encuentro. Algunas veces me digo: «Yo estoy ya muerto y sentado en la sala de la «Cruz roja». Esta es la verdadera impresión, la impresión real que me produce la vida desde que he vuelto de allá abajo».

—¡Oh! —dijo Gaigern, emocionado por la pasión repentina que animaba a Otternschlag, y repitió—: ¡Oh! —y levantándose se dirigió hacia el lecho.

Kringelein dormía, aunque no tuviera los ojos completamente cerrados. Gaigern se acercó de puntillas a Otternschlag.

—Sí, algo hay de verdad en todo eso —dijo en voz baja—. Al regreso, no ha sido eso sólo. Cuando uno de nosotros dice «allá abajo», es como si dijera «en mi casa» o poco menos. Vivimos actualmente en Alemania como en un pantalón que se ha quedado demasiado estrecho. Todo el mundo está disciplinado, no hay sitio para tanta gente. Y ¿qué podemos emprender? ¿La Reichswehr, el ejercicio? ¿Para intervenir, en caso de disturbios, en las elecciones? ¡Oh, no!, gracias. Hacerse aviador, piloto, también lo he probado... He volado dos veces diarias y a horas fijas. Berlín-Colonia-Berlín, o bien hacerse explorador, salir de expedición. Todo esto es vulgar y está desprovisto de peligro.

—Yo creo que la vida debería ofrecer más peligro y entonces la cosa marcharía bien, pero se la toma tal como se presenta.

—No, nada de eso, eso no es lo que yo quiero decir —repuso Otternschlag disgustado—, quizá no haya en ello más que pequeñas diferencias de apreciación, quizá yo mismo viera las cosas con la misma calma que usted si me hubiesen compuesto el rostro con tanto arte como yo a usted el suyo. Pero cuando se mira el mundo a través de un ojo de cristal, toma un aspecto curioso, bien puedo asegurárselo a usted. Bueno, señor Kringelein, ¿Qué tal va?

Kringelein se había incorporado en su lecho, había alzado trabajosamente sus párpados, pesados por la morfina, y buscaba algo. Sus manos erraban sobre el edredón, palpando en torno suyo con sus diez dedos, privados de sensibilidad por efecto de la droga.

—¿Dónde está mi dinero? —exclamó con voz sofocada. Al despertar de su sueño llegaba directamente de Fredersdorf, donde hacía un momento se había peleado con Ana, de modo que tenía que hacer un gran esfuerzo para encontrarse otra vez en el «Grand Hotel», en su cuarto amueblado de nogal—. ¿Dónde está mi dinero? —preguntó; su garganta estaba reseca y al pronto no divisó a los dos hombres sentados en los sillones de terciopelo, más que como unas sombras movientes y desmesuradas.

—Pregunta dónde está su dinero —comunicó Otternschlag al barón, como si éste fuera tardo de oído.

—¿Su dinero? Pero si lo ha depositado en la caja del hotel —dijo Gaigern.

—Lo ha depositado usted en la caja del hotel —transmitió Otternschlag como un intérprete, y Kringelein meditó difícilmente esta respuesta en su pesada cabeza.

—¿Le duele a usted aún? —preguntó el doctor.

—¿Cómo que si me duele? —preguntó Kringelein sentado sobre su nube.

La catastrófica boca de Otternschlag se echó a reír.

—Todo está ya olvidado —dijo éste—, los dolores y la buena acción también están olvidados; desde mañana podrá usted volver a la vida, como acróbata que es usted, amigo mío —dijo con un desprecio no disimulado. Kringelein no comprendía una palabra.

—¿Dónde está mi dinero? —repitió con obstinación—. Todo mi dinero, el dinero que he ganado.

Gaigern encendió un cigarillo, tragándose el humo hasta los bronquios.

—¿Dónde está su dinero? —preguntó Otternschlag.

—En su cartera —dijo Gaigern.

—En su cartera de usted —transmitió Otternschlag—. Siga usted, pues, durmiendo tranquilamente, y no se anime demasiado, si no quiere que le haga daño.

—Yo quiero mi cartera —exigió Kringelein separando los dedos. En el estado nebuloso en que se hallaba, no lograba expresarse bien del todo; sin embargo, a través de los velos que oscurecían su conciencia, se daba perfecta cuenta de que tenía que pagar con dinero cada minuto de su vida... pagarla cara al contado. Había visto desaparecer en sueños dos cosas, su dinero y su vida, con la rapidez del arroyuelo de Fredersdorf, cuyo lecho de piedras se secaba todos los estíos.

Otternschlag suspiró, metió sus manos en los bolsillos de la americana de Kringelein (que Gaigern había colgado del respaldo de una silla), y las sacó vacías. El barón seguía fumando delante de la ventana, de espaldas a la habitación, mirando hacia la calle, que estaba silenciosa bajo la luz de los arcos voltaicos.

—Aquí no hay ninguna cartera —dijo Otternschlag, con las manos colgando como si hubiese hecho un esfuerzo considerable.

De pronto Kringelein saltó del lecho, y bruscamente, con la respiración entrecortada y el rostro deshecho, se encontró en medio de la habitación sobre sus

flacas piernas, que vacilaban dentro del pijama.

—¿Dónde está mi cartera? —se lamentaba—. ¿Dónde está? ¿Dónde está todo el dinero, todo ese montón de dinero? ¡Mi cartera, mi cartera!

Gaigern, que hacía largo tiempo que se había apoderado de ella, intentó hacer oídos de mercader a aquella aflicción lanzada por una voz aguda y completamente cargada de sueño. Oía subir y bajar el ascensor, oía pasos en el corredor, idas y venidas que se apagaban detrás de las puertas abiertas y vueltas a cerrar. Oía (o por lo menos a él le parecía), que alguien respiraba allí al lado en el cuarto número 71. Pero advertía igualmente la angustia de Kringelein, a quien en aquel momento odiaba ferozmente, tanto, que de buena gana le hubiera matado. Volvióse violentamente hacia la habitación, pero su puño se aflojó al ver el mísero aspecto que Kringelein ofrecía; allí, en medio de la estancia, se había echado a llorar. De sus párpados, completamente aletargados por la morfina, le corrían las lágrimas, que caían gota a gota sobre su nuevo pijama, de un azul claro. Kringelein lloraba como un niño, lamentándose de su cartera perdida.

—¡Tenía dos mil seiscientos marcos esa cartera! —sollozaba—; dinero para vivir dos años.

Otternschlag hizo un movimiento descorazonado, volviéndose hacia Gaigern.

—¿Dónde podrá estar la cartera... puesto que Kringelein insiste seriamente en que va a vivir todavía dos años? —preguntó, queriendo echarlo a la broma.

Gaigern, los puños metidos en los bolsillos, se reía.

—Puede que se la haya limpiado la tanguista de la Alhambra —respondió, expresando una idea que había preparado de antemano.

Kringelein se sentó al borde de la cama, dejándose caer desmayadamente.

—¡Oh, no —dijo dulcemente—; no, no!

Otternschlag le miró, después miró a Gaigern y otra vez a Kringelein. «¡Ah!, entonces es que...» —dijo para sí, y tomando su estuche negro se dirigió a Gaigern, a lo largo de las paredes (siguiendo la vieja costumbre), como si los muros y los muebles hubieran de transmitirle alguna fuerza o ayuda, o como si no hubiese aprendido todavía a andar sin apoyo. Al llegar delante de Gaigern, se paró y volviendo hacia él la parte estropeada de su cara, le miró al cuello con su ojo de cristal.

—Es preciso que Kringelein recupere su cartera —dijo cortésmente y en voz baja, inquietando por un segundo al barón.

Y en tal segundo se decidió el destino del aventurero, porque aquel instante de vacilación fue suficiente para quitarle todo su aplomo.

Gaigern no era un hombre honrado; ya había robado y cometido bastantes fechorías. Pero no era un criminal, puesto que los buenos instintos de su naturaleza y de su raza quebrantaban con gran frecuencia sus culpables intentos. Era un aficionado

a la aventura y estaba dotado de alguna energía, aunque no fuera suficiente. Hubiera podido suprimir a aquellos dos hombres enfermos que tenía delante, eclipsándose en seguida. Hubiera podido rechazarlos y, con su botín en los bolsillos, huir a lo largo de la fachada. Hubiera podido salir de la habitación con cualquier pretexto y llegar a la estación y desaparecer. Pero después de considerar todas estas salidas, pensó en la Grusinskaia; sintió en su brazo el ligero cuerpo de la bailarina; con él la conducía hasta lo alto de la escalera de su casa de Tremezzo. Era preciso a todo trance ir a buscarla. Mas, de pronto, la compasión que había sentido la víspera por aquella mujer... aquella misma piedad irrazonable y conmovedora, volvió a sentirla, esta vez por Kringelein, por Kringelein desmadejado al borde de la cama. También sintió lástima de Otternschlag, que volvió hacia él su media cara destrozada por la guerra. Y sin darse cuenta, tuvo también piedad de sí mismo... y esta piedad lo aniquiló.

Dio pasos por la habitación y empezó a sonreír.

—Aquí está la cartera —dijo—; la había puesto en seguridad, para que no se la quitaran en la guarida donde nos hallábamos.

—Bien, bien —dijo Otternschlag, desarmado por completo, tomando de las manos de Gaigern la vieja cartera llena de arañazos. Experimentaba una sensación de dulzura y de agotamiento porque era para él muy raro el contacto de una mano ajena. Volvió la cabeza hacia Gaigern, fijando en él su ojo sano y dando a su rostro una expresión de agradecimiento o de consentimiento tácito. Pero de pronto se asustó, porque el rostro de Gaigern (aquel semblante notablemente bello y duro) le pareció tan pálido, tan vacío y tan muerto, que tuvo miedo. «¡Pero es que no hay más que fantasmas en este mundo!», se dijo, mientras se dirigía hacia la cama, donde puso la cartera delante de Kringelein.

Toda la escena no había durado más que algunos segundos, durante los cuales Kringelein había permanecido sentado, silencioso y absorto en sus pensamientos.

Y ya que Otternschlag le tendía la cartera que tantas lamentaciones le había costado, apenas si hizo caso de ella, pues la dejó caer sobre el edredón, sin mirar su contenido ni recontar su dinero, aquel montón de dinero que había ganado en el juego.

—Le ruego que se quede aquí conmigo —dijo, pero no a Otternschlag, que le había socorrido, sino a Gaigern, hacia el que tendía su brazo, mientras el barón, de pie delante de la ventana, con semblante preocupado y sombrío, fumaba otro cigarrillo.

—No debe usted tener miedo, Kringelein —interrumpió Otternschlag en tono tranquilizador.

—No tengo miedo —respondió Kringelein, terco y sorprendidamente despierto—. ¿Cree usted que tengo miedo a morirme? Nada de eso; por el contrario, lo que estoy es agradecido. Nunca hubiera encontrado el valor necesario para vivir, si no

supiera que tengo que morirme, y cuando se tiene esa certeza es precisamente cuando se tiene valor... Pensando siempre en que hay que morirse, es uno capaz de todo... éste es mi secreto...

—¡Ah, ah! —dijo Otternschlag—. Ya caigo, es la puerta giratoria. Kringelein se vuelve filósofo. La enfermedad engendra juicio, ¿lo ha observado usted bien?

Gaigern no respondió. «¿De qué estáis hablando? —pensaba—. De la vida y de la muerte, como si se pudiese hablar de ellas; éstos no son temas para una conversación. Si vivo... vivo y nada más, y si me muero... Dios mío, me muero y me entierran. Pero ¡pensar en la muerte!, no, y hablar de ella, menos todavía. Hay que reventar dignamente, eso sí, en cualquier momento, cuando haya necesidad; tratad, tratad de escalar la fachada de un hotel como los monos y pronto dejaréis de hablar de la vida y de la muerte —pensaba desdeñosamente—. Yo también estoy dispuesto... y por eso tengo necesidad de llevar siempre encima un maletín cargado de morfina». Gaigern bostezó y, aspirando ávidamente el aire de la mañana que entraba por la abierta ventana, sintió de pronto un escalofrío que agitó sus anchas espaldas de boxeador.

—Tengo sueño —dijo, y de improviso se echó a reír con toda su alma—, esta noche pasada no he visto mi cama y ahora son las cuatro de la mañana. Vamos, señor director, tápese bien.

Kringelein obedeció inmediatamente; con la cabeza pesada y el vientre aún dolorido, aunque muy mitigado, se acomodó bien en el lecho, cruzando las manos sobre el edredón.

—Quédese aquí conmigo, se lo ruego, quédese —decía con insistencia, gritando casi, porque le acometían continuos zumbidos de oído.

De pie junto a ellos, Otternschlag escuchaba; nadie se fijaba en él, nadie le rogaba que se quedase.

—Ahora que tiene usted morfina en el cuerpo, creo que ya no me necesitará, ¿no le parece? —preguntó.

Pero Kringelein no comprendió la broma.

—No, gracias —dijo candidamente, tomando la mano de Gaigern, como lo hubiera hecho un niño. Se arrimaba a Gaigern, le quería. Hasta es posible que su alma, que se había hecho sumamente sensitiva, percibiera vagamente que Gaigern quería robarle... mas no importaba, él se aferraba a Gaigern.

—Por favor, quédese conmigo —suplicaba.

Entonces Otternschlag se echó a reír también. Y a la pálida claridad de la lámpara, alzó su cara destrozada y, con su boca torcida, se echó a reír..., pero de manera muy diferente que Gaigern; primero sin ruido, después con sonos prolongados que le salían de lo más hondo de sí mismo, cada vez más estrepitosos, más burlones, más ensañados y enconados de odio.

En el tabique del cuarto contiguo, número 71, dieron tres golpes con los nudillos.

—Hagan el favor de callarse. La noche se ha hecho para dormir y no para divertirse —dijo la voz enojada, ronca de sueño y contraída, de un sujeto totalmente desconocido. Era la voz del señor director general Preysing, el cual comprendía que en la habitación cercana a la suya, tres destinos humanos estaban entretejiéndose, para una hora breve y decisiva.

El «Grand Hotel» tenía la manga muy ancha en cuanto a principios de la moral. No se le había permitido al director general Preysing que recibiera en su habitación a su secretaria, pero en cambio no le pusieron ningún inconveniente en que alquilase una habitación para la misma señorita. Y esto fue lo que hizo Preysing, encendido de rubor y entre explicaciones confusas, ignorante de la psicología humana. El administrador se disculpó de no tener más que una sola habitación disponible: el número 72; una habitación de dos camas separada por el cuarto de baño del departamento número 71, que ocupaba Preysing. Por el buen parecer, Preysing murmuró algo que quería parecerse a protesta ante un gran transtorno que se le hacía... y con el mayor ardor, se precipitó resueltamente en su aventura.

Aquella mañana se recibió correo de Fredersdorf; muchas cartas de negocios y una de Mulle, al pie de la cual Babe había agregado dos líneas de una escritura de patas de mosca. Pero Preysing, que se sentía ya arrastrado lejos de las tranquilas riberas de la vida, en el torrente impetuoso que a veces se lleva a los hombres de su edad... aquel Preysing completamente transformado, leyó la carta con frialdad y sin remordimiento de conciencia, durante el desayuno, que estaba tomando junto a la apetitosa «Llamita», que se mostraba alegre y completamente a sus anchas.

Kringelein había tenido también una carta de Fredersdorf. Estaba sentado en su cama, sin ningún dolor, remozado por el Bálsamo de Hundt y firmemente resuelto a conservar aquella sensación intensa y potente de vida que conocía desde la víspera. Después de haber triunfado aquella noche de su miedo a la muerte, a la que había dado un puntapié, y de haber salido vivo de la lucha, sentía la impresión de estar hecho de un metal muy duro y transparente. Con los lentes cabalgando sobre su estrecha nariz, que aún se había afinado más, leyó la carta de la señora Kringelein, escrita en una tosca hoja de papel con rayas azules, que había arrancado de su agenda.

Querido Otto —escribía la señora Kringelein, de quien él nunca se había sentido muy cerca, pero que desaparecía en una lejanía inimaginable hasta llegar a serle indiferente por completo.

Querido Otto: he recibido tu carta y estoy segura de que tu enfermedad proviene únicamente de que no te cuidas bastante y esto mismo piensa papá. Papá me ha redactado el borrador de una petición de socorro dirigida a la fábrica, pero aún no he recibido contestación sobre este punto. Esa gente no hace más que mecerle a uno con esperanzas. Te escribo principalmente a

causa de la chimenea, que no puede seguir como está. Rinder ha estado examinándola detenidamente y me ha dicho que está mal construida y que lo mismo pasa con todas las casas de la ciudad obrera, que tienen siempre algo que cojea. Ya que construyen mal las chimeneas, debían, a lo menos, darnos el carbón porque no hay quien pueda pagar la enorme cantidad de combustible que consumen. He hablado, pues, con Utinder y me ha dicho que no podrá arreglarla por menos de catorce o quince marcos, pero que luego economizaremos ese dinero en carbón. Claro que éste es un gasto considerable y quisiera que cuanto antes me dieras tu opinión sobre lo que hayamos de hacer con la chimenea. No es posible vivir como estamos, ni podemos tampoco derrochar catorce marcos para ese cascajo. He preguntado también a Kietzau, que es también inteligente en la materia, y cree que costará más de los catorce marcos, sin que pueda garantizarme que el consumo de carbón sea luego menor.

Con este motivo he tenido que armar ruido en la fábrica, pues he ido a hablar con Schriebes, aunque me ha costado mucho trabajo decidirme, para pedir que arreglen la chimenea, cosa muy justa, después de todo, puesto que las casas son propiedad de la fábrica. Pero no quieren hacer nada. Schriebes ha estado muy grosero conmigo; se ve que es un hombre completamente metalizado. Si recibo algo de la Caja de Socorros (papá cree que aflojarán treinta marcos, aunque yo lo dudo mucho, porque Preysing es muy avaro), ¿te parece que mande arreglar la chimenea o que la deje como está? Si ingresas en algún sanatorio, ¿recibirás subsidios suplementarios o habrá que pagar esos gastos con las indemnizaciones corrientes? No sabes hasta qué punto están mal aquí todos con que no trabajes y cobres tu sueldo. Estoy apartada de todo el mundo, no me rodean más que envidiosos. Haz el favor de ocuparte seguidamente en lo relativo a la Caja de Socorros, porque me ha dicho la señora Prahm que no pueden retenerte nada en ella mientras estés enfermo... Ten cuidado, no vayan a engañarte. Aquí hace mal tiempo. ¿Y por ahí?

Sabes que te quiere tu ANA.

Escríbeme en seguida lo que debo hacer de la chimenea o si quieres que espere a que vuelvas. Salepanto humo, que tengo los ojos irritados.

Con la carta entre sus dedos, acicalados por la manicura, Kringelein, profundamente pensativo, permaneció algunos minutos sentado al borde de su lecho; pero no pensaba en Fredersdorf, ni en su mujer, ni en la chimenea, ni en su dolorosa y angustiada crisis de la noche anterior. Pensaba... pensaba... en el avión y en que no se había mareado lo más mínimo; pensaba en la dulce sensación de orgullo y bravura que se había apoderado de él cuando, al hacer el aparato un viraje muy cerrado, pudo

él mirar sin desvanecerse, a través de una ventana, el mundo suspendido de través sobre su cabeza...

—Voy a levantarme en seguida y a hablar con Preysing —se dijo, saltando de la cama con firme resolución.

No tenía más remedio que ajustar sus cuentas con Preysing, porque si no, todo lo que había hecho él no serviría para nada. Bañóse, pues, Kringelein y empezó el arreglo de su nueva persona, de aquel Kringelein con camisa de seda, americana entallada y plena conciencia de su elegancia actual. Con el corazón duro, apretado como un puño, se sentía el tenedor de libros al abrir la puerta exterior del cuarto número 71 y llamar con los nudillos a la puerta interior, pintada de blanco.

—¡Adelante! —exclamó Preysing, por pura y estúpida rutina, porque no le gustaba que le importunasen mientras se desayunaba plácidamente con la risueña «Llamita». Pero como había dicho: «Adelante», abrióse la puerta, dando paso a Kringelein.

Se presentó, pues, delante de Preysing, como si una explosión le hubiera lanzado hasta el segundo piso del «Grand Hotel» (el piso de los viajeros elegantes, en la habitación 71). Se había puesto su sombrero nuevo de fieltro de Florencia, nada más que por conservarlo sobre su cabeza y no se descubrió.

—Buenos días, señor Preysing —dijo, llevándose familiarmente dos dedos al ala de su flexible—. Tengo que hablar con usted.

—¿Qué quiere? ¿Por qué ha entrado aquí? —le increpó con acritud, sin salir de su asombro al contemplar a aquel Kringelein vestido, con el sombrero encasquetado, a aquel auxiliar de la oficina de personal, que se le aparecía como uno de los cuatro jinetes del Apocalipsis.

—He llamado a la puerta y usted me ha contestado «adelante» —respondió el empleado con admirable lucidez—. Tengo que hablarle, y con su permiso me voy a sentar.

—Siéntese —dijo Preysing completamente desarmado, cuando el otro ya lo había hecho.

—Esta señorita me perdonará que la interrumpa —dijo para empezar Kringelein, con gran desenvoltura.

«Llamita» contestó amable y alegremente:

—Este caballero y yo nos conocemos ya, señor director, por haber bailado juntos un lindo *fox-trot*.

—Efectivamente —repuso Kringelein, tosiendo para aclararse la voz y sintiendo en el cuello el latido de las arterias. Siguió un silencio.

—Bien, pero ¿de qué se trata?, no puedo perder tiempo y tengo que dictar unas cartas urgentes a esta señorita —repuso finalmente el director general en tono autoritario.

Sin embargo, Kringelein no se acoquinó nada por ello, aun cuando así, al pronto, no encontrara un modo elegante para entrar en materia.

—Me ha escrito mi mujer que la chimenea ha vuelto a estropearse y que la fábrica se niega a hacer las reparaciones necesarias. Esto no puede tolerarse porque las viviendas son de la fábrica y nosotros pagamos religiosamente nuestros alquileres, que se nos descuentan de los sueldos. Por consiguiente, corresponde a la fábrica velar porque todo, todo funcione bien en las casas de los empleados, para que no corramos el peligro de asfixiarnos, porque las chimeneas estén obstruidas —dijo Kringelein a modo de exordio, pero Preysing respondió con torvo ceño y con la mayor calma posible:

—Ya sabe usted que nada de eso me incumbe. Si tiene usted que presentar alguna reclamación, diríjase a la Oficina de Construcciones. Es una gran impertinencia venir a molestarme para una cosa así.

—Siguió un silencio, y parecía que la conversación terminaba allí; sin embargo, Preysing quiso agregar algo más y dijo:

—Encima de que se les está construyendo una ciudad, en lugar de agradecerlo, se muestran groseros. Es inaudito.

Aunque Preysing se había levantado, Kringelein permanecía sentado.

—En fin, dejemos eso a un lado —dijo conciliador—. ¿A usted le parece que puede permitirse emplear palabras injuriosas? Pues, no señor, haga el favor de ser más comedido. Usted se considera un ser superior y no es más que un ser absolutamente vulgar, señor Preysing, aun cuando se haya casado con una mujer rica y esté instalado en un hotel; es usted de una perfecta ordinariez y de nadie se habla peor ni con más fundamento que de usted en la fábrica. Esta es la verdad y sépalo usted de una vez.

—Me tiene sin cuidado; nada de eso me importa un comino. Márchese luego de aquí con viento fresco —gritó Preysing.

Sin embargo, Kringelein sentía en su ánimo una insospechada reserva de fuerzas y como quería aliviar su alma del peso de sus veintisiete años de existencia subalterna y estaba cargado como un acumulador, no se movió de su sitio.

—Sí que le interesa y muchísimo, porque de otro modo no tendría usted en la fábrica todos esos miserables espías, esos ruines aduladores que le tiran de la levita, tales como su fiel amigo el señor Schriebes y su otro compinche, el señor Kuhlenkamp, esa especie de ciclistas que dan la patada hacia abajo y encorvan la espalda hacia arriba. En cuanto algún empleado se retrasa tres minutos se toma nota, y hasta se vale usted de sus criados como espías, y eso lo sabe toda la fábrica. Y por lo que se refiere a nuestro trabajo, de eso ni se habla; a nadie le importa si podemos vivir como personas con sueldos tan mezquinos, y usted tiene su auto aunque a nosotros nos falte dinero para unos tacones de goma. Y luego, así que se nos ha

exprimido bastante y nos hacemos viejos, a nadie le importa nuestra desnudez y miseria. El viejo Hannemann, atacado de cataratas después de llevar trabajando treinta y dos años en la fábrica, no recibe un *pfennig* de pensión.

Si Preysing hubiese sido el sombrío tirano que Kringelein se representaba en su quimera de empleado subalterno, le habría echado inmediatamente; pero como era un hombre bonachón y débil, en el fondo condescendió a discutir.

—Se paga conforme a las bases, tenemos nuestra Caja de Pensiones... — interrumpió con tono desabrido—. Y en cuanto a ese Hannemann, no estoy al corriente del caso. ¿Quién es ese empleado?

—Buenas porquerías son esas bases y esa Caja —exclamó Kringelein—. Yo estuve en el hospital ocupando una cama de tercera clase, y a los cuatro días de operarme pretendieron que comiera queso y salchichón; mi mujer presentó instancia tras instancia, sin que se me concediera ningún socorro; hasta tuve que pagar de mi bolsillo la ambulancia a Mickenau. A un hombre sin estómago le dan queso. Luego, cuando llevaba cuatro semanas enfermo, me escribió usted notificándome que si tardaba mucho en curarme me despediría. ¿Es o no es cierto que me escribió esa carta, señor Preysing? Se acuerda usted, ¿verdad?

—No puedo acordarme de todas las cartas que dicto; pero, en fin, una fábrica no es un asilo de inválidos, ni un hospital, ni un seguro de vida. Ahora mismo figura usted en los libros como enfermo y aquí me lo encuentro viviendo como un príncipe, como un estafador de alto vuelo...

—Ahora mismo va usted a retirar esas palabras delante de esta señorita; le exijo que las retire inmediatamente, aquí mismo —gritó Kringelein—. ¿Qué se cree usted para injuriarme así? ¿Con quién cree que está hablando? ¿Me cree acaso una basura? Pues si lo soy, usted es otra mayor, señor director general, una basura mayor, sépalo bien, una basura, una inmundicia...

Los dos hombres se habían acercado el uno al otro, lanzándose miradas furiosas y comiéndose con los ojos. Preysing se había puesto rojo de ira, como una cereza, casi amoratado, y grandes gotas de sudor perlaban su afeitado labio superior. Kringelein, a su vez, estaba lívido; su boca parecía completamente exangüe y un violento temblor le sacudía los codos, los hombros y todas sus articulaciones. «Llamita» los miraba alternativamente, moviendo estúpidamente la cabeza de derecha a izquierda, como un gatillo que jugara con un ovillo de hilo. Por lo demás, a pesar de la confusión que reinaba en las frases de Kringelein, había comprendido perfectamente su sentido... y estaba en un todo de acuerdo con él...

—Sin duda no sabe usted nada de nuestra vida —exclamó Kringelein con los labios pálidos bajo el erizado bigote—. Nuestra existencia es desesperante; es como si hubiese que escalar un muro completamente liso, como si hubiera que pasarse la vida encerrados en un sótano. Allí esperamos un año tras otro; primero, llegar a los

180 marcos, que después de otros cinco años se convierten en 200 marcos; luego seguimos arrastrando esa vida miserable y esperando, esperando siempre. Después piensa uno: con el tiempo mejorará tu situación y podrás permitirte el lujo de tener un hijo... Pero, sí, sí... no hay tal, porque hasta tiene uno que renunciar a su perro, pues el sueldo no alcanza para mantenerlo; se espera a que le den un puesto algo mejor remunerado, haciendo méritos, reventándose de trabajar horas extraordinarias (que luego no se cobran), para que otro se lleve ese puesto de 320 marcos, con vivienda familiar. Y todo eso ¿por qué? Porque el señor director general no sabe por dónde se anda en estos asuntos y si da algunos ascensos es a quienes no los merecen; el mismo Brohesemann opina lo mismo. No ha habido en el mundo nada tan mezquino como mi jubileo, después de veinte años de servicios en la fábrica. Ni siquiera me felicitó usted, ni a nadie se le ocurrió darme una gratificación. Allí estuve todo aquel día pegado a mi pupitre, esperando, pero nadie se movía y yo pensaba: «Esto no es posible, ya verás como te están preparando alguna sorpresa, ¿cómo se van a olvidar de ti, después de estarles sirviendo tantos años?». Dan las doce y nada... las seis de la tarde y yo esperando siempre, con mi traje de los domingos que me había puesto. Volvíme a casa lleno de vergüenza delante de mi mujer y de Kampmann.

—¿Y qué tal? —me preguntó Kampmann—, ¿te han agasajado bien?

—Sí —respondí—, mi pupitre estaba lleno de flores y me han dado quinientos marcos; el director general en persona me ha saludado con un discurso, diciéndome que sabía perfectamente que soy el último en salir de la fábrica." Esto dije a Kampmann, para disimular la vergüenza. Seis semanas después, Brohesemann me llamó y me dijo:

»«Ahora me entero de que lleva usted trabajando veinte años en la fábrica, y la verdad, no lo habíamos tenido en cuenta. Vamos a ver, ¿qué desea usted?" Y yo le contesté: "Reventar lo antes posible, ése es mi único deseo, pues la vida de perro que llevo no es para otra cosa». Y entonces Brohesemann fue a ver al anciano señor, a su padre político de usted, que me subió el sueldo a cuatrocientos veinte marcos, a partir de fines de mayo, pero a pesar de todo, mi vida sigue siendo tan miserable como antes. Entonces me juré que algún día tendría usted que oírme...

Al principio Kringelein había hablado muy alto, pero su voz había ido debilitándose poco a poco, ganando en tristeza lo que perdía en volumen. Con las manos cruzadas a la espalda, Preysing se paseaba de un lado a otro por la pequeña estancia; crujían sus botas bajo el peso del cuerpo; pero lo que más le irritaba era la presencia de «Llamita», que allí sentada escuchaba muy atenta, moviendo los ojos de un lado a otro. De pronto se detuvo delante de su interlocutor, en ademán amenazador, acercando mucho su obeso vientre contra la americana nueva de Kringelein.

—En resumidas cuentas, ¿qué quiere usted de mí? Yo no le conozco a usted y

usted entra aquí —dijo con su voz gangosa y fría—, tiene la insolencia de entrar aquí para soltarme un largo discurso comunista. ¿Qué me importa a mí su jubileo, ni usted mismo? Yo no puedo estar al tanto de cada uno de los empleados de nuestra empresa; tengo otras cosas más graves en qué pensar. Yo tampoco vivo sobre un lecho de rosas, ni mucho menos. Todos los que se distinguen por su capacidad o por su rendimiento, tienen buenos sueldos en la fábrica y hacen carrera. Los otros, no me interesan, ni usted tampoco; no me interesa lo más mínimo, no le conozco a usted. Y basta ya, que estoy cansado de oírle...

—¡Ah, sí! Conque ¿no me conoce usted? Pues yo sí que le conozco perfectamente desde que llegó a Fredersdorf de meritorio y vivía en la trastienda del zapatero, y por cierto, que siempre dejaba a deber en casa de mi suegra la manteca y el salchichón. Tomé buena nota del día en que fue usted el primero en no saludar, señor Preysing, y de aquel que empezó a hacer el amor a las hijas del viejo. He llevado una contabilidad regular y completa de sus hechos, señor Preysing, en la que no he olvidado ni omitido nada. Y si cualquiera de nosotros hiciera una mínima parte de lo que ha hecho usted, hace ya tiempo que le habrían puesto en la calle. Y ese gesto de orgullo y arrogancia con que atraviesa usted el corredor y esa manera de mirar a las gentes sin verlas, como si no fuésemos seres humanos. Y cuando en 1912, por primera y única vez, cometí un error en mis libros (un descubierto de trescientos diez marcos), me puso usted como un trapo viejo, cosa que no podré olvidar jamás. ¿Y los ochocientos obreros que ha despedido usted y que le maldicen siempre que le ven pasar? Y cuando va usted en su auto y deja usted abierto el escape para que nosotros respiremos el peor aire posible, debe usted creerse alguien; pero se lo repito...

Kringelein desbarraba, mezclando todas las pruebas y todo el odio de veintiséis años, las cosas importantes y las pamplinas, las verdades y la fantasía, las realidades y los chismes oficinescos. Y lo que había proferido en aquella habitación del hotel, no era en suma más que la queja airada de un hombre débil y desgraciado, contra un hombre que había hecho su camino llanamente, aunque con algo de dureza... una protesta sincera, injusta y absolutamente ridícula... Preysing, por su parte, incapaz por completo de juzgar un corazón humano, fue encolerizándose cada vez más, y cuando Kringelein habló de las deudas contraídas antaño, en el oscuro tenducho de Sauertkatz, sintió que el vértigo se apoderaba de él y creyó, aterrado, que iba a congestionarse; oía pasar su propia respiración, fatigosamente, por su garganta; todo lo vio rojo y confuso: a tal extremo se le inyectaron en sangre las venas de sus ojos. Luego, dando dos pasos hacia Kringelein y cogiéndole por el chaleco, lo zamarreó violentamente como a un pelele. El sombrero nuevo de Kringelein cayó al suelo. Preysing lo aplastó con los pies, como hubiera aplastado a un animal. Pero, cosa singular, Kringelein sintió un vivo placer ante aquella manifestación de brutalidad:

«Pega, pega a un hombre sin defensa, a un hombre gravemente enfermo, a las puertas de la muerte, que eso te honra...», pensó casi satisfecho. Detrás del servicio de té del hotel, allí, sobre la mesita, «Llamita» musitaba para sí:

—No, eso no.

Preysing arrojó a Kringelein contra la pared y abrió con violencia la puerta:

—Basta —gritó—: no quiero oírle más; salga inmediatamente de aquí. Se le despedirá a usted; soy yo quien lo despide. Desde este momento queda usted despedido, ¿me oye usted?...

Con el rostro blanco como su camisa, Kringelein, que había recogido su sombrero, se quedó parado entre las dos dobles puertas; la interior estaba ya abierta, pero seguía cerrada la otra. Y mientras apoyaba su espalda temblorosa y cubierta de sudor contra la madera esmaltada de blanco, se echó a reír a carcajadas en pleno rostro frenético de Preysing.

—¿Me despide usted, me amenaza? ¿Y no sabe que no puede despedirme, que no puede hacer absolutamente nada contra mí, señor Preysing? Nada, lo que se dice nada, porque estoy enfermo, enfermo de muerte a breve plazo, ¿me entiende? Dentro de algunas semanas habré terminado y nadie podrá ya nada contra mí. Me moriré antes de que usted me haya despedido... —gritó sacudido por la risa, mientras un agua picante le subía a los ojos. Allá, en el fondo de la habitación, «Llamita» se levantó del sofá, inclinándose hacia delante, Preysing se inclinó también dejando caer sus manos y metiéndoselas en los bolsillos del pantalón.

—Pero ese hombre está loco —se dijo en voz baja— y hasta me parece que se ríe. ¡Vamos! Se alegra de tener cerca la muerte. Pero ¿está usted en su juicio?

Ante estas palabras, Kringelein se puso súbitamente serio y pensativo, perdiendo algo de su entereza. Aún siguió algún tiempo de pie, entre las puertas, mirando la estancia con mirada vaga y circular; la silueta de «Llamita», iluminada por un rayo de sol, cerca de la ventana; el corpulento director general, sosegado ya, con las manos en los bolsillos del pantalón; la perspectiva por la abierta puerta de la alcoba y el cuarto de baño contiguo: todo esto se le aparecía trémulo y confuso a través de las inoportunas lágrimas que velaban los ojos del enternecido Kringelein. Se le había caído su sombrero y lo recogió, e inclinándose luego delante de «Llamita»:

—Le ruego me perdone esta molestia —dijo con voz bien timbrada y agradable.

Preysing, cuya conciencia de hombre casado no se sentía muy tranquila, interpretó estas palabras como una grosera y baja ofensa a su persona y, sacando los puños de sus bolsillos, sólo agregó:

—Márchese inmediatamente —pero Kringelein había desaparecido.

Preysing recorrió tres veces la habitación de punta a punta; hinchábanse las venas de su frente y su rostro aparecía completamente congestionado.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó «Llamita», a tiempo que el director general corría

hacia la puerta y, abriéndola con fuerza, exclamó en el silencioso corredor, gritando como un elefante encolerizado:

—Ya le encontraremos a usted; descuide que ya se le vigilará y veremos de dónde ha robado el dinero que está gastando en zanganear aquí. ¡Comunista, granuja, insolente, canalla! Mandaré que le detengan...

Pero Kringelein ya no estaba visible y no podía oír nada.

—En todo caso es un pobrecillo, porque ha acabado llorando —dijo a guisa de conclusión «Llamita», que había permanecido durante toda la escena sin despegar los labios.

Capítulo 20

—No te quites las medias, que son muy lindas —dijo Preysing sentado en la *chaise-longue* del cuarto de «Llamita», número 72.

—No —respondió «Llamita»—, no me gusta tenerlas puestas, porque no puedo pasearme a mis anchas por la habitación con zapatos y medias...

A la luz de la lamparita de la cama, su cuerpo resplandecía, presentando sombras rojizas sobre el oro mate de sus crenchas. En las rodillas y en la espalda, la piel, tersa y abombada, presentaba ligeros reflejos. Sentóse al borde del lecho y después de quitarse sus zapatos, azules, se sacó sus flamantes medias de seda, arrollándolas cuidadosamente con un gesto de seria preocupación. Cuando se inclinaba la luz le daba de lleno en el suave hueco entre los dos senos; en su espalda, las vértebras jugaban libremente. Preysing se deleitaba en la contemplación de aquel desnudo.

—Eres exquisita —murmuró, pero sin llegar a levantarse de su incómodo asiento.

Por encima del hombro «Llamita» le hizo un amable guiño para animarle. Llevó luego sus medias hasta la silla donde había puesto el vestido y ropa interior (una sombra de ropa, de crespón de china), doblándolo todo con la minuciosidad de una colegiala muy formalita.

Preysing, levantándose al fin, se acercó a ella y extendiendo su índice, en el que crecía un mechoncillo de vello claro, tocó la espalda de «Llamita», con tanta precaución como hubiera adoptado con un animal extraño, salvaje y peligroso. La muchacha sonreía.

—Entonces, ¿qué? —dijo con amabilidad, aunque algo nerviosa e impaciente, porque estaba dispuesta por su parte a cumplir puntualmente las cláusulas del contrato verbal a que se había comprometido.

En resolución, una persona formal no podía aceptar mil marcos y un viaje a Inglaterra y un nuevo abrigo y varios accesorios, sin ofrecer algo en cambio. Pero aquel director general era tan corto y pazguato, que ya era la segunda noche que revoloteaba alrededor de ella (por lo menos así calificaba «Llamita» el tímido y comedido cortejo que le hacía Preysing), y la cosa no podía serle más desagradable. Era como si le estuviese empastando una muela un dentista poco diestro. Hubiera querido haber pasado ya lo más difícil, pero aquello se alargaba y se alargaba y, como no se le veía el fin, le crispaba los nervios. Echó hacia atrás ligeramente su espalda para acercarla a la mano de Preysing, pero el miedoso índice de éste había vuelto a meterse en el bolsillo del chaleco, donde, al lado de la estilográfica, estaba descansando de su audaz aventura. «Llamita» suspiró, volviéndose para colocarse frente al director general.

La perfección de su desnudo le llenó a un tiempo de entusiasmo y timidez.

—Al fin te veo; ahora puedo contemplarte a mi sabor —dijo emocionado.

El cuerpo de «Llamita» respiraba tal candor, en su lozanía y limpieza, que el director general sintió más ansiedad que delirio.

—¡Qué bella eres!... No eras así en la foto de la revista —dijo con un dejo de desencanto.

—Pues, ¿cómo? ¿Cómo era entonces en la foto y cómo soy aquí?

—Allí eras más sugestiva, tenías un sabor más picante, ¿comprendes?...

«Llamita» comprendió, dándose cuenta de la desilusión de Preysing ante la fría pureza del desnudo y de la vacilación que hacía nacer en aquel burgués de sangre gorda y hastiada de aventuras... Pero ella no podía remediarlo. «Soy como soy», pensó, y luego:

—Sí, cuando la retratan a una, la obligan a hacer toda clase de visajes y monadas, luego vienen abundantes retoques del fotógrafo. ¿De modo que la foto le gustaba a usted más que el original?

—¡Qué cosas tienes! Tú eres exquisita —respiró Preysing, cuyo vocabulario amoroso era muy restringido—. Pero veo que no quieres tutearme, ¿por qué?

La muchacha volvió resueltamente la cabeza.

—No, eso no.

—¿Qué no? ¿Y por qué no?

—Porque no puedo hacerlo y no lo hago. Usted, para mí, es un desconocido, ¿verdad? ¿Y cómo quiere usted que le hable de tú? Pero fuera de eso, estoy completamente dispuesta a darle gusto en todo, menos en lo del tuteo.

—¡Qué criatura más original eres, «Llamita»! —dijo Preysing, mirándole la piel desnuda y la boca pintada—. No sé cómo entenderte.

—Pues no tiene nada de particular que piense como pienso —repuso «Llamita» sin ceder en su terquedad, porque no carecía de cierta clase de pudor.

Luego trató de explicarse:

—Estoy dispuesta a irme con usted a Inglaterra, y a todo lo demás; pero luego tiene que concluir todo, sin dejar huellas, y el tuteo... siempre puede dejar alguna. Si dentro de seis meses me lo encuentro a usted por ahí le diré: «Buenos días, señor director general», y usted dirá: «Es mi secretaria, esa muchacha que llevé conmigo a Manchester». Esto es correcto; pero decir «Tú...». No le gustaría a usted que le encontrara con su mujer y le dijese: «¡Hola, rico; hola, guapo, nene!, ¿cómo te va?».

Y, en efecto, al oír este apostrofe, el director general tuvo un sobresalto. No faltaba más sino que, en tan crítico momento, le recordaran a su mujer. El sentimiento de la fruta prohibida, del pecado, del adulterio, de la depravación, no sufrió con ello ningún golpe, pues, como un río de lava, corría por sus arterias de cincuentón bien alimentado, en el que la excesiva presión sanguínea hacía presagiar la arterieesclerosis. Sentóse sobre la silla más próxima y suspiró. La silla suspiró

también, porque el pesado cuerpo de Preysing hacía siempre crujir los suelos, chascar los muebles y rechinar las puertas. Extendiendo las manos en un acceso de enardecido valor, se las puso a «Llamita» sobre la delicada curva del nacimiento de sus caderas y, en lugar de la carne fofa que esperaba encontrar, las ávidas palmas de sus manos tocaron con sorpresa una carne apretada, dura y elástica, como estriadas bandas de goma. Preysing atrajo a «Llamita» hacia sí para sentarla sobre sus rodillas separadas que, a pesar de los grandes esfuerzos que hacía por evitarlo, temblaban como azogadas.

—Todas tenéis musculaturas, como si fuerais hombres —murmuró turbado.

—¿Cómo todas?

—Sí, tú y todas las demás mujeres que conozco... —respondió Preysing, pensando en sus hijas Babe y Pepsine, cuando se ponían los trajes de baño.

«Llamita», que empezaba a sentir frío y se encontraba ya a gusto con el calor que se desprendía del cuerpo de Preysing, dejó el refrigerante «usted» para emplear una fórmula intermedia.

—Vaya, vaya, conque ¿el señor director conoce a las mujeres? —dijo, pasándole a Preysing las manos por el pelo, que el peluquero había cortado la víspera, a la moda de la gran ciudad y perfumado agradablemente—. («En fin, parece que no se pone mal la cosa», pensó «Llamita» en aquel momento).

—Claro que conozco mujeres, ¿qué te habías figurado?; uno no es de madera y aún se puede rivalizar con los pollitos «pera» del té de las cinco. Toca, toca, verás qué fuerte soy —dijo Preysing haciendo salir sus bíceps.

Sentíase también arrastrado ya por aquel maravilloso impulso glorioso y embriagador, que se había poderado de él al terminar la conferencia coronada por el éxito, lanzándole a aquella increíble aventura.

—Mira qué vigoroso soy, mira qué duro y qué fuerte —repetía tendiendo sus brazos delante de «Llamita», que acabó por darle gusto, tocándole los músculos y, efectivamente, sintió bajo sus dedos un bíceps durísimo y desarrollado.

—¡Oh!... —dijo «Llamita» con respeto—, son de hierro.

Levantóse de las poco confortables rodillas de Preysing, retrocediendo algunos pasos, y luego, cruzando las manos por detrás de la cabeza, miró largamente al director general, entornando sus ojos; en las axilas de «Llamita» brillaban los mismos ricillos tenues y dorados que en su frente. Preysing sintió de pronto que el cuello de la camisa se le estrechaba por momentos.

—¿Vas a ser buena conmigo? —murmuró con voz muy apagada.

—¡Oh, sí! Ya lo creo —respondió «Llamita» con amable gentileza.

Un momento después el director general se arrojaba sobre ella como un hombre que hubiera roto sus amarras, atravesando murallas... como un hombre que se hubiera escapado de su prisión. Huía lejos de sí mismo aquel Preysing tan correcto,

tan concienzudo, tan equilibrado... se lanzaba como un cohete, para caer entre los brazos de «Llamita».

«Al fin», pensó la muchacha, algo conmovida por el abandono, la ansiedad y la pasión que observaba en la persona de Preysing, cuyo cuello rodeó con sus brazos.

El los sintió cerrarse en derredor, como dos olas calientes en las que se dejó ahogar, en tanto que ante sus cerrados ojos giraban en confuso tropel formularios, telegramas, incontables formularios, primero de un color rojo oscuro y luego azules, pero que acabaron por desaparecer cuando su boca saboreó el gusto a violetas de la pintada boca de «Llamita».

Capítulo 21

La noche estaba ya muy avanzada. Una vibración melódica atravesaba todos los muros del «Grand Hotel», haciendo adivinar la música de baile del pabellón amarillo. Hacía ya más de una hora que el portero Senf había entregado la portería a la guardia del portero de la noche. El doctor Otternschlag se había metido en su cuarto, donde, con los ojos cerrados y la boca abierta, descansaba sobre su lecho; dijérase una momia borracha. Su maletín estaba allí, dispuesto para el viaje definitivo, pero aquella noche no había podido tomar todavía la resolución necesaria para cumplir las últimas formalidades. En el número 68 una máquina de escribir tecleaba obstinadamente: el representante de la sociedad americana de películas cinematográficas había establecido allí su cuartel general y sobre el mismo lecho en que la Grusinskaia viviera su noche de amor, había desplegadas largas tiras de celuloide, que el americano examinaba, al mismo tiempo que despachaba su correspondencia comercial. El timbre de la máquina de escribir llegaba hasta el número 70, donde Kringelein, sentado en su baño, se entretenía observando los juegos de una pastilla de jabón que flotaba sobre el agua, chocando contra el esmalte blanco de la bañera. El contador estaba triste, y, en medio de su tristeza, cantaba a media voz, tímidamente, para darse ánimos. Cantaba en su bañera como un niño en el bosque. La jornada había sido muy mala y llena de decepciones. Su entrevista con Preysing le había gastado muchas fuerzas dejándole agotado y convulso, y, lo que era más grave todavía: Gaigern, aquella dínamo humana, aquella fuente de energía, aquel hogar de calor, aquel hombre lleno de resolución y de vida, con el que había rodado a ciento veinte kilómetros por hora... Gaigern había desaparecido. En su baño caliente, que mitigaba los dolores del contador, sentía éste la impresión de haber ya leído y vuelto la última página de su vida y que todo el libro había ya terminado definitiva e irremisiblemente.

Deslizándose a lo largo de la escalera, Karl Nipse, el botones número 18, subía, se paraba, seguía subiendo, volvía a pararse y a subir de nuevo. Un círculo negro rodeaba sus ojos, como si se los hubiese pintado. Se tragó la saliva: padecía esa sensación de hambre nerviosa de que padece casi todo el personal de los hoteles. Vivía en una calleja miserable, en un patio, y de aquel cuchitril salía todas las mañanas para prestar su servicio en el *hall* del hotel, con sus columnas, sus tapices y su fuente veneciana, y después de terminado su servicio volvía a su sombría vida de proletario. A pesar de sus dieciocho años y de ser todavía un pipiolo, tenía ya una amiguita, su presunta novia, cuyas exigencias no podía él satisfacer con sus escasos recursos. Por entonces se encontró la pitillera de oro en el jardín de invierno y durante cuatro días la guardó cuidadosamente en su escondrijo, haciéndose así

culpable de un robo. Al fin dio con un medio de salir del apuro: devolvérsela a su dueño, diciéndole que se la había encontrado. Con el corazón palpitante se paró ante la puerta número 69, quitándose la gorra, lo que instantáneamente dio individualidad a su rostro, de carácter impersonal. Sus buenos siete minutos pasaría ante la puerta, dominando la emoción que le embargaba, hasta que se decidió a llamar.

El botones Karl Nipse había visto poco antes al barón Gaigern llevar la llave y subir a la habitación, y, sin embargo, nadie respondió allí dentro. Vaciló un momento hasta que, cobrando ánimos, abrió la puerta exterior y dio con los nudillos en la del cuarto. Colgado entre ambas puertas pendía el «smoking» del barón en espera de que lo limpiara el criado. Volvió a llamar el muchacho, y nada; esperó; volvió a llamar, nadie contestaba. Por fin abrió la puerta interior y vio que no había nadie. Karl, que tenía ya alguna experiencia del mundo, se echó a reír maliciosamente, y se puso a silbar quedo, dejando sobre la mesa la pitillera. En la habitación reinaba un orden completo. Estaba encendida la lámpara y el aire estaba singularmente fresco, sin esa atmósfera habitual de los cuartos de hotel; allí se respiraba un ambiente agradablemente saturado de mentol, de espliego, de cigarrillos turcos y de lilas blancas puestas en un florero con agua. Sobre el escritorio se veía la fotografía de un mastín. En medio del cuarto dormían las zapatillas de Gaigern, con expresión de fidelidad y contentas de sí mismas. Impresionado el botones, aspiró con un gesto de sorna aquellos efluvios de un joven elegante y se puso a pensar, hasta que, de pronto, con un ligero latido de su corazón, volvió a tomar la pitillera y, metiéndosela entre la americana y la camisa, salió sin hacer ruido.

Pasó rápidamente ante la puerta del pequeño cuarto de servicio, donde estaba sentada una camarera escribiendo una carta. En el segundo piso reinaba completa calma; más abajo, la diminuta hélice de un ventilador. En el pabellón amarillo bailaban un tango.

Un vago son de música llegaba hasta el número 72... la costosa habitación de dos camas que el director general había alquilado para su secretaria.

Sumergido en el singular perfume de violetas del primer beso, Preysing dijo, incorporándose de pronto:

—Escucha...

—Sí, hace ya tiempo que lo estoy oyendo; la música me gusta mucho cuando la oigo así desde lejos —repuso «Llamita».

—No, no es la música, ¿no has oído alguna otra cosa? —preguntó Preysing, que con el semblante descompuesto se había sentado al borde de la cama, aguzando el oído con tan reconcentrada atención, que tenía las cejas fruncidas y la frente surcada por una completa red de arrugas, que los negocios complicados de su vida habían ido marcando año tras año—. No es sólo la música lo que yo oigo, sino algo más —agregó alarmado.

—¿Qué será? ¿Dónde lo has oído? —musitó «Llamita», con los ojos en la puerta del cuarto de baño, que se había dejado abierta—. Yo también oigo algo ahora —dijo «Llamita», poniéndole a su amigo la mano sobre el lado izquierdo del chaleco—. Siento latir tu corazón con toda claridad, tictac, tictac...

Y, efectivamente, el corazón de Preysing metía en su ancho pecho un ruido insólito, impeliendo la sangre con latidos sordos y cortados. Seguía aquél observando atentamente la abierta puerta, sobre cuyo esmalte se reflejaba, en la oscura estancia, la rosada claridad de la lámpara de la cabecera del lecho.

—Déjame, voy a ver qué es... —y apartando de su cuerpo las manos de «Llamita», salió del lecho haciéndole rechinar.

«Llamita» se encogió de hombros, mientras él en tres zancadas desaparecía detrás de la puerta del cuarto de baño.

Normalmente, aquella puertecita de madera blanca y una sola hoja, tenía que estar cerrada.

Separaba el cuarto del director del de su secretaria. La administración del hotel no había hecho nada para que aquella clausura desapareciera, por el contrario, como tenía picaporte, una vez cerrada no podía abrirse. Pero Preysing, valiéndose de una especie de palanquita, que por una costumbre adquirida en la fábrica llevaba siempre consigo, había abierto la puerta condenada, y así, aquella misma noche, dejando su cuarto, en el que reinaba un orden minucioso con el calzado en sus fundas, los cuellos postizos en su caja, las esponjas en la esponjera, franqueó la puertecilla forzada, metiéndose de cabeza en la inmensidad sin orillas de su imprevista aventura...

Atravesó rápidamente el cuarto de baño, que estaba a oscuras. Caía el agua, gota a gota, en la bañera. El saloncito contiguo se hallaba igualmente a oscuras, sin que se oyera en él ningún ruido sospechoso. Preysing se detuvo un momento, buscando en vano el conmutador, y tuvo que encaminarse a tientas hacia la cerrada puerta de su dormitorio. De pronto se quedó inmóvil, como clavado, y con la respiración anhelante. Se acordaba perfectamente de haber dejado apagada la luz de su dormitorio, y, sin embargo, estaba encendida. Pasaba bajo la puerta un estrecho filete de claridad que llegaba hasta los pies de Preysing, pero esto sólo duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el haz luminoso que acababa de ver había seguido la oscuridad... la penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, aunque sin saber él mismo qué. Tenía una vaga impresión de que aquel tunante empleaducho, que por la mañana se había metido en su cuarto, estuviera también allí, esperando el momento para sorprender a Preysing en sus expansiones amorosas; y que en su sed de venganza el tal Kruckelein o Kringelein, o como se llamara aquel sujeto sospechoso, podría causarle allí algún disgusto,

denunciándole, haciéndole víctima de un chantaje o Dios sabe de qué otra mala partida.

Todos estos oscuros peligros se le venían a la mente en tropel al director, hasta que se determinó a abrir bruscamente la puerta del dormitorio.

Estaba el interior oscuro y silencioso, allí no había nadie, no se oía a nadie si bien es verdad que tampoco se oía la respiración de Preysing.

Retrocedió, marchando a tientas hacia la puerta hasta encontrar el conmutador y dar la luz; pero inmediatamente después, el cuarto volvió a quedar en tinieblas: la luz no había durado más que un abrir y cerrar de ojos, y en ese relámpago el director no había podido divisar absolutamente nada. Transcurrió luego un segundo lleno de mortal ansiedad. El cerebro de Preysing trabajaba activamente en medio de una gran lucidez y a una velocidad vertiginosa. «Debe de haber otro conmutador en la puerta que da al corredor —pensó aquel cerebro excitado— y claro, ahí fuera hay un individuo que apaga cuando yo enciendo...».

—¿Quién está ahí? —preguntó en voz alta y ronca que le asustó.

Nadie contestó. Preysing, avanzando entonces, tropezó en su camino con el escritorio, que al chocar contra su espinilla le hizo ver las estrellas, y encendió la lámpara de la mesa, con lo cual pudo ya registrar la habitación con una rápida ojeada.

Y allí, junto al armario, cerca de la puerta que daba al corredor, estaba de pie un individuo, un hombre, un señor con pijama de seda. No era el empleado... Preysing lo reconoció perfectamente a la claridad verdosa de la lámpara; era el otro buen mozo, el gallardo joven del *hall*. el mismo que en el pabellón amarillo había bailado con «Llamita». Manteníase erguido junto a la puerta y sonreía, aunque más bien con un gesto equívoco, en aquel cuarto que no era el suyo.

—¿Qué hace usted aquí? —le interrogó Preysing con voz seca y engolada, pues tenía la boca seca como un esparto. Los latidos de su corazón le asustaban; por las rodillas y las yemas de los dedos le hormigueaba la sangre.

—Dispense usted —dijo el barón Gaigern—, debo de haberme equivocado de puerta...

—¿Qué se ha equivocado?... Vamos, hombre, a otro perro con ese hueso. Ahora mismo vamos a ver si... —dijo Preysing roncamente, marchando en torno al escritorio. Y como una bestia enfurecida avanzó con gesto amenazador, sin ver otra cosa ante sus ojos que una nube de sangre; sin embargo, de improviso, y como por sortilegio, tuvo la visión perfectamente definida de que su cartera había desaparecido, ya que estaba sobre el escritorio, donde él, con su habitual minuciosidad, la había dejado poco antes de pasar al otro cuarto a reunirse con «Llamita». Sonó en su interior el eco de sus últimas palabras: «Ahora mismo vamos a ver si se ha equivocado usted de cuarto...». Y dando un salto se lanzó sobre Gaigern.

En aquel instante, el barón le recibió con el brazo derecho tendido

horizontalmente delante de sí, apuntándole a la cabeza.

—Al menor movimiento que haga usted, disparo —dijo muy quedo, y en un momento de espanto Preysing vio la negra boca de un revólver.

—¿Sí, eh? ¿Quiere disparar? —aulló, e inconsciente de lo que hacía asió lo primero que halló a mano. Sintió luego que su mano blandía un objeto pesado, y poniendo todo aquel peso en el golpe que iba a asestar, lo descargó sobre la cabeza del hombre; el crujido seco de aquel cráneo roto repercutió como un choque en el brazo de Preysing.

Por un momento siguió el barón en pie delante de él, con una expresión de asombro en el semblante; luego se doblaron sus rodillas, empezó a tambalearse y cayó a tierra, tropezando primeramente con la maleta que allí, junto a la puerta, estaba sobre el portaequipajes, luego sobre el piso, y, por fin, en el silencio que siguió al estrépito de la caída, quedó tendido e inmóvil boca abajo.

—Conque querías tirar, ¿eh? Pues ya te he dado lo tuyo —dijo entonces Preysing.

Se recobraba de su acceso de furor y de miedo, como se vuelve a la superficie de un torrente y el aire le entraba a oleadas en la garganta.

—Ya te he dado lo tuyo... —repetía a aquel hombre tendido allí cuan largo era, pero lo decía cada vez más dulcemente, con un sinfín de disculpas y reproches. El hombre no rompía el mutismo. Preysing se inclinó sobre él, pero sin tocarle.

—Oiga usted, ¿qué tiene? Conteste, ¿qué le pasa? —le interrogó a media voz, al mismo tiempo que oía la música del pabellón amarillo y otra vez los latidos de su corazón y hasta el monótono pon, pon, pon, de las gotas de agua que caían en la bañera.

Pero el hombre allí tendido seguía silencioso.

Preysing se volvió, pues se daba cuenta del objeto que tenía en la mano, con el que había golpeado a Gaigern: era el tintero de bronce, con su águila de alas desplegadas. Vio también sus dedos y el forro de su americana con grandes manchas de tinta. Puso, sin hacer ruido, el tintero sobre el escritorio, y sacando su pañuelo, se secó las manos cuidadosamente.

Entonces se volvió hacia el hombre que yacía en el suelo.

—Está desmayado —se dijo a media voz.

Mas, cuando se arrodilló al lado de Gaigern y oyó la madera del piso crujir bajo el peso de su persona, con un ruido claro y sorprendente, sintió confusa y turbiamente como si se ahogara.

«Haré que le detengan», pensó, pero se hallaba demasiado excitado para llamar a la gente del hotel. Le disgustaba enormemente ver a aquel hombre allí tendido, el rostro contra el suelo, el cuello como roto y los brazos en cruz. Buscó en vano el revólver sobre el tapiz. En aquella habitación, llena un momento antes del estrépito de la caída vacilante de un cuerpo, reinaba ya un silencio obsesionante. Haciendo un

esfuerzo sobre sí mismo, Preysing tomó al hombre por las espaldas, para acostarle más confortablemente, poniéndolo boca arriba.

Vio entonces los ojos de Gaigern que estaban muy abiertos, advirtiéndole que aquel cuerpo no respiraba.

—¿Qué ha ocurrido, pues? —murmuraba—. ¿Qué es esto? ¿Qué ha pasado aquí?

Y un número incontable de veces se hizo esta pregunta en su mente, inconsciente y vacía. Permanecía agachado sobre la alfombra, al lado del hombre asesinado, murmurando:

—Pero ¿qué ha pasado, qué ha pasado aquí?

Gaigern, atento hasta en la muerte, le escuchaba con una sonrisa en su rostro. Ya no existía, ya había abandonado el «Grand Hotel»... había huido, sin que pudiera alcanzársele... Pero sus manos seguían calientes, mientras estaba allí tendido y con los ojos abiertos, sobre el piso del cuarto número 71.

La luz verde de la lámpara del escritorio iluminaba su hermoso rostro de correctas facciones, sobre el que había quedado fija una expresión de infinito asombro...

Así estaban cuando «Llamita» los encontró, al cabo de un cuarto de hora, porque al ver que Preysing no volvía, salió por la puertecilla de escape, para ver dónde estaba. Entró descalza en el cuarto y paróse sobre el umbral, parpadeando.

—Pero ¿qué pasa aquí? ¿Con quién hablaba usted? ¿Se ha puesto malo? —dijo tratando de vislumbrar en la oscuridad.

Preysing quiso responderle por tres veces, y hasta la cuarta no pudo articular ningún sonido.

—Sí, algo ha ocurrido —dijo por fin Preysing, con una voz que en Fredersdorf nadie hubiera reconocido.

—¡Dios mío! ¿Qué ha ocurrido? ¡Está esto tan oscuro!... —dijo «Llamita», encendiendo la luz del techo, una luz blanca y dura que inundó la estancia.

—¡Oh! —exclamó simplemente «Llamita» cuando vio el rostro de Gaigern. No fue más que un pequeño grito de dolor, muy corto.

Preysing levantó los ojos hacia ella.

—Ha querido disparar sobre mí y yo le he dado un golpe... —murmuró—. Hay que llamar a la policía...

«Llamita» se inclinó sobre Gaigern.

—Vive, vive todavía —dijo en voz baja, en tono algo tranquilizador y, candidamente, pensó para sus adentros: «¡Está muerto, qué pena, tan amable y simpático como era!», e hizo un ademán como para extender la mano.

—No debemos tocar nada antes de que venga la policía —dijo Preysing con perfecta lucidez y en voz más alta de lo que él hubiera querido.

Fue entonces cuando comprendió «Llamita» lo que había acontecido allí.

—¡Oh! —repitió.

Y, retrocediendo, sintió que un vértigo se apoderaba de ella y que todo le daba vueltas en la cabeza y parecían caerle las paredes encima. Comprendiendo que iba a desmayarse, prefirió salir corriendo y así huyó de allí, tropezando y pasando puertas y puertas, un sinfín de puertas... «¡Socorro! ¡Socorro!», exclamaba en voz baja; todas las puertas vibraron, pero siguieron cerradas. Tan sólo una se abrió.

«Llamita» la vio abrirse y después ya no vio nada.

Capítulo 22

Hay a veces tal estrépito en el corredor del «Grand Hotel», que los viajeros llegan a protestar por el ruido; el ascensor sube y baja con ronco son; rompen a escandalizar los timbres de los teléfonos; los viajeros ríen bulliciosamente al pasar, silban, cierran las puertas con ruido; al extremo del corredor, dos camareras disputan casi en voz alta, y siempre que se encamine uno a los lavabos, es seguro que encontrará en el camino ocho personas por lo menos. Pero, en cambio, hay otros momentos del día en los que el corredor está mudo y desierto; entonces, aunque se pida socorro, nadie acude.

Sin embargo, Kringelein, que no podía dormirse porque estaba angustiado al despertar de sus dolores de estómago, Kringelein, al que sus dolencias y su inmediato peligro de muerte le habían dejado en los huesos y afinado el oído, oyó las débiles y plañideras llamadas de «Llamita», que corría como loca por el corredor.

Y no se hizo el sordo, como ocurrió en el cuarto contiguo con el hombre de las películas, el americano del número 68; antes al contrario, saltando precipitadamente de la cama, abrió la puerta.

Un instante después, se produjo un milagro que había de completar y coronar su vida... En efecto, un momento después, Kringelein vio la desnudez irreal y perfecta de «Llamita» vacilar hacia él y caer pesadamente entre sus abiertos brazos, donde quedó inmóvil.

Kringelein no perdió por esto la cabeza, ni sus fuerzas le abandonaron tampoco bajo el peso de la desmayada joven. Y aunque aquel cuerpo aterciopelado y caliente, abandonado sin defensa entre sus manos, le llenara de un terror delicioso y de una emoción sin igual, grata y placentera, hizo una serie de cosas sumamente sensatas. Pasó un brazo bajo el cuello y otro bajo las rodillas de «Llamita» y levantando el cuerpo de un solo golpe, fue a depositarlo sobre el lecho. Cerró luego las dos puertas que daban al corredor y respiró profundamente, pues su corazón arrojaba con demasiada fuerza la sangre a través de su cuerpo. De la mano que le colgaba a «Llamita», cayó un objeto al suelo; era un zapato azul, algo gastado y de tacón alto, que había estrechado hasta entonces contra su desnudo pecho. Lo había tomado y llevado consigo como si quisiera salvarle de un incendio u otra catástrofe que sólo le hubiera dejado de todo su ajuar aquella prenda.

Kringelein cogió la mano de «Llamita» y la colocó suavemente sobre la cama, junto al cuerpo de la muchacha. Pasó la mirada por todo el cuarto y al ver el Bálsamo de vida de Hundt, echó algunas gotas sobre los labios de la joven. Pero ésta continuaba profundamente desvanecida y no podía beber; tan sólo un ligero temblor se acusó en su frente. No obstante, respiraba normalmente y, a cada una de sus

profundas aspiraciones, los ricillos de sus doradas crenchas se alzaban suavemente sobre la almohada, para caer otra vez en seguida.

Corrió Kringelein al cuarto de baño, y, mojando una toalla en agua fría, echó sobre ella un chorro de vinagre de tocador (ya que desde la víspera el elegante Kringelein poseía un frasco de aquel vinagre), volviendo al lado de «Llamita». Con mucho tiento y delicadeza, pasó la toalla sobre el rostro y la frente, y queriendo luego descubrir con su mano los latidos de su corazón, pudo sentirlos bajo la mórbida y apretada redondez del seno izquierdo. Aplicó en aquel sitio el trapo mojado y fresco, y luego se puso a esperar de pie junto a la cama.

Ignoraba Kringelein que mientras estaba contemplando a la muchacha, su semblante había tomado una extraordinaria expresión de sorpresa tímida y sin límites. Ignoraba que, bajo su bigote, florecía la sonrisa moceril de un chico de diecisiete años y acaso ignoraba también que únicamente en aquel momento, él vivía, positiva y verdaderamente, lo que se llama vivir. Pero sí sabía una cosa: que la sensación que le ahogaba con un ardor casi doloroso (aquella sensación que él tenía de volverse ligero y transparente como una pavesa, de fundirse y disolverse), no la conocía más que en sueños, porque jamás hubiera creído que había de llegar el día en que aquella sensación se convirtiera en una realidad. Algo semejante había experimentado con la anestesia, antes de que el zumbido azul de su cabeza se hiciera negro y allí, secretamente, en el fondo de sí mismo. Kringelein se había representado también la muerte como una fiesta sin igual, como la perfección absoluta que no deja ningún residuo detrás de sí. Es verdad que, en aquel momento, ante la desmayada joven, que había buscado su protección, Kringelein estaba muy lejos de pensar en la muerte.

«Esto es una realidad —pensaba— una realidad palpable; no es un sueño, no, no está pintado como en los cuadros, ni imaginado como en un libro, ni figurado como en el teatro. Esto es un hecho real y positivo que hay aquí, una mujer joven, desnuda, maravillosamente hermosa, incomparable, perfecta...». Buscaba más palabras, pero no las encontraba y así tuvo que repetir: «maravillosamente hermosa, maravillosamente hermosa...».

«Llamita» enarcó las cejas con gracioso mohín, como un niño que despierta, arrugó el morrito y acabó por abrir los ojos; en sus grandes pupilas, la lámpara refulgió con una claridad blanca y redonda. Luego, parpadeando y sonriendo amablemente, musitó entre hondos suspiros de satisfacción:

—Gracias.

Y volvió a cerrar los ojos, como con ganas de seguir durmiendo. Kringelein recogió la colcha, que se había caído, extendiéndola cuidadosamente sobre la muchacha, y tomando luego una silla, allí, sentado, junto a su lecho, esperó.

—Gracias... —volvió a decir «Llamita», al cabo de un largo rato.

Una vez completamente despierta, quiso poner orden en sus ideas para acordarse

con exactitud de cómo se habían desarrollado los sucesos.

Sin embargo, lo que vino a complicar las cosas, es que así, al pronto, al salir de su sueño, confundió al flaco Kringelein, sentado a su cabecera, con otro señor, uno de sus amigos, al que ella había querido mucho y del que se había separado con profunda pena. El pijama azul claro a rayas y la indefinible y tierna solicitud de Kringelein contribuyeron a crear este error.

—¿Cómo es que estoy aquí? —preguntó «Llamita»—. ¿Qué haces tú a mi lado?

Al oírse tutear Kringelein de un modo tan inesperado, sintió una impresión deliciosa y penetrante que le hizo temblar de arriba abajo; pero, como estaba viviendo en un continuo milagro, acabó por parecerle la cosa más natural del mundo, y así, se contentó con responder:

—Estabas a punto de desmayarte cuando entraste en este cuarto.

Entonces comprendió «Llamita» su equivocación, y en un momento, viendo claro en su memoria, se incorporó en el lecho.

—Dispéñeme usted —musitó—; pero me ha ocurrido algo espantoso.

Y subiendo la colcha hasta su rostro, hundió en ella su cabeza y se echó a llorar.

En el mismo instante, los ojos de Kringelein se llenaron también de lágrimas y sus labios, sonrientes, empezaron a temblar.

—¡Es tan horrible —murmuraba «Llamita»—, tan horrible!

Lloraba copiosamente, tenía un exceso de lágrimas claras, que corrían fácilmente, consolándola. Se apretaba la colcha contra la cara y con su boca de carmín estampaba sobre el borde de la blanca tela toda una hilera de manchitas rojas en forma de corazones.

Kringelein miraba esta faena; picábanle los bordes de los párpados: tan fuerte era la emoción que estaba conteniendo. Finalmente, puso la mano sobre la nuca de «Llamita».

—¡Vamos, vamos! —dijo—. Así, así, así; vamos, vamos, vamos. «Llamita» le miraba a través de sus lágrimas.

—¡Ah! ¿Es usted?... —dijo satisfecha, porque hasta entonces no había reconocido en la flaca silueta instalada allí, al borde de la cama, al señor de la víspera, tan tímido al bailar con ella y, sin embargo, tan hombre aquella mañana, durante su altercado con Preysing.

Un sentimiento de agradable confianza y de seguridad se apoderó de ella en aquel lecho, mientras la mano de Kringelein le daba en el cuello golpecitos cariñosos.

—Ya nos conocemos —dijo, y, animada a pesar suyo por una gratitud animal, dejó que aquella mano le acariciara.

Kringelein cesó por fin de darle golpecitos, y juntando fuerzas, una masa inesperada de fuerza y de acometividad, le preguntó:

—Vamos a ver, ¿qué le ha ocurrido? ¿Le ha hecho algo Preysing?

—No; a mí no... —dijo «Llamita» en voz baja—. A mí no.

—¿Hay que pedirle la reparación de algún daño que haya causado? Dígamelo, porque yo a ese señor no le tengo ningún miedo.

«Llamita» observó a Kringelein erguido y pronto a la lucha, y se puso a reflexionar profundamente. Trató de evocar en su memoria la horrible escena del cuarto número 71; bajo la luz verde, dos hombres; uno muerto, tendido en el suelo, cuan largo era, y el otro vivo, inclinado hacia el cadáver. Pero la lúgubre imagen se había borrado ya de su espíritu sano y maleable. Sólo los labios se contrajeron un poco al recordar la escena, y la emoción puso un calambre en sus brazos.

—Le ha asesinado —murmuraba.

—¿Asesinado? ¿Quién ha asesinado a quién?

—Preysing ha asesinado al barón.

Kringelein se sentía caer a las profundidades de un torbellino, pero se mantuvo tieso y volvió a la superficie.

—Pero... si no es posible... si eso no puede ser —balbucía y, sin saber casi lo que hacía, con la cabeza de «Llamita» entre sus manos, la acercaba poco a poco hacia sí. La miraba en lo blanco de los ojos y ella también a él en la misma forma, hasta que, finalmente, «Llamita» bajó tres veces seguidas la cabeza, en señal de afirmación, muda pero solemne, y, cosa singular, hasta que Kringelein no vio aquel movimiento, no creyó en el increíble notición que ella acababa de darle.

Las manos se le cayeron, lacias y muertas.

—¿Muerto? —dijo—. Pero si ese hombre era la vida misma, la fuerza misma, ¿cómo ha podido Preysing?...

Se levantó y con sus flacos pies en las zapatillas nuevas de viaje, paseaba agitado, en silencio, por la habitación, poniéndose cada vez más bizco de la emoción que le embargaba. Veía a Preysing atravesar, sin saludarle, el comedor del departamento C. de Fredersdorf. Oía su voz helada y gangosa, discutiendo los precios, y de pronto, oía retemblar las puertas a la rápida explosión de un ataque de furia del director general, de uno de aquellos accesos de cólera que hacían temblar a todo el personal de la fábrica. Se había parado delante de la ventana y veía Fredersdorf a través de la cortina echada.

—Tenía que suceder; estaba escrito —dijo por fin, y el sentimiento de la justicia, que se cumplía inexorablemente, se difundía por su demacrado cuerpo de empleado subalterno—. Le ha llegado el turno ahora... ¿Le han detenido? Pero ¿cómo lo sabe? ¿Cómo ha ocurrido?

—Preysing estaba conmigo, en mi cuarto, y la puerta estaba abierta, cuando de pronto dijo que había oído un ruido en la habitación contigua y fue a ver qué era. Yo, entonces, acaso me durmiera algunos momentos, pues estaba muy mareada de cansancio. Luego oí un murmullo de voces y el ruido de algo que cayó sobre el piso,

y como Preysing no volvía a mi lado, corrí asustadísima a su cuarto, cuya puerta estaba abierta... y allí, tendido en tierra, estaba Gaigern, con los ojos muy abiertos.

Dicho esto, «Llamita» derramó un segundo torrente de lágrimas sobre la muerte de Gaigern, secándose las con la colcha. No podía explicárselo, pero sentía la impresión de haber perdido, con la muerte de aquel hombre, la maravillosa ocasión de una aventura, que no volvería a presentársele nunca más, nunca más.

—Ayer estuvo bailando conmigo, tan simpático, tan fino; ya no le veré más, ha partido, partido para siempre... —sollozaba entre los pliegues de la colcha.

Apartóse Kringelein de la ventana, cuyas cortinas estaban corridas y ante la cual había tenido de pronto un desagradable recuerdo de Fredersdorf, y fue a sentarse en el borde de la cama. Hasta llegó a pasar su brazo por debajo de los hombros de «Llamita», pues consideraba un deber consolar y proteger a aquella joven afligida y llorosa. A él también le afectaba muy hondamente la muerte de Gaigern, con una pena varonil, silenciosa y contenida. Aún no se había hecho a la idea de que hubiera muerto su amigo de la víspera.

Tan luego como «Llamita» hubo desahogado bien su dolor y sollozado copiosamente, volvió a ser la misma mujercita discreta y razonable de siempre.

—Acaso fuera un ladrón, mas no por ello había que asesinarle... —dijo la joven en voz baja, acordándose entonces Kringelein del incidente de la noche pasada, cuando su cartera fue objeto de una desaparición momentánea, hecho en el que él no había visto muy claro.

«Puede que le hiciera falta dinero y que lo estuviera buscando todo el día —pensaba para sus adentros—, porque a pesar de mostrarse siempre muy ufano y risueño con su elegante desenvoltura, quién sabe si no era más que un pobre diablo y en un ataque de desesperación hizo lo que hizo, poniendo a Preysing en el caso de tener que matarle». Y luego, como desechando estas conjeturas, exclamó en voz alta:

—No, no es posible.

—En todo caso, esta mañana le has plantado a Preysing cuatro verdades muy bien dichas —repuso «Llamita», que se había hecho un ovillo entre los brazos del contador, sin darse cuenta de que le estaba tuteando otra vez, cosa muy natural y explicable, después de todo, porque le trataba con una gran confianza, como si ya le conociera, y el tuteo surgía espontáneamente de sus labios.

—Desde un principio se hizo antipático el tal Preysing —agregó candidamente, y Kringelein meditó un momento antes de formular una pregunta, muy delicada, que le abrasaba la boca desde la víspera, cuando «Llamita» había salido del baile para ir a juntarse con Preysing.

—Entonces no sé por qué... por qué te has comprometido con él —acabó por preguntarle, y «Llamita» contestó mirándole llena de confianza.

—Pues, hombre, es muy fácil, por dinero; la cosa no tiene misterio —contestó la

muchacha, con la mayor naturalidad, y esto lo comprendió Kringelein al momento.

—Por dinero... —repitió, no en tono interrogativo, sino más bien como contestándose a sus propios pensamientos. Si toda su vida había sido una lucha a brazo partido con el último *pfennig*, ¿cómo no iba a comprender y disculpar a «Llamita»? Y así, echándole el otro brazo, para enlazar por completo el cuerpo de la joven, la dejó como aprisionada dentro de un gran anillo.

La chica se encogía, se hacía un ovillito, apoyando su cabeza sobre el pecho de Kringelein; bajo la fina seda del pijama, hubiera podido contar las costillas del tenedor de libros.

—En mi casa no lo comprenden, no se hacen cargo de estas cosas —dijo «Llamita»— y por eso no soy feliz con mi familia, en constante lucha con mi madrastra y con mi hermanastra. Llevo más de un año sin colocación y no voy por eso a cruzarme de brazos; tengo que bandeármelas. Me dicen que no sirvo para las oficinas porque soy demasiado bonita, y así debe de ser, porque en todas partes donde he trabajado ha habido siempre disgustos por esa causa; las casas de comercio serias no suelen tomar empleadas muy atrayentes... Y se comprende. Por otra parte, tampoco puedo servir para maniquí por mi alta estatura; quieren más bien tallas medias. Me queda el cine, pero yo no sé qué pasa que no encajo allí; sin duda me falta gracia, no tengo bastante coquetería. Al cabo de cierto tiempo esto no es un inconveniente; al contrario, es una ventaja, pero es indispensable para empezar. Claro que acabaré por lograr mi empeño, pero no quiero esperar mucho tiempo; los años van pasando sin sentir y tengo ya diecinueve, de modo que debo preocuparme de mi porvenir. Ya sé que dirán algunos: no debes venderte por dinero al primer director general que se presente, y yo, en cambio, creo todo lo contrario: únicamente por dinero. Cuanto más pienso en ello, tanto menos censurable me parece mi conducta. Nada cambia en mí por ello, ¿no le parece?, ni nadie me quita nada porque yo sea amable y complaciente con él. Cuando se lleva un año sin empleo, yendo frecuentemente a la Bolsa de Películas, leyendo los anuncios de los periódicos, y empieza una a quedarse sin ropa blanca y no tiene más que un vestido raído, no se puede hacer sino lo que yo he hecho; vestirme bien ha sido siempre mi ideal; el sueño dorado de toda mi vida. Nadie sabe cuan dichosa me hace un vestido nuevo, tanto, que a veces me paso días enteros combinando telas y adornos... para trajes futuros. Pero ¿y los viajes? Los viajes me enloquecen; conocer otras ciudades, otras tiendas, otras gentes, eso puede más que yo. No, no soy feliz en mi casa, te lo aseguro; ahora que como tengo muy buen carácter y soy muy sufrida, no me quejo nunca, y eso que algunas veces me entran ganas de marcharme con el primero que llegue, sea quien fuere, con tal de salir de mi casa. Claro que por dinero, naturalmente, pues, ¿por qué si no? El dinero es indispensable y el que diga otra cosa miente. Preysing me había ofrecido mil marcos, que ya es bonita suma; con ella hubiera podido ir tirando. Pero

ahora se acabó todo y estoy otra vez con el agua al cuello. Tú no sabes cómo estamos en mi casa...

—¿Qué vas a contarme a mí? Me figuro perfectamente cómo está tu casa; hecha una porquería, porque la pobreza y la suciedad van de la mano. Hay que tener algún dinero para empezar a practicar la limpieza. Sin dinero no hay orden posible en las casas, todo anda manga por hombro y hasta cuesta trabajo renovar el aire de las habitaciones, por miedo a derrochar el calor, que tanto cuesta, para hacerlas habitables. No se puede uno bañar porque se necesita carbón para calentar el agua. Las hojas de la maquinilla de afeitar están viejas y melladas, levantan la piel. Se economiza en telas de mesa, suprimiendo el mantel, las servilletas, economizando el jabón. El cepillo de cabeza tiene sueltas las cerdas; la cafetera va tirando a fuerza de soldaduras y las cucharas han ennegrecido. Las baratas plumas de las almohadas se apelotonan y no dejan dormir a gusto. Lo que se rompe, roto queda, porque no hay posibilidad de componer ni renovar nada. Encima hay que pagar la prima del seguro. Y a fuerza de privaciones llega uno a hacerse la ilusión de que no vive mal... y que así es como debe vivir.

Con sus cabezas pegadas, recitaban la triste letanía de su mísera vida, meciéndose mutuamente con palabras monótonas. Ambos estaban exhaustos, rendidos y como aletargados.

—Se rompe el espejito —dijo «Llamita», empezando a la mentarse a su vez— y no puede una comprar otro. Hay que dormir en un canapé, detrás de un biombo, oliendo continuamente a gas. Todos los días surgen nuevos disgustos con el casero. Le echan a una en cara lo que come y no puede pagar, por hallarse sin empleo. Pero yo no cederé, no, no cederé —dijo con energía, y, desprendiéndose de los brazos de Kringelein, se sentó muy derecha en el lecho, con tal brusquedad que la colcha, caliente por el cuerpo de la muchacha, cayó sobre las rodillas del contador. Sintió éste, como un presente que le emocionaba, el calor del cuerpo de «Llamita» transmitido a la tela—. Me abriré camino —añadió la joven, y por primera vez se puso a soplar el ricillo rebelde que le caía sobre la frente... indicio seguro de que volvía a recobrar su optimismo y vitalidad—. Me abriré camino yo sola, sin la ayuda de ese director general.

—Por lo que dices del dinero, estos días me he dado muy buena cuenta de todas esas cosas —empezó a explicarse el contador con vacilación—. ¡Qué diferencia cuando se tiene dinero y se puede comprar lo que se quiere! Es uno otro hombre. Pero nunca creí que una cosa así pudiera comprarse.

—¿Y qué quieres decir con eso, qué entiendes por «una cosa así»? —preguntó la muchacha sonriendo.

—Pues eso precisamente, algo así como tú misma, algo tan perfecto y bello como tú. Los hombres como yo ni siquiera saben que pueda haber algo tan bonito como tú.

En su ignorancia y ceguera creen que todo eso (los goces del amor y todo lo que atañe a la mujer) ha de ser, por fuerza, tan mezquino y apelillado, tan feo y triste como lo que tienen en casa... o bien de un género tan ínfimo como los burdeles. Y por eso, cuando ha poco te vi desmayada en el lecho, apenas me atreví a mirarte. ¡Dios mío, qué hermoso; Dios mío, Dios mío, qué hermoso es esto!, piensa uno entonces, asombrado de que exista realmente. Existen pues las maravillas, las maravillas...

Así se expresaba Kringelein, sentado al borde de la cama, y no hablaba como un empleado auxiliar de cuarenta y siete años, sino como un enamorado... Su alma sencilla y buena, aunque torpe y apocada, rompía su cascarón y trataba de volar con sus alitas nuevas. «Llamita», con sus manos cruzadas sobre una pierna, le escuchaba sorprendida, con sonrisa escéptica. Algún que otro sollozo hinchaba todavía su garganta, como en los niños después de un largo lloriqueo. Ciertamente que Kringelein no es ni joven, ni apuesto, ni generoso, ni saludable, ni robusto; le faltan todas estas cualidades del amante. Mas, si a pesar de todo «Llamita» se había sentido impresionada por sus palabras sosas y tardas, por sus ojos bizcos, en los que arde la fiebre, y por sus tímidos gestos, que parecen siempre quedar colgando en el aire, es sin duda porque esa inclinación anormal de la joven obedece a misterios más hondos.

Pero no: «Llamita» no se había enamorado de Kringelein así, de buenas a primeras, nada de eso; porque la vida está muy lejos de producir tan dulces prodigios de ternura. No obstante, en el cuarto número 70 del hotel, sentíase entregada a una dulce intimidad, a un sentimiento de confianza, a algo nuevo, en fin, que consideraba más estable que las improvisaciones habituales de su inquieta vida de mariposa.

Kringelein ha abierto la espita de su verbo y habla, habla sin cesar, con palabras que se renuevan sobre sus labios, para descargar el corazón del peso opresor de su existencia; parecele que en toda su vida sólo tuvo un objeto y un fin: el milagro que ante él ha surgido... esa belleza perfecta allí tendida sobre su lecho, esa mujer joven llegada hasta él desde los brazos de Preysing...

Sin embargo, no tenía «Llamita» una opinión exagerada de sus propios méritos, sabía perfectamente su valor; veinte marcos por una fotografía de desnudo; ciento cuarenta marcos por un mes de trabajo burocrático; quince *pfennig* por una hoja de escritura con una copia; un abrigo de piel de doscientos cuarenta marcos por una semana de amable condescendencia y abandono de su encantadora personita. ¡Pero, Dios mío! ¿Dónde podría encontrar ella una más alta tasación de su persona? Sin embargo, las palabras del contador se lo descubrieron, porque viose como en un espejo; su magnífica piel de dorada lozanía; sus crenchas ambarinas, sus miembros todos, que eran otros tantos esplendores y maravillas; su fragancia, su descuido y despreocupación.

—Al fin y al cabo, no soy ninguna cosa del otro mundo... —musitó febril y

modesta.

En medio del chorro de palabras de Kringelein, tuvo ella un sobresalto al oírle pronunciar el nombre de Preysing, porque en la última media hora transcurrida se había olvidado de aquella hecatombe acaecida en el cuarto número 71, bajo la luz verde, y todo el horror de aquel cuadro se le venía de nuevo a la mente.

—No es posible que yo vuelva allí —suspiró—; ya le habrán detenido y querrán detenerme a mí también. Me quedaré aquí escondida.

Kringelein sonreía nerviosamente.

—¿Qué te van a detener a ti? Bueno fuera... ¿Y por qué? —preguntó Kringelein con miedo, porque surgía en su memoria el recuerdo de Gaigern, y le estaba viendo perfectamente definido. Gaigern en el auto, en el avión, en la mesa de juego, bajo la blanca luz del *ring*, inclinándose sobre él, devolviéndole su cartera, saliendo por la puerta giratoria del hotel. Y volvió a preguntar—: ¿Detenerte precisamente a ti? ¿Por qué?

—Como testigo principal del crimen.

—¿Crees tú? —preguntó vagamente Kringelein, como si siguiese viendo al muerto a través de «Llamita».

Y de pronto se encontró sumido en pleno vértigo, entre el mismo torbellino de peligros que le habían asaltado la víspera.

—No temas nada, que yo te lo arreglaré todo —repuso prontamente—. Tú vas a quedarte conmigo, ¿verdad que sí?, ya verás cuan dichosa he de hacerte, no quiero más que tu felicidad, ¿sabes?, dinero no me falta. Aún tenemos para algún tiempo y si juego volveré a ganar más. Viajaremos, iremos a París, adonde tú quieras. ¿Dónde quieres que te lleve?

—Tengo ya firmado mi pasaporte para Inglaterra.

—Bueno, iremos a Inglaterra; donde quieras y como quieras. Tendrás los vestidos que te hagan falta y dinero en abundancia, cosas ambas muy precisas. Haremos locuras, ¿quieres? Por lo pronto, te regalo esos tres mil cuatrocientos marcos que he ganado en el juego, y luego ya procuraremos hacer más dinero. No digas nada, no digas nada, sosiégate y sigue aquí acostada y tranquila. Voy allá a ver qué le ha pasado a Preysing. ¿Crees mis palabras cuando te aseguro que serás más dichosa conmigo que con él? Voy a traerte tus cosas. Confía en mí y no tengas miedo...

Dicho esto, desapareció en el cuarto de baño; parecían revolotear sus manos al tiempo que se ponía su americana negra y se hacía el nudo de la corbata, oscura y de gruesa seda. Era para él una sensación bien particular de fiebre y angustia eso de tener que vestirse así, de noche, cuando agonizaban ya los ruidos en la calle.

Sin moverse del lecho donde Kringelein la había dejado, suspiró profundamente «Llamita»; le dolía la cabeza después de su desmayo y tenía secas las fauces. Sentía ganas de comerse una manzana y fumarse un cigarrillo. Cogió el Bálsamo de la Vida,

de Hundí, que estaba sobre la mesilla, y quiso probarlo; pero el fuerte olor a canela del potingue no le gustó nada y lo dejó en su sitio.

Poco después volvió Kringelein; ofrecía el aspecto de un hombre elegante y acaso lo fuera realmente nuestro Kringelein de Fredersdorf, que por espacio de veinte años, todas las noches, partía la leña a su mujer...

—Ya estoy, me marchó; tú sigue aquí tranquila y confiada... —dijo poniéndose los lentes ante sus ojos claros, brillantes y bizcos, cuyas pupilas aparecían muy dilatadas y negras.

Estaba ya en la puerta, cuando se volvió, se acercó a la cama, y arrodillándose de pronto y tomándole la cabeza entre ambas manos, los codos clavados en el colchón, articuló confusamente algo que «Llamita» no pudo oír.

—Sí, hombre, sí, ¿cómo no? Con mucho gusto —le respondió.

Kringelein se levantó y con la punta del pañuelo, que asomaba fuera del bolsillo, limpió sus lentes camino de la puerta.

«Llamita» oyó cerrar con llave la puerta exterior y luego el ruido de los pasos, cada vez más apagados, y de pronto, a lo lejos, la música del pabellón amarillo, donde seguían bailando las mismas parejas al cabo de tres horas...

Capítulo 23

Gaigern sigue tendido sobre la alfombra del cuarto número 71. Está muerto. Ya nada puede ocurrirle, está a cubierto de amenazas y persecuciones y está también a salvo, porque difícilmente podrían meterle en la cárcel. Lo verdaderamente lamentable es que no podrá reunirse en Viena con la Grusinskaia, que le está esperando. No obstante, este buen mozo tan disoluto como gallardo y simpático, ha llevado una vida franca y bien repartida: de niño jugó en los prados, de muchacho montó a caballo, de mozo estuvo en la guerra y fue luchador, cazador, jugador y un hombre amante y amado. Pero ya está muerto. Tiene el pelo húmedo y enredado; sobre su pijama azul oscuro se ve una mancha de tinta, y sobre sus labios una sonrisa de asombro y sorpresa. Unas gruesas calzas de salteador cubren sus pies y en su mano derecha, rígida y yerta, la herida que sacó de su última aventura no podrá ya cicatrizar.

Preysing oía también la música que llegaba a sus oídos desde el piso inferior al suyo, torturándole lo indecible. Todos sus pensamientos se acordaban con el ritmo sincopado que, desde el pabellón amarillo, la «Eastman-Jazz-band» difundía por todos los ámbitos del «Grand Hotel», a través de sus muros.

—Estoy perdido, definitivamente liquidado —se decía Preysing— y no puedo ir a Manchester. El negocio con Chemnitz se fue al demonio. La policía no tardará en detenerme, luego el interrogatorio, el sumario. Claro que yo he obrado en legítima defensa, eso es evidente, y que nada puede ocurrirme; pero, hay otra cosa, hay esa mocita, a la que preguntarán por qué estaba yo con ella; la puerta estaba abierta y sigue estándolo en este momento...

Preysing se había sentado en el rincón más lejano de la habitación, sobre un extraño asiento: un cesto de ropa sucia cuya tapadera era una tabla forrada. Había encendido todas las luces de la araña, pero a pesar de eso no se atrevía a volverse y mirar detrás de sí; aunque se sentía impulsado a ello, a mirar al hombre a quien había matado, tenía la impresión de que iban a producirse sucesos espantosos en cuanto volviera la cabeza para ver si la puerta seguía abierta.

«La puerta está abierta. No puedo cerrarla, no puedo tocar nada antes de que venga la policía; mañana dirán los periódicos que en el hotel había una mujer conjugo y Mulle se enterará de todo y los pobres niños también ¡Dios mío, Dios mío! ¡Qué va a ser de mí, qué va a ser de mí! Mulle se divorciará, porque no comprende estas cosas; y tendrá mucha razón si lo hace. No, no es posible que ocurran cosas semejantes, no es posible; ¿cómo podré acariciar ahora a mis hijos, con estas manos...?».

Y se miraba las palmas de sus manos, que estaban llenas de manchas de tinta.

Sintió grandes deseos de ir a lavárselas al cuarto de baño, pero no se atrevía a separar sus ojos del muerto. Allá muy lejos, muy lejos, tocaban en aquel momento el «Hallo my baby»...

«Voy a perder a mis hijos, voy a perder a mi mujer, porque el viejo me obligará a dejar la fábrica; eso es seguro, y no querrá nada con un hombre comprometido como yo, y todo por una chicuela. Sabe Dios si no estaría en connivencia con ese hombre y si no me atrajo a su habitación para que él pudiese maniobrar aquí entretanto. Sí, eso es y eso es lo que diré al tribunal. Pero, además, yo he obrado en legítima defensa; él iba a disparar sobre mí y yo...».

Preysing se inclinó por milésima vez, contemplando atentamente las manos del cadáver, que estaban vacías; la derecha convulsivamente apretada y la izquierda con el puño blandamente extendido; pero en ninguna de las dos había arma de ninguna clase. Preysing se arrodilló para examinar detenidamente la alfombra a la luz de la araña y nada, el revólver con que aquel hombre le había amenazado no se veía por ninguna parte y puede que no hubiera existido nunca. Arrastrándose, más que andando, Preysing volvió a sentarse; sentía muy cerca la locura. El terreno firme de su existencia burguesa había empezado a abrirse ante sus pies desde aquel momento crítico en que puso sobre la mesa, ante los delegados de Chemnitz, el telegrama de mal agüero; desde entonces venía tropezando sin cesar, de aventura en aventura. Dábase perfecta cuenta de aquella rápida huida que le arrancaba de los rieles de su vida, hundiéndose en las negras simas del abismo. Conocía a otros hombres como él, existencias depravadas después de un pasado próspero y brillante, gentes miserables y desharrapadas que iban de oficina en oficina mendigando un empleo. Veíase como ellos arrastrar su vida, sin empleo, sin nadie que le cuidase, solitario y reprobado de la sociedad. Su presión arterial, demasiado fuerte, se revelaba por un doloroso latido en la base del cráneo y zumbidos en los oídos. Aquella noche, Preysing deseó durante largos minutos la congestión liberadora, pero no ocurrió nada de eso. Gaigern seguía muerto y él vivo.

Y así fue como lo encontró Kringelein cuando, poco después de las dos de la mañana (en aquel momento había concluido la música), entró en la habitación, luego de haber llamado con los nudillos. Los labios de Kringelein estaban pálidos como la muerte; sin embargo, un intenso y brillante arbol coloreaba sus mejillas. Sentíase en un grado extremo de exaltación, pero se mantenía frío y solemne, allí, de pie, serio y correcto con su americana negra, con el aplomo definitivo de lo perfecto e irreprochable de su elegante traje.

—Esa señorita me ha mandado aquí —dijo—, y veo que ha ocurrido una desgracia y quisiera que el señor director general me informara de todo.

Esperó a terminar el exordio para echar una ojeada al cuerpo de Gaigern y, lejos de asustarse al verle muerto, no hizo más que admirarse. En efecto, durante el

trayecto entre el cuarto número 70 y aquella otra habitación, se le había ocurrido que acaso nada fuera verdad: que Gaigern vivía, que Preysing no había asesinado a nadie, que «Llamita» había soñado o bien que él mismo había soñado con la presencia de «Llamita» en su habitación. Pero no había duda: allí estaba Gaigern, rígido y tendido, y era esto tan cierto como que «Llamita» le estaba esperando a él en su habitación. Inclínose luego sobre el cadáver y una extraña y fraternal simpatía no tardó en apoderarse de él. Arrodillándose profundamente emocionado junto a Gaigern, percibió el perfume, mezcla de espliego y cigarrillos ingleses, respirado por él durante todo aquel día en que el pobre muerto le había explicado y demostrado la vida, cosa que él no podía olvidar nunca.

—No se puede tocar nada antes de que venga el Juzgado —dijo Preysing bruscamente, deteniendo la mano con que Kringelein quería cerrar los ojos a su amigo.

Pero el contador, sin hacerle caso, cumplió con tan breve como penoso deber.

«Esto mismo hará «Llamita» conmigo», pensó para sus adentros, sin poder remediarlo.

—¿Ha avisado ya a la policía el señor director general? —preguntó discretamente, después de levantarse y de ponerse en pie—. Si el señor director general quiere que yo me encargue de ello, estoy a su disposición —continuó.

Y lo sorprendente del caso era que Preysing sentía un grandísimo alivio desde que Kringelein estaba allí dispuesto, como un subordinado correcto, a cumplir los deseos de su jefe.

—Sí, en seguida; pero todavía no, espere usted un poco... —musitó Preysing.

—Habrà que avisar a su señor padre político. ¿Quiere el señor director general que mande un telegrama a su distinguida familia? —preguntó Kringelein.

—No, no —respondió Preysing, con voz rápida y ronca, pero más sonora que un grito.

—En todo caso, yo me permitiría aconsejar al señor director general que hiciese venir a un abogado. Claro que es ya muy tarde, pero en un caso tan excepcional bien se puede telefonar a un abogado. Es seguro que van a detener en seguida al señor director general, para instruir el sumario, y yo me pongo enteramente a su disposición para hacer, antes de marcharme, cuantas diligencias sean necesarias —propuso Kringelein.

Kringelein se alzaba allí, modesto y triunfante, victorioso en una lucha de remota fecha y que el director había ignorado hasta aquel día. Nada de rabia, ni de miedo, ni de cólera, ni de impotencia, ninguno de los sentimientos que había experimentado en Fredersdorf abrigaba ahora; quizá tuviera una sombra de respeto.

—No puede usted marcharse —murmuró Preysing, que seguía sentado en un rincón, sobre el cesto de ropa sucia—. Pronto se le necesitará, y a mí,

particularmente, me hace falta. No piense usted, ni remotamente, en ponerse ahora en camino.

Esto dijo el director en tono acre y áspero, como la denegación de un permiso.

Y luego:

—Tiene usted que quedarse aquí para cuando llegue el Juzgado —ordenó el director general.

—Poco es lo que tengo que declarar y acabaré en seguida; pero, además, estoy enfermo y tengo que marcharme mañana, para ponerme en cura —repuso Kringelein en tono de confidencia.

—No obstante, usted conocía a ese hombre y a la muchacha también —replicó rápidamente Preysing.

—El señor barón y yo teníamos una buena amistad. Inmediatamente después de cometido el crimen, la señora acudió a ponerse bajo mi protección —dijo Kringelein empleando el lenguaje correcto de los revisteros judiciales.

—Ese hombre era un ladrón de hoteles y me ha robado la cartera, que debe de llevar encima; eso ya se verá, porque no le he registrado todavía.

Kringelein bajó sus ojos hacia Gaigern; le parecía extraño verle allí tendido y mudo, mientras ellos conversaban, y una sonrisa vaga e indefinible se dibujó en los labios del tenedor de libros.

Encogióse de hombros, cuyo desnivel corregían sabiamente las hombreras que el sastre había metido en la americana nueva. «Acaso, acaso —pensaba—, ¿quién sabe! Puede que fuera un ladrón de hoteles; pero después de todo, la cosa no tiene tanta importancia. ¿Qué importa cartera más o menos en un mundo donde el dinero se gana y se gasta y se juega por miles de marcos?...».

Preysing, despertando de pronto de su profunda obsesión, preguntó huraño:

—Pero, por otra parte, ¿cómo ha podido usted entrar aquí? ¿Quién le ha mandado venir? ¿Ha sido la señorita «Llamita»?

—Sí, ella misma —respondió Kringelein—, que está en mi habitación, porque no quiere volver a la suya; me ha enviado aquí para que recoja su ropa y estar vestida cuando llegue la policía, ya que cuando se desmayó estaba casi desnuda.

—Entonces la interrogarán —dijo el director general con desesperación y angustia.

—Sí —respondió Kringelein brevemente—, espero que la cosa no dure mucho, porque le he ofrecido un puesto a esa señorita y mañana nos pondremos juntos en camino —agregó, palideciendo bajo la asfixiante emoción del triunfo.

Pero como Preysing, en aquel momento, se sentía más apagado que encendido y estaba muy lejos de querer luchar por la posesión de una mujer, se quedó tan tranquilo. No sospechaba siquiera la importancia que Kringelein había dado al hecho de que «Llamita» le dejara para unirse a un empleado; algo inaudito, un milagro, una

apoteosis.

—La ropa de la señorita «Llamita» está en su habitación, número 72, la primera puerta a la izquierda... —dijo Preysing haciendo por levantarse, pero sus entumecidas rodillas se negaban a sostenerle.

Y el muerto seguía tendido en el suelo...

Apenas llegó Kringelein a la puerta, cuando el director se dio cuenta de que iba a quedarse solo con el cadáver, y haciendo un supremo esfuerzo, se levantó:

—Espere, espere todavía —dijo a media voz, como un grito ronco—. Oiga usted, señor Kringelein..., quiero hablar con usted... antes... antes de que avisemos a la policía... Se trata de... de esa joven. ¿Dice usted que sale de viaje con ella? Y no se podría... ¿dice usted que está en su habitación, verdad?, no habría manera de que las cosas quedaran en eso... Es decir, que... mire usted, Kringelein, de hombre a hombre: yo tomo sobre mí la responsabilidad de lo ocurrido. Legítima defensa, ¿no es así? Bien, legítima defensa, pura y simplemente. Es un mal negocio, pero yo puedo asumir la responsabilidad. De modo que eso no me preocupa. Lo otro, lo otro es lo que me aniquila. La otra historia es la que va a estropearlo todo. No podríamos... ¿es preciso que la policía se entere de esa historia con la señorita «Llama»...? ¿No se podría...? Bastaría con que yo cerrase la puerta del número 72, y entonces haríamos ver que la muchacha ha pasado la noche con usted, y que no sabe una palabra, y usted, por su parte, señor Kringelein, lo ignora todo igualmente. Yo creo que es la mejor solución, porque si se pone usted en camino, no está usted obligado a declarar y la muchacha no tiene que ser interrogada. ¿Me comprende usted, señor Kringelein? ... Usted conoce a mi mujer, de casi tanto tiempo como yo, y a mi suegro... También conoce usted al señor anciano, puesto que está usted empleado en la fábrica, señor Kringelein, y es inútil entrar en largas explicaciones. Mi vida pende de un hilo... se lo digo con la mayor franqueza, y basta con una majadería de esta clase, con una vulgar historia de faldas, para que se la amarguen a uno para siempre. Señor Kringelein, quiero a mi mujer, adoro a mi mujer y a mis hijos —dijo el director implorando como si lo hiciera a la misma Mülle—. Usted conoce a mis dos hijas, señor Kringelein. Voy a perderlo todo, todo, señor Kringelein, en cuanto la justicia se entere de esta historia mía con la señorita «Llama», aunque no haya habido nada entre los dos: le doy a usted mi palabra de honor: nada, absolutamente nada... —murmuró, dándose ahora cuenta de ello por primera vez—. Ea, pues, Kringelein, ayúdeme usted, los dos somos hombres; cargue usted con el mochuelo. Hace usted sus maletas, sale de viaje con la mecanógrafa y me guarda usted el secreto, que lo demás corre de mi cuenta. Sólo le pido discreción. Habrá que decidir a la muchacha para que se calle. No le pido a usted más, sino que emprenda un largo viaje... Yo le daré a usted... escuche, señor Kringelein: esta mañana nos hemos dicho cuatro cosas desagradables, no importa: usted no sabía cómo soy yo, créame usted: me ha hablado

usted así porque no me conocía. Siempre ha habido desacuerdos y errores entre jefes y empleados, y por eso no hay que darles demasiada importancia. Estoy dispuesto... le daré a usted... le entregaré un cheque antes de ponerse en camino. Ahora, vaya usted al número 72 y cierre la puerta. La señorita «Llama» no dirá nada, y la cosa aún tiene remedio. Si llegan a interrogarla, que diga que se fue con usted a las ocho, y que no ha visto ni oído nada. Yo se lo ruego, yo se lo suplico, señor Kringelein.

Este contemplaba al director, escuchando su atropellado y como extraviado cuchicheo. El rostro de Preysing estaba descompuesto y cubierto de frío sudor. La blanca luz de las siete bombillas de la araña ponía en él sombras negras, y así, los ojos empapados se hundían más en sus órbitas.

«¡Pobre hombre!», pensó rápidamente Kringelein, y este pensamiento, completamente nuevo para él, quebrantaba cadenas y derribaba murallas.

—Mi destino depende de usted —musitó Preysing, ya convertido en un mendigo de misericordia, y sin sentir vergüenza al emplear esta ampulosa palabra: «destino».

«¿Y el mío? ¿No tengo también mi destino?...», pensó de pasada Kringelein, pero sin que este pensamiento llegara a cristalizar.

—El señor director general exagera el influjo que yo pueda tener sobre esa señorita. El señor director general quiere salir del paso con una mentira, por lo que tendrá que salir del atolladero él solito y mentir cuanto le plazca —dijo fríamente—; pero creo que no debe tardarse más tiempo en avisar a la policía; de otro modo, va a quedar mal impresionada cuando llegue. Voy ahora a recoger la ropa de la señorita «Llama» y llevarla a mi cuarto. Estoy en el número 70, por si el señor director general me necesitara. Entretanto, tengo el honor de...

Preysing se levantó venciendo la debilidad de sus piernas y pudo ponerse de pie para volver a caer en seguida.

Acudió Kringelein solícito a sostenerle. «¡Pobre diablo! —volvió a pensar—. ¡Pobre diablo!».

Con el brazo pesadamente apoyado sobre la espalda de Kringelein, Preysing encontró aún algo que decir:

—Señor Kringelein, voy a olvidarlo todo, a correr un velo, sin tratar de esclarecer el origen de ese dinero que usted necesita para darse la buena vida que lleva. Y luego, a su vuelta, ya veré si puedo mejorar su situación, haciendo por usted cuanto me sea posible.

Pero entonces Kringelein se echó a reír con la mayor naturalidad y franqueza, sin demostrar el más pequeño resquemor ni la más leve ingratitud.

—Gracias, muchas gracias —dijo— por tan buenas intenciones como lo animan; pero no son necesarias.

Y dejando a Preysing plantado junto a la pared, salió del cuarto.

El pobre director se quedaba allí, recostado contra el tapiz del número 71, y su

fisonomía tenía la expresión de un alpinista que hubiera caído en un ventisquero. En el corredor habían apagado la mitad de las luces, y, en un rincón, un aviso luminoso decía: «Camínesse con precaución». Un reloj de pared dio por allí cerca tres campanadas.

Media hora después, el timbre del teléfono llamó al portero nocturno, que dormitaba con la cabeza recostada sobre la primera edición de los periódicos de la mañana.

—Diga —preguntó en la embocadura negra del aparto—. Diga, diga.

No contestaba nadie; pero se oyó toser a alguno para aclarar la voz. De allí a poco, alguien dijo:

—Mándeme usted inmediatamente al director del hotel. Aquí Preysing número 71, y que avisen a la policía, porque ha ocurrido una desgracia.

Los acontecimientos que se desarrollaron en el «Grand Hotel» no forman destinos humanos completos, netos y definidos, porque no son más que partes, fragmentos, jirones de vida. En las habitaciones cerradas, viven personas insignificantes o dignas de interés, individuos que ascienden, otros que caen... dichas y desdichas, catástrofes y triunfos viven allí, separados por un tabique. La puerta giratoria da vueltas y lo que ocurre entre una llegada y una salida, no constituye jamás un todo. Quizá, por otra parte, no haya en el mundo destinos completos, sino solamente algo parecido: preludios que no tendrán consecuencia, desenlaces a los que no precede ningún prólogo. Lo que parece hijo de la casualidad, está muchas veces regido por las leyes.

Si alguien se propusiese emprender la narración de lo que hubiera visto detrás de las puertas, correría el peligro de oscilar entre la verdad y la mentira, como sobre una cuerda floja que se balancea...

Por ejemplo: tenemos aquella combinación telefónica pedida desde el extranjero, como aquella sorprendente comunicación pedida desde Praga, poco después de las dos de la mañana; una voz de mujer quería hablar con el barón Gaigern; el telefonista de servicio nocturno conectó con el cuarto número 69.

—*Alló!* —gritó la Grusinskaia desde Praga, donde acababa de meterse en la cama (mejor dicho, en el lamentable camastro de un hotel de mucha fama, pero lo menos moderno posible). *Alló, alló!* ¿Eres tú, querido?

Y aunque a esa hora el número 69 estuviera ya vacío; aunque a esa hora justa, dos puertas más allá, en el cuarto 71, ocurriera el terrible suceso que iba a costar al director general tres meses de prisión preventiva y la pérdida de su posición y de su familia, a pesar de ello, la Grusinskaia oyó en su aparato, muy débil, pero muy clara, la voz amada que decía: «Neviada, ¿eres tú, amor mío?».

—*Alló!* —gritó la Grusinskaia—. ¡Hola, buenas noches, nene! ¿Te gusta que te telefonee? Habla más alto, se oye muy mal. Vuelvo al teatro, he tenido un éxito

enorme, extraordinario, magnífico; el público se volvía loco conmigo; estoy encantadísima, pero me siento dichosa, muy dichosa; hacía tiempo que no bailaba como esta noche. ¡Oh, qué venturosa soy! Dime, ¿piensas en mí? Yo pienso en ti a todas horas; nada más que en ti, y me muero por verte. Mañana salgo para Viena, mañana muy temprano; ¿estarás tú allí ya? ¿No me contestas? En el «Hotel Bristol», mañana, en Viena, ¿me oyes? Señorita, señorita, mi comunicación está cortada, hay muchos ruidos, no oigo nada. ¿Qué si estarás mañana en Viena? Te espero, he hecho prepararlo todo en Tremezzo. Pero oye, dime algo, una palabra, no te oigo... ¿Cómo, qué dice usted? ¿Qué no contesta el señor barón? Gracias. Entonces, haga el favor de decirle que mañana le espero en Viena. Sí, mañana. Gracias.

Esta es la conversación que la Grusinskaia sostuvo con la habitación vacía número 69.

Y luego, en el cuarto contiguo, número 70, estamos entre las cuatro y las cinco de la mañana, cuando las cortinas, cuidadosamente cerradas, van tomando ya un tinte grisáceo y «Llamita» abre por primera vez sus brazos, para recibir en ellos a Kringelein. Es el momento único y amoroso en que ella no se vende, se da... ya que siente por primera vez que lo que se puede dar no es sólo un poco de placer, algunas vibraciones sensuales sin importancia, sino algo más grande, una honda emoción, una felicidad, la completa realización de un ideal. Y allí está, acostada como una madre joven, y tiene al hombre entre sus brazos como a un niño que pueda lactar cuando quiera. Sus dedos descansan sobre la nuca de Kringelein, en la cavidad que la dolencia y el enflaquecimiento han formado entre sus tendones.

—«Llamita» —susurra, hundido en el suave calor que emana de aquel cuerpo joven—, no dejes que me muera, te lo ruego, no me dejes morir.

E inmediatamente «Llamita» le abraza más estrechamente y empieza a consolarle.

—¿Morir tú? ¡Qué tontería! No quiero oírte hablar así; nadie muere de una pequeña enfermedad como la tuya. Ya verás qué bien te cuido. Conozco a una persona en la Wilmersdorfer Strasse que está haciendo curas maravillosas y ha curado a individuos mucho más enfermos que tú: él te sacará adelante; mañana temprano iremos a verle, te dará alguna receta y verás qué pronto te pones bueno. Después saldremos inmediatamente para Londres, luego a París, por el mediodía de Francia, donde ya hace calor. Pasaremos el día tendidos al sol hasta ponernos morenos, gozando el buen tiempo... Pero ya es hora de dormir, ven.

Insufla a Kringelein, extenuado, su fuerza y su salud... y él cree en aquellas palabras de confianza y apaciguamiento. Luego se duerme, ahogado en una dicha inefable, cuyo claro llamear se asemeja a la vez al pecho de «Llamita» y a una colina cubierta de retama en flor.

En fin, dos pisos más arriba está el doctor Otternschlag, soñando su sueño, ese sueño que se repite todas las semanas: atraviesa una ciudad que conoce perfectamente

y entra en una casa de la que se ha olvidado; allí habita una mujer que, mientras él estuvo prisionero, dio a luz un hijo espantoso, del cual no es padre Otternschlag. Y ese niño, acostado en su coqueton cochecito, grita como un energúmeno cada vez que ve el ametrallado rostro del doctor. Y sigue soñando: con la lengua fuera, tiene que correr por toda la ciudad detrás de *Gurbé*, su gata persa, y luego, sobre un tejado, tiene que luchar con un gatazo desconocido de rostro humano y, finalmente, a través de un cielo ardiente, lleno de granadas que estallan, se ve lanzado al vacío hasta caer en su cama del hotel. Llegado a ese punto de su sueño, el doctor Otternschlag se despierta. «Ya está bien, basta ya —dice para sí—, estoy harto, ¿cuánto tiempo va a durar? ¿Qué hago aquí ya? Acabemos de una vez» y levantándose, toma su saquito de mano, lo abre, saca la jeringuilla, la limpia y rompe la punta de una ampolleta, de diez ampollas, de doce ampolletas, llena la jeringuilla y lava el brazo, cubierto de puntitos rojos de inyecciones anteriores. Después, espera, pero empieza a temblar; la fuerza huye de sus manos. Sin llegar a emplearla, vacía la jeringuilla, arroja al aire su precioso contenido, ese líquido que marea y embriaga, y sólo deja en el fondo de ella una cantidad insignificante e inofensiva, justamente la precisa para apaciguar su hambriento organismo. Luego se duerme y no oye nada de lo que pasa en el hotel.

Avisado por el portero nocturno, un poco antes de las tres y media de la mañana, el conde Rhona sale de su cuarto silenciosamente, circunspecto y perfumado como en pleno día. Entra en el cuarto 71, se entera de lo ocurrido, toma sus medidas... Hace servir una copa de coñac a Preysing, que está quebrantado de emoción, y luego espanta con la mano una mosca que vuela alrededor del cuerpo de Gaigern. Permanece algunos momentos con las manos en cruz y la cabeza inclinada sobre el muerto, como si rezara... y acaso rece verdaderamente por el alma del difunto, de aquel hombre de su casta. «Tampoco la vida debía de ser muy fácil para éste», acaso pensara Rhona. Vuelve después a su despachito y celebra una conferencia telefónica con Jacdicke, el comisario de policía, encargado especialmente de la inspección de hoteles.

Algo más tarde (cuando la primera barredora mecánica cepilla ya el asfalto de las calles), se presentan cuatro individuos de levita, dando el nombre poco tranquilizador de «brigada criminal». Rhona en persona los lleva en ascensor, acompañándolos hasta el segundo piso. Los engranajes de la justicia han empezado a moler. La Dirección del Hotel ruega a aquellos señores que procedan con la mayor discreción posible, para evitar el escándalo.

Pero no es posible; pronto se sabrá en Fredersdorf lo ocurrido y la señora Preysing no tardará en llegar a Berlín, acompañada de su apoplético papá, para declarar, después de espantosas escenas, que se separa definitivamente de su marido, porque todavía el haber matado a un hombre podría olvidarlo, a pesar del horror que este hecho le inspira, pero lo que no puede comprender ni perdonar es la indecente

aventura con una vulgar taquimeca, aventura que el pobre Preysing no tiene más remedio que confesar al segundo interrogatorio, sudando, balbuciendo y temblando.

Por lo que se refiere al difunto barón Félix-Benvenuto Amadeo de Gaigern, su caso no está muy claro; pero, en cambio, era él muy simpático. Nadie, ni una sola persona en el «Grand Hotel», podría decir nada contra él.

Es verdad que ha dejado alguna que otra trampa y no ha podido descubrirse dónde está encerrado su cochecillo (embargado para responder de una deuda). Pero, en fin, nada de esto prueba en definitiva la menor culpabilidad. Era jugador, muy enamorado, se embriagaba a veces, pero era también muy amable con todo el mundo. Al difundirse la noticia de su muerte, algunos empleados del hotel se echan a llorar, llora también el mozo Karl Nipse, que guarda la pitillera de oro en su bolsillo. Es uno de los primeros testigos interrogados, y dice que, al filo de la medianoche, el barón ya no estaba en su cuarto. En el primer piso, en el número 18, la habitación debajo del 71, una señora oyó el ruido de una caída, casi a la misma hora, y de ello está bien segura, porque aquel ruido sobre su cabeza la molestó mucho. Pero ocurrió entre la medianoche y las tres de la mañana, y ¿por qué Preysing no avisó inmediatamente a la policía? Siguen las declaraciones complementarias, secretas, muy precisas, de los testigos «Llamita» y Kringelein... esas declaraciones publicadas a mediodía por los periódicos, con las que se asestaba el último golpe a la vida de Preysing, pacífica y burguesa. No se encuentra el arma que Preysing dice haber visto; ningún revólver había allí, ni siquiera una de esas pistolas inofensivas y ruidosas destinadas únicamente a asustar a los perros en los caminos. Todo esto produce mala impresión y empeora la desgracia de Preysing, cuya mentira le hace aún más sospechoso. Es verdad que se ha encontrado su cartera en el pijama del muerto.

—Pero —pregunta el juez de instrucción deleitándose en este asunto, en el que insinúa como un gusano roedor—, pero ¿no puede Preysing haber metido la cartera en el bolsillo del muerto para probar la legítima defensa?

Hay, además, el hecho de que Gaigern llevara unos gruesos escaarpines encima de sus flexibles zapatos de boxeo. Hay también una fotografía del chófer que el barón regaló a la camarera del piso, y esa foto permite descubrir a aquellos perspicaces alanos que, por lo menos, el chófer es un pájaro de cuenta y que está reclamado por los tribunales. Si se logra detenerle, acaso se esclarezcan algunos otros puntos; pero, entretanto, Preysing ha de quedar en prisión preventiva y es atacado por grandes transtornos nerviosos a la vista. Aparécese de continuo el barón Gaigern, no tendido y muerto a sus pies, sino vivo, muy cerca de él y muy definido, con su cicatriz por encima de la barbilla, con sus bellas pestañas rizadas y sedeñas, con cada uno de sus poros, como le vio por primera vez cuando se dieron de manos a boca al entrar en el locutorio telefónico. Y cada vez que consigue arrojar de su memoria esa imagen, una mancha roja se extiende instantáneamente sobre sus párpados y aparece «Llamita»,

«Llamita II», o más bien, tan sólo una parte de ella: las caderas, reproducidas en una foto gris, casi negra, de la revista que casualmente cayó en las manos del director general en el momento en que su destino echó a rodar hacia el abismo... Es extraño lo que ocurre a los huéspedes del «Grand Hotel»; que ninguno de ellos vuelve a salir por la puerta giratoria exactamente tal como entró Preysing: un ciudadano honorable y sin mácula al entrar en el hotel, y que sale ahora conducido por dos señores en calidad de reo... Es un hombre definitivamente naufragado. Sin ruido y a hurtadillas, cuatro hombres conducen por la escalera de servicio a Gaigern, que todavía ayer resplandecía de juventud y despertaba una sonrisa de simpatía al atravesar el *hall*. con su gabardina azul, sus guantes calados, su expresiva mirada, dejando tras sí una estela perfumada de espliego y cigarrillos ingleses. En cuanto a Kringelein, una vez terminado su interrogatorio y el de «Llamita», se le autoriza para emprender su viaje y, como un rey de la vida, sale del *hall*.del hotel, entre una doble fila de empleados que le hacen grandes reverencias y extienden la mano. Su esplendor acaso no dure más de una semana, hasta la primera crisis de sus espantosos dolores. Mas nada hace sospechar que este bravo moribundo no llegue a reunir nuevas fuerzas y no es tampoco enteramente imposible que, a pesar de todos los diagnósticos, se quede aún en el mundo. Por lo menos, «Llamita» está convencida de ello, y Kringelein, en pleno éxtasis, se complace en creerlo. En definitiva; poco nos importa el tiempo que pueda vivir todavía Kringelein, porque, más larga o más corta, la vida sólo vale lo que de ella se saca, y dos días de plenitud pueden ser más largos que cuarenta años de insípida existencia. Filosofando de este modo tan sabio y prudente, Kringelein, del brazo de «Llamita», sale del «Grand Hotel» y toman el auto que los conduce a la estación.

Esto ocurre a las diez de la mañana, a cuya hora tiene el hotel su fisonomía habitual; bajo la fiscalizadora mirada de Rhona, que está de mal talante, aunque silencioso, una mujer de la limpieza barre el *hall*.con serrín mojado; el chorro del surtidor cae como una lluvia en la taza de mármol de la fuente; en la sala de los desayunos hay sentados algunos señores, con sendas carteras delante, sobre la mesa, y fumando largos cigarros habanos y discutiendo sus negocios. En los corredores, el personal cuchichea, pero nada ha llegado aún a oídos de los viajeros. El Juzgado ha puesto sus sellos en el número 71, cuyas dos ventanas permanecen abiertas de par en par, en ese fresco día de marzo. Al lado, en el número 72, se pone ropa limpia a las camas.

A las ocho de la mañana, el portero Senf ha reanudado su servicio; tiene el rostro totalmente abotagado; toda la noche pendió de un hilo que pudiera perder a su mujer de un momento a otro. No está, pues, para oír lo que le cuenta el meritorio Jorgito, mientras él empieza a clasificar en el casillero el correo de la mañana.

—No me encuentro bien —dice a modo de excusa—; parece mentira que el sueño

sea tan necesario. Y Pilzheim, ¿ha identificado al chófer? Yo siempre he dicho que ese hombre es un as y si le hubiésemos puesto en seguida sobre la pista del barón, no se nos hubiera venido encima este escándalo, con el que no va a ganar nada la reputación del hotel. —Interrumpiéndose, empieza a dar órdenes a los mozos:— «El desayuno para el número 22» —y continúa clasificando.

Luego dice:

—Aquí hay unas cartas para él, no sé qué hacer con ellas; ¿las envío al Juzgado? Sí, claro —y viendo al doctor Otternschlag, que amarillento y demacrado, con su ojo de cristal, se presenta ante el pupitre de nogal—: Buenos días, señor doctor —le dice —, muy buenos días tenga usted.

—¿Hay correo para mí? —pregunta el doctor.

—No, lo siento. No hay nada hoy, señor doctor.

—¿Y telegrama?

—No, señor doctor.

—¿No ha preguntado nadie por mí?

—No, nadie hasta ahora.

Otternschlag paseó alrededor del *hall*. hasta llegar a su sitio habitual. El mozo número 7 salió detrás de él y el camarero le sirvió café. Otternschlag dirigía su ojo de cristal con gran atención a la señorita que preparaba sus floreros en el quiosco de flores, pero no la veía.

—Buenos días, señores —dijo el portero a una pareja provinciana que se había parado en la portería—. ¿Desean ustedes una habitación?... Muy bien, el número 70 está desocupado. Es un cuarto precioso, con una cama y cuarto de baño. Tenemos también el 72, que tiene dos camas, pero sin baño. Puede ser también que hoy, o mañana, se desocupe el cuarto contiguo, el número 71, que tiene baño, es un cuarto precioso. Si la señora y el señor quieren tomarse la molestia de preguntar ahí mismo, al lado... ¿Qué?... *alló!*, no entiendo —gritó en el tubo acústico—. ¿Qué ocurre?, sí, ahora voy...

—Tengo que ir al teléfono. Es un asunto personal, me llaman de la Clínica —dijo a Jorgito, y con paso vacilante corrió, atravesando el *hall*.y el corredor número 2, hasta el departamento de teléfonos, en cuyo locutorio número 4 se precipitó como un loco.

Rígido como si fuese de madera, el doctor Otternschlag se levantó, volviendo a la garita del portero.

—¿Está todavía el señor Kringelein en su cuarto? —preguntó.

—No, el señor Kringelein se ha despedido —respondió el meritorio.

—¿Qué se ha marchado del hotel? ¡Pues sí! ¿Y no ha dejado nada para mí? —preguntó luego.

—No, lo siento mucho, pero no ha dejado nada —respondió el meritorio, con la

finura que el portero le enseñaba.

El doctor dio media vuelta y volvió a su sitio, pero atravesando directamente el *hall*. en diagonal, lo que era un caso verdaderamente excepcional en él. Se cruzó con Senf, que volvía corriendo del teléfono y cuyo rubio rostro de sargento goteaba de sudor. Hubiérase dicho que acababa de hacer un gran esfuerzo. Se dejó caer sobre la mesa como un fardo.

—Es una niña; ha habido que recurrir al fórceps; pero ya la tengo, la chiquilla pesa tres kilos. La madre y la hija están perfectamente; viven como el pez en el agua —exclamó, y quitándose la gorra, con gesto que le despojaba de su fisonomía profesional, mostró un semblante jocundo y satisfecho, sobre el que corrían las lágrimas a hilos. Pero como Rhona mirara por encima del tabique de cristales, se rehízo en seguida.

La pareja provinciana entró en el ascensor, para subir al número 72, a aquella habitación de dos camas, pero sin baño, en la que flotaba todavía el fino olor de los perfumados polvos de «Llamita».

—Abre la ventana —dijo la dama.

—Sí, para que esto se ventile bien... —dijo el caballero.

En el *hall*. el doctor Otternschlag está sentado y entregado a un soliloquio: «Es espantoso —se dice—. Siempre lo mismo, nunca pasa nada; estoy terriblemente solo, el mundo es un astro apagado que ya no calienta; setenta y dos soldados perecieron en Rouge-Croix enterrados bajo un hundimiento. Acaso sea yo uno de ellos; acaso esté allí, entre los muertos, desde el fin de la guerra; muerto sin saberlo. Y si todavía en esta gran jaula aconteciera algo que valiese la pena... Pero no, no ocurre nada. Se ha marchado. ¡Adiós, señor Kringelein! Iba a darle a usted una receta para sus dolores; pero como se ha despedido a la francesa... ¡Bah!... El jubileo de siempre: entran, salen; llegan, se van...».

Detrás de su mesa de nogal, Jorgito rumia algunos pensamientos estúpidos y profundamente vulgares. «¡Qué cosas tan sorprendentes ocurren en un «Grand Hotel» como éste!» —piensa—. Es colosal; siempre hay algo nuevo que sorprende. A uno lo detienen..., al otro se lo llevan en hombros, con los pies para delante; hay quien sale para la estación; hay quien llega a ella, y mientras sacan a uno en unas angarillas a escondidas por la escalera de servicio, al otro le anuncian que es padre... Es curioso, interesantísimo, pero así es la vida... El doctor Otternschlag sigue sentado en medio del *hall*. como una imagen petrificada de la soledad y de la indiferencia. El tiene allí su puesto fijo, allí vive... Sus manos, lívidas y plomizas, cuelgan en el vacío y su ojo de cristal mira fijamente hacia la solana de la calle, que no puede ver.

La puerta principal del «Grand Hotel» gira sobre sus goznes, gira, gira, gira...



VICKY BAUM, (Viena 1888 - Hollywood 1960)

Estudió música en Viena. Sin embargo es conocida como escritora, labor que comenzó a desarrollar en 1914 en sus momentos de ocio. En 1926 transforma esta actividad de esparcimiento en profesión y asume un puesto como redactora de revistas en la editorial Ullstein de Berlín.

Con su novela «Stud. chem. Heleme Willfüer», publicada en 1929, alcanzó la fama y una gran popularidad, siendo a partir de ese momento la escritora de su generación más leída en el área cultural germana. Sus posteriores novelas tuvieron igualmente un gran éxito de ventas, cimentado de esta manera su gran popularidad en Alemania, Austria y Suiza. Su novela más conocida es «Menschen im Hotel» («Gran Hotel»), tema que Hollywood llevó al cine en 1931 con Greta Garbo, como protagonista principal. Otras de sus novelas han sido igualmente tomadas como guiones cinematográficos, como por ejemplo, «Rendezvous in Paris», filmada en 1982 por Gabi Kubach con Claude Jade u «Hotel Shanghai» rodada en 1996 por Peter Patzak.

Vicki Baum fue apreciada de forma ambivalente por los críticos literarios: por una lado la clasificaron como una autora trivial, y, por el otro, como una gran personalidad de la literatura de la lengua alemana, idioma de trabajo que reemplazó en 1937 por el inglés. Durante el Tercer Reich sus obras fueron prohibidas debido a su origen judío.

En 1931 viaja a Estados Unidos, país que le concede la nacionalidad 7 años más

tarde, para cooperar en el rodaje de «Menschen im Hotel». Vivió ya el resto de su vida en Estados Unidos, muriendo de leucemia en Hollywood en 1960.

Otra de sus novelas es *El ángel sin cabeza*, que nos retrata el México del siglo XIX y detalla con acierto las costumbres de la época y el movimiento armado de la guerra de independencia en 1810. Lo grato de este relato es el enfoque que nos da de esta revolución desde el punto de vista del lado español.